



LA RAZÓN
DE LOS
LOCCOS

ANA MORENO-ALCÁZAR

LA RAZÓN DE LOS LOCOS

Ana Moreno-Alcázar

Para Martina, la razón de mi locura.

*Siempre hay un poco de locura en
el amor, pero siempre hay un
poco de razón en la locura.*

Friedrich Nietzsche

*Y una vez que la tormenta termine,
no recordarás cómo lo lograste,
cómo sobreviviste.
Ni siquiera estarás seguro si la tormenta
ha terminado realmente.
Pero una cosa sí es segura.
Cuando salgas de esa tormenta, no serás
la misma persona que entró en ella.*

Haruki Murakami

—¡No, por favor, suéltame! —la voz de Lucía se ahogó en un llanto desesperado mientras luchaba con todas sus fuerzas por liberarse de los brazos del enfermero corpulento que la retenía, y miraba con ojos de decepción a Claudia y Andrea, que aguardaban cogidas de la mano observando con gran incredulidad el inquietante espectáculo que estaba teniendo lugar en el pequeño despacho del servicio de urgencias del Hospital Universitario de Barcelona.

—Sujétala más fuerte —ordenó el médico de guardia mientras con gran habilidad abrió los cajones del armario y preparó un inyectable.

De pronto un dolor punzante y localizado le penetró en el brazo a Lucía, resultado de la afilada aguja de acero. Se sentía tan confundida... Los pensamientos de su cabeza no hacían más que repetirse y sucederse unos detrás de otros a toda velocidad, como si se tratase de una película fotográfica de las últimas horas vividas esa tarde de invierno con el único objetivo de encontrar un poco de sentido a todo lo que estaba sucediendo. Hacía tan solo unas horas estaba acurrucada sobre su cama, y ahora se encontraba luchando por su dignidad mental en el despacho del doctor Lana, sujeta, en contra de su voluntad, por un enfermero que hacía más bien las veces de gorila de discoteca.

—¡Ya está! En unos minutos empezará a hacerle efecto la medicación —dijo el facultativo mientras se quitaba los guantes de látex y los lanzaba con decisión a la basura—. Ahora, si me disculpáis, debo hacer una llamada telefónica. Os rogaría que salierais a la sala de espera, por favor.

—¿Y qué pasa con Lucía, doctor? —preguntó Andrea.

—Tranquila, se quedará aquí hasta que esté todo dispuesto.

Las dos jóvenes se pusieron en pie y con pasos presurosos se dirigieron hacia la puerta que el médico ya sostenía para facilitarles el paso. El último en salir fue el portentoso auxiliar, después de asegurarse de que Lucía se encontraba más sosegada. Cuando la puerta se cerró, un inquietante silencio invadió la habitación. Ya no quedaba nada de las voces exaltadas y la agitación acaecida hacía unos minutos, ni tan siquiera los pensamientos que discurrían por su cabeza aceleradamente hacían acto de presencia. Todo estaba sumido en una absoluta calma. Aceptar que nada de lo que dijera o hiciera en adelante iba a tenerse en consideración la sumió en un agónico desespero. Estaba claro que había perdido, que había sido una presa fácil de aquel engaño. Pero ya era tarde para lamentarse, se había equivocado y lo iba

a pagar caro. Muy caro.

PARTE I

Una nueva ilusión

1

El día de Lucía Agramunt iba a resultar de lo más interesante. Como todos los días en los que tenía que ir a trabajar, se levantó antes de que los primeros rayos de sol empezaran a iluminar las calles de la ciudad condal. Abrió el armario de puertas blancas que decoraba una de las paredes de su habitación y empezó a recorrer con su mirada las variadas prendas de ropa que colgaban de la barra mientras mentalmente iba valorando las diferentes posibilidades. A pesar de que siempre le llevaba mucho tiempo y se decía a sí misma que esa tarea debería hacerla antes de acostarse para ganarle algunos minutos al reloj por la mañana, era incapaz de instaurar ese hábito a su rutina diaria. Justo antes de salir de casa, y como era costumbre en ella, se paró por un instante delante del espejo de cuerpo entero situado en el pequeño recibidor de su antiguo piso, y echó un rápido vistazo a su aspecto. Al salir a la calle, un pequeño escalofrío le sacudió el cuerpo, la mañana se había levantado más fría de lo habitual para el mes del año en el que estaban, y sintió cómo la humedad caló rápidamente su ropa y sus huesos. Se subió hasta el cuello la cremallera de su chaqueta de cuero negro y tomó la calle de Torrent de l'Olla con paso ligero hacia el Starbucks que se encontraba en la parte alta del Paseo de Gracia.

Nada más llegar a la cafetería, inspiró profundamente el olor a café recién molido que tanto le gustaba y se dirigió al mostrador, donde Sebastián, el camarero que la atendía todas las mañanas, le preguntó con ese acento argentino que tanto le caracterizaba <<¿lo de siempre?>> una amable sonrisa y un gesto de asentimiento fueron suficientes para confirmarle el pedido al joven empleado. <<Aquí tenés, un late con leche de soja y muffin integral de arándanos>>. Lucía le dio amablemente las gracias y se sentó en uno de los desgastados pero confortables orejeros situados junto al gran ventanal del establecimiento, que le permitía contemplar una pequeña parte del largo paseo, iluminado a esas tempranas horas con la anaranjada luz que desprendían los viejos farolillos negros, dispuestos en fila como firmes y fieles soldados, hasta alcanzar la famosa plaza Cataluña. Era uno de sus momentos preferidos del día. Un gran estruendo provocado por la caída de una pesada caja metálica devolvió a Lucía al momento presente mientras los pensamientos hueros en los que se había quedado absorta hasta hacía unos momentos se desvanecieron rápidamente. Miró la hora y sin darse cuenta murmuró un <<¡mierda!>> lo suficientemente alto como para que el ejecutivo

gordinflón de mostacho canoso y poblado, que estaba sentado en la mesa contigua ojeando La Vanguardia, levantara la mirada por encima de las páginas del noticiero y carraspeará duramente su garganta. Lucía se precipitó en coger sus cosas y salió apresuradamente hacia la parada de metro de Diagonal, que se encontraba justo delante del establecimiento.

Veinte minutos más tarde, mientras dejaba cuidadosamente su bolso encima de la mesa de trabajo y ponía en marcha el ordenador, la voz autoritaria de Javier Azcón, el director del departamento financiero de la multinacional para la que trabajaba, le refirió fríamente desde la puerta <<Señorita Agramunt, antes de marcharse esta tarde pásese por mi oficina. Tenemos que hablar. Es urgente.>> Y antes de que a ella le diera tiempo a volverse, Javier desapareció por el pasillo dejando detrás de sí el rastro de su cara y penetrante colonia italiana. Lucía cerró los ojos y dejó salir con una fuerte exhalación el aire de sus pulmones; conocía al detalle la dinámica que la empresa había estado siguiendo en los últimos meses y aquello, sin duda, no presagiaba nada bueno.

—Buenos días, ¿se puede saber a qué viene esa cara muchacha? —preguntó Marta cuando entró en el despacho con una taza de café humeante entre las manos y observó el rostro preocupado de su compañera.

Lucía se puso rápidamente un dedo en los labios para advertirle que bajara el tono de voz.

—Acaba de venir el señor Azcón y me ha dicho que quiere verme esta tarde —susurró.

—¿El director? —preguntó sorprendida—. ¿No te ha dicho de qué quería hablar?

—No, pero te lo puedes imaginar —se dejó caer sobre la silla.

—¿Crees que te van a despedir? Joder, me niego en rotundo —protestó indignada.—Shhh... no lo sé, pero ¿para qué si no quiere que me pase por su despacho? —siguió hablando con un hilo de voz—. En los cinco años que llevo en la empresa no me he reunido con él ni una sola vez, ni siquiera cuando me entrevistaron para el puesto de trabajo. Y que hoy a bote pronto me diga sin más que quiere verme con tanta prisa... suena algo preocupante, ¿no crees?

—No adelantemos los acontecimientos, ¿de acuerdo? Posiblemente hay otro asunto que quiera tratar contigo.

—Si tú lo dices, pero ya sabes lo que ha ocurrido en los últimos meses —las palabras de Lucía estaban cargadas de gran desánimo. En estos

momentos no podía permitirse quedarse sin trabajo.

Las dos compañeras se miraron durante unos segundos y sin nada más que decirse retomaron en silencio sus respectivos quehaceres. Sin embargo, a pesar de los esfuerzos por mantener la concentración durante el resto del día y realizar con la mayor eficacia posible sus tareas cotidianas, la preocupación la mantuvo ausente toda la jornada. A falta de una hora para recoger, el teléfono empezó a sonar; la llamada provenía del despacho de Javier. La suerte estaba echada.

Hacía mucho tiempo que no recordaba sentirse tan nerviosa. De pie, enfrente del despacho de su jefe notaba cómo las piernas le flaqueaban y las manos le sudaban ligeramente. Como no había manera posible de demorar esa conversación, tomó aire lentamente hasta llenar al máximo sus pulmones, se pasó las manos por su larga melena mientras dejaba ir una sonora exhalación y dio tres suaves golpes en la maciza puerta de roble.

—Adelante—contestó una voz firme desde el otro lado de la puerta.

—¿Quería verme, señor? —preguntó tímidamente.

—Sí, entre y siéntese, por favor.

Con paso firme para ayudarse a no perder la compostura se encaminó hacia una de las sillas vacías que estaban dispuestas frente a la mesa de la amplia y elegante oficina. Mientras caminaba decidida, Javier no pudo evitar quedarse embelesado por un momento contemplándola; de hecho, Lucía solía provocar ese efecto en los hombres. Sus grandes ojos verdes en un rostro aniñado y su larga melena de color miel, que le caía con soltura sobre los hombros, le conferían una gran belleza. Al darse cuenta de su embobamiento, Javier emitió un sonoro carraspeo para aclararse la voz y se removió en su gran butacón.

—Señorita Agramunt, como ya sabrá, en los últimos meses se han producido ciertos ajustes y cambios en la compañía con el objetivo de reorganizar varios departamentos que no acaban de funcionar del todo bien — empezó diciéndole mientras colocaba sus manos entrelazadas bajo la barbilla —. Todos estos cambios han venido impuestos desde la sede central de Madrid y hemos tenido que acatar sus órdenes sin apenas posibilidad de negociación.

—Lo entiendo señor —le respondió, mientras el corazón le latía a tal velocidad que parecía que se le iba a desbocar del pecho. Lo sabía, sus días en aquella empresa estaban contados.

—Entre estos cambios se encuentra la asignación de mi nuevo cargo. Todavía no se ha hecho oficial, pero dentro de dos semanas dejaré de ser el director de la sucursal de Barcelona para ser el subdirector de la compañía a nivel nacional. Como comprenderá, mi nivel de trabajo va a aumentar considerablemente, por lo que voy a precisar algo más de ayuda. Aparte de la señora Rodríguez, que seguirá ejerciendo la labor que desempeña actualmente, necesito a otra persona que trabaje más directamente conmigo, alguien que me organice la agenda laboral y los viajes, que me acompañe a las reuniones, redacte las actas, elabore los presupuestos y las facturas, y sea mi vínculo más directo con nuestros clientes y proveedores —le explicó—. Desde recursos humanos —siguió sin quitarle la mirada de encima y recostándose sobre su butaca liberando su espalda de la marcada rigidez— han estado evaluando los currículums de diferentes empleados para promocionar a alguien que lleve tiempo trabajando en la empresa y, entre ellos, el suyo cumple con los requisitos que precisa este nuevo puesto.

—¿El mío? —respondió sorprendida.

—Si no hemos leído mal, es usted diplomada en secretariado de alta dirección, ¿correcto?

—Sí, sí —aseguró—, me gradué hace seis años, señor.

—La verdad, desconocía esta información hasta hace muy poco —dijo secamente—. En resumidas cuentas, la he hecho venir para ofrecerle la posibilidad de ocupar esta vacante que vamos a ofertar. Como ya sabrá, soy un hombre muy perfeccionista que no tolera los errores y necesito a alguien en quien poder confiar. En el tiempo que lleva trabajando con nosotros ha mostrado ser competente y resoluta, y considero que podría ser una buena candidata. Evidentemente, sus condiciones salariales se ajustarían a su nuevo cargo, en el caso de que aceptase, por supuesto.

La expresión de Lucía era de total asombro y antes de que pudiera pronunciar una palabra, Javier prosiguió:

—Antes de que me dé una respuesta —levantó la mano indicándole que todavía no había terminado de hablar—, quiero que se lo piense bien. Como le acabo de decir, soy un hombre muy exigente y quiero poder confiar en la gente de mi equipo. En principio su horario seguirá siendo el mismo, pero si algún día necesito que se quede más tiempo, tengo que saber que podré contar con usted. Además, quizás también deba acompañarme en algún viaje ¿tendría disponibilidad para viajar?

—No tendría ningún inconveniente, señor.

—¡Muy bien! —exclamó el hombre mientras daba un golpe seco sobre la mesa—. Pues dicho esto, tiene esta semana para darme una respuesta. En el caso de que acepte, tendríamos que empezar a tramitar el nuevo contrato laboral. Si por el contrario prefiere seguir con su trabajo actual, avíseme lo antes posible para entrevistar a otro candidato, ¿de acuerdo?

—Así lo haré señor —respondió sin poder ocultar una leve sonrisa de entusiasmo. Sabía que no había nada que pensarse, se le acababa de presentar una gran oportunidad y no iba a dejarla escapar.

Ya de vuelta en su despacho, Gabriel se aflojó el nudo de la corbata, se desabrochó el primer botón de la camisa y se dejó caer en la silla con todo su peso. Aunque le encantaba impartir clases y relacionarse con los alumnos de la facultad, a veces le resultaba una tarea agotadora, sobre todo en aquellas ocasiones en las que tenía que explicar una y otra vez algún concepto que se resistía a ser entendido por sus fieles oyentes. Aunque acabar de profesor en la universidad fue totalmente una casualidad, tenía que reconocer que le encantaba subirse a la tarima y deleitarse en sus exposiciones, y nada que decir, al saberse el orgullo de la familia.

Gabriel pasó los primeros doce años de su vida en Baquedano, un pueblo navarro muy pequeño ubicado en el municipio de la Améscoa baja. Sus estrechas e inclinadas calles, circundadas por enormes caseríos blancos de piedra maciza con grandes balconadas de hierro forjado, adornadas con delicados geranios rojos, conferían al pueblo un aspecto de lo más hermoso que armonizaba con la belleza del valle en el que se asentaban sus cimientos. En el centro del pueblo había un pequeño parque con algunos columpios, donde los pocos niños que habitaban la aldea daban rienda suelta a su imaginación y correteaban liberando la inagotable energía de sus pequeños y frágiles cuerpos, y una gran pista de frontón de elevados muros verdes, en la que los vecinos más veteranos se movían incansables de un lado para otro, jugando a la tradicional pelota vasca. Al lado de la plaza central se encontraba una vieja fuente y un abrevadero, que antiguamente se utilizaba para que los animales saciaran su sed después de trabajar los campos. Pegado a este se erguía un lavadero cubierto con un hermoso techo de madera de pino y provisto de gruesos muros, que fueron construidos con piedras que los propios aldeanos trajeron a peso de una cantera natural localizada en las profundidades del valle. Hasta no hacía muchos años las mujeres del pueblo lo habían utilizado como lugar de tertulia y chismorreos mientras lavaban las ropas de sus familias, pero ahora, debido al avance de la tecnología, esa tradición ya se había perdido. En la parte baja del pueblo destacaba la parroquia de estilo gótico de San Juan Bautista, que se erigió hacía más de quinientos años y que contaba con una única nave y una torre con un reloj de sol y un campanario. Pero lo que sin duda alguna hacía que Baquedano fuera uno de los enclaves más espectaculares de Navarra es que acogía el nacimiento del río Urederra, cuyo nombre podía traducirse como 'agua

hermosa'. Desde el mismo pueblo partía un sendero de tierra en cuyo inicio marcado con una baliza había una pequeña explanada con desgastados bancos de madera y un gran sauce llorón, cuyas ramas caídas proporcionaban una agradable sombra en los meses de mucho calor. A medida que te adentrabas en el sendero, el espeso follaje de los innumerables y variados árboles cubrían la extensa pista forestal que bordeaba el curso del río en sentido contrario, hasta llegar a un vertiginoso cortado localizado en un reborde del macizo Kárstico de Urbasa y del que emanaba la primera salida de agua entre las agrietadas y milenarias rocas. A lo largo de los casi seis kilómetros del recorrido, ningún caminante podía quedar impassible ante las bellas cascadas y pozas de aguas turquesas que se formaban a cada pocos metros, y a las espectaculares formaciones geológicas que conformaban el paisaje. Era un regalo de la naturaleza para todos los sentidos humanos, donde la vista podía reconfortarse en el claro y brillante azul del agua, el olfato se veía premiado por el dulce olor a resina mezclado con el perfume de flores y hierbas aromáticas de montaña, la piel se erizaba con los tibios lametazos de un suave viento que con timidez aparecía en los claros del bosque, y el gusto quedaba saciado con algunos de los frutos que bendecían esa tierra, fundamentalmente moras y arándanos, que dejaban unas notas ácidas y cierto sabor a tierra en la boca de quien las ingería.

Desde que era un niño, Gabriel sabía que no iba a quedarse mucho tiempo en el pueblo. Sus padres le habían repetido insistentemente que deseaban para él y para su hermana un futuro mejor que el que habían tenido ellos, por lo que decidieron internarlo en una escuela de curas en Pamplona que le diera una buena educación y la oportunidad de acceder a los estudios superiores que él quisiera. Durante todos sus años de formación, Gabriel nunca perdió de vista el considerable esfuerzo que habían hechos sus padres y a lo que él había tenido que renunciar, lo que le sirvió de motivación diaria para esforzarse y estudiar al máximo de sus capacidades día tras día. Aunque sabía que el sacrificio había valido la pena, siempre le pesaban en el corazón los años que tuvo que vivir separado de todos los suyos, especialmente de su hermana pequeña, a la que le prometió, desde el día en que la vio por primera vez envuelta en una mantita rosa, ser su héroe y protegerla toda la vida.

Al disponerse a corregir unos trabajos que tenía apilados en su mesa pendientes desde hacía un par de días, una vibración en el bolsillo delantero de su pantalón lo interrumpió. Introdujo la mano con determinación y sonrió al ver en la pantalla de su teléfono móvil la imagen de su amigo y excompañero

de piso.

—¡Mario!, ¿cómo va eso?

—...

—No, tranquilo, acabo de terminar una clase y estoy en el despacho.
¿Ocurre algo?

—Claro —respondió automáticamente— ¿Habéis pensado en algún sitio?

—Por mí perfecto, la comida está realmente deliciosa ¿A qué hora y dónde quedamos?

—¡Hecho! Nos vemos esta noche entonces.

Por unos segundos Gabriel se arrepintió de haber aceptado tan impulsivamente la invitación y sintió una gran desidia ante la idea de salir. Los viernes, cuando llegaba a casa se sentía realmente cansado de todo el ajetreo de la semana y lo único que le apetecía era prepararse una pizza y tirarse en el sofá a ver alguna película hasta quedarse dormido. Pero por otra parte, hacía algunas semanas que no veía a Mario y a Tomás, y la idea se le hacía muy apetecible. Además, no sabía por qué, pero algo en su interior le decía que esa noche iba a traer algo bueno.

Salió del despacho completamente pasmada. En silencio y con una gran sonrisa dibujada en su rostro, se dirigió de nuevo, con paso corto pero acelerado, a su mesa de trabajo. Lucía era consciente de que la empresa no estaba pasando por uno de sus mejores momentos, de hecho, se murmuraba por los pasillos que había perdido a varios clientes que facturaban una gran cifra al año, por lo que determinados departamentos habían sido obligados a fusionarse para reducir gastos de personal. La situación actual era bastante tensa y la mayoría de trabajadores venían a la empresa todas las mañanas sabiendo que en cualquier momento podían darles la noticia de que era su último día, por lo que la competitividad entre los empleados se había ido gestando forzosamente. Por suerte, ella y Marta valoraban demasiado la amistad que las unía como para permitir que se quebrantara por las circunstancias que se estaban dando. Desde las primeras semanas que empezaron a trabajar juntas conectaron de una manera muy especial, y aunque fuera del trabajo no se veían con mucha frecuencia, sabían que en el momento en que se necesitasen estarían ahí la una para la otra.

Lucía sabía que la vida de Marta había estado marcada por la tragedia desde que era una niña. Sus padres habían fallecido en un accidente de coche cuando ella tan solo tenía nueve años y su única tía materna se hizo cargo de ella. De un día para otro, Marta no solo perdió a las personas más importantes de su vida, sino que también tuvo que abandonar su hogar, su colegio, sus amigos, absolutamente todo, para trasladarse a la gran ciudad donde vivían sus parientes más cercanos y empezar una vida nueva que no había pedido ni quería. Lucía era consciente de que vivir una experiencia de ese tipo no podía dejarte impasible por mucho que pasaran los años, de hecho, veía las consecuencias de esas heridas no cicatrizadas en el alma rota de Marta, que deambulaba sin rumbo aferrándose como podía a los difusos recuerdos que le quedaban y que el paso del tiempo insistía en ir borrando. La marcada introversión y timidez que la caracterizaban hacía que, algunas veces, el trato con ella fuera un tanto difícil, sobre todo, en aquellos momentos en los que tenía que hacer frente a una nueva situación con una pesada carga emocional. En esas situaciones, su frágil mente se cerraba todavía más en sí misma levantando un muro impenetrable entre ella y el resto del mundo, no habiendo cabida para nadie. A Lucía le costó su tiempo entender que esa era la única

manera que Marta conocía para poder lidiar con sus tormentos, por lo que, cuando su compañera entraba en ese peculiar modo de desconexión, solo podía retirarse y esperar que ella volviera de nuevo.

Al llegar a su despacho para recoger las cosas se sobresaltó al ver una figura dibujada en la penumbra de la estancia:

—¡Joder, que susto! —se llevó una mano al pecho—. ¿Qué haces todavía aquí? ¿No has visto la hora que es? —se le escapó una risa nerviosa por el sobresalto.

—Claro que lo sé, pero no podía irme a casa sin saber qué ha pasado con Javier ¿Cómo ha ido? —preguntó Marta.

—Te iba a llamar ahora para contártelo todo.

—Venga, dime... Tengo un nudo en el estómago —la apremió mientras se llevaba la uña del dedo anular a la boca.

—Pues no te lo vas a creer, pero me ha ofrecido ser su secretaria personal —clamó sin poder ocultar su alegría.

—¡Te lo dije, Lu! ¿Ves cómo no hay que ser tan pesimistas? Entiendo que tuvieras motivos para pensarlo, pero sabía que este no iba a ser tu caso. ¡Muchas felicidades! ¡Me alegro mucho por ti! —vociferó a la vez que se levantaba para ir a darle un abrazo—. Esto hay que celebrarlo —añadió.

—Por supuesto, ¿te apetece salir a cenar?

—Sin ninguna duda, no tengo ningún compromiso esta noche, ¿alguna sugerencia?

—¿Qué te parece si vamos por Gracia? Siempre hay bastante ambiente y me han hablado de un restaurante nuevo que me gustaría probar. Además, también te queda cerca de casa.

—Genial, ¿vamos? —señaló hacia la puerta.

Las dos compañeras recogieron sus cosas, apagaron las luces de la oficina y se encaminaron hacia el metro entre risas y bromas para iniciar una velada que iba a resultar de lo más prometedora.

Las calles de Gracia estaban atestadas de gente y, como cada fin de semana, el ambiente que acompañaba a la noche era de lo más jovial y animado. La mayoría de restaurantes estaban al completo, sin embargo, era fácil adivinar cuáles eran los que gozaban de más popularidad, por la cantidad de personas que aguardaban su turno en la entrada, mientras con una copa en la mano, se enfrascaban en conversaciones de toda índole. Incluso las plazas que tanto caracterizaban al barrio destilaban una gran vida tanto por las terrazas, que estaban al máximo de su capacidad gracias al calor que las estufas de butano emitían contrarrestando las bajas temperaturas de la noche, como por la gran cantidad de grupos de jóvenes sentados valientemente en el suelo, bebiendo cerveza y compartiendo algún que otro cigarrillo. Contrariamente al ambiente nocturno, durante el día las calles y plazas de Gracia se transformaban para dar cabida a un ambiente familiar y bohemio por el cual se identificaba el barrio desde hacía décadas. A lo largo de sus estrechas calles podían encontrarse desde los típicos colmados de antaño hasta viejas librerías, boutiques de ropa y galerías de arte, dispuestas en locales antiguos que habían acogido entre sus muros diferentes generaciones hasta los días actuales. Gracia podía considerarse un pequeño pueblo dentro de la gran ciudad condal.

Al salir de la parada de metro de Fontana, Lucía y Marta caminaron tranquilamente entre el ir y venir de la gente hacia la emblemática calle Verdi, el alma mater del barrio para muchos lugareños, hasta llegar a una crepería que habían inaugurado hacía unos meses, y que tanto el boca a boca de la gente como las opiniones de los internautas, valoraban muy positivamente. Una agradable camarera, que no tendría más de veinte años, las atendió tímidamente a los pocos minutos y les ofreció una de las pocas mesas que quedaban libres.

—¿Ya sabes qué vas a pedir? —preguntó Lucía después de examinar la carta concienzudamente durante unos minutos.

—Hum... estoy dudando entre diferentes platos. Todos tienen muy buena pinta. ¿Tú ya lo sabes?

—No, me pasa lo mismo que a ti. Hay un par que me están tentando, pero no acabo de decidirme. ¿Por qué sonrías si puede saberse? —le preguntó con cierta curiosidad.

—Oh, no es nada. Solo me estoy acordando de un documental que vi por la tele la otra noche, que trataba justamente sobre el tema de tomar decisiones. Si no recuerdo mal explicaban algo así como que en un solo día las personas tomábamos miles de decisiones sin ser conscientes de ello, y si te paras a pensar un segundo, es cierto. Por ejemplo, cada día tenemos que elegir qué ropa ponernos, qué desayunar, si miramos primero una página de internet u otra, si cruzamos con el semáforo en rojo o esperamos a que se ponga en verde, o ahora mismo, qué crepe elegimos para cenar. Es algo en lo que nunca había pensado antes y me llamó mucho la atención. ¡Nos pasamos el día eligiendo!

Lucía escuchaba a su compañera con gran atención asintiendo de tanto en tanto con la cabeza.

—Obviamente —continuó Marta con su discurso—, también comentaban que hay algunas decisiones que son mucho más trascendentes que otras; por ejemplo, no es lo mismo elegir entre comerte un helado de vainilla o chocolate que decidir si te divorcias o no de tu marido con el que llevas veinte años casada.

—Evidentemente —constató Lucía siguiendo con sumo interés la conversación.

—Pero lo más curioso es que explicaban que en ambas situaciones nuestro cerebro funciona más o menos de la misma manera, primero hace una especie de análisis de la situación en cuestión y luego intenta relacionar esa información con información que ya tiene guardada para valorar los posibles resultados o consecuencias que puede tener cada una de las diferentes opciones que nos planteamos. Increíble, ¿no te parece?

—Pues sí, parece mentira que esa pequeña masa gelatinosa sea capaz de hacer algo así. Siempre he tenido mucha curiosidad por saber cómo funciona nuestra mente, pero me parece todo muy complejo.

—Por eso me gusta ver este tipo de programas, tal y como explican y presentan las cosas te permite poder entenderlas. De otra manera sería casi imposible, al menos para mí.

—A mí me ocurre lo mismo —sonrieron.

Mientras dirigían de nuevo la atención hacia la interminable lista de los suculentos platos que conformaban la carta, el móvil de Marta empezó a vibrar intermitentemente sobre el impoluto mantel de algodón blanco que vestía con elegancia la pequeña mesa que les habían ofrecido. Abrió la tapa de la funda que protegía su teléfono y, antes de descolgar, se quedó fijamente leyendo el

nombre de su tía en la pantalla, mientras su cara pasó a adquirir cierto aire de preocupación y agobio. Con un rápido movimiento rechazó la llamada. Hacía un par de semanas había ido a visitarla a su casa después del trabajo y mientras tomaban tranquilamente un café y charlaban como de costumbre, esta le tomó las manos y casi suplicando le pidió algo que la dejó completamente atónita y descolocada; de hecho, tuvo que tomarse unos minutos para centrarse y poder procesar las palabras que se le fueron clavando como hábiles dardos en su pecho, a medida que salían sin malicia de la boca de su tía. Como si de pronto su mundo se hubiera quedado encapsulado en una burbuja, se levantó, abandonó la casa en la que se había criado y salió a la calle para que el aire frío, que corría entre las calles levantando grácilmente las hojas secas que descansaban sobre las aceras, le inundara los pulmones, que se le habían quedado oprimidos dificultándole la respiración. No pudo darle una respuesta en ese momento y no sabía cuánto tiempo le llevaría. Necesitaba pensar con detenimiento y decidir si estaba dispuesta a realizar semejante sacrificio, porque aceptar su petición era renunciar a una parte muy importante de ella que, sin duda, le dejaría un gran vacío para el cual no estaba preparada. Y la insistencia de su tía por volver a hablar no la estaba ayudando en absoluto.

—Marta, ¿estás bien? —le preguntó Lucía algo preocupada.

—Sí, tranquila. No es nada —dijo mientras salía de su ensimismamiento y volvía la mirada a la lista de platos. En ese momento no le apetecía hablar del asunto y esperaba que Lucía, como siempre sabía hacer, se diera cuenta de que era mejor no seguir haciendo preguntas referentes al tema. Cuando se sintiera con fuerzas y ganas ya se lo explicaría todo, pero por ahora necesitaba procesar todo el asunto ella sola.

—¿Ya te has decidido? Yo creo que tomaré la crepe de jamón york con queso y hierbas provenzales —dijo con una forzosa sonrisa.

—¡Sabia elección! Yo tomaré la de pollo a la brasa con canónigos y tomate. ¿Te apetece que pidamos vino para beber?

—Por favor —casi suplicó.

Lucía buscó a la camarera y cuando sus miradas se encontraron le hizo un pequeño gesto con la mano para indicarle que ya podía tomarles nota. El aroma que envolvía cada rincón del restaurante y los platos tan apetitosos que iban sacando los camareros de la cocina le provocaron un ligero y breve rugir de tripas, haciéndola consciente del hambre que tenía.

Empujó la puerta y al salir a la calle notó el brusco contraste de temperatura que la hizo encogerse hacia delante. <<¡Qué frío!>>, pensó mientras se frotaba los brazos hábilmente para entrar en calor. Se subió rápidamente la cremallera de la chaqueta hasta la barbilla y, como si tuviera quince años, entrelazó su brazo con el de Marta, que le cedió afectuosamente. Entre risas espontáneas, fruto de las burbujas del rosado espumoso que se habían bebido durante la cena, se dirigieron hacia la calle Torrijos, para terminar la noche en uno de los bares musicales preferidos de Lucía. Vislumbrando la entrada del bar desde la lejanía pudieron reconocer a varios grupos de personas apiñadas bajo las estufas que parecían enormes champiñones negros, sosteniendo cervezas y algún que otro cubata.

—Parece que lo vamos a tener difícil.

—Ya lo veo, pero ya que estamos aquí podemos echar un vistazo y si está imposible, vamos al Virreina.

Poco a poco y como pudieron fueron abriéndose paso entre la muchedumbre hasta llegar a la barra, donde encontraron un par de taburetes vacíos que ocuparon rápidamente antes de que alguien se les adelantara. Lucía alzó la mano para saludar a Jaime, el encargado del local, que estaba bastante ajetreado delante del surtidor de cerveza.

—Hola preciosa, ¿os pongo un par de estas?

—¡Claro! —afirmó con un gesto de cabeza.

—Aquí tenéis, a la primera invita la casa —acompañó las palabras con un guiño de ojo. Sin duda alguna, la reputación de ligón se la tenía bien merecida, aunque eran su disposición amable y su carácter extrovertido lo que le hacía ser tan querido por la gente y su fiel clientela.

—Gracias Jaime, es todo un detalle —sonrió.

—Por ti y tu nuevo puesto, que sea un paso más en tu carrera profesional —brindó Marta orgullosa.

—Y por nosotras, para que podamos seguir celebrando muchas cosas juntas —añadió Lucía.

Las dos amigas chocaron sus jarras al aire y se llevaron la helada bebida a la boca, mientras en un juego implícito se retaron con la mirada a ver quién le daba el sorbo más largo. Presas de la risa que les sobrevino, la pegajosa bebida acabó derramándose por sus barbillas y pantalones provocándoles más

risas bobaliconas que se acrecentaron cada vez que se miraban la una a la otra. Acalorada por las carcajadas, Lucía se puso de pie, cogió una servilleta de papel y empezó a frotarse concienzudamente los tejanos para limpiar las manchas oscuras que se habían grabado en sus muslos, mientras escuchaba de fondo el parloteo divertido de Marta. Enfrascada en su tarea, se detuvo unos segundos atraída por una seductora voz masculina que le hizo levantar la cabeza del suelo, encontrándose con unos grandes ojos negros que la estaban mirando fijamente. Ruborizada por el impacto de sentirse tan observada, bajó de nuevo la cabeza y dejó entrever que volvía a interesarse por lo que su amiga le estaba contando, aunque, en realidad, le fue imposible poder prestarle ninguna atención. Llena de curiosidad, volvió a levantar la mirada y, para su sorpresa, los mismos ojos negros seguían posados sobre ella. <<¡Qué vergüenza!>>se dijo para sus adentros, mientras el corazón empezó a golpearle con fuerza el pecho. Hacía tiempo que nadie la ponía tan nerviosa. Obligándose a fijar sus ojos sobre la barra, sintió que la presencia que la incomodaba se había esfumado, por lo que lentamente fue girando la cara hasta que pudo confirmar que, efectivamente, detrás de Marta ya no había nadie. Con gran disimulo y movida por una curiosidad irrefrenable, Lucía empezó a escudriñar cada rincón del local, pero había tanta gente que se le hizo difícil poder fijarse en cada persona. Después de algunos intentos fallidos, localizó al joven sentado a una mesa junto a dos amigos, y de nuevo, para su sorpresa, la estaba mirando fijamente, por lo que con un gesto brusco se volvió hacia la barra turbada y le dio un gran trago a su jarra.

—¿Se puede saber qué te pasa? —le preguntó Marta achispada por el alcohol.

—Oh, no es nada —dijo restándole importancia al asunto.

—¿Estás segura? Porque tu cara está adquiriendo un tono rojizo sospechoso —la increpó con denotada intención.

—Qué pesada eres —bromeó.

—Lucía...

Algo indecisa y después de un resoplido le explicó brevemente lo que le acababa de suceder.

—Y el chico misterioso, ¿dónde está sentado? —alzó las cejas incitando una respuesta por parte de Lucía.

—Déjalo estar, ¿quieres?

—Insisto, ¿dónde está sentado? No voy a parar hasta que me lo digas.

—Está bien —se rindió—, en la mesa del fondo, en diagonal a mí. Es el

que tiene el pelo más largo, pero por favor, gírate disimuladamente —le pidió Lucía.

—Hum... no está nada mal, nada mal —repitió entre risas mientras lo miraba descaradamente y lo saludó elevando la bebida.

—¡Quieres parar! —le rogó Lucía con una risa nerviosa y cada vez más sonrojada—. Vámonos a otro sitio.

—¡Estás de coña! Me lo estoy pasando estupendamente, creo que voy a pedirte otra de estas. ¿Quieres una?

Negó con la cabeza.

—¿No piensas decirle nada?

—¿A quién?

—A mi primo, no te fastidia —se mofó cariñosamente—, ¿a quién va a ser?

—¿Estás de broma? Seguro que es un creído y un arrogante. No gracias.

—¿Por qué los hombres guapos tienen que ser así? ¿Es que acaso tú eres tonta?

—Pero ¿qué estás diciendo?, ¿por qué me preguntas eso?—dijo entre risas divertidas.

—Porque según la mayoría de tíos, todas las guapas son tontas. Pero a la vista está que tú no lo eres, ¿o sí? —la respuesta de Marta estaba cargada de un gran sarcasmo.

—Claro que no, solo que... no lo sé. No voy a decirle nada —sentenció secamente.

—Tienes que pasar página, Lucía. No puedes seguir desconfiando de todos los hombres, porque no todos son como él. Te hizo daño, lo sé y entiendo tu miedo, pero no puedes negarte la oportunidad de conocer a gente nueva temiendo o anticipando que te van a herir.

—Ya lo sé Marta, pero es que no puedo... solo de pensarlo siento una gran opresión aquí —se puso la mano en el pecho— y mi cuerpo se queda como paralizado... quizás te parezca algo exagerado por el tiempo que ha pasado desde que sucedió, pero...

—Lucía —la interrumpió levantando una mano en señal de que detuviera su parrafada pesimista en la que se había enredado—, lo entiendo perfectamente. Lo que te pasó fue algo realmente duro, pero lo que quiero decirte es que al menos no te cierres en banda a la hora de conocer a alguien. Tuviste una mala experiencia, pero eso no significa que tenga que pasarte otra vez. Si toda la gente que ha pasado por una ruptura dolorosa hiciera lo mismo

que tú, estaría medio planeta soltero. Todas las experiencias nos ayudan a crecer como personas y en cierta medida nos sirven para aprender algo, y aunque en el momento más doloroso no entendamos qué es, con el tiempo le acabamos encontrando el sentido.

—Ah, ¿sí? —dudó por un segundo— ¿Y qué me recomiendas que haga, Marta?

—Simplemente no te detengas, porque la vida sigue adelante y te estás perdiendo cosas maravillosas que te mereces disfrutar.

Marta se levantó, se detuvo unos instantes pensativa y, a renglón seguido, se encaminó hacia el baño, dejando a Lucía en la barra cavilando sobre lo que acababa de decirle. <<¿Tenía razón Marta? ¿Debía arriesgarse a conocer a alguien nuevo y dejar a un lado todas sus inseguridades?>>. Solo de pensarlo entraba en pánico. Giró sutilmente la cabeza hacia la mesa del desconocido y solo vio a sus dos amigos, <<¿ya se había marchado?>>. Y por primera vez en mucho tiempo, sintió una gran decepción.

—¿Puedo invitarte a una copa?

Un escalofrío le fulminó la espalda, mientras su cuerpo se irguió y empezó a temblar por dentro presa de los nervios; sabía a la perfección a quién pertenecía esa voz. Respiró profundamente y al darse la vuelta se encontró de nuevo con los imponentes ojos negros posados sobre ella. Hipnotizada en la profundidad de esa mirada cautivadora, las palabras de Marta se agolparon en su cabeza haciendo lo imposible por ser escuchadas y atendidas.

—Sí —dijo al fin tímidamente mientras se colocaba un mechón de pelo tras una oreja y se maldecía para sus adentros.

—¿Vienes mucho por aquí? —le preguntó el joven con una leve sonrisa mientras le indicaba a la camarera que pusiera dos cervezas más.

—Alguna que otra vez —le contestó avergonzada al sentir que su voz sonaba temblorosa <<cálmate, por favor>> se obligó a sí misma. Antes de saber qué más decirle o preguntarle, él se le adelantó de nuevo.

—Yo es la tercera o cuarta vez que vengo. No suelo moverme mucho por este barrio, pero hoy he quedado con unos amigos —dijo señalando hacia la mesa donde se encontraban sus colegas que levantaron sus botellines a modo de saludo—, y a Mario, el del jersey negro, le encanta este pub.

Por un instante el silencio se adueñó de la conversación.

—Y dime, ¿vives por aquí?

—Relativamente cerca.

Lucía no veía apropiado proporcionarle demasiada información personal a un desconocido, pero tampoco pretendía parecer insulsa, por lo que tuvo que esforzarse por buscar respuestas que no dieran ni muchos ni pocos detalles sobre ella. Mientras iba involucrándose tímidamente en la típica conversación trivial que se tiene con una persona que acabas de conocer, se percató de que se sentía completamente atraída por el apuesto hombre que tenía delante. Su cara bien perfilada y con las mandíbulas ligeramente marcadas le confería un aspecto de lo más varonil. Su nariz, que dibujaba un perfecto triángulo en el centro de su rostro, acompañaba a unos voluptuosos y rosados labios que envolvían una alineada y blanca dentadura que, al dejar al descubierto, le otorgaba un aspecto de lo más sensual. Su pelo negro ondulado y algo despeinado que cubría parte de su ancha frente, junto con la incipiente barba de apenas un par de días, le dotaban de un gran atractivo. Pero lo que sin duda alguna la atrajo desde el primer momento fueron sus grandes ojos negros, perfilados por una espesa capa de pestañas que le proporcionaban una mirada realmente profunda y misteriosa. Las miradas sostenidas que se profesaron mutuamente durante los primeros momentos la hicieron sentir algo incómoda e insegura, pero a los pocos minutos era como una adicción: necesitaba mirar esos ojos negros y perderse en ellos.

Una agitada y agobiada voz los interrumpió de pronto.

—Lu, me marchó, se me ha hecho algo tarde. ¿Nos vemos el lunes? — dijo Marta mientras recogía sus cosas del taburete.

—¿Quieres que te acompañe?

—No, tranquila, acábate la copa —la detuvo poniéndole una mano en el hombro para que se quedara sentada.

Antes de marcharse, Marta abrazó a Lucía y muy discretamente le susurró en el oído <<disfruta del momento, te lo debes>>. Y se marchó disimulando una sonrisa.

—¿Lu? —le preguntó él con curiosidad.

—De Lucía. Me llamo Lucía —contestó tímidamente mientras volvía a ponerse un mechón de pelo detrás de la oreja.

—Encantado de conocerte, Lucía. Mi nombre es Gabriel, aunque todos mis amigos me llaman Gabri.

6

Sin apenas darse cuenta, las numerosas mesas que hasta hacía pocas horas estaban atestadas de gente fueron vaciándose lentamente, las luces casi imperceptibles que concedían al local un aire de intimidad fueron cobrando poco a poco más luminosidad, a la vez que la música descendió su volumen hasta adquirir el tono de un hilo musical. Los camareros con ganas de terminar su jornada laboral iban y venían apresuradamente recogiendo vasos y botellines, surtiendo las neveras que habían quedado casi vacías, barriendo los escombros del suelo parquetado y recolocando la vajilla ardiente recién sacada de los lavaplatos, mientras Jaime aguardaba en la puerta despidiéndose de los pocos clientes que quedaban por abandonar el pub. Lucía se quedó sorprendida de lo rápido que se le habían pasado las últimas horas y, al tomar conciencia de que en pocos minutos iba a tener que despedirse de Gabriel, una parte de ella sintió una especie de fastidio por lo bien que se sentía, mientras que otra voz interior le recriminaba duramente que ya se había arriesgado suficiente. Cuando salió a la calle seguida por aquel joven de ojos negros, el frío de la noche le impactó como una bofetada provocando un temblor que le hizo empezar a castañetear los dientes. Miró hacia el cielo despejado y se quedó embobada observando la gran luna llena que iluminaba Barcelona. Al volver la vista hacia abajo, se encontró con la mirada penetrante de Gabriel y, por primera vez en toda la noche, no tuvieron palabras que decirse.

—Bueno, yo... será mejor que me vaya. Ha sido un placer conocerte Gabriel —dijo Lucía mientras le tendía una mano a modo de despedida.

—¿Quieres que te acompañe? No me gusta la idea de que te vayas sola a estas horas de la noche —le contestó mientras le estrechaba la mano y la atraía ligeramente hacía él.

—Tranquilo, como te he dicho antes, vivo bastante cerca y el barrio es muy seguro. No va a pasarme nada—susurró con un hilo de voz mientras un intenso calor le recorrió el cuerpo al sentir el tacto dulce de sus dedos.

—Como quieras. Me lo he pasado muy bien esta noche, quería que lo supieras.

—Lo mismo digo. Gracias por la cerveza —Lucía lo miró nuevamente, le soltó poco a poco la mano y, al darse la vuelta para iniciar la marcha hacia su casa, sintió una leve presión en el hombro que la detuvo.

—¿Y ya está? ¿Te vas así, sin más? —le preguntó sin apenas guardar las distancias.

Lucía, completamente perpleja, no supo qué decir. Conocer a Gabriel no estaba en sus planes y el reencuentro con sentimientos contradictorios la tenía bastante confundida.

—Yo... ¿qué es lo que quieres? —titubeó mientras clavaba sus ojos verdes en sus sensuales labios.

—Volver a verte —musitó un poco más cerca de ella, mientras dirigía la mirada a su boca.

Por un instante, Lucía se sintió completamente vulnerable ante Gabriel. No tenía ni idea de cuáles eran sus intenciones y la incertidumbre le generaba una desagradable sensación de inseguridad, pero al mismo tiempo se sentía completamente atraída por ese hombre. Las dos únicas alternativas que conocía se interpusieron ferozmente en su pensamiento, intentando ganarle el terreno la una a la otra: o podía continuar con su actitud indiferente y seguir cerrada en sí misma, ignorando a todo aquel que mostrara interés por ella, o bien podía intentar dejar atrás los recuerdos dolorosos y darse la oportunidad de seguir adelante como le había dicho Marta. Casi como un impulso incontrolable decidió arriesgarse una vez más.

Los ruidos provenientes de la calle la fueron sacando poco a poco del sueño tan profundo al que había sucumbido la noche anterior. Durante unos segundos, tuvo la sensación de que todos los recuerdos que le pasaban por la mente eran parte de su imaginación, por lo que tuvo que hacer un pequeño esfuerzo para discernir qué formaba parte de la realidad y qué no. Poco a poco, fue reconstruyendo el día anterior para poner en orden las ideas: la entrevista con Javier, la cena con Marta en la crepería, las copas en el pub y... Gabriel. Una gran sonrisa se dibujó en el rostro de Lucía, a pesar de que la dolorosa experiencia, que había vivido hacía unos años hizo un intento de boicotearle la nueva ilusión.

Cuando pensaba en su historia con Carlos, sentía que estaba rota por dentro, pero ya habían pasado casi tres años y se debía a sí misma el intentar recomponer los trozos rotos. Lo que más le costaba aceptar no era la ruptura en sí, sino la forma como terminó la relación. De un día para otro, Carlos se marchó sin dar ningún tipo de explicación y sin siquiera decirle adiós, simplemente desapareció de su vida. Todas las ilusiones y expectativas que Lucía había puesto en esa relación se esfumaron sin más, sin una sola razón, al menos que ella conociera. Día tras día, estuvo intentando comprender qué es lo que motivó a Carlos a marcharse de esa manera, hasta que al final se dio

por vencida porque se le acabaron todos los argumentos que ella misma podía darse, sin que ninguno le proporcionara el consuelo que necesitaba. Vivir en los recuerdos que tenía con él era no permitirse seguir con su vida, por lo que recopiló cada uno de ellos y los guardó en una caja destinada al olvido. Y ahí parecían haberse quedado aplacados y en silencio, hasta que la presencia de Gabriel los sacó de su estado de letargo. Pero como ya fue capaz de hacer una vez, Lucía estaba dispuesta a volver a encerrarlos para sentirse libre de la pesada carga que conllevaban.

Se despezó con un gran bostezo y, medio adormilada, se dirigió hacia la cocina con el único objetivo de llenarse una buena taza de café que le proporcionara la cafeína suficiente para despabilarse. Camino a la cocina escuchó ruidos en el salón, que la llevaron a desviarse de su trayectoria inicial para echar un vistazo, abrió cuidadosamente la puerta, y se encontró con Claudia y Andrea, con una actitud de lo más animada.

—Buenos días —le dijo Claudia mientras levantaba la mano a modo de saludo.

—Buenos días. Voy a preparar café, ¿os apetece una taza? —les ofreció mientras se le abría la boca en otro gran bostezo.

—No gracias —respondieron al unísono.

—¿Qué tal anoche? Te envié un mensaje por si querías venir al cine con nosotras.

—Es verdad. Lo siento Claudia, vi el mensaje cuando llegué a casa. Me fui a cenar con Marta y se nos hizo tardísimo —se disculpó.

—Tranquila, no pasa nada. Pero me extrañó que no me dijeras nada, porque siempre contestas. ¿Va todo bien? —la curiosidad la tenía intrigada. Conocía bastante bien a Lucía y, desde luego, salir por la noche hasta altas horas de la madrugada no era algo que hiciera habitualmente. Todo lo contrario, normalmente prefería hacer planes más relajados durante el día, por lo que supuso que algo había motivado la salida nocturna de su compañera de piso.

—Sí, bueno... Ayer tuve una reunión con mi jefe y me han ascendido, así que Marta y yo salimos a celebrarlo —les explicó mientras se apoyaba en el marco de la puerta.

—¡Pero eso es una muy buena noticia, ¡felicidades! — exclamó Andrea, que hasta el momento había mantenido una postura más de observadora.

—Sí, felicidades —farfulló Claudia sin mostrar demasiado entusiasmo. La actitud innata de competitividad que la caracterizaba le impedía poder

alegrarse sinceramente por los éxitos de cualquiera que no fuera ella misma.

—Gracias. Si queréis esta tarde os invito a tomar algo y así lo celebro con vosotras también, ¿qué os parece?

—Por supuesto. He quedado para comer con mis padres, pero sobre las seis o siete ya estaré libre —contestó Andrea— Claudia, ¿a ti te va bien?

—Estoy a la espera de que Luís me diga algo. ¿Puedo confirmarlo más tarde?

—No hay problema, incluso si preferís, lo podemos dejar para otro día.

Lucía dio un pequeño golpe en el marco de la puerta a modo de despedida y puso rumbo hacia la cocina en busca de su ansiada taza de café. Embobada, esperando a que la luz verde de la cafetera dejara de parpadear para iniciar la descarga, volvió a sumergirse en los recuerdos de la noche anterior, y por primera vez en mucho tiempo, volvió a sentirse emocionada por alguien.

El cansancio era considerable cuando llegó a casa. Hacía años que no se iba a dormir pasadas las cinco de la mañana y la falta de costumbre le estaba pasando factura. Aunque la tarde con Claudia y Andrea había sido entretenida y se había divertido con ellas, no podía negar que hubiera preferido quedarse apalancada en el sofá viendo alguna de sus películas sensibleras, con un gran bol de palomitas saladas. La relación que mantenía con sus dos compañeras de piso era más bien de cordialidad que de íntima amistad, en parte motivado porque Lucía era una persona muy reservada y no le gustaba que se inmiscuyeran continuamente en su vida, como solía hacer Claudia. En alguna que otra ocasión, esta le había recriminado que, con el tiempo que hacía que vivían juntas, apenas la conocía y eso era algo que la irritaba profundamente. Pero Lucía sabía que su malestar estaba más motivado por la falta de control sobre ella, que porque estuviera realmente interesada en su vida. Claudia era hija única y provenía de una familia bastante adinerada, por lo que creció acostumbrada a tener todo lo que quería cuando ella lo requería, por eso, cuando algo que se había propuesto se le resistía, se veía incapaz de lidiar con la frustración. Por el contrario, Andrea era la mayor de cinco hermanos y provenía de una familia más humilde. Esto fue lo que la llevó, desde bien pequeña, a aprender a compartir y cuidar de los demás, aunque, por otro lado, también se preparó para saber posicionarse y marcar unos límites para que sus hermanos la respetaran. Paradójicamente, el carácter fuerte de Andrea parecía contrarrestar el carácter controlador y competitivo de Claudia, lo que había favorecido que entre ellas se fraguara una gran amistad y, por ende, que la convivencia con ambas fuera llevadera. Bien es cierto que, en algún que otro momento, las disputas que mantenían también solían adquirir un matiz un tanto belicoso, generando una atmósfera de mucha tensión. Ello hacía que Lucía se inmiscuyera lo menos posible y dejara que ellas solas solucionaran sus diferencias. No obstante, en algunas ocasiones, por el orgullo de una y la terquedad de la otra, se pasaban días sin hablarse, a pesar de que al final siempre encontraban un acuerdo de conciliación.

Después de darse una ducha caliente y ponerse el pijama, Lucía se preparó un par de sándwiches y se apoltronó en el sofá. Cogió el mando a distancia de la televisión y empezó hacer *zapping*, con la esperanza de que, al ser sábado por la noche, emitieran alguna película entretenida con la que distraerse. Para su fastidio, en casi todos los canales o estaban emitiendo los

típicos programas de cotilleos, que tanto detestaba, o retransmitían partidos de fútbol, que todavía consideraba más aburridos. Finalmente, optó por poner un documental sobre animales marinos que estaban televisando en un canal autonómico. Unas horas más tarde, el ruido de la puerta la sobresaltó, se había quedado profundamente dormida y estaba un poco desorientada.

—¿Te he despertado? —se disculpó Andrea.

—No, tranquila, me he quedado medio traspuesta. ¿Qué hora es?

—Las diez y veinte.

—¿Solo? Pensaba que serían la una o las dos de la mañana —dijo aturrida—. ¿Has venido sola?

—Sí, Claudia se ha ido a casa de Luís a pasar la noche y yo he venido a cambiarme y me vuelvo a marchar. Por cierto, he quedado con la gente del gimnasio para salir, ¿te apuntas? —le propuso Andrea, a sabiendas de la respuesta.

—Gracias por la propuesta, pero creo que con la noche de ayer ya he cubierto el cupo hasta dentro de mucho tiempo. Mírame, salgo un día y al siguiente no valgo para nada.

—Eso es la falta de costumbre, Lucía. Si salieras más a menudo cogerías el ritmo rápidamente, te lo aseguro —chascó los dedos marcando el compás.

—Seguro que sí, pero creo que esa etapa ya la he dejado atrás, algunas nos empezamos hacer viejas.

—Qué boba eres —sonrió.

Paró la tele, se levantó del sofá y llevó la bandeja con el plato vacío a la cocina, arrastrando los pies. A su regreso escuchó un mensaje en el móvil que había dejado sobre la repisa del mueble y al desbloquear la pantalla, todavía algo adormilada, no pudo reprimir una gran sonrisa al ver el nombre del remitente.

—¿Quién es? —preguntó Andrea llena de curiosidad.

—Marta —respondió casi sin pensar—. Hoy tenía una cita y parece ser que le ha ido bastante bien —añadió sin darle mayor importancia al asunto.

Se despidió de Andrea, cerró la puerta de su habitación tras de sí y tirada boca abajo en su cama volvió a leer el mensaje más detenidamente:

<<¿Haces algo mañana? Como te dije, me encantaría volver a verte.>>

Después de releer el mensaje varias veces y volviendo a sopesar todo lo que había estado cavilando en las últimas horas, decidió apostar todo a una carta; si al final no salía como ella esperaba, tampoco habría sido para tanto.

<<Hola, me gusta la idea de que quieras volver a verme ¿Alguna

sugerencia?>>

Al enviar el mensaje, el pulso se le aceleró tanto que podía sentir los latidos de su corazón golpeando con fuerza en su carótida.

<<Un amigo toca mañana por la tarde en la Vila Olímpica y me preguntaba si te gustaría acompañarme. ¡Habrá buena música y cerveza! ¡Garantizado!>>

<<Hum... buena música y cerveza. ¿Cómo voy a resistirme? Dime hora y sitio.>>

<<A las seis en la sala Discovery, ¿la conoces?>>

<<Sí, ¿nos vemos en la entrada diez minutos antes?>>

<<¡Perfecto! Hasta mañana. Que descanses.>>

<<Hasta mañana.>>

Nerviosa y excitada al mismo tiempo, Lucía dejó el teléfono sobre la mesita de noche. A renglón seguido, se metió dentro de la cama y, mientras su mente comenzaba a fantasear cómo sería el encuentro del día siguiente, se adentró en un profundo y agradable sueño.

Para esa tarde había decidido ponerse los tejanos oscuros que más le realizaban la figura, una camisa blanca, que dejaba el escote al descubierto, y unos botines negros con un sutil tacón. Para darle a su aspecto un toque más informal, acorde con la ocasión, se peinó una coleta alta, les dio a sus labios un poco de brillo con *gloss* transparente y se puso su inseparable chaqueta de cuero y un bolso bandolero del mismo color. Al salir de casa, tenía la sensación como si una bandada de mariposas estuviese revoloteando alocadamente en su estómago haciéndola sentir muy nerviosa y emocionada al mismo tiempo; era la primera vez en los últimos tres años que tenía una cita y quería que todo saliera bien. El trayecto hasta la Vila Olímpica transcurrió tranquilamente, apenas había viajeros en el metro, a diferencia de los días laborables, por lo que pudo sentarse sin problemas y relajarse mientras escuchaba el álbum “Sobre el amor y sus efectos secundarios” de Morat, el grupo revelación que la había fascinado con su música en el último año. Al salir de la parada de la Barceloneta, se topó inesperadamente con una marabunta de gente corriendo al unísono en dirección a la playa, sudados y concentrados en la carrera que estaban disputando, por lo que se tomó unos segundos para poder pensar en un camino alternativo que la llevara hacia la zona del puerto, ya que las principales calles estaban cortadas por vallas del ayuntamiento y custodiadas por patrullas de la guardia urbana. Anduvo

apresuradamente por el paseo marítimo, sin prestarle demasiada atención a la espectacular puesta de sol que reflejaba en el cielo una amalgama de colores anaranjados y teñía las oscuras aguas del mediterráneo, haciéndolo parecer un mar de plata fundida. Únicamente estaba pendiente de lo tarde que llegaba a su cita con Gabriel: <<mierda, mierda, mierda>>, se maldijo mientras miraba el reloj. A pocos metros de la sala Discovery, distinguió una esbelta y atlética silueta, que se apoyaba sobre una rodilla flexionada en el grueso muro de cemento que sostenía el piso inferior del puerto, mirando plácidamente hacia el horizonte. Sin duda alguna era él.

—Siento el retraso —dijo casi sin aliento—. ¿Hace mucho que esperas?

—Tranquila, acabo de llegar, no te preocupes —le contestó mientras se pasaba una mano por su alborotado pelo.

Como si el tiempo se hubiera detenido por un instante, ambos se miraron fijamente, notando la intensa atracción física que sentían el uno por el otro.

—Chicos, el concierto acaba de empezar. ¿Entráis? — les interrumpió uno de los guardias de seguridad que se disponía a cerrar la puerta del antro para evitar que el sonido de la música llegase hasta la calle.

—Sí, sí, espera —dijo Gabriel mientras se aclaraba la garganta y se dirigía a la entrada para sostener la puerta.

Con un caballeroso gesto le indicó a Lucía que pasara ella primero. El local no era muy grande pero lo suficiente para dar cabida al centenar de personas que había allí reunidas, moviéndose al ritmo de la música que sonaba con fuerza. Sin saber muy bien dónde dirigirse, miró a Gabriel, que le hizo una señal para que se encaminara hacia la barra.

—¿Qué te apetece tomar? —el barullo que se concentraba en la sala obligó a Gabriel a aproximarse tanto a Lucía que, al hablarle, sus labios casi rozaron su oreja.

—Una cerveza está bien —le respondió con todo el cuerpo ruborizado, al notar el rostro de él tan cerca y oler el aroma de su piel impregnada en una deliciosa fragancia que no supo reconocer.

—¿Ves?, lo prometido es deuda, buena cerveza y música.

Cogió las dos bebidas bajo la mirada atenta de la camarera y se encaminó hacia uno de los sofás algo roídos que había en la sala contigua donde estaba el escenario, buscando algo de intimidad para poder hablar más tranquilamente.

—Y dime, ¿a qué te dedicas? El otro día no te lo pregunté —esta vez fue Lucía la que inició la conversación.

—Soy profesor de Económicas en la Universidad de Barcelona y tres días por semana trabajo en una consultoría.

—Vaya, ¿ya tienes tiempo para todo?

—Intento compaginármelo, los días que doy clases no voy a la consultoría y al revés, por lo que... —marcó una pequeña pausa— sí, todavía me sobra tiempo para hacer otras cosas.

—Pues es una suerte.

—No siempre ha sido así, todo hay que decirlo —sonrió—. Cuando empecé en la consultoría, buscaban a alguien un par de días a la semana, por lo que era un trabajo complementario perfecto. Pero a medida que fueron pasando los meses, empezó a aumentar mucho la faena y me ofrecieron ampliar el contrato a tres, luego cuatro y, finalmente, cinco días por semana, respetando las horas que tenía que estar fuera por las clases. Y lo que sucede es que vas haciendo horas y más horas hasta que te enrolas en la dinámica de vivir a un ritmo frenético, y llega un momento en que superas tu límite y empiezas a replantearte las cosas. Hice un balance de lo que me aportaba cada trabajo y vi que la docencia era lo que realmente me gustaba más, por lo que le presenté la carta de dimisión a mi jefe de la consultoría y me dijo que no me precipitara, que podríamos llegar a un nuevo acuerdo.

—Te ofreció una reducción de horas —afirmó Lucía con un atisbo de duda en su tono de voz.

—Correcto, además de la condición de que los días que tuviera clases no tenía que ir a la oficina.

—¿Y lo aceptó así, sin más?

—Bueno... no le hizo mucha gracia la propuesta, la verdad. Pero como ya iba con la idea de dejar el trabajo, no tenía mucho que perder, así que le ofrecí ese trato, y lo aceptó. Y de momento no nos ha ido nada mal —le dio un buen sorbo a la cerveza.

—Y dime, ¿desde cuándo das clases?

—A ver, déjame pensar... unos diez años. ¡Vaya, cómo pasa el tiempo! —se sorprendió él mismo.

—¡Diez años! —repitió con los ojos como platos—. Si no es mucha indiscreción... ¿Cuántos años tienes?

—¿No te han dicho que preguntar la edad es de mala educación jovencita? —bromeó—. ¿Cuántos dirías?

—Hum... me lo pones difícil.... Yo diría que unos... ¿cuarenta? — estimó algo avergonzada.

—Vaya,...eso ha dolido —dijo sin parar de reír.

—¿Treinta y...? Vamos, ayúdame —dijo con cierto tono suplicante—. No quiero herir tu autoestima dos veces en un mismo día.

—Treinta y... —hizo una pausa de unos segundos— siete, con lo que tampoco ibas muy mal encaminada, así que, por hoy, no te lo voy a tener en cuenta.

—Treinta y siete —repitió—, nunca lo hubiera dicho, no los aparentas. Si te soy sincera pareces mucho más joven, ¡y no te lo digo para hacerte la pelota!

—¡Vaya!, gracias. Uno hace lo que puede para mantenerse joven. Y tú, ¿qué es lo que haces? —quiso saber.

—Hasta ahora he estado trabajando de administrativa en una empresa de publicidad, pero el viernes me ascendieron y, en unas semanas, pasaré a ocupar el puesto de secretaria de alta dirección —le explicó colocándose detrás de la oreja un mechón de pelo que se le había soltado del peinado.

—Eso se merece un brindis —chocaron los cristales de las bebidas.

Al inclinarse de nuevo hacia el respaldo del sofá, se encontró con los penetrantes ojos negros de aquel hombre que la tenía completamente fascinada, fijos sobre ella de una manera incluso descarada. Aunque estar en su punto de mira le provocaba cierta inquietud, tenía que admitir que en el fondo le gustaba comprobar que provocaba ese efecto en él.

—¿En qué estás pensando? —susurró algo nerviosa mientras volvía a colocarse el mechón detrás de la oreja.

—En nada, solo te miro —le contestó mientras inclinaba su cuerpo hacia delante, y con su mano recolocó el sedoso mechón de color miel que volvió a desprenderse de su sitio.

Lucía se sobresaltó al sentir el tacto suave de los dedos de Gabriel que le recorrieron con dulzura la curvatura de su oreja dirigiéndose, segundos más tarde, hasta su mentón, deslizándose sin prisa por la línea de su cara. Con un sutil y cuidadoso movimiento, Gabriel levantó el rostro de Lucía, que lo miró por primera vez con ojos anhelantes. Su respiración, cada vez más profunda, entraba y salía con dificultad de su pecho, haciendo un intento por apaciguar el leve temblor que la estremecía mientras se perdía en la mirada de Gabriel. La atracción y el deseo que sentían el uno por el otro fueron creciendo a un ritmo tan vertiginoso que las palabras dejaron de ser protagonistas durante unos

minutos.

8

El concierto terminó algo más tarde de lo previsto por las peticiones incesantes de un público satisfecho e incansable que no veía la hora de escuchar la última canción. Al salir de la sala Discovery, Gabriel y Lucía pusieron rumbo hacia el paseo marítimo que se encontraba un nivel por encima de los locales del puerto, destinados, casi exclusivamente, a la restauración y al ocio nocturno. A diferencia de la vida que emanaba en verano por la multitud de turistas que discurrían a todas horas por su ancha y larga avenida, circundada a un lado por altas palmeras y al otro por el mar mediterráneo, ahora mostraba un aspecto de lo más solitario y sombrío. Si no hubiese sido por las luces de los dos rascacielos localizados en el distrito de San Martín y de los recintos medio vacíos que conformaban la Vila Olímpica del Poblenou asentada a los pies de estos dos gigantes, daría la sensación de estar en un paraje de lo más fantasmagórico.

—Me lo he pasado muy bien esta tarde Gabri, gracias por invitarme a venir —dijo Lucía mientras caminaban lentamente uno al lado del otro a escasos milímetros de distancia.

—Me alegro de que aceptaras mi invitación, ¿te apetece tomar una última copa?

—Me encantaría, pero se está haciendo tarde y mañana tengo que madrugar —comprobó la hora en su reloj—. ¿Lo dejamos para otro día?

—Claro, no hay problema. ¿Cómo vas a volver a casa?

—En metro, la parada no está muy lejos.

—¿Quieres que te lleve? Tengo la moto aquí mismo.

—Tranquilo, no quiero ser una molestia.

—Insisto, no me gusta la idea de que te vayas sola a estas horas de la noche y más por este barrio tan solitario.

—Pero no tengo casco y ¿no te queda lejos de casa? Por cierto, ¿dónde vives? No te lo he preguntado —le lanzó un largo repertorio de preguntas motivadas por el nerviosismo que la había estado acompañando toda la tarde.

—En cuanto al casco no te preocupes, siempre guardo uno bajo el asiento, y no, no me queda lejos de casa, vivo en Sarrià, así que puedo hacer que me venga de paso, ¿más tranquila? —escondió una sonrisa entre sus labios.

—En ese caso... está bien —aceptó dirigiéndose hacia donde Gabriel ya había encaminado la marcha.

—Aquí tienes —le ofreció la protección de forma semiesférica que relucía con un blanco platino—si no puedes abrochártelo dímelo, a veces el cierre se queda atascado.

—Gracias.

—¿Lista? —le preguntó girando la cabeza hacia atrás a la vez que arrancaba el motor de su Honda negra.

—Sí —levantó el pulgar.

—Puedes sujetarte a las manillas de atrás o cogerte a mi cintura, como prefieras —Gabriel se bajó la visera y con un acelerón ensordecedor inició el rumbo hacia el barrio de Gracia.

Instintivamente, Lucía estiró los brazos hacia delante abrazando con fuerza la cintura de Gabriel y volteó la cabeza hacia un lado, favoreciendo que su cuerpo se acoplara a la perfección a su espalda. El contacto de sus dos cuerpos le produjo un escalofrío que le recorrió toda la espalda, mientras un calor sofocante le abrasó las mejillas. Al detenerse en uno de los interminables semáforos, que a esas horas eran los únicos que le daban un poco de vida al Paseo de Gracia, Lucía le tocó el hombro a Gabriel.

—¿Te va bien dejarme en la esquina con Diagonal? — dijo levantando su visera.

Gabriel asintió con la cabeza y empezó a darle gas a la moto a la espera de que la luz roja cambiara de color. Unos minutos más tarde aminoró la velocidad y se apartó hacia un espacio que había en la intersección donde las dos grandes vías se cruzaban. Lucía se bajó de la moto, se quitó el casco y se recogió de nuevo el cabello en una coleta.

—Gracias por traerme, ha sido un viaje de lo más entretenido.

—De nada, pero ¿no estás un poco lejos de tu casa todavía? —le preguntó mientras se apoyaba en el casco que había dejado sobre el tanque de la gasolina.

—¡Qué va!, vivo a cinco minutos de aquí y así no tienes que dar tanta vuelta —se excusó. Lo cierto era que no quería que sus compañeras de piso la vieran con él porque entonces empezarían a agobiarla con preguntas, de las que todavía ella no tenía respuesta, y no quería verse expuesta a esa intromisión en su vida personal.

—De hecho, cada mañana vengo a ese Starbucks de ahí a desayunar antes de ir a trabajar —le confesó señalando el establecimiento que se encontraba al otro lado del paseo.

—Como quieras. Entonces... —dudó unos segundos—, ¿te apetece que

nos veamos esta semana? —preguntó al fin, dando unos toques en el casco que tenía entre las manos y clavando sus ojos negros en los de ella.

—Me encantaría.

—¿Qué tal el miércoles? Acabo la última clase a las seis y media.

—Me parece bien, a esa hora ya he salido de trabajar, así que podemos quedar en un punto intermedio si quieres.

—No te preocupes por eso ahora, ya concretaremos dónde vernos — estiró su mano para acariciarle las sonrojadas mejillas.

Lucía dio un respingo al sentir de nuevo su caricia inesperada, cada vez que él la tocaba era como si una tormenta eléctrica le sacudiera el cuerpo. Bajó la cabeza tímidamente y, al levantar poco a poco la mirada, se encontró a Gabriel disimulando una sonrisa mordiéndose el labio inferior.

—Lo siento, no pretendía asustarte —se excusó sin disimular que la situación le parecía graciosa.

—No me has asustado, solo que... en fin, tengo que marcharme.

Antes de que pudiera darse la vuelta, Gabriel la cogió de la mano y la atrajo hacia él, apoyando sus manos sobre su delgada cintura. Se levantó de la moto, acercó su cara a la de ella y le dio un beso en la mejilla.

—Buenas noches —dijo colocándose de nuevo el casco.

Encendió la moto, aceleró el motor y se perdió entre las luces de los coches por la avenida Diagonal, dejando tras de sí un sonido estrepitoso. Inmóvil en el mismo sitio donde él la había dejado apenas hacía unos momentos, Lucía se llevó la mano justo donde la habían besado sus labios y, con el corazón latiéndole como un caballo desbocado, se vio contando las horas que faltaban para volver a verlo otra vez.

A pesar de que la mañana se había levantado de lo más fresca, a medida que fue avanzando el día la temperatura fue subiendo gradualmente gracias al imponente sol que relucía en el cielo. Cuando salió de los tribunales de justicia, Sofía, llena de energía y orgullosa del trabajo que acababa de hacer, se detuvo unos momentos en los escalones que precedían a la entrada y cerró los ojos para que los cálidos rayos de sol penetraran en su pálida piel y le ayudaran a desprenderse de la sensación de frío que se le había calado en el cuerpo desde el momento en que empezó el juicio. Antes de subirse a la moto, encendió su teléfono móvil y escuchó los mensajes que le habían dejado en el buzón de voz, casi todos eran del bufete y ningún asunto parecía ser de vital importancia, por lo que podían esperar. Lo único en lo que pensaba en ese momento era en irse a casa a darse una buena ducha, prepararse la maleta y esperar a que Martín la pasara a recoger, para que tuviera lugar la tan deseada semana romántica en el hotel de cinco estrellas que habían reservado en el pueblo de Puigcerdà, aprovechando que todavía disponían de algunos días de vacaciones. A los dos les encantaba la montaña y siempre que las circunstancias se lo permitían intentaban escaparse para desconectar de la gran ciudad y de los problemas del día a día.

El reloj que adornaba una de las paredes de su dormitorio indicaba que faltaban cinco minutos para que fuera a por ella, así que se apresuró a coger la maleta, que descansaba encima de la cama, y la dejó al lado de la puerta principal. Luego entró en cada una de las estancias del apartamento, bajó las persianas y se aseguró de que todas las ventanas estuvieran bien cerradas, el parte meteorológico había anunciado tormentas y no quería encontrarse con ninguna sorpresa a su regreso. Algo nerviosa por la tardanza de Martín, se sentó impaciente en el sofá y, alargando un poco el brazo, cogió al azar una revista del corazón del revistero de madera que tenía justo al lado, y ojeó las páginas en diagonal sin prestarles demasiada atención. Algo que no soportaba era la impuntualidad, lo consideraba una falta de respeto. Aunque le había costado muchas peleas con él, parecía que todas habían sido en vano porque seguía sin llegar nunca a tiempo. Pasada media hora, el enfado de Sofía era descomunal. Dudaba entre llamarlo o seguir esperando, mientras andaba de un lado para otro del apartamento, recolocando y reordenando objetos, figuras y libros que ya estaban dispuestos al milímetro. Una hora más tarde, cientos de pequeños trozos de cerámica negra volaron violentamente como pequeños

proyectiles por todo el comedor después de que Sofía leyera el escueto mensaje de texto que Martín le había enviado. Presa de una rabia que le invadió todo su ser como una ola descontrolada, lanzó contra la pared lo que hasta ese momento había sido una bella figura que simulaba el cuerpo de una bailarina de ballet. <<¡Hijo de puta, es la tercera y última vez que me la juegas!>> gritó furiosa. Con las mandíbulas en tensión, los ojos ardiendo por el esfuerzo de controlar que no se derramara ni una sola lágrima y la respiración entrecortada, se quedó inmóvil en medio de todo aquel destrozo valorando las opciones que tenía. Cuando el cansancio y la frustración pesaron sobre ella, cogió la maleta del recibidor y volvió a colocar cada prenda de ropa en su sitio.

El intenso frío y la negrura del cielo recién comenzada la tarde evidenciaban que el invierno estaba muy cerca. Aunque los días eran más cortos y tristes que en verano, a Lucía le encantaba pasear bien abrigada por la zona del Eixample de Barcelona, especialmente cuando se acercaba la Navidad y las calles resplandecían bajo las luces de colores que las revestían con gracia y elegancia, confiriéndoles un aspecto de lo más hermoso. Echó rápidamente una ojeada a su reloj y comprobó que había llegado con suma puntualidad a la entrada principal del Triangle, ubicada entre plaza Cataluña y la calle Pelayo. Recorrió hábilmente con la mirada los dos puntos de acceso al centro comercial y se detuvo un instante entre la multitud que solía congregarse en ese punto de encuentro a comprobar si entre las personas solitarias que aguardaban apoyadas en las barandillas de la entrada de los Ferrocarriles de la Generalitat de Catalunya se encontraba Gabriel, pero no atisbó ni rastro de él. Dio un último vistazo y mientras lo esperaba decidió acercarse al escaparate de una pequeña tienda de bolsos y complementos, ubicada al inicio del centro comercial, para ver los modelos de la nueva colección.

—Siento el retraso —se disculpó una voz a sus espaldas.

Al levantar la mirada vio reflejado en el cristal del establecimiento el atractivo rostro de él.

—Hola —le devolvió el saludo, dándose la vuelta buscando su mirada con timidez. Tras mirarse unos segundos, Gabriel le dio un beso en la mejilla.

—¿Qué tal las clases? —le preguntó ella mientras emprendía la marcha hacia las escaleras mecánicas para subir a la primera planta de la Fnac.

—Bien, el grupo de la tarde es mucho más reducido que el de la mañana y las clases son más dinámicas y entretenidas. La parte negativa es que muchas veces me toca dar la última clase, de ocho a nueve, y el día se hace realmente largo y pesado. ¿Y tu día? ¿Alguna novedad de tu nuevo contrato?

—No, todavía no he hablado con Javier. Quiero esperar unos días para no parecer desesperada por el puesto — le explicó con cierta timidez—. Es una persona muy perfeccionista y quiero darle la impresión de que he estado meditando muy bien mi respuesta. Quizás te parece una tontería, pero...

—¿Por qué me va a parecer una tontería? ¿Quién mejor que tú para saber cuándo es el momento más adecuado? Si algo he aprendido en esta vida, Lucía, es aprender a confiar en los instintos, casi nunca se equivocan. Es por aquí —interrumpió momentáneamente la conversación y giró hacia la derecha

para dirigirse a la sección de telefonía móvil.

Sorprendida por la respuesta que Gabriel acababa de darle meditó unos segundos sobre ella ¿confiar en sus instintos? ¿Es que acaso a ella le funcionaban? Porque no le habían sido de mucha utilidad hasta el momento por así decirlo.

—¡Lucía, Lucía! —la llamó Gabriel—, ya tengo lo que buscaba —le mostró la caja del cargador del iPhone— ¿estás bien?

—Sí, sí... me he quedado absorta por un momento, lo siento.

—¿Te estás aburriendo mucho conmigo hoy?

—No digas tonterías —dijo algo cortada— solo estaba... me estás tomando el pelo, ¿verdad? —se quejó al ver que Gabriel se echaba a reír—. ¡Será posible! —exclamó dándole un pequeño empujón sin fuerzas.

—Ya que estamos aquí, ¿te apetece ver alguna otra cosa?

—Ahora que lo dices, ¿te importa subir a la sección de libros? hace tiempo que quería venir a echar un vistazo.

—Te sigo —alargó el brazo para que pasara ella primero.

Mientras subían al segundo piso por las escaleras automáticas, Gabriel llevó sus manos a la cintura de Lucía y la giró hacia él.

—Y dime, ¿qué tipo de libros te gusta leer?

—Me encanta la novela negra, los libros policíacos y de intriga en los que se tiene que resolver algún macabro asesinato o destapar alguna trama —le explicó con la piel ruborizada. Tener a Gabriel tan cerca le ponía realmente nerviosa—. ¿Y tú?, ¿qué clase de libros prefieres?

—La novela histórica, sobre todo, las historias acaecidas en la Edad Media que relatan... ¿Qué es lo que te hace tanta gracia jovencita?

—Oh, no es nada, solo que... tenemos gustos literarios completamente opuestos —sonrió.

—Bueno, dicen que los polos opuestos son los que más se atraen, ¿no es cierto? —le susurró cerca de la oreja para luego alejarse, como si no hubiera pasado nada, hacia el pasillo que acogía las obras de su estilo literario preferido.

Toda sonrojada se dio media vuelta e hizo lo propio en la sección de ciencia ficción. De tanto en tanto, levantaba disimuladamente la mirada en busca de Gabriel, que estaba entretenido ojeando las contraportadas de los libros que le llamaban la atención. Además de su fisonomía tan masculina, que le resultaba de lo más atractiva, era divertido, respetuoso y directo cuando se le antojaba, por lo que, sin duda alguna, lo convertían en un hombre realmente

interesante. Con paso lento empezó a recorrer la sección donde se encontraban sus autores preferidos, levantó la mano y como de costumbre acarició los lomos de los libros dispuestos en orden alfabético en las estanterías; era una sensación que le producía mucha relajación. Al llegar a la letra L, se detuvo para comprobar si ya se había publicado el nuevo libro de la escritora sueca que tanto le gustaba y para su sorpresa ahí estaba; rápidamente tiró de él hacia fuera intentando no descolocar demasiado los ejemplares de alrededor. Cuando tuvo el libro delante de sus ojos, observó quedamente la portada tétrica que plasmaba una vieja casa abandonada, ubicada sobre lo alto de una colina en medio de un archipiélago, y envuelta en una espesa niebla bajo un cielo negro de tormenta. Cuidadosamente, le dio la vuelta y leyó atentamente la sinopsis para hacerse una idea general sobre el misterioso asesinato que los protagonistas iban a tener que resolver en el pequeño pueblo de pescadores de la costa oeste de Suecia.

—¿Has encontrado algún libro interesante?

—Pues sí —le mostró la novela—. Llevaba semanas esperando a que la publicaran. ¿Y tú?

—Un par, pero tengo unos cuantos en casa por leer y no quiero acumular más; luego no sé por cuál empezar —le respondió pasándose la mano por el pelo con un gesto de adolescente vergonzoso.

Lucía sonrió y, por primera vez desde que lo conocía, vio el reflejo de un hombre tímido y vulnerable ante ella.

Cuando salieron del centro comercial, las calles seguían atestadas de gente; la zona del centro de Barcelona desprendía tanta vida a cada hora del día, que daba la sensación de que esa parte de la ciudad no dormía nunca.

—¿Te apetece tomar algo? —preguntó Gabriel señalando hacia el mítico y conocido café Zurich.

Ella afirmó con la cabeza y lo siguió, mientras metía las manos dentro de los bolsillos de su abrigo.

—Buenas tardes, ¿ya saben qué van a pedir? —les interrumpió un camarero algo estirado.

—Yo tomaré un poleo-menta, por favor —contestó Lucía.

—Para mí un cortado descafeinado, gracias.

—Bueno, cuéntame algo de ti que no sepa, que son muchas cosas —le pidió Gabriel.

—¿Qué quieres saber?

—No sé, háblame de tu familia, por ejemplo, dónde creciste, estudiaste... esas cosas.

—Hum... está bien —se acomodó en la silla—. Nací aquí, en Barcelona, y hasta los veintiséis años viví en Sant Gervasi con mis padres y mi hermano mayor, el cual está ahora trabajando en Inglaterra; ya sabes, la fuga de talentos como lo llaman ahora —puntualizó—. Estudié en un colegio religioso de la zona, que, fiel a la reputación que tenían en aquella época, fue realmente muy estricto y riguroso y, aunque tengo que admitir que me dio una buena educación y formación, no me gustaría repetir esa experiencia nunca más, ¡créeme!

—Te creo, te lo aseguro —asintió levemente con la cabeza.

—Cuando terminé COU no estaba segura de qué quería estudiar, así que me tomé un año sabático a ver si me venía la inspiración y me puse a trabajar de recepcionista en una clínica privada. Allí conocí a Luisa, una entrañable mujer de la que aprendí mucho. Recuerdo que siempre iba vestida de punta en blanco, tan elegante y refinada como una aristócrata, con su inseparable agenda de cuero marrón bajo el brazo. Al principio pensaba que era la relaciones públicas del centro, pero un día, cuando intimamos un poco más, le pregunté qué es lo que hacía exactamente y me dijo que era la secretaria personal de Antonio, el director. Me explicó en detalle cuáles eran sus funciones y fue en ese momento cuando me di cuenta de que ese trabajo podía encajar conmigo. Lo siguiente te lo puedes imaginar, me matriculé en una academia para estudiar secretariado de alta dirección, trabajé en un par de empresas haciendo sustituciones, hasta que, hace unos años, me contrataron en la compañía de publicidad en la que estoy actualmente y ahí me he quedado —Lucía se percató de que Gabriel estaba completamente atento a cada una de las frases que pronunciaba, como si intentara visualizar cada palabra.

—Sigue, por favor —le dijo sin apartar la mirada sobre ella.

—No sé... —se removió en la silla. No se le ocurría qué más decirle y menos con la presión de sentirse tan observada.

—¿Cuánto hace que vives en Gracia?

—Unos cinco años. Los tres primeros compartí piso con mi mejor amiga, pero empezó a ganarse muy bien la vida y decidió que quería vivir sola, le dio el arrebató de querer ser independiente de todo y todos. Así que me trasladé a un piso del que me marché rápidamente.

—¿Por qué? —le picó la curiosidad.

—No quieras saberlo —arrugó la nariz.

—Podré soportarlo —sonrió al ver la expresión de repulsión y

desagrado que puso.

—La propietaria del piso era... bueno, mejor dicho, digamos que los conceptos de higiene y limpieza no estaban en su vocabulario. Así que imagínate cómo estaba el apartamento y lo que no es la vivienda.

—¿Pero es que no viste el piso antes de mudarte?

—¡Claro que sí! Por lo general no me meto en cualquier sitio, ¿sabes? Pero cuando fui a verlo la primera vez todo estaba bastante ordenado y recogido; tampoco fui abriendo armarios y mirando fregaderos. Fue después de instalarme cuando descubrí la verdadera naturaleza de Olga —levantó las cejas sin parar de reír.

—¡Joder! —negó con la cabeza—¿Y dónde te fuiste?

—Por suerte, me enteré de que se alquilaba una habitación no muy lejos de donde estaba y cuando fui a verla me quedé prendada. Además, el piso era muy acogedor y las chicas, aunque algo jóvenes, me parecieron muy agradables, con lo cual, me mudé enseguida.

—¿Y es donde vives ahora?

—Sí —afirmó con la cabeza—. Bueno, creo que por hoy ya he hablado bastante de mí. Su turno señor Andueza.

Gabriel sonrió al escuchar que lo llamaba por su apellido.

—¿Qué quieres saber?

—No sé, háblame de tu familia, por ejemplo, dónde creciste, estudiaste... esas cosas — repitió al dedillo cada una de las palabras que le había dicho Gabriel unos minutos antes mientras le guiñaba un ojo.

—Vaya, vaya... con que esas tenemos —dijo poniéndose serio, a la vez que llevó sus manos entrelazadas debajo de la barbilla y la miró intensamente—. Nací en un pueblo muy pequeño de Navarra, Baquedano. Me crié con mis abuelos, mis padres y mi hermana pequeña. Hasta los doce años estudié en el colegio público del municipio y luego mis padres me internaron en un colegio de curas en Pamplona, por lo que entiendo perfectamente cuando dices que es una experiencia que no quieres volver a repetir en tu vida. Cuando me gradué, estaba tan harto de vivir en la residencia de los curas y de ver siempre las mismas caras que pedí una beca y me vine a Barcelona a estudiar Económicas, necesitaba un cambio radical en mi vida. Me sentía completamente asfixiado —suspiró.

—¿Dónde te fuiste a vivir?

—Cerca de Sants, un compañero de la residencia era de Barcelona y me puso en contacto con un conocido que alquilaba una habitación y me mudé allí.

—¿Te quedaste mucho tiempo?

—Casi siete años, Víctor y yo congeniamos muy bien desde el principio, de hecho, ahora es uno de mis mejores amigos. Pero como es normal un día me comentó que se iba a vivir con María, su novia de aquel entonces.

—¿Y qué hiciste?

—Bueno, en aquella época ya empezaba a estar bastante cansado de compartir piso y no tener mi propia intimidad así que me busqué un apartamento para mí solo.

—¿Ya dabas clases en la universidad?

—Sí, si no, no hubiera podido permitirme independizarme. Y por eso mismo, también me busqué el trabajo en la consultoría.

—¿Y cómo acabaste siendo profesor? ¿Te lo habías planteado desde el principio?

—Pues la verdad es que no. Al licenciarme, el catedrático de Economía y Organización de Empresas me propuso quedarme en el departamento a hacer el doctorado, y como tampoco tenía otra opción mejor, la oferta me resultó interesante. Fue durante el tercer año de mi tesis cuando empecé a dar mis primeras clases ¡madre mía, todavía recuerdo lo nervioso que estaba! —dijo soltando una carcajada y negando con la cabeza como intentando borrar algún recuerdo bochornoso—. Después de doctorarme tuve la suerte de que se ofertó una plaza de profesor titular en el departamento y opté a ella. Como te he dicho, lo de la consultoría fue un trabajo fortuito que cogí para tener un sueldo complementario y que por suerte he podido mantener y compaginar con la facultad. Por lo demás no hay mucho más que contar.

—¿Te gusta vivir en Barcelona?

—Sí, y ahora más que nunca —concluyó la conversación—. Es hora de irse, se está haciendo tarde y tú mañana tienes que madrugar.

—Cierto —Lucía se maldijo por dentro, no podía creerse que la tarde se le hubiera pasado tan deprisa. Cuando estaba con él tenía la sensación de que las agujas del reloj avanzaban más rápido de lo normal, acortando las horas y robándole el tiempo con el que tanto disfrutaba.

—¿Te acerco a casa?

—Hasta la Diagonal está bien si no te importa.

Cuando llegaron al mismo punto donde se despidieron hacía apenas unos días, Lucía se bajó de la moto, le dio el casco a Gabriel y se quedó de pie a unos centímetros de él. Con una mirada fulminante, Gabriel la atrajo hacia sí y le acarició la cara con su fría mano. Lucía cerró los ojos para sentir más

plenamente el tacto de su piel, y sin poder ejercer ningún tipo de control sobre su cuerpo, empezó a tiritar presa del frío y los nervios. Gabriel se levantó, le apartó la larga melena hacia atrás, se acercó lentamente hacia su oído y le susurró:

—Cada cosa pasará cuando tú quieras que pase, no tengo prisas contigo —y la besó tiernamente en la mejilla.

Para cuando Lucía abrió los ojos, Gabriel ya se había vuelto a sentar en la moto, se colocó el casco y arrancó el motor. Ella dio un paso atrás, se metió las manos en los bolsillos y esperó a ver cómo el hombre del que sin duda alguna se estaba enamorando se perdía entre la multitud de los vehículos.

11

La mañana se había levantado de lo más esplendorosa, el sol brillaba con fuerza intentando hacer desaparecer la humedad y el helor que habían envuelto la ciudad durante toda la noche. Los habitantes más madrugadores se encontraban sentados en las pocas terrazas de las cafeterías que estaban abiertas dispuestas a lo largo del paseo, buscando los anhelados rayos de sol escasos en otoño mientras leían la prensa del fin de semana. A diferencia de las horas punta, los carriles de la majestuosa vía estaban despoblados de coches en circulación, por lo que el ambiente era de lo más tranquilo y acogedor. Lucía, apoyada en una pared del borde del paseo de Gracia donde en ocasiones previas se había despedido de Gabriel, ahora aguardaba a que pasara a recogerla para pasar juntos la mañana del sábado. A los pocos minutos, empezó a distinguir el sonido de una moto que se acercaba velozmente hacia donde ella se encontraba.

—Buenos días —le dijo Gabriel levantándose la visera y dejando al descubierto sus intensos ojos negros.

—Buenos días —le devolvió el saludo—¡que puntualidad!

—¿Lista?

—¿Todavía no vas a decirme a dónde vamos? —preguntó con curiosidad.

—No, es una sorpresa. Agárrate fuerte —y aceleró la Honda poniendo rumbo hacia la carretera de la Arrabassada.

Treinta minutos más tarde y después de dejar atrás la carretera de ininterrumpidas curvas que enlazaba Barcelona con el pueblo de Sant Cugat, atravesando la sierra del precioso parque natural de Collserola, Gabriel empezó a aminorar la marcha y se adentró en un camino de tierra hasta alcanzar una preciosa masía de color marfil con grandes ventanales de madera hosca que le conferían un aspecto de lo más refinado y señorial. En la fachada principal del recinto podía leerse en grandes letras metálicas “Club Hípico”, por lo que Lucía empezó a sentirse completamente emocionada y confusa de que Gabriel la hubiese llevado a ese lugar.

—Bienvenida al club, tengo muchas ganas de presentarte a alguien muy importante para mí y que muy pocas personas conocen —le confesó mientras guardaba los cascos debajo del asiento.

—¿A quién? Dijo algo desconcertada —de pronto empezó a pensar en todas las posibles personas que Gabriel quería que conociese. ¿Sus padres?

Imposible, vivían en el pueblo, ¿su hermana? también estaba en Navarra, ¿algún tío, primo...? Nunca le había mencionado que tuviera familia en Barcelona, ¿algún amigo, quizás?

—Lucía ¿vamos? —le tendió una mano.

—Me tienes bastante intrigada ¿no puedes darme ni siquiera una pequeña pista?

—Tranquila, tú confía en mí. Seguro que le caes genial.

—Si tú lo dices —y empezó a atusarse el pelo y recolocarse bien la ropa para presentar un aspecto lo más decente posible.

Mientras se dirigían hacia el interior del recinto Lucía miró en repetidas ocasiones de reojo a Gabriel, que no podía disimular su contento.

—Tan puntual como siempre —la voz de un joven que no tendría más de veinte años se acercó desde la lejanía.

—Hola Santiago ¿Qué tal la semana? ¿Ha habido algún problema o incidente?

—Todo ha estado muy tranquilo. ¿Vas a salir a pasear? ¿Quieres que te la prepare?

—No te preocupes, yo mismo lo haré, aunque necesitaré a otra compañera para mi amiga —informó mientras señalaba a Lucía, que se encontraba un paso más atrás observando las preciosas instalaciones.

—Claro, creo que Orfelia está disponible. Voy a preguntar y os digo algo en un momento.

—Gracias Santi, como siempre, tan eficiente.

Cuando llegaron al establo número catorce, Gabriel abrió una puerta y se adentró en su interior para unos minutos más tarde salir tirando de una preciosa yegua color chocolate con la parte final de las patas blancas como si llevara puestos unos calcetines.

—Lucía, te presento a Abha —dijo acariciándole suavemente la frente al animal.

—Gabriel, es preciosa ¿puedo? —preguntó levantando el brazo con ganas de tocar al bello ejemplar.

—Claro ¡pero cuidado que a veces muerde!

—¿Cómo? —retrajo rápidamente la mano para protegerse.

—¡Es broma, Lucía! es el animal más tranquilo y noble que conozco —dijo soltando una risotada—. Ven, acaríciala aquí —le dirigió la mano hacia la parte de la cabeza que quedaba por encima de la nariz.

Aunque al principio semejante acción le produjo un gran respeto, al poco

rato Lucía se dejó cautivar por la increíble sensación de acariciar a un animal de esas dimensiones. Gabriel entrelazó su mano con la de ella y durante unos minutos acariciaron juntos a Abha dejándose seducir por ese primer contacto íntimo entre los dos. Ambos se miraron fijamente y cuando Gabriel hizo el amago de agachar la cabeza en busca de la boca de Lucía, que permanecía completamente inmóvil delante de él, Santiago apareció a sus espaldas:

—Gabri, Orfelía está lista en el herradero ¿quieres que vaya a buscarla?

—Sí, gracias. Yo mientras preparo a esta hermosura — contestó mientras llevaba a Abha hacia un poste donde la amarró.

—¿Quieres que te ayude primero? —se ofreció el mozo.

—Pues si no te importa, así acabo antes —le agradeció Gabriel.

—¿Has montado alguna vez? —le preguntó Santi a Lucía que los observaba con atención.

—Solo una, hace muchos años. No sé si me acordaré.

—Tranquila, Orfelía es una yegua muy mansa y obediente. No te dará ningún problema. Además, Gabriel es un estupendo jinete, puedes estar tranquila.

—Ah, ¿sí? —preguntó sorprendida.

—Bueno, yo... —dijo pasándose la mano por el pelo alborotado. Lucía acababa de darse cuenta de que ese gesto escondía cierta timidez y vergüenza.

—Anda Gabri, no seas modesto. Durante muchos años estuvo compitiendo y no se le daba nada mal. Es una pena que lo dejara —confesó el mozo mientras se alejaba hacia el herradero.

—Vaya, no lo sabía. Y ¿por qué lo dejaste? Si no es mucho preguntar.

—Es una larga historia, ya te la contaré algún día —su semblante se entristeció—. Hoy hemos venido a disfrutar de esta estupenda mañana — prosiguió tirando fuerte de una cincha y guiñándole un ojo a Lucía.

—Aquí está Orfelía, ¿Te ayudo a subir?

—Sí, gracias —con gran habilidad Lucía se montó en el lomo de la preciosa yegua blanca que le habían dispuesto.

Acto seguido, Gabriel se subió sobre Abha e iniciaron su paseo por los frondosos senderos que se adentraban en las profundidades del parque natural.

La sierra de Collserola era un precioso macizo con más de ocho mil hectáreas de espacio natural, conformado por una gran variedad de plantas, árboles y animales que lo dotaban de una gran diversidad biológica. El silencio que predominaba ante cualquier sonido, los rayos de sol que se reflejaban sobre las hojas de los árboles dibujando constantemente siluetas y

formas imprecisas en el suelo de tierra color canela, y las vistas de vastas explanadas resquebrajadas por estrechos caminos hacían del parque un lugar con mucho encanto. Durante el paseo, no fue infrecuente que Lucía y Gabriel se toparan con personas corriendo, en solitario, al ritmo de la música que emitían sus reproductores de audio, familias portando mochilas recorriendo alguna de las decenas de rutas marcadas para pasar el día o grupos de ciclistas pedaleando con gran habilidad y soltura buscando la sensación de velocidad y libertad que les imprimía la montaña.

—¿El pueblo que se ve a lo lejos es Sant Cugat? —preguntó Lucía indicando unas casas que se veían en la lejanía.

—Sí, ¿has estado alguna vez?

—No, nunca he tenido ningún motivo para venir.

—Pues es un pueblo precioso que vale la pena visitar. El centro del municipio todavía conserva casas muy antiguas y tiene un monasterio y un claustro del siglo IX realmente impresionantes. De hecho, fue el monasterio más importante de todo el condado de Barcelona durante mucho tiempo. Si te apetece, podemos ir algún día.

—Me encantaría —le confesó sin poder esconder una tímida sonrisa.

Fascinada contemplando minuciosamente el precioso paisaje que la rodeaba, sintió que Gabriel se acercaba lentamente hacia ella.

—¿Quieres saber por qué dejé de competir? —se aclaró la garganta.

—Gabri, cuéntamelo solo si tú quieres. Quizás antes he sido un poco desafortunada con la pregunta. No quería incomodarte, lo siento —se disculpó.

—Tranquila no tenías por qué saber nada. Es una historia que no me gusta contar ni recordar, pero no sé... siento que a ti puedo explicártelo todo, nunca antes había tenido esta sensación con nadie —hizo una pausa y siguió—. Cuando mis padres me enviaron al internado de Pamplona, los curas nos permitían hacer algunas actividades extraescolares y yo me apunté a equitación por salir algunas tardes de los asfixiantes muros de la residencia. Desde el primer momento en que me subí a un caballo supe que iba a ser una de mis grandes pasiones. La nobleza y la lealtad de estos animales hacia su amo o cuidador son incuestionables. Al principio, como te digo, me inicié por entretenimiento, pero empecé a entrenar y a ganar habilidades como jinete y los profesores de la hípica se pusieron en contacto con mis padres para ver si existía alguna posibilidad de competir en pequeños campeonatos a nivel local y comarcal. Y así empecé...—Gabriel se tomó unos segundos y continuó—.

Cuando me trasladé a Barcelona, estuve buscando hípicas y esta es la que más me gustó, además, me daban la oportunidad de poder competir con caballos de la propia escuela o de algunos socios que buscaban jinetes para sus equinos. En poco tiempo hice buenos amigos y compañeros, la verdad es que formamos un gran equipo. Un día... —de pronto se le apagó la voz, se volvió a aclarar la garganta y con un gesto de tristeza prosiguió— un día, estábamos en Gerona, y Eduardo, uno de los chicos con los que más amistad entablé, salió a la pista a competir. Todo le estaba saliendo perfecto, creíamos que iba a ganar, pero de repente... después de un salto la yegua que montaba se rompió una pata y los dos se fueron al suelo. Todos nos quedamos petrificados sin poder reaccionar durante unos segundos, hasta que al final Ramón, uno de nuestros entrenadores, salió corriendo hacia la arena. Yo... no podía moverme, Lucía. Estaba allí, de pie, incapaz de articular ningún movimiento o palabra, era como si de pronto todo se hubiera parado...

—Oh Gabriel, cómo lo siento —dijo apenada.

—Recuerdo que Silvia, otra compañera, me empezó a zarandear y a gritarme ¿por qué no te mueves? ¡Ves a ayudar, haz algo! Y es como si de golpe me sacara de ese estado de amedrentamiento. Cuando llegué a la pista, Eduardo estaba inconsciente, no reaccionaba a nada, le salía sangre por la nariz y los oídos y todo el mundo se estaba temiendo lo peor; cuando llegaron los de emergencias lo inmovilizaron, lo entubaron y se lo llevaron urgentemente al hospital. ¡Joder, Lucía! Si hubieras visto la cara de desesperación y pavor de los padres de Eduardo —dijo sacudiendo la cabeza hacia los lados intentando hacer desaparecer la dolorosa imagen—. Después de ocuparnos de los caballos, Ramón, un par de compañeros y yo fuimos al hospital donde lo habían ingresado. Al llegar nos dijeron que lo estaban operando y estuvimos más de cinco horas a la espera de recibir alguna noticia ¡Fueron las cinco horas más largas de mi vida! —exclamó—. Cuando por fin salió el médico, nos dijo que Eduardo se había dado un golpe muy fuerte en la cabeza y que le había ocasionado varias hemorragias internas, además, tenía una gran inflamación que le estaba comprimiendo el cerebro, por lo que se encontraba en estado crítico. También nos dijo que las siguientes veinticuatro horas eran de gran importancia y que en ese momento no podía darnos más información sobre las secuelas que le iban a quedar en el caso de que despertara —suspiró—. Nos quedamos todos completamente destrozados... Los padres de Eduardo nos dijeron que nos marcháramos a casa, que sabían lo importante que era su hijo para nosotros pero que allí no podíamos hacer nada

por él y que en cuanto supieran algo nos llamarían ¡Imagínate la noche que pasé! No pude conciliar el sueño ni un solo momento, me pasé las horas recorriendo el pasillo de mi casa, salí a la calle a caminar... fue una verdadera agonía.

—¿Y qué fue de Eduardo? —su voz temblaba por lo impactada que se había quedado y por ver lo afectado que estaba Gabriel. Era la primera vez que lo veía abatido.

—Casi por obra de un milagro, se despertó a los pocos días, pero estaba en estado vegetativo, no podía hablar ni moverse, solo se comunicaba con los ojos. Poco a poco y con mucha rehabilitación fue recuperando las funciones que había perdido, el habla, el movimiento de las piernas y los brazos, la escritura... tuvo que aprenderlo casi todo desde el principio. Después del accidente, Eduardo dejó de ser la misma persona, se volvió más irritable, impulsivo, mal educado, decía todo lo que se le pasaba por la cabeza sin ningún tipo de censura... los médicos nos dijeron que existía una probabilidad muy alta de que el Eduardo que conocíamos no volviera nunca más, y así fue.

—Pobrecillo.

—A partir de ese momento decidí dejar la competición, le dije a Ramón que por temas laborales ya no me iba a ser posible continuar, pero si te soy sincero lo dejé porque me acojoné. Eres la primera persona a la que le digo la verdad ¿sabes? —le confesó buscando su comprensión—. No quería correr el riesgo de que eso me pasara a mí, no quería que mis padres tuvieran que pasar por algo similar a lo que vivieron los padres de Eduardo, ni estaba dispuesto a que mi vida cambiara de esa manera. No te voy negar que los primeros años sin competir fueron muy duros, porque era una parte muy importante de mi vida, pero cuando sopesaba las consecuencias que podía ocasionarme una caída fatal, se me quitaban las ganas.

—Fue una decisión muy responsable, Gabriel, yo en tu lugar no sé si me hubiera atrevido siquiera a volver a subirme a un caballo.

—No fue fácil que digamos... la primera vez que me subí después del accidente me bajé a los pocos minutos porque tenía la sensación de que el caballo me iba a tirar al suelo, pero me obligué a volver a montarlo una y otra vez hasta que fui superando la sensación de pánico que me bloqueaba. Ahora solo monto por entretenimiento y con eso ya me vale.

—¿Sigues viendo a Eduardo o tienes noticias de él?

—Ahora apenas nos vemos, se niega a ver a la gente del club. Dice que le recordamos demasiado lo que le ocurrió.

—Por una parte es comprensible, debe de ser realmente duro pasar por algo así.

—Pues sí, no me gustaría verme en su situación.

Lucía soltó su mano izquierda de la rienda y extendió el brazo en busca de la mano de Gabriel que se la cedió afligidamente en busca del consuelo que nadie antes le había brindado; y durante unos minutos cabalgaron en silencio bajo los cálidos rayos del sol de otoño.

Ya de vuelta en las enormes y acogedoras instalaciones del club, Lucía devolvió su yegua a Santiago, que los esperaba en la puerta de los establos.

—¿Qué tal ha ido el paseo? —les preguntó el joven mozo.

—Estupendo, Orfelia se ha portado de maravilla.

—Ya te lo había dicho, es una gran yegua —dijo dándole unos suaves toques en el cuello—. Pues si no necesitáis nada más, me llevo a esta belleza. Que acabéis de pasar un buen día.

—Gracias por todo Santi —se despidió Gabriel.

—Bueno preciosa, vamos a desensillarte y a darte una buena ducha a ti también —dijo Gabriel mientras le acariciaba la ternilla a Abha—. ¿Quieres ayudarme? —miró a Lucía que estaba de pie a su lado.

—Por supuesto.

—Lo primero que vamos a hacer es quitarle las bridas y las dejaremos colgando sobre el cuello para tener un punto de agarre, por si fuera necesario —empezó explicando—. Ahora, le ponemos con cuidado esta especie de armazón que se llama cabezada hasta colocarla detrás de las orejas y ya podemos acabar de quitarle estas correas, ¿las puedes sujetar?

—Dámelas. ¿Está bien si las dejo aquí? —señaló un poste de madera.

—Sí, ahí están bien —le confirmó mientras ataba a la yegua al mismo madero—. El siguiente paso es quitarle la montura, y para ello vamos a recoger los estribos y los fijaremos en la silla para evitar golpear a Abha cuando la retiremos e impedir que se asuste. Desatamos y soltamos las cinchas poco a poco, mira cómo lo hago yo y quita las del otro lado si quieres —le propuso para involucrarla en la tarea.

—A ver, déjame ver... perfecto. Voy a intentarlo —dijo entusiasmada mientras se dirigía al otro lado del animal.

—¡Ya está!

—Vuelve a mi lado —le señaló—. Una vez que las cinchas están sueltas, con cuidado estiramos de la montura sujetándola por el sudadero y listo... ya

la tenemos preparada para el siguiente paso, el baño.

—¿No hace mucho frío para mojarla?

—No, tranquila. Hoy hace mucho sol —sonrió.

—¿A los caballos se les baña de alguna manera especial? —preguntó curiosa.

—Sí, primero se empieza por las patas, de abajo hacia arriba, para ayudar a relajar los tendones, así —le mostró orgulloso— luego se pasa la manguera por el cuerpo, la cola y muy importante, entre las patas traseras, porque es una zona donde se acumula mucho sudor. La cabeza se deja para lo último —siguió explicándole— es la parte más delicada, y hay que tener cuidado de que el chorro de agua no salga con mucha presión porque se pone nerviosa, hay que poner el dedo sobre la boquilla para que el caño de agua salga de forma dispersa, como si lloviznara ¿Quieres probar? — le preguntó pasándole la manguera haciendo un amago como si la fuera a mojar.

—¡Eh! Ni se te ocurra —se echó a reír—. A ver, déjame probar —y antes de dirigir el chorro hacia el animal lo giro momentáneamente hacia donde estaba Gabriel— ¿te gusta? —le preguntó bromeando.

—¡Será posible, ven aquí! —la amenazó mientras empezó a perseguir a Lucía, que de un sobresalto soltó la manguera y empezó a correr en busca de algún lugar donde ponerse a salvo.

Como dos niños disfrutaron intensamente corriendo uno detrás del otro, riéndose a carcajada limpia y olvidándose de todo y todos; a pesar del poco tiempo que hacía que se conocían, era como si llevaran toda una vida juntos. Sus miradas llenas de complicidad sustituían muchas veces a las palabras adivinando qué pasaba por el pensamiento del otro, el respeto y la aceptación que se profesaban mutuamente hacían que se sintieran especialmente cómodos estando juntos, y la atracción física que crecía por minutos como un fuego descontrolado provocaba que a cada minuto se desearan más.

—¡Me rindo, me rindo! —jadeó Lucía sin aliento del ataque de risa que le había dado.

—¿No te han dicho nunca que es mejor no empezar una guerra que no puedes ganar? — le susurró él en el oído mientras la tenía sujeta desde atrás.

—No, siempre me han enseñado que hay que luchar hasta el final —le volvió a retar mientras se daba la vuelta y lo miraba intensamente marcando una distancia.

Tras unos segundos acompañados de un intenso silencio, Gabriel apretó sus labios con fuerza.

—Será mejor que acabemos de bañar a Abha, no me gustaría que se enfriara —musitó finalmente, mientras con un gesto tierno le acarició la barbilla a Lucía.

—Claro —le contestó ella colocándose un mechón de pelo detrás de la oreja y volviendo junto al animal.

Después de dejar a la yegua en su cuadra, Gabriel y Lucía se dirigieron hacia una de las terrazas del club, que ocupaba buena parte del primer piso de la masía. Las vistas desde esa parte de las instalaciones eran realmente impresionantes porque permitían divisar la enormidad del parque teñida en tonos ocres y marrones, entremezclados con sutiles matices verdes. Un panorama digno de ser captado por el pincel de cualquier buen paisajista.

Lucía se sentía completamente dichosa, hacía mucho tiempo que no experimentaba esa sensación de felicidad plena que inducía a que todos los días estuvieran cargados de sentido y esperanza. Gabriel le había devuelto la ilusión de creer en aquello que tanto daño le hizo un día y que durante años se estuvo negando concienzudamente, imposibilitando que cualquier hombre se acercara a su humillado y magullado corazón. En el fondo de su ser, empezaba a creer que sus vidas estaban destinadas a cruzarse para poder ofrecerse mutuamente aquello que tanto habían anhelado o necesitado. Hacía tan solo unas semanas que conocía a Gabriel y ya se le hacía inconcebible pensar en sus días sin él. El espanto que se apoderó de ella los primeros días después de conocerlo se fue esfumando sutilmente, para ir dejando paso a una sensación de tranquilidad al advertir que lo que estaba experimentado ella en lo más profundo de su ser también le estaba sucediendo a él. Su manera de mirarla, de hablarle y de tocarla, le transmitían sentimientos sinceros de afecto capaces de derribar hasta las barreras más infranqueables.

—¿Tienes hambre? —le preguntó sacándola de sus reflexivos pensamientos.

—Pues ahora que lo dices, un poco.

—Vamos —le tendió la mano— voy a llevarte a comer la mejor hamburguesa que hayas probado en tu vida.

—Mmm... qué bien suena —se estremeció al sentir de nuevo su dulce tacto.

El camino de vuelta hasta Barcelona fue de lo más agradable. Cuando llegaron a la ronda de Dalt, Gabriel tomó la salida de Avenida Tibidabo y bajaron hasta el Paseo de Sant Gervasi, dejando atrás las fastuosas y lujosas mansiones que fueron construidas por los arquitectos más prestigiosos de los años veinte, como residencia de las mejores familias burguesas catalanas. A pesar de los casi cien años de su historia, la mayoría de ellas seguían intactas y bien conservadas al ser adquiridas por empresas privadas, universidades e incluso gobiernos de otros países para asentar sus oficinas internacionales o consulados. Al llegar a la altura de Muntaner, Gabriel bajó dirección al mar hasta la calle de Arimón, y giró a la derecha hasta llegar a la Plaza del Camp, donde se encontraba la famosa hamburguesería La Royale. A través de una pequeña entrada dotada de unos grandes ventanales se accedía al interior del local engalanado con motivos relacionados principalmente con la aviación. A lo largo del establecimiento podía apreciarse desde una gran avioneta amarilla suspendida del techo, hasta grandes hélices clavadas en las paredes, algunas de las cuales se encontraban empapeladas de fotografías de viejas aeronaves en blanco y negro. El contraste de estos ornamentos junto con la gran cantidad de espejos en los que se podían leer diferentes citas escritas cuidadosamente en tinta blanca, con algunas cabezas de esqueletos de los que fueron en su día mamíferos de largos cuernos, hacían del espacio un lugar curioso y singular.

Acorde con la reputación que le precedía, la hamburguesería estaba atestada de gente, por lo que tuvieron que esperar unos minutos hasta que les pudieron ofrecer un par de sitios en una estrecha barra de madera porosa que decoraba un entrañable rincón del local.

—Aquí tienen la carta, ¿les apetece beber algo mientras tanto? —les preguntó un joven camarero vestido con un largo delantal negro.

—Yo tomaré una coca-cola light, por favor —pidió Lucía.

—Lo mismo para mí, gracias.

—¿Qué te parece el sitio? ¿Habías estado antes? —le preguntó Gabriel.

—La verdad es que no lo conocía y tengo que admitir que tiene su encanto —confesó mientras sus ojos recorrían las peculiares paredes del establecimiento.

—Pues espera a probar la comida, está deliciosa.

Lucía ojeó la carta bajo la atenta mirada de Gabriel.

—¿Me recomiendas alguna hamburguesa? —preguntó ella.

—¿Te gusta el avestruz?

—No lo he probado nunca.

—Es una carne deliciosa.

—Mmm... creo que seguiré fiel a mis costumbres y pediré la de pollo.

—¿No te gusta probar cosas nuevas?

—Bueno... digamos que soy bastante tradicional con la comida.

—Chicos, ¿ya lo tenéis? —los interrumpió el camarero de nuevo.

—Yo tomaré la hamburguesa de pollo de payés, gracias.

—Yo la de bisonte. ¿Te apetece que pidamos algo de picar? —se dirigió a Lucía.

—Sí, me está bien lo que pidas.

—Y unas patatas De Luxe —añadió Gabriel, cerrando la carta y entregándosela al camarero.

—¡Marchando! En un rato lo tendréis listo.

—Oye, no te lo he preguntado antes y tengo curiosidad ¿Abha es tuya o es propiedad de la hípica?

—Es mía, se la compré hace unos años a un socio del club. Por motivos de trabajo se tuvo que marchar a vivir a los Estados Unidos y le era imposible llevársela, así que me preguntó si me interesaba quedarme con ella; me hizo una oferta casi ridícula y no pude resistirme. Lucía asintió con la cabeza.

—Si no es mucho preguntar y sin parecer muy cotilla —marcó una pequeña pausa antes de continuar—, ¿cuánto vale un caballo?

—Depende de la raza, la edad, si es de competición... pueden oscilar desde los mil euros o quizás un poco menos los más baratos, hasta los doscientos mil o más.

—¡Vaya! —exclamó.

—Lo sé, algunos ejemplares son solo aptos para bolsillos afortunados.

—Ya lo creo. Y dime, ¿vas todas las semanas a verla? A Abha, quiero decir.

—Sí, en los meses de más frío suelo ir los sábados y algún que otro domingo por la mañana porque entre semana oscurece muy pronto y cuando salgo de trabajar ya es tarde para sacarla, así que Santiago, el mozo que has conocido, se encarga de ella. En primavera y verano es diferente, suelo subir dos o tres tardes por semana a pasearla y entrenarla, me relaja muchísimo.

—Te entiendo, pasear por esos parajes ha sido algo realmente revitalizante y relajante. Sin el ruido continuo de la ciudad y la contaminación que respiramos aquí... ha sido una bocanada de aire fresco.

—Puedes acompañarme cuando quieras —le dijo mirándola intensamente.

—Gracias, es todo un detalle —sonrió ruborizada.

El sonido del teléfono de Gabriel rompió la agradable atmósfera que se había creado entre ellos.

—Víctor, ¿qué pasa? —respondió haciendo un gesto de disculpa.

—...

—Vale, ¿a las siete? ¿Quién seremos al final?

—Perfecto.

—Nos vemos en un rato, hasta luego —colgó y volvió a dejar el móvil sobre la barra.

Lucía, que se había quedado mirando a Gabriel intentando descifrar inconscientemente el mensaje de la conversación, volvió la atención a su plato disimuladamente cuando se percató de su descaro. <<¡Mierda! Espero que no piense que soy una entrometida>>, pensó para sus adentros.

—Era Víctor, mi antiguo compañero de piso ¿recuerdas que te hablé de él? Hemos quedado esta tarde para ver el partido de fútbol con unos compañeros de la universidad —le explicó como si le hubiera leído el pensamiento—. ¿Te apetece venir?

—Gracias por la invitación, pero esta noche he quedado con unas amigas para cenar y no me gustaría llegar muy tarde a casa, de hecho, agradecería mucho tomarme una buena ducha y descansar un rato antes de salir. Si no te importa, cuando acabemos de comer, ¿me puedes acercar?

—No hay problema —le confirmó—. ¿Puedo saber qué planes tenéis?

—Pues si te digo la verdad todavía no lo sé. Hemos quedado en Plaza Urquinaona y allí decidiremos, pero posiblemente bajaremos hacia el Born a cenar y luego tomaremos algo por allí.

—Nosotros también saldremos a tomar algo después del partido ¿quieres que te llame cuando acabe y hacemos algo más tarde? —le preguntó con una mirada de lo más traviesa.

—No, no, tranquilo... —carraspeó algo nerviosa pasándose una mano por detrás de la oreja— ya nos vemos mañana si te parece bien.

—Lucía —se inclinó hacia ella—, ya te dije el otro día que cada cosa pasaría cuando tú quieras que pase. No quiero que te sientas presionada o nerviosa cuando estés conmigo. Esperaré hasta que te sientas preparada —le dijo acompañando sus delicadas frases con una mirada de lo más sincera.

—Yo... gracias —le agradeció finalmente.

Para cuando quedaron esa tarde, la oscuridad ya se había adueñado de la ciudad trayendo consigo el frío y la humedad que atestiguaban el final del otoño y la llegada del invierno. Como de costumbre, Lucía esperó a Gabriel en la esquina entre la Avenida Diagonal y el Paseo de Gracia para evitar que sus entrometidas compañeras, especialmente Claudia, metieran la nariz en sus asuntos privados. A pesar de sentir cierto afecto por ella, a veces podía resultar bastante invasora cuando insistía en querer saber a cada momento qué es lo que hacía, dónde iba y con quién, haciéndola sentir muy incómoda al verse obligada, en cierta manera, a tener que darle tantas explicaciones sobre su vida, por lo que había decidido, por el momento, mantener con discreción su relación con Gabriel.

El sonido del claxon de un coche negro que se había estacionado con las luces de emergencia en la parada de autobús la sobresaltó, entrecerró los ojos para focalizar mejor la mirada y con cierta dificultad vio cómo la sombra de una figura desde el interior del vehículo hacía algún tipo de señal que no supo interpretar. Sin darle la menor importancia volvió a centrarse en los vehículos que discurrían por la avenida mientras seguía esperando.

—¡Lucía! —la llamó una voz desde la lejanía.

Volvió a girar la cabeza hacia el vehículo negro y comprobó que la silueta del conductor que se había desplazado hacia la ventana del asiento del copiloto correspondía a Gabriel.

—No te había reconocido, lo siento —se disculpó cerrando cuidadosamente la pesada puerta.

—Hola preciosa —le dio un rápido e inesperado beso en la mejilla— iba a coger la moto porque es más cómoda para movernos por la ciudad, pero he pensado que hoy hacía mucho frío y quizás incluso puede que llueva — continuó con naturalidad.

—Se agradece, hoy la tarde está realmente fría ¿qué tal ayer?, ¿contento con el resultado del partido?

—Bueno, ganamos por los pelos —le dijo algo despistado mientras intentaba incorporarse al tránsito de la Diagonal— pero lo importante es que sumamos los puntos y que seguimos primeros. Y tú que tal, ¿dónde fuisteis al final? —le preguntó prestándole de nuevo toda su atención.

—A un restaurante que está al lado de la Catedral del Mar y luego tomamos algunas copas por la zona.

—¿Te lo pasaste bien?

—Mucho, una de las chicas que vino es muy divertida y no paramos de reírnos en toda la noche. A veces me sorprendo de las inagotables ocurrencias que es capaz de formular una misma persona —resopló—. ¿Vosotros salisteis después del partido?

—Un rato, nos fuimos a tomar unas cervezas por la zona de Santaló, pero a las dos ya estaba en casa. ¿Y qué tal tu mañana?

—He aprovechado para dormir un poco y sobre la una he ido a comer a casa de mis padres, hacía días que no los veía y los echaba un poco de menos.

—¿Siguen viviendo en Sant Gervasi? Me dijiste que vivían allí ¿verdad?

—Vaya, qué memoria, eso es que me escuchas cuando te hablo.

—Yo siempre te escucho, Lucía —le clavó su mirada imponente.

—Eh... ¿de qué estábamos hablando? —musitó algo desconcertada. Cada vez que Gabriel la miraba de esa manera la dejaba completamente bloqueada —. ¡Ah, sí, ya me acuerdo! Sí, viven allí.

—Y tu hermano, ¿cuánto lleva en Inglaterra?

—Diez meses, consiguió trabajo en una empresa de telecomunicaciones y de momento le está yendo bastante bien.

—Solo tienes que salir de este país de corruptos para que las cosas te vayan mejor — puntualizó críticamente—. Los jóvenes de hoy en día lo tienen, bueno, lo tenemos, bastante difícil; aunque, afortunadamente, yo de momento no me puedo quejar y espero que continúe así por mucho tiempo.

—Pues sí, es una pena la situación actual. Esperemos que la cosa mejore pronto. Cambiando de tema, ¿qué película vamos a ver?

—Es la versión cinematográfica de uno de mis libros preferidos, *El Médico*, de Noah Gordon. Espero que no te aburra demasiado.

—¿Una historia acontecida en la edad media? —bromeó.

—Ambientada en el siglo XI para ser más precisos. Si la peli es tan buena como el libro, creo que te gustará.

—Luego te lo digo —le guiñó un ojo.

Al llegar a la avenida Icaria, Gabriel aparcó el coche y se adentraron en el centro comercial de La Vila, que denotaba un ambiente un tanto desolador al estar la mayoría de las tiendas cerradas por ser domingo. Al bajar a la planta baja donde se encontraba la entrada del cine y algunos bares y restaurantes apreciaron algo más de movimiento. Cuando llegaron a la sala las luces ya se habían apagado, por lo que un acomodador los acompañó hasta sus asientos.

Lucía sacó sus gafas de pasta negra del bolso y al ponérselas se dio cuenta de que Gabriel la miraba fijamente <<estás preciosa>> le susurró, y entrelazó sus dedos con los de ella. Durante unos segundos, Lucía cerró los ojos y percibió cómo la sangre le circulaba a toda velocidad por el cuerpo arrancándole una sensación sofocante de calor que le subió por la espalda y por la nuca, por lo que disimuladamente se abrió un poco el cuello de la camisa con la mano que le quedaba libre. Le deseaba, le deseaba tan intensamente que un cosquilleo travieso se abría paso en su bajo vientre cada vez que él la rozaba, pero su maldita historia estaba todavía tan presente que no podía evitar sentir cierta desconfianza y miedo ante la idea de volver a abrirle su corazón a otra persona. Se sentía tan estúpida.

Al terminar la película, Gabriel seguía sujetando con fuerza la mano de Lucía temiendo dejarla escapar, porque no sabía en qué momento podría volver a entablar un contacto tan simple, pero a la vez, tan cercano con ella. El recorrido de vuelta al coche lo hicieron en silencio y sin apenas mirarse, inmersos cada uno en sus pensamientos. Una vez se hubo acomodado en el asiento, Gabriel puso las manos sobre el volante, dejó ir un suspiro y antes de arrancar el coche se volvió hacia ella y con ojos suplicantes le dijo:

—Cuéntamelo, cuéntame qué te pasó para tener tanto miedo.

—Gabriel yo... —balbuceó sin saber qué decirle, verlo con la cara tan compungida y con la expresión tan descolocada la hizo sentir muy culpable.

—Por favor, solo quiero poder entenderte... —le suplicó.

Lucía se concentró en hacer desaparecer la opresión que le aplastaba el pecho, tomó aire y decidió explicarle la verdad, se lo debía.

—Hace unos años conocí a un chico, Carlos. Aunque al principio no me llamó la atención, él sí empezó a mostrar cierto interés hacía mí, por lo que, poco a poco, y sin quererlo, me empecé a sentir atraída por él. Me decía cosas dulces, me trataba como cualquier mujer desearía, se interesaba por mis cosas... en fin, que una cosa llevó a la otra y empezamos a salir —a Lucía se le empezaron a humedecer los ojos, porque cada vez que recordaba su patética historia, la rabia y la frustración se apoderaban de ella—. Después de un tiempo saliendo juntos, me llevó a su casa a conocer a sus padres y yo hice lo mismo con mi familia. Todo nos iba muy bien, o al menos eso es lo que yo pensaba —dijo con la voz casi enmudecida y el rostro pálido—. Un día, me propuso irnos a vivir juntos y yo como una tonta le dije que sí, sin pensármelo —negaba con la cabeza—. Llevábamos casi dos años juntos, conocíamos a nuestras familias y amigos, nos entendíamos muy bien en todos los sentidos, no

tenía ninguna duda ¿sabes? — miró a Gabriel con el semblante afligido—. Empezamos a buscar piso y encontramos uno por la zona del centro que nos enamoró a los dos, así que dimos la paga y señal para mudarnos al mes siguiente... —respiró unos segundos y continuó—. Un viernes, después de salir del trabajo quedamos en que me pasaría a recoger para ir a mirar muebles, pero después de dos horas esperando en mi despacho sin que me respondiera al teléfono me fui para casa. Estaba atacada de los nervios porque pensé que le había pasado algo, Carlos no me cogía el móvil, sus padres tampoco, sus amigos no sabían nada él... Me pasé toda la noche en vela, enviándole mensajes que nunca le llegaban, estaba completamente desesperada —el cuerpo de Lucía empezó a temblar como una hoja a punto de soltarse de la rama que la sujeta—. Al día siguiente, volví a llamar a casa de sus padres y no obtuve respuesta, el móvil de él dejó de dar señal y sus amigos no me devolvían las llamadas. No entendía absolutamente nada... — las lágrimas amargas de tristeza empezaron a rodarle por las mejillas sin poder detenerse—. De pronto, el lunes recibo la llamada de la mujer de la agencia para confirmarme la cancelación del piso —cerró los ojos sintiendo todo el dolor de su pecho—. Yo me quedé petrificada porque por mucho que lo intentaba no entendía nada o no quería darme cuenta de lo que me estaba pasando, no lo sé... Cuando pude articular una palabra le exigí que me explicara a qué venía todo aquello y me contó que Carlos la había llamado para anular la reserva, que al final nos lo habíamos pensado mejor y que íbamos a buscar otro piso. Como nos vio tan convencidos el día de la paga y señal, quería asegurarse de que ambas partes estábamos de acuerdo con la anulación. Y entonces... — Lucía rompió a llorar desesperadamente tapándose la cara con las manos, como si de pronto alguien le hubiera quitado la válvula de escape de una olla exprés y toda la presión acumulada en su interior hubiera encontrado, por fin, la manera de salir para aliviar el dolor que la había acompañado todos estos años— y entonces lo entendí —terminó la frase—. Carlos desapareció de mi vida así sin más, sin darme una maldita explicación, sin despedirse, simplemente se esfumó dejándome tirada como se deja a un perro cuando se le abandona sin mirar atrás, sin ningún tipo de miramiento, remordimiento ni respeto —dijo furiosa.

—Shhh, ven aquí —Gabriel la abrazó con los ojos rojos y brillantes al ver a Lucía tan desconsolada.

—Cuando Carlos me dejó, me juré que no volvería a querer a nadie más —siguió llorando entre sus brazos— y hasta ahora había podido mantenerme

firme en mi palabra. Pero de pronto —dijo irguiéndose y secándose los ojos— de pronto apareces tú y pones mi mundo del revés. Y por mucho que lo he intentado no puedo luchar contra lo que siento por ti y... tengo miedo Gabri —le dijo mirándolo a los ojos—. Tengo miedo de que me hagan daño otra vez, y siento —balbuceó— siento que si me doy a ti estaré completamente perdida. No es que no te desee, todo lo contrario, me muero de ganas de sentirte y tocarte, pero estoy tan... tan asustada.

—Lucía, mírame —le pidió levantándole la barbilla con cuidado—. Yo no voy a desaparecer, siempre estaré a tu lado, te lo prometo. Desde el momento en que te vi supe que ibas a ser diferente a las demás y no me equivocaba. A medida que te conozco más ganas tengo de pasar mis horas contigo. Eres una mujer preciosa, inteligente, divertida y peculiar, y eso hace que cada día te desee más. Quizás es muy pronto decirlo, pero me he enamorado de ti, y no puedo negarme ni negarte este sentimiento —le confesó llevándose una mano al pecho.

—Yo...—susurró como pudo mientras su cuerpo daba pequeñas sacudidas intentando coger aire después de haber llorado tan profundamente.

Gabriel colocó sus manos detrás de la nuca de Lucía y posó su frente sobre la de ella.

—Lucía —susurró mientras le clavaba una mirada de deseo y amor.

—Oh, Gabri... —pronunció su nombre mientras toda la piel de su cuerpo se erizaba por el contacto y la proximidad de él.

—Pídemelo, por favor, te necesito tanto...

Y tras unos segundos y sintiéndose por fin liberada, le susurró:

—Bésame.

Y antes de que pudiera acabar de pronunciar sus palabras, Gabriel se abalanzó sobre su boca y la regaló con un apasionado y dulce beso.

Al salir del ascensor se dirigió con paso decidido hacia su despacho que estaba ubicado en la parte oeste del edificio, al lado de la sala de reuniones. Cerró la puerta, dejó sus cosas sobre un estante y se sentó en la silla dispuesta a empezar su jornada laboral. Había estado toda la semana sin salir de casa pensando y reflexionando sobre el mismo asunto. Estaba claro que tenía que tomar una decisión porque la situación cada vez era más insostenible y ya no podía ni quería continuar viviendo una farsa como aquella. Todas las promesas que él le hacía se quedaban en meras palabras, los planes que hacían juntos casi siempre los cancelaba con una retahíla de excusas de las que ya empezaba a estar cansada y las mentiras constantes en las que tenían que esconderse para poder verse empezaban a ser agotadoras y desmoralizantes. Desde hacía algunos meses, Sofía entendió que su relación con Martín no iba a ninguna parte, pero cada vez que pensaba en que lo mejor era dejarlo marchar y no alargar lo inevitable, se le hacía un nudo en el estómago al sopesar las consecuencias que podría comportar la ruptura, tanto a nivel emocional como laboral, y se intentaba convencer de que las cosas cambiarían, pero estaba claro que eso no iba a suceder.

Algunas veces, cuando Sofía se miraba en el espejo, se sorprendía al ver la mujer en la que se había convertido, era completamente la antítesis de lo que un día fue y se cuestionaba críticamente cómo se había permitido llegar a ese punto. Las exigencias y el estilo de vida de un colectivo de la sociedad habían acabado moldeando e incluso transformando su esencia y ya ni siquiera sabía cómo volver a ella. Poco a poco y de manera sutil se fue transformando en una abogada de pocos escrúpulos que defendía a la élite y a gente de poder, sin cuestionarse siquiera la causa que defendía; lo único que le importaba era ganar y contribuir a aumentar la buena reputación de su bufete. Era consciente de que su manera de ser le había hecho ganarse muchos enemigos, sobre todo en los tribunales, pero por otro lado, tenía la necesidad constante de demostrarse a sí misma y a los demás que había sido capaz de triunfar y así acallar las palabras de todas aquellas personas que durante años se empeñaron en hacerle creer que estaba destinada al fracaso. Sin duda alguna, los había superado a todos y eso le llenaba de orgullo, aunque una parte de sí sentía un vacío constante.

De pronto, Sofía empezó a sentir ciertos remordimientos al reconocer que había dedicado tanto tiempo y esfuerzos en promocionarse laboralmente y en

hacer funcionar su relación con Martín que se había ido distanciando poco a poco de sus amigos más cercanos, perdiéndose momentos importantes de la vida de alguno de ellos, por lo que se dijo a sí misma que ya era hora de empezar a encauzar esa parte su vida y comenzó a cavilar cuál sería la mejor manera de solventar ese asunto. Con un ligero movimiento de brazo, comprobó la hora en el reloj de plata que sostenía su huesuda muñeca y decidió esperar un poco más en devolver las llamadas que había recibido en los días anteriores, todavía era demasiado temprano.

Primero comprobó el correo electrónico y respondió los e-mails más urgentes y luego se enfrascó en repasar un informe que tenía que presentar a final de semana. No le gustaba dejarlo todo para última hora, por lo que siempre que podía intentaba marcarse las tareas que debía realizar cada día con tal de finalizarlas con suficiente tiempo de antelación antes del plazo de entrega. De manera inesperada, la puerta de su despacho se abrió bruscamente, lo que provocó que diera un respingo en el asiento. Al ver a Martín en la puerta con su aspecto impoluto, volvió a dirigir pasivamente su mirada a la pantalla del ordenador.

—Sofía, cariño, lo siento —dijo a modo de súplica mientras con pasos agigantados se dirigía hacia ella y extendía los brazos con intención de abrazarla.

—Ni se te ocurra tocarme —le contestó entre dientes y levantando la mano para detenerlo.

—Entiendo que estés enfadada, pero te juro que no volverá a pasar. — Sofía seguía tecleando sin inmutarse ante las palabras de Martín—. Lo siento de verdad, nena, por favor, mírame —seguía suplicando—. Te lo voy a compensar, lo juro. Dime qué quieres y será tuyo.

—¿Lo que quiera? —le respondió mientras giraba su silla y se situaba cara a cara frente a él.

—Lo que quieras, tú solo pide.

—Está bien. Lo que quiero es que te levantes, andes hacia la puerta, salgas de mi despacho y me dejes tranquila —le dijo fríamente.

—Sofía, por favor, no me pidas que me marche. Déjame que te lo explique, yo...

—¡Cállate! No quiero oír más excusas baratas porque siempre es la misma historia y ya estoy cansada. No quiero una relación así, necesito más y está claro que tú no puedes dármelo —elevó el tono de voz con el que había estado hablando hasta el momento.

—La voy a dejar, te lo juro. ¿Eso es lo que quieres? Cuando llegue a casa esta tarde se lo digo. Tienes razón, no podemos continuar así.

—Martín, haz lo que creas que tengas que hacer. Yo no voy a pedirte que dejes a tu mujer, esa es una decisión que tienes que tomar tu solo, siempre te lo he dicho. Si decides continuar con ella, me dolerá porque te quiero, pero la aceptaré y respetaré. Pero entonces entiende que lo nuestro habrá acabado. Si decides dejarla porque ya no eres feliz con ella, entonces podemos intentar que lo nuestro funcione. No nos puedes tener a las dos.

—La voy a dejar, porque yo te quiero a ti, y quiero...

—Martín, Martín, shhh... —dijo intentando que se calmara—. Piénsatelo con calma ¿de acuerdo?

—No tengo nada que pensarme. Te elijo a ti nena, siempre tú —y abalanzándose sobre ella la besó largamente.

Cuando llegó al rellano principal, Marta la estaba esperando apoyada en la pared contigua al ascensor para ir juntas hasta la parada de metro.

—¿Tienes planes para esta tarde? —le preguntó Lucía.

—Tengo que ir a comprar unas cosas y pasarme un momento por casa de mi tía Ángela —sus palabras sonaron algo amargas.

—¿Va todo bien?

—Bien, bien... —suspiró— hay un asunto familiar que tenemos que acabar de solventar y me está agobiando un poco. Pero ya te lo contaré otro día si no te importa, ahora no me apetece hablar mucho del tema.

—Claro, cuando tú quieras, no te preocupes.

—Y tú ¿vas hacer algo?

—Había pensado ir a nadar un rato, hace días que no piso el gimnasio —empujó con fuerza la pesada puerta del edificio que daba a la calle.

—Pues me parece a mí que hoy tampoco vas a ir —le dijo mientras señaló con un movimiento de barbilla hacia un punto en la acera.

—¿Por qué? —se extrañó—. Y entonces lo vio, apoyado sobre la moto y con el casco entre las manos—. ¿Será posible?, si hasta el miércoles no habíamos quedado —dijo sin poder ocultar su contento.

—Te veo mañana. Pasadlo bien —se despidió Marta.

—¿Se puede saber qué haces tú aquí? —preguntó emocionada.

—Hola preciosa, no podía esperar hasta el miércoles para verte —le rodeó la cintura con sus manos, la atrajo hacia él y la besó apasionadamente— ¿Tenías que hacer algo esta tarde?

—Nada en especial, quería ir a la piscina un rato, pero por ti, puede esperar —le pasó las manos por su despeinado cabello y lo besó otra vez.

—Perfecto, pues entonces sube, quiero llevarte a un sitio.

—¿A dónde me llevas?

—¡Sorpresa!

—Eres el hombre de las sorpresas —rió.

—Sí, y me encanta —sentenció dándole un rápido beso antes de ponerse el casco.

Cuando Gabriel detuvo la moto se encontraban en la zona del Raval, un peculiar barrio de Barcelona caracterizado por la gran diversidad étnica y cultural que envolvía sus calles. Sus estrechas avenidas colmadas de comercios de todas las nacionalidades y de pequeñas tiendas de moda y

nuevas tendencias, sobre todo en la zona alta del distrito, le conferían un aspecto de lo más particular. Entre sus numerosas calles, la de la Cera era una de las más destacadas porque en ella nació la popular rumba catalana en los años cuarenta de la mano de la comunidad gitana instalada entre sus muros, dando lugar a famosos cantautores como Antonio González o Pere Pubill, más conocidos como el Pescailla o Peret. Pero sin duda alguna, uno de los mayores encantos del barrio era poder contemplar el contraste de viejas edificaciones históricas, como el monasterio de San Pablo, la iglesia de San Agustí, el famoso mercado de la Boquería, o el Palacio Güell diseñado por el famoso Antonio Gaudí. Estas joyas se entremezclaban con imponentes edificios de arquitectura moderna, como el Museo MACBA, de estilo racionalista, en el que competían las líneas curvas con las rectas, y en donde las grandes entradas de luz natural convertían los espacios interiores en grandes extensiones.

Gabriel le pasó dulcemente el brazo por encima de los hombros a Lucía y caminaron lentamente disfrutando del trayecto hasta llegar a la sala de exposiciones La Capella, ubicada en el conjunto monumental del Hospital de la Santa Creu y de la Casa de Convalescència, que acogía la duodécima edición de BCNnegra con la presencia de famosos escritores de su género literario preferido.

—He pensado que te gustaría ver la exposición de los primeros libros escritos sobre temática policíaca y asistir a la mesa redonda de esta tarde, en el que si no estoy equivocado... —dijo cruzando los dedos— va hablar una de las escritoras que me dijiste que te gustaba.

—¡Será posible! —exclamó entusiasmada— ¿Cómo sabías que estaba la exposición?

—Uno tiene sus recursos—la miró emocionado al contemplar lo feliz que estaba.

—Muchas gracias por traerme, ha sido una sorpresa estupenda.

—Me alegro que te guste.

—Ahora que lo pienso, ¿no va a ser un poco aburrido para ti?

—Si estoy contigo, nada es aburrido —la besó tiernamente en la cabeza.

Al entrar en la sala de exposiciones Lucía se quedó asombrada al ver la enormidad de esta. Un ancho pasillo revestido de ladrillos rojizos desgastados y sustentado por grandes arcos blancos de estilo románico confería a la estancia un aspecto majestuoso, junto con las grandes baldosas de barro prensadas en el suelo, dispuestas al milímetro, creando perfectas líneas rectas

que atravesaban de punta a punta la gran sala. De las robustas paredes de tocho colgaban, a distintas alturas, decenas de fotografías y textos originales escritos de puño y letra por autores que en su día inventaron grandes relatos y que todavía permanecían vivos en el recuerdo, a pesar del paso de los años.

—Si pudiera pedir un deseo ¿sabes cuál sería? —le dijo ella mientras contemplaba fijamente una de las instantáneas.

—¿Cuál? —le respondió sin apartar la mirada sobre ella.

—Escribir una gran novela. Me encantaría poder plasmar sobre cientos de páginas en blanco una historia que atrapara, que conmoviera, que hiciera perder al lector el sentido del tiempo, mientras se abandona en cada línea dejando volar su imaginación, inventando en su mente cada personaje, cada escenario, cada suceso, adueñándose del relato, haciéndolo único, haciéndolo suyo... —el anhelo con el que pronunció cada una de esas palabras no dejó indiferente a Gabriel.

—¿Y por qué no lo intentas? —la animó.

—Porque no tengo imaginación —profirió una sonrisa de circunstancia—. Además, digamos que la lengua y la literatura nunca han sido mi fuerte, soy más de números —se lamentó.

—Podrías apuntarte a algún curso o seminario de escritura —le sugirió.

—Alguna vez lo he pensado y no descarto la idea, pero ahora no tengo mucho tiempo la verdad, así que de momento me conformo con leer las historias que otros escriben —caminó despacio hacia la siguiente foto.

—Estoy seguro de que algún día encontrarás una gran historia que contar.

—¿Tú crees?

—Estoy convencido de ello.

Lucía lo miró agradecida, lo besó y se abrazó a su cintura para continuar visitando la exposición.

Como de costumbre, Lucía se apeó en Paseo de Gracia con la única diferencia de que las despedidas cada vez se le hacían más difíciles. Después de haber estado toda la tarde con Gabriel, disfrutando de su agradable compañía, se le hacía poco apetecible volver a casa y disimular ante Claudia y Andrea que venía de cualquier sitio, con Marta u otra amiga que ellas no conocieran, para evitar que se entrometieran en su vida personal.

—¿Te veo el miércoles?

—Por supuesto —le dijo sosteniendo su mano en la cara. Sentir el tacto de su piel era realmente placentero.

—Te llamo mañana de todas formas. Buenas noches, preciosa —se despidió acompañando sus palabras con un largo beso.

—Buenas noches, que descanses.

Y como en cada despedida, Lucía permaneció inmóvil viendo alejarse a Gabriel entre la multitud de los coches.

Cuando salió de la oficina hablando entretenidamente con Marta, Gabriel la estaba esperando en el mismo lugar que un par de días atrás.

—¿A qué viene esa cara? —le preguntó él mientras le rodeaba la cintura con sus brazos y le daba uno de sus apasionados besos.

—Javier me acaba de comunicar que el viernes me tengo que ir a Madrid con él a no sé qué reunión y no voy a poder ir a la cena, lo siento —acompañó sus palabras con un gesto de disculpa.

—¿Sobre qué hora llegarás? podemos intentar cambiar la reserva al segundo turno.

—Cogemos el AVE de las nueve y media de la noche, por lo que llegaremos, si no hay retrasos, sobre las doce, así que... imposible.

—No te preocupes, lo primero es lo primero —le acarició su larga melena—. Me hacía ilusión que conocieras a mis amigos, pero ya habrá otra ocasión.

—Gracias —sonrió ella.

—¿Alguna sugerencia para esta tarde? —preguntó él mientras le pasaba el casco a Lucía.

—Tengo que acercarme un momento por la agencia de viajes que nos está gestionando lo de Madrid a buscar unos talonarios, ¿me acompañas? Luego podemos hacer lo que quieras.

—No me digas eso, se me ocurren muchas cosas que hacer contigo —le susurró traviesamente en el oído.

Lucía sintió cómo todo su cuerpo se ruborizaba al escuchar aquellas palabras, y sin poder ocultar el sonrojo de sus mejillas, le devolvió una sonrisa tímida; de pronto, empezó a imaginar en su cabeza cómo sería hacer el amor con Gabriel, y al pensar en su cuerpo desnudo sobre ella le invadió un calor sofocante que le recorrió la nuca, la espalda y el vientre. Estaba segura de que debajo de tanta ropa se escondía un cuerpo que dejaría sin respiración a cualquier mujer y que las caricias que Gabriel propiciaría en ese momento tan íntimo serían de lo más pasionales y ardientes.

—¿En qué estás pensando? Te has quedado completamente absorta —rió.

—En la pereza que me da ir a Madrid —mintió avergonzada—. <<Si supiera exactamente lo que estoy imaginando...>> —pensó para sus adentros, conteniendo una sonrisa.

Aprovechando que al lado de la agencia de viajes había una cafetería con un escaparate de lo más succulento, Gabriel y Lucía entraron a darse un pequeño capricho.

—¿Te he dicho que me encanta el chocolate a la taza? —le dijo ella mientras saboreaba una cucharada de la humeante bebida.

—No hace falta que lo digas, solo hay que verte la cara —le limpió un poco de chocolate que se le había quedado pegado en las comisuras de los labios.

—Cuando era pequeña y en los meses de mucho frío, mi madre nos preparaba a mi hermano y a mí una buena taza con melindros y, si no me equivocó —pensó unos segundos—, diría que era casi todos los sábados por la tarde.

—¿Cómo puedes acordarte?

—Porque mi padre se iba al polideportivo a ver jugar al equipo del barrio y luego íbamos a recogerlo y a dar un paseo todos juntos. ¡Qué tiempos aquellos! — exclamó añorando esa parte de su infancia.

—Yo no tengo recuerdos de ese tipo. Cuando era un niño, mis padres estaban todo el día trabajando en el campo y mi hermana y yo casi siempre estábamos al cuidado de mis abuelos, que no estaban mucho por la labor de entretener a dos mocosos. Luego, cuando cumplí los doce años, me mandaron al internado de Pamplona y pasé allí la mayor parte del tiempo.

—¿No ibas los fines de semana a tu casa?

—No, como te he dicho, mis padres trabajaban muchísimo y no podían venir a buscarme a Pamplona cada semana. Además, en aquellos años las carreteras eran malísimas y el camino era muy largo y cansado.

—Entonces, ¿qué es lo que hacías?

—Junto con otros compañeros, que estábamos en la misma situación, hacíamos salidas con los curas. Nos llevaban a ver pueblos, visitábamos a ancianos que estaban en residencias, ayudábamos en las tareas de mantenimiento del colegio pintando paredes o arreglando cosas, ya sabes...

—¿Y cómo fue para ti vivir todo eso? Gabriel guardó silencio unos segundos.

—¿Sabes que eres la primera persona que me lo pregunta? Quiero decir, que se interesa por saber cómo fue para mí vivir esa experiencia. Creo que mis padres nunca se cuestionaron si yo estaba bien o mal en el internado — suspiró—, solo les importaba que estudiara y que tuviera la oportunidad que ellos no tuvieron, así que pensaron que esa era la mejor opción para mí. De

hecho, unos años más tarde hicieron lo mismo con mi hermana, la internaron en un colegio de monjas. Ya sabes, hace treinta años, y más en los pueblos pequeños, la segregación de sexos en la educación se tenía mucho en cuenta.

—No me has contestado a la pregunta —lo confrontó, mirándolo con ternura.

—¿Qué? —preguntó confundido.

—Te he preguntado cómo fue para ti estar interno y, sin darte cuenta, has justificado la decisión de tus padres. Pero lo que quiero saber es ¿cómo fue para ti vivir lejos de tu casa siendo tan pequeño?

—Difícil, fue tremendamente duro. Recuerdo que los primeros meses lloré casi todas las noches a escondidas para que los demás niños no se rieran de mí y pensarán que era un llorica sensiblero. Ser débil en esas residencias podía ser tu perdición, pero echaba tanto de menos mi casa, mis amigos y, sobre todo, a mi hermana... Luego me acabé acostumbrando, no tenía otra opción, y mis compañeros se convirtieron en mi nueva familia por decirlo de alguna manera. Si no hubiera sido por ellos, no sé si hubiera podido soportarlo tanto tiempo.

—¿Estabas muy unido a tu hermana?

—Sí, y todavía lo sigo estando. Beatriz es una de las personas más importantes de mi vida: es mi mejor amiga, además de mi hermana; hasta ahora era la única persona con la que sentía que podía hablar de cualquier cosa —le apretó con dulzura la mano a Lucía—. Pero ahora también te tengo a ti —añadió—. Bien es cierto que, como hermana, alguna que otra vez me ha echado alguna buena reprimenda o me ha llamado la atención, pero siempre con algún motivo —le explicó con una sonrisa en los labios al traer el recuerdo de su hermana a la mente.

—Siempre he pensado que debe de ser muy bonito tener una relación de este tipo con algún hermano. En mi caso, no es que nos llevemos mal, pero Pablo y yo tenemos caracteres muy diferentes y chocamos con frecuencia. En el fondo nos queremos —dijo bromeando—, pero cuanto más alejados estamos, más nos echamos de menos y mejor nos llevamos.

—Le he hablado de ti, por cierto —soltó como si nada.

—¿Cómo dices? —le preguntó sorprendida.

—A Beatriz. Le he contado lo nuestro y me ha dicho que tiene muchas ganas de conocerte —añadió sin apartar la vista de ella esperando ver cuál era su reacción.

—Ahhh... ¿en serio? Yo también tengo ganas de conocerla —mintió.

Se sentía tan abrumada que no le salió decir nada más. Si Gabriel le había hablado a su hermana de ella, debía de ser porque realmente se estaba tomando en serio su relación y, aunque hasta ese momento él no le había dado motivos para pensar lo contrario, escuchar aquello le proporcionó más seguridad.

—Quizás después de Navidad venga unos días a Barcelona. Puede ser un buen momento para que os conozcáis.

—Claro, si para ti es importante —le contestó mientras le daba un buen sorbo a su chocolate que todavía estaba abrasando.

—Me haría mucha ilusión, pero no quiero que hagas nada para lo que no te sientas preparada. Si piensas que todavía es muy pronto, puedo esperar. Lo importante es que tú estés en mi vida, el resto ya se irá dando.

—¿Te he dicho que eres un encanto? —le susurró mientras con su mano atraía su cara para besarla.

—Pues ahora que lo pienso... no, nunca me lo has dicho —le contestó entre murmullos devolviéndole el beso.

—Y hablando de la Navidad, que está casi a la vuelta de la esquina, ¿te vas a ir algún sitio de vacaciones? — le preguntó Gabriel a Lucía que estaba entretenida repelando su taza con la cuchara.

—No, toda mi familia vive en Barcelona, así que siempre la celebramos aquí. Me imagino que tú te irás al pueblo, ¿no?

—Pues todavía no sé si la celebraremos en Baquedano o en Estella que es donde viven mis padres ahora. Mi abuela ya está muy mayor y no le sientan muy bien los viajes.

—Pensaba que tus padres seguían viviendo en el pueblo.

—Sí y no. En los meses de frío se trasladan a la ciudad porque los inviernos en el pueblo son muy duros y, como te he dicho, mi abuela tiene noventa y siete años y las condiciones climatológicas de allí son terribles para ella. Por el contrario, en verano huyen del calor de la ciudad y se van al pueblo, donde la temperatura es muy agradable. Por tradición, siempre celebramos las fiestas de Navidad en la casa de Baquedano, pero este año no lo tengo demasiado claro —le explicó.

—Bueno, lo más importante es que, ya sea en un sitio u otro, lo celebréis en familia, ¿ya sabes el día que te irás?

—Saldré el veinticuatro por la mañana para llegar a comer.

—¿Y volverás...?

—Lo más seguro que después de reyes.

—¿En qué piensas? —quiso saber Lucía al ver a Gabriel tan meditativo.

—Te parecerá una tontería, pero estaba pensando que no sé si podré estar tantos días sin verte —dijo avergonzado.

—Estaba pensando lo mismo —susurró con una media sonrisa—. Cualquiera que nos oiga...

—Cualquiera que nos oiga ¿qué?... —quiso saber.

—Pensará que estamos locos —bromeó.

—Yo diría más bien... —dudó unos segundos— que estamos enamorados —y la besó dulcemente.

Después de dar el paseo semanal con Abha y dejársela preparada a Santiago en la cuadra para que pudiera trabajar con ella durante los días siguientes, Gabriel y Lucía pusieron rumbo a Sant Cugat para comer y pasar allí la tarde. Gabriel había reservado mesa en un restaurante que le había recomendado un compañero de la consultoría, ubicado en la Plaza de los Cuatro Cantones, donde les ofrecieron una pequeña mesa de cantos redondeados, situada al lado de una columna cuadrada pintada de negro. Dicha disposición les proporcionó algo de intimidad, dado que el resto de mesas estaban colocadas de forma ordenada a lo largo de la amplia estancia, dejando poco espacio de separación entre mesa y mesa. A Lucía le llamó la atención el contraste de mobiliario que decoraba el establecimiento y, sobre todo, la cantidad de copas de cristal que colgaban resplandecientes boca abajo en una especie de raíles dispuestos en el techo, por encima de los surtidores de cerveza. A lo largo del local se extendía una larguísima barra alumbrada por una luz azulada que dejaba leer en grandes letras el nombre del establecimiento y sobre la que estaban expuestas las suculentas variedades de tapas y platos que ofrecían en la carta. La escasa luz que emitían los focos, para imprimirle al espacio una atmósfera de recogimiento, se veía contrastada con la luminosidad que provenía de los enormes ventanales que hacían la vez de fachada principal del restaurante y que dejaban entrever los columpios de un pequeño parque infantil. Mientras esperaban que les sirviesen la comida, Lucía se quedó contemplando una jardinera metálica que había a su lado en la que habían construido un pequeño huerto urbano.

—Si tuviera más espacio, me encantaría tener uno de estos en mi casa — señaló los cultivos.

—Ahora se están poniendo muy de moda, ya los he visto en bastantes sitios.

—Sí, aparte de utilizarse para decorar, como en este caso, parece que la gente cada día se está concienciando más con el tema de la alimentación y prefieren cultivar sus propias verduras y hortalizas —dijo ella.

—Pues hacen bien, yo antes no le daba mucha importancia a este tema, pero un día estaba viendo la televisión y me enganché a un documental que, sinceramente, me hizo replantearme el tema de la dieta ¿cómo se llamaba? — pensó unos segundos—. El nombre era en inglés... ¡Ah, sí! “Food”, se llamaba “Food” —repitió—. De lo que no me acuerdo es del nombre del director, te

recomiendo que lo veas. Es realmente impactante.

—Me lo apunto.

—Aquí tenéis —les interrumpió la camarera mientras dejaba los platillos sobre la mesa con gran destreza.

—Mmm... qué buena pinta tiene todo —dijo Lucía frotándose las manos—. Por cierto, no te he preguntado, ¿cómo fue la cena ayer con Víctor y los demás?

—Bien, fuimos a una taberna de Gracia y luego a tomar algo al pub donde nos conocimos. Me acordé mucho de ti —le cogió la mano.

—Yo no he vuelto a ir desde ese día. ¿Podíamos volver juntos alguna noche?

—Cuando quieras, ya lo sabes —sonrió—. Por cierto, durante la cena comentamos que estaría bien organizar una escapada un fin de semana. A esquiar, quizás. ¿Te apetecería venir?

—¡Claro, me encanta esquiar!

—¿En serio? —se ilusionó.

—Sí, cuando era más joven iba bastante a menudo con mis padres. Alquilábamos un apartamento en Targassonne, un pueblecito francés, y subíamos casi todos los fines de semana. Pero cuando Pablo y yo empezamos a tener que estudiar más para los exámenes se acabó lo bueno. ¿Tú hace mucho que esquías?

—Desde que era pequeño. Empecé cuando tenía unos siete u ocho años, era costumbre en el colegio del pueblo llevarnos a todos los alumnos una semana en enero a unas pistas de Huesca. Luego cuando me fui con los curas también se hacían este tipo de escapadas, así que es un deporte que he practicado casi toda mi vida. Al venirme a Barcelona lo dejé temporalmente hasta que conocí a Víctor que es un loco del esquí y lo volví a retomar.

—¿Para cuándo quieren hacer la escapada?

—No lo hemos acabado de decidir, pero lo más seguro será el último fin de semana de enero.

—Estupendo, si no me surge algún imprevisto, cuenta conmigo —le dijo entusiasmada con la idea.

Al salir del restaurante, el cielo había empezado a adquirir un tono grisáceo a pesar de que los rayos del sol todavía se colaban entre las nubes que se habían formado en las últimas horas. Gabriel abrazó a Lucía por la cintura y se encaminaron por la calle peatonal Santiago Rusiñol, una de las más antiguas

del pueblo, circundada a ambos lados por centenarias casas reformadas y por decenas de tiendas y cafeterías que destacaban por su estilo elegante y moderno. Al llegar al final de la calle, se adentraron en la plaza Octavià, desde la cual se podían apreciar unas vistas impresionantes del antiguo monasterio benedictino, con su altísimo campanario, construido en forma de prisma, que se elevaba imponente en el costado meridional de la iglesia. Esta seguía franqueada todavía por algunos restos de murallas bien conservadas construidas en el siglo XIV como símbolo de protección para el pueblo. Al acercarse a la puerta mayor, Lucía se quedó fascinada al contemplar el enorme rosetón central, trazado de figuras que le recordaron delicadas flores, dispuesto sobre la puerta de acceso a la iglesia formada por arcos ojivales que se apoyaban en capiteles soportados por unas macizas columnas de piedra. Sin duda alguna, ningún visitante podía quedarse indiferente ante semejante belleza arquitectónica. Al acercarse a la gigantesca puerta de madera se lamentaron al comprobar que el monasterio estaba cerrado hasta las siete de la tarde, hora en la que tendría lugar la misa vespertina, por lo que se dirigieron hacia el claustro que se localizaba justo a la izquierda de la gran nave y que, para su sorpresa, estaba abierto al público. Desde el jardín central, podía apreciarse un enorme hueco cavado en el suelo en forma de cerradura, que se correspondía con lo que antiguamente fue la primera basílica del pueblo datada en el siglo V. Una fuente redonda de piedra grisácea de dos niveles de la que no emanaba ningún hilo de agua se disponía en el centro del claustro, partiendo de ella cuatro senderos de piedra dividiendo la estancia en partes iguales. La totalidad del jardín estaba rodeado por cuatro galerías cada una de las cuales estaba conformada por quince arcos de media punta sostenidos sobre una veintena de columnas de piedra pulida, decorada por capiteles que representaban escenas bíblicas y formas de animales. Una particular característica que hacía del claustro una obra distinguida dentro del contexto románico español era que en uno de sus pilares angulares podía apreciarse un autorretrato del autor trabajando y se leía la inscripción <<HEC EST ARNALLI SCULPTORIS FORMA CATELLI QUI CLAUSTRUM TALE CONSTRUXIT PERPETUALE>> que venía a decir “Esta es la figura del escultor Arnau Cadell, cuyo claustro construyó para la perpetuidad”.

—Estoy realmente impresionada, nunca hubiera imaginado que este pueblo albergara un monasterio tan bonito.

—Ya te lo dije, es una preciosidad —volvió a pasarle el brazo por encima del hombro y la atrajo hacia él.

—Sí, realmente es hermoso. ¿Has venido muchas veces?

—Esta es la segunda vez que visito el claustro, pero al monasterio he entrado unas cuantas veces más. Me gusta la sensación de paz que transmite, es curioso, pero en pocos lugares consigo sentirme tan sereno y tranquilo —le confesó—. Supongo que debe de ser por el imponente silencio que se respira ahí dentro.

—Me hubiera gustado tanto poder verlo —se lamentó.

—Volveremos otro día, te lo prometo —le acarició con dulzura su fría mejilla.

Al salir del claustro, Gabriel dirigió a Lucía hacia los jardines de altos árboles y tierra que bordeaban la iglesia para que pudiera deleitarse del hermoso paseo dejando atrás la casa abacial cuyo edificio completaba el conjunto monacal de la vila. Al llegar a la parte este de las murallas que escudaban el templo, se detuvieron para contemplar el frondoso parque de Collserola que se extendía ante ellos cobijando entre sus miles de árboles al pueblo de Sant Cugat y que dejaba ver en la lejanía y en la cima de su pico más alto el emblemático parque de atracciones del Tibidabo, la Basílica del Sagrado Corazón y la torre de comunicaciones de Collserola, que se inauguró en el año noventa y dos con motivo de los Juegos Olímpicos de Barcelona.

—Siempre he pensado que el día que forme una familia me gustaría venirme a vivir aquí —le dijo él mientras su mirada estaba perdida en el horizonte.

—No sabía que te gustaba tanto este pueblo —lo miró embelesada.

—Solo tienes que contemplarlo un momento para enamorarte de él. Tiene una ubicación privilegiada que te permite disfrutar de vistas como esta — señaló hacia el parque—, además, el ambiente es tranquilo, seguro, muy familiar, y aquí tienes de todo, comercios, cines, tiendas de todas clases....

—¿Y por qué no te mudas antes?

—Porque ahora vivo solo, tengo el trabajo relativamente cerca de casa y todos mis amigos los tengo allí, con lo cual, me es mucho más práctico quedarme en la ciudad. Además, así estoy más cerca de ti también —se volvió para mirarla.

Lucía le devolvió la mirada y se abrazó en silencio a su cintura.

—¿En qué piensas? —quiso saber él.

—En nada, solo disfruto de este momento —y respiró profundamente al mismo compás que el pecho de Gabriel.

El cielo empezó a rugir mientras los pocos rayos de sol, que hasta ahora iluminaban el poblado, desaparecieron entre las densas nubes grises que se desplazaban velozmente por el firmamento, entrelazándose entre ellas y cubriendo cualquier pequeño hueco por el que pudiera penetrar algún atisbo de luz.

—Será mejor que regresemos, me huele que va a caer una buena tormenta — sugirió Gabriel mirando hacia el lúgubre cielo.

—Sí, tienes razón... mira las nubes que vienen por ahí —señaló en dirección al Tibidabo que apenas podía entreverse entre la densidad de las nubes.

Cuando Gabriel se adentró en la carretera de Vallvidriera empezaron a caer las primeras gotas, por lo que aceleró la Honda para llegar lo antes posible a Barcelona. Al salir del último e interminable túnel, el agua caía con tanta fuerza e intensidad que apenas podía divisar la carretera, por lo que aminoró la velocidad y cogió la salida del Paseo de la Bonanova. Lucía se agarró con más fuerza a él como si de esta manera pudiera protegerse del aguacero que les estaba cayendo encima. Unos minutos más tarde, la moto descendió por una pequeña rampa y se detuvo delante de una gran puerta metálica hasta que se abrió lo suficiente para poder pasar por debajo. Ella enseguida reconoció el Seat León negro con el que Gabriel había pasado a buscarla en alguna ocasión. Estaban en su casa.

—¡Joder! La que nos ha caído encima —se maldijo mientras se sacudía el agua de la cazadora—. ¿Estás bien? —le preguntó a Lucía al ver su rostro algo descompuesto.

—Sí, solo que no soporto el contacto de la ropa mojada en el cuerpo y... ¡míranos! —se empezó a desternillar de la risa.

—Déjame que te ayude, anda —empezó a reírse él también.

—No, no... si me tocas todavía es peor.

—Ah, ¿sí? —la estrujó contra él.

—Ahhh, Gabri, cómo te odio en este momento... —y lo empujó bromeando hacia la pared.

Gabriel la cogió de la mano y se dirigieron hacia el ascensor de la finca dejando su huella mojada tras ellos. Cuando llegaron al último piso, abrió la única puerta que había en el rellano y se adentraron hacia el interior.

—Bienvenida a mi humilde morada —dijo mientras encendía la luz del recibidor y dejaba la cartera empapada de agua sobre un estante.

Lucía entró en silencio y se detuvo en el recibidor.

—Estás temblando Lucía, ven —la cogió de la mano y la acompañó hasta el cuarto de baño—. Quítate toda esa ropa mojada, voy a ver si encuentro algo seco que dejarte.

Siguiendo el consejo de Gabriel, empezó a desabrocharse la chaqueta que cayó pesadamente al suelo. Había caído tal cantidad de agua en tan poco tiempo que hasta la camisa que llevaba debajo estaba completamente empapada dejando entrever su ropa interior de encaje negro. Sus tejanos parecían más bien unas mallas oscuras ceñidas a sus piernas que se resistían a deslizarse hacia abajo y sus botines de piel estaban completamente calados y desteñidos.

—Lucía —la llamó Gabriel desde el otro lado de la puerta.

—Pasa —le contestó con la ropa todavía puesta.

—Toma, ponte esto de momento —le tendió una camiseta y unos pantalones deportivos.

—Gracias.

—Si necesitas algo más, pídemelo ¿de acuerdo? —y se marchó cerrando la puerta tras él.

Tenía tanto frío en el cuerpo que abrió el grifo del agua caliente de la ducha y se metió unos minutos bajo el chorro ardiente para recuperar algo de calor.

—¿Gabri? —lo llamó mirando hacia ambos lados del pasillo.

—Estoy aquí —una voz contestó desde la última habitación.

Lucía se acercó tímidamente llevando puesta solo la enorme camiseta que Gabriel le había dado y que le llegaba casi por encima de las rodillas. Al llegar a la puerta lo vio, descalzo sobre el suelo con unos tejanos recién puestos que todavía llevaba desabrochados y una camiseta que sostenía en la mano. Se apoyó cuidadosamente en la pared contigua a la entrada del dormitorio con las manos en la espalda y se quedó embelesada contemplando el cuerpo que tantas veces se había imaginado. Su pecho, abdomen y vientre completamente tonificados le permitían distinguir su perfecta anatomía masculina, y sus hombros y brazos perfectamente definidos le dotaban de un aspecto de lo más atlético. Al observar detenidamente a Gabriel empezó a sentir de nuevo el calor sofocante que la invadía entera y un conocido hormigueo entre sus piernas. Un fuerte estruendo la sacó de sus sensaciones corporales haciéndole dirigir toda su atención hacia la ventana, la luz de la bombilla empezó a tintinear, esforzándose por seguir encendida, pero fracasó

cuando otro trueno retumbó con fuerza sobre la ciudad. De pronto, la habitación quedó únicamente iluminada por la tenue luz que provenía de la calle y por los destellos de los relámpagos que continuamente surcaban el oscuro cielo. Cuando volvió la mirada, Gabriel estaba observándola fijamente, dejó caer al suelo la prenda de ropa que sostenía y con paso firme se dirigió hacia ella sin apartar su mirada intensa. Le cogió la cara con sus manos y la besó apasionadamente, mientras con su cadera la empujaba contra la pared; su respiración empezó a acelerarse frenéticamente mientras, de tanto en tanto, dejaba escapar algún suspiro. Envuelta por el deseo y el placer, Lucía apoyó sus manos en los desnudos y tersos pectorales de él y luego las deslizó poco a poco hacia su vientre para posarlas finalmente en sus apretados glúteos que empujó con fuerza hacia ella. Lo deseaba como nunca antes había deseado a nadie. Gabriel deslizó cuidadosamente sus manos por los brazos de Lucía y se los colocó por encima de la cabeza para subirle, poco a poco, la camiseta y dejarla caer a sus pies. Los pequeños y redondeados pechos de ella quedaron al descubierto incitando a Gabriel a lamerlos y besarlos tiernamente, al mismo tiempo que los acariciaba con sus suaves manos. Cuanto más la tocaba, más excitada y descontrolada se sentía, lo que provocaba que él se encendiera también cada vez más. Con un movimiento seco y ayudándose con la pared, Gabriel alzó a Lucía hasta su cintura la cual abrazó fuertemente con sus piernas. Se dio la vuelta y la tendió cuidadosamente sobre su cama. Durante unos segundos se quedó de pie contemplando el hermoso y delicado cuerpo que tanto deseaba hacer suyo. Se bajó los pantalones y con ellos la ropa interior que llevaba puesta, quedándose completamente desnudo ante ella. Se arrodilló sobre la cama e inclinándose sutilmente hacia delante llevó las manos sobre las caderas de Lucía para deslizar con cuidado la pieza de encaje negro que le cubría su zona más íntima. Acariciándole delicadamente la suave piel de sus piernas se las entreabrió lentamente y dejó caer su cuerpo sobre el de ella que lo esperaba con impaciencia. Con su lengua, buscó primero su cuello y luego su boca para saciar el ansia que lo quemaba por dentro. Lucía, con la respiración completamente desenfrenada al sentir el peso de Gabriel sobre su cuerpo, no pudo reprimir mover sus caderas hacia arriba en busca de las de él; lo deseaba con toda su alma, deseaba sentirlo dentro de ella y como si él pudiera percibir su anhelado deseo, entrelazó con fuerza sus manos con las de ella y se fundieron bajo un acompasado movimiento rítmico hacia arriba y abajo. Lucía abrió los ojos unos instantes y al encontrarse con la mirada de Gabriel sintió que su cuerpo se estremecía y emitió un ronco

gemido que la hizo sentir completamente viva.

Después de haber hecho el amor algunas veces más esa tarde, Gabriel y Lucía descansaron exhaustos bajo el acolchado y cálido nórdico de plumas, que cubría la moderna cama de madera color wengué comprada en IKEA. Boca abajo y con las manos entrelazadas, los dos estuvieron largo rato mirándose sin decirse nada; todo lo que sentían el uno por el otro y lo que significaban en sus respectivas vidas había quedado reflejado en las caricias y los besos que se habían brindado mutuamente desde lo más profundo de su corazón.

—¿Tienes hambre? —preguntó Gabriel mientras le acariciaba una sonrojada mejilla a Lucía.

—Mmm... de ti siempre —le contestó mientras se escondía bajo el ligero edredón, profiriéndole dulces besos a lo largo de su vientre, a la vez que con sus manos le recorría la cintura y el torso.

—Jovencita ¿es que quieres acabar conmigo? —dijo entre risas mientras la recostaba de nuevo sobre la cama y se colocaba encima de ella—. Necesito recuperar un poco de energía —prosiguió, colmándola de pequeños besos por todo su bello rostro.

—¿Estás seguro? —entrelazó sus piernas a su cintura y lo atrajo hacia ella.

—Ten piedad de este pobre hombre —hundió su cara en el cuello de ella—. Luego te lo recompensaré con creces, lo juro —Gabriel se incorporó de la cama y le tendió una mano a Lucía para ayudarla a salir de la cama.

—Te tomo la palabra —sonrió.

—¿Te gusta la pasta? Voy a prepararte mi especialidad.

—¿Y cuál es?

—Espagueti con verduras y salsa de soja.

—Suena genial. Yo mientras prepararé algo de beber.

Mientras él se concentraba en los fogones de la cocina salteando las hortalizas, Lucía tomó su copa de vino rosado y se sentó en una de las sillas de la cocina con los pies descalzos y las rodillas alzadas y abrazadas por la mano que le quedaba libre.

—¿Has estado con muchas mujeres? <<¡Mierda!>> — se maldijo para sus adentros, ¿cómo le preguntas algo así? se reprochó.

—¿Por qué quieres saberlo? —le devolvió otra pregunta con una media sonrisa, mientras removía los finos hilos de harina. —Pura curiosidad.

—Solo te diré que he tenido dos relaciones serias. La primera fue con

Marisa, una compañera de la universidad. Estuvimos juntos casi tres años, pero por incompatibilidades de carácter decidimos dejarlo correr antes de acabar tirándonos los platos a la cabeza. La segunda fue con Isabel, una chica que trabajaba en la consultoría y con la que estuve un año y medio más o menos. Al igual que con Marisa teníamos preferencias y maneras de ver la vida diferente, por lo que la relación no iba a ir muy lejos, y antes de dejar pasar más el tiempo decidimos poner punto y final a la historia — le explicó mientras sacaba el escurridor del armario y lo dejaba en el fregadero.

—¿Y aparte de ellas?...

Gabriel seguía concentrado entre los fogones.

—Cuando no me contestas puede ser por dos motivos, o bien has estado con tantas que no quieres que me escandalice o has estado con muy pocas y te da vergüenza decírmelo por tu ego masculino —dijo bromeando, pero esperando que él le respondiera.

—Ni lo uno ni lo otro, simplemente no creo que esa información te sirva de algo. Lo único que te puedo asegurar es que lo que he sentido contigo esta tarde nunca lo he sentido con otra mujer, y eso sí ha sido algo nuevo para mí —se acercó a ella con el cazo de aluminio en la mano y le propinó un largo beso en la frente—. ¿Preparas la mesa? La cena está casi lista — le pidió dando por zanjado el asunto.

—¡Claro! —Lucía abandonó el tema en vista de que no iba a obtener ningún dato al respecto. Además, Gabriel tenía razón, saber cuántas mujeres habían pasado por su cama no le iba a servir de nada. Lo único que importaba es que con ella había sido distinto y eso ya la hacía sentirse satisfecha.

Cuando acabaron de cenar, Lucía llevó los platos hacia el fregadero, se subió las mangas de la camiseta y cogió el estropajo para empezar a lavarlos. De pronto, sintió el cuerpo de Gabriel pegado completamente a su espalda y la lengua de este recorriéndole el cuello que ella dirigió hacia un lado para ofrecerle más espacio que besar. Las manos de él se colaron entre su ropa interior y empezaron a moverse delicadamente, provocando que la respiración de Lucía empezara a sonar atropelladamente. Presa del hormigueo que le recorrió el cuerpo, se giró hacia él y le cogió la cara con las manos mojadas para perderse con su lengua en su sensual boca. Gabriel le quitó con determinación la camiseta y ella hizo lo propio con la ropa de él. Llena de deseo, deslizó sus manos ansiosas por el cuerpo de él, sellando con un beso cada parte que acariciaba. Poco a poco, Lucía fue empujando a Gabriel hacia

atrás hasta hacerlo sentar en una de las sillas de madera; después de dejarlo que se deleitara a su antojo en sus pechos abrió delicadamente las piernas y se sentó lentamente encima de él buscando el placer que tanto ansiaba. Gabriel, exhalando suspiros contenidos, llevó las manos a los muslos de Lucía y la ayudó en su movimiento perdiéndose en una intensa sensación que lo llevó a lo más alto. Bañados en sudor y entre jadeos se abrazaron intensamente sin dejar de ser uno durante algunos minutos. Luego Gabriel la separó de su cuerpo, le acarició su larga melena rubia y le susurró un te quiero mientras su mirada se perdía en la de ella.

Al abrir los ojos reinaba una absoluta calma. Lucía se dio la vuelta y vio que el lado de la cama que había estado ocupando Gabriel durante toda la noche estaba vacío, por lo que se desplazó hacia su sitio e inspiró el aroma que había dejado impregnado entre las sábanas y la almohada, se sentía realmente feliz. Después de remolonear unos minutos, se incorporó quedándose sentada en medio del colchón y escudriñó con detalle la habitación. Una de las paredes estaba ocupada por un gran armario con tres puertas correderizas perfectamente alineadas. En la pared que le quedaba enfrente se encontraba la puerta de acceso a la estancia y una cómoda de seis cajones a juego con el color del ropero y de la cama. A su derecha, una ventana de dimensiones considerables dejaba entrar la escasa luz del día, que se había levantado de lo más grisáceo y tristón, y la parte alta de los álamos, que decoraban la calle y que ya habían empezado a perder sus hojas dejando entrever sus desnudas ramas, despuntaban como queriendo abalanzarse dentro de la estancia. Al girar la cabeza hacia atrás, Lucía contempló con detalle el hermoso cuadro que colgaba de la pared pintado a carboncillo y en el que podía apreciarse la forma de dos siluetas humanas poco definidas, entrelazadas simulando a un hombre recostado sosteniendo entre sus brazos a una mujer como si estuviera dándole consuelo y protección; era como si tuviera el poder de reflejar cómo se sentía ella cuando estaba en los brazos de Gabriel. Al salir de la habitación y encaminarse por el pasillo, empujó con cuidado una puerta que estaba entreabierta y comprobó que se trataba del cuarto de invitados, decorado igualmente con un estilo moderno, y que seguramente era donde dormiría Beatriz cuando venía a visitarlo. En frente de este se encontraba el cuarto de baño en el que se había dado una ducha la tarde anterior para recuperar el calor que había perdido durante la última parte del trayecto. Lucía sonrió al pensar en todo lo que vino después. Cuando cruzó el pasillo, llegó al recibidor decorado con una estantería oscura repleta de libros y un pequeño estante colgado de la pared en el que Gabriel solía dejar la cartera y las llaves. Lucía acarició con dulzura la piel húmeda y desgastada de la billetera y deslizó sus dedos por la madera dejándose seducir por la esencia de esa casa. Un total de cuatro puertas de roble macizo se disponían a lo largo de la entrada, la más grande era la que daba acceso al apartamento, otra al aseo de invitados, una tercera que ya conocía y que era la que enlazaba con la cocina, y la última que por lógica sería la que daba paso al salón. Un sonido metálico y agudo que

provenía de la cocina llamó la atención de Lucía, al abrir la puerta vio a Gabriel en pantalones deportivos y una sudadera de la NYU, siglas que correspondían a la universidad de New York, preparando el desayuno. Sobre la mesa, había un plato con cuatro tostadas de pan, un par de vasos con zumo de naranja recién exprimidos y dos tazones blancos junto a la caja de cereales del famoso gallo de Kellog's y el cartón verde de la leche semidesnatada.

—Buenos días, preciosa ¿has dormido bien? —se acercó a ella para darle un beso en sus rosados labios.

—Más que bien —respondió disimulando un bostezo que cubrió con su mano—. ¿Te ayudo en algo?

—No, termino de preparar el café y ya está todo listo.

—¿Hace mucho que te has levantado? No te he oído salir de la cama.

—Un par de horas más o menos. El tiempo suficiente para salir a correr un rato, ducharme y preparar el desayuno.

—¿Has salido a correr? Uff... no me he enterado de nada —dijo avergonzada.

—Dormías profundamente y no he querido despertarte. Ayer tuviste una tarde bastante ajetreada —sonrió traviesamente.

Lucía, completamente ruborizada, se sentó a la mesa y pellizcó un trozo de pan caliente.

—Qué mal día hace hoy —comentó ella mientras miraba a través de la ventana que tenía a su lado—. Con este tiempo, solo apetece quedarse en casa apoltronada en el sofá bajo una manta y viendo alguna película o leyendo un buen libro.

—Hoy podemos quedarnos aquí si te apetece —le contestó mientras le pasaba una mano por la mejilla y se sentaba a la mesa con un gran apetito—. Además, hace bastante frío, cuando he salido a correr me ha costado bastante entrar en calor, por lo que no es muy agradable estar por la calle.

—Me parece una gran idea, pero ahora que lo pienso ¿no tienes ningún plan para hoy?, quiero decir, ¿no has quedado con Víctor o algún amigo para ver el fútbol? No me gustaría entrometerme en tus planes —le preguntó mientras se llenaba el bol de pequeños copos amarillos.

—No, hoy soy todo tuyo. Los domingos, cuando no estoy contigo, normalmente los aprovecho para descansar y prepararme las clases de los lunes.

—Tú haz lo que tengas que hacer ¿de acuerdo?, yo puedo entretenerme con cualquier cosa.

—A mí también se me ocurren algunas maneras de entretenerte —musitó mientras la fulminaba con su mirada.

—Ah, ¿sí? Pues ya me enseñarás cuáles —contestó provocándolo.

Y los dos sonrieron al adivinar lo que estaba pasando por sus cabezas en ese preciso instante.

Las horas del día se le habían pasado sin apenas darse cuenta. Después de desayunar, Gabriel y Lucía se entretuvieron mutuamente deshaciéndose en atentas y delicadas caricias que no hacían más que acrecentar sus sentimientos volviéndolos más intensos y profundos, proporcionándoles una sensación de plenitud y felicidad nunca antes sentida. Luego él se puso a trabajar un rato con su portátil en la mesa del salón mientras ella se acomodó en el sofá y empezó a leer una de las novelas que él le había recomendado. De tanto en tanto, Gabriel levantaba la vista de la pantalla y se quedaba absorto mirando a la mujer que en pocas semanas había cambiado su vida y su mundo interior. A pesar de las dos relaciones fallidas que tuvo en los últimos años, nunca se negó la posibilidad de conocer a otra mujer con la que compartir sus horas, porque las ganas de tener una relación estable e incluso de formar una familia en un futuro se hacían más notables a medida que iban pasando los años. Sin embargo, en todo este tiempo no había encontrado a ninguna persona que le hubiese causado un interés emocional suficiente como para darse a ella en ese sentido, hasta que la noche más inesperada su atención lo llevó a fijarse en el dulce y delicado rostro de Lucía que sonreía jovialmente sentada en el taburete del viejo pub de Gracia. Como si alguien lo hubiera empujado a levantarse de su silla, se vio de pie en la barra del bar contemplando hipnotizado sus fastuosos ojos verdes que resplandecían como dos esmeraldas sobre su tez cálida y con ligeros tonos canela, envuelta por un fino y sedoso cabello blondo que le caía sobre los hombros hasta el pecho confiriéndole un aspecto de lo más hermoso. Cuando regresó a la mesa una inquietud se movía atolondradamente en su pecho mientras su mirada no hacía más que buscar a la joven sentada en la lejanía, restando toda su atención de la conversación que estaban teniendo Mario y Tomás. Y de nuevo, como si alguien lo arrancara de su silla, se acercó hasta ella en un momento que estaba sola, y tragándose su timidez le habló por primera vez. Solo le bastó esa noche para saber que Lucía era diferente a las demás y que su destino tenía que estar ligado al de ella porque la desesperación que se apoderó de él al pensar que quizás no la volvería a ver cuando ella se dio la vuelta para marcharse no podía ser fruto

de la casualidad. El tono suave de su voz y el sonido alborozado de su sonrisa lo acompañaron durante toda la noche e incluso en sus sueños; tenía que volverla a ver, y pronto.

Después de comer se acurrucaron juntos en el sofá, y como en la escena dibujada en el lienzo de la habitación de Gabriel, él la envolvió delicadamente entre sus brazos quedándose adormilados mientras veían una película hasta bien entrada la tarde. El contacto de su suave piel junto a su cuerpo lo colmaba de paz y bienestar por lo que disfrutó de su esencia una vez más aquella fría tarde de otoño. Cada vez que Gabriel hacía el amor con Lucía y sentía su pequeño cuerpo bajo el suyo, lo embargaba una sensación de inmensa ternura y afecto que lo llevaba a abrazarla intensamente y apretarla fuerte contra su pecho para que no se le escapara entre sus dedos; el roce de sus acelerados y agitados cuerpos lo enloquecía de tal manera que a veces sentía que iba a perder el sentido, por lo que se obligaba a mirarla a los ojos para reconducir sus desbocadas emociones; el aroma de su piel lo hacía sucumbir al más intenso de los deseos incitándole a querer besarle cada centímetro de su cuerpo, y el contacto más profundo con ella, cuando se fundían en un único ser, lo hacía desesperarse por alcanzar el máximo placer que lo llevaba a creer morir de amor, cuando todos sus sentidos quedaban asediados en el momento más álgido. Cuanto más la hacía suya, más la necesitaba. Sin darse apenas cuenta, la noche se impuso al día y, con ello, la hora de despedirse. Gabriel llevó a Lucía hasta el punto del Paseo de Gracia donde venían siendo frecuentes sus encuentros y despedidas y al regresar de nuevo a su apartamento se sintió solo por primera vez en mucho tiempo.

La cena había sido realmente deliciosa, una experiencia gastronómica en toda regla, capaz de despertar cualquier sentido y suscitar sensaciones muy diversas. A pesar de los quince platillos que habían conformado el menú degustación, con sus respectivos postres, Sofía no se sentía en absoluto pesada. Quizás sí estaba un poco aturdida por el efecto del vino y del champagne, con el que brindaron para celebrar su reconciliación, pero nada que no solucionara unas cuantas horas de sueño y más si eran al lado de Martín. Nada más abandonar el restaurante, el aparcacoches ya tenía preparado el BMW en la puerta del hermoso palacete que acogía el famoso restaurante Atelier de la mano de uno de los chefs emergentes del momento. Cuando los neumáticos del deportivo dejaron atrás el sendero de la finca rodaron a toda velocidad rumbo al hotel La Florida ubicado en la carretera de Vallvidrera para pasar un fin de semana de lo más romántico rodeados de lujo y tranquilidad. Sin duda alguna, Martín sabía cómo compensar y enmendar sus errores. Nada más entrar en la habitación, se despojaron de sus ropas y se deshicieron en desenfrenadas caricias bajo el nórdico blanco que los cubrió las largas horas en las que permanecieron sin salir de la impresionante suite de enormes ventanales que permitían divisar Barcelona en su plena totalidad.

El sonido del agua de la ducha que repicaba con fuerza sobre la superficie del suelo acrílico sacó suavemente a Sofía del sueño profundo en el que estaba inmersa. Miró el reloj y, a pesar de lo temprano de la hora, dibujó una sonrisa pícara en sus labios, se levantó de la cama, se quitó el camisón de seda que cubría su cuerpo y se dirigió hacia el cuarto de baño para darle unos buenos días de lo más placenteros a Martín. En el mismo momento en que apoyó su mano en el picaporte dorado para colarse en el baño y sorprenderlo sobre el chorro de agua caliente, se detuvo al escuchar susurros al otro lado de la puerta. Tras cavilar algunos segundos descansó con mucho cuidado la oreja sobre la maciza estructura de roble, cerró los ojos y se esforzó al máximo por captar alguna palabra de la conversación que estaba teniendo lugar mientras el estómago se le comprimía en un nudo.

Con el ánimo afligido, recogió la prenda de ropa sedosa del suelo, se la volvió a colocar sin ganas y se metió en la cama disimulando no haber escuchado nada. <<Idiota, ilusa>> se culpabilizó mientras las mandíbulas apretadas se le marcaban de rabia en el rostro. Veinte minutos más tarde, Martín se deslizó sobre las sábanas y se acurrucó junto a ella que fingía

dormir. Le dio un suave beso en la cabeza y se volvió a amodorrar un par de horas más.

21

Las vacaciones de Navidad estaban a la vuelta de la esquina por lo que aprovecharon cada momento libre del que disponían para estar juntos. La tarde anterior a que Gabriel se marchara para Baquedano, Lucía estuvo ayudándolo a preparar las maletas disimulando con gran esfuerzo la desazón que llevaba por dentro. Se había acostumbrado tanto a su presencia y a pasar sus horas con él, que pensar en los días que no iba a poder abrazarlo, sentirlo o disfrutar de su delicado aroma le producía una cierta congoja en el pecho. Antes de que él la llevara a casa, hicieron el amor de una manera tan apasionada e intensa que parecía como si sus cuerpos desconfiados tuvieran miedo o pudieran presagiar que en cualquier momento el destino, a veces tan caprichoso y otras veces tan irrazonable, tuviera la potestad de cambiar a su antojo el rumbo de aquellas dos vidas que tanto se necesitaban, separándolas de la manera más inimaginable. Dejándose llevar por el deseo indómito de Gabriel que la tenía completamente confinada bajo el vaivén de su cuerpo, Lucía imploró para sus adentros que el tiempo se detuviera para hacer eterno ese momento. Lo abrazó fuerte contra ella, inspiró su delicado olor obligándose a grabarlo en la memoria para cuando lo sintiera lejos y hundió su cara entre su pecho, mientras sus entristecidas lágrimas, contenidas durante horas, se deslizaron silenciosas por su rostro desapareciendo entre sus largos cabellos dorados. En la esquina del Paseo de Gracia sus profundas miradas dijeron más que las palabras y, en el intento de no alargar más la triste despedida, Gabriel cogió el rostro de Lucía entre sus manos, la besó dulcemente y se despidió con un <<hasta pronto, preciosa>>, para segundos más tarde perderse entre las luces de los vehículos que circulaban apresuradamente por la extensa Avenida Diagonal. Completamente inerte en el mismo lugar donde se había apeado se llevó una mano a los labios y con la mirada sostenida en dirección hacia donde él se había marchado empezó a echarlo de menos.

El día veinticuatro de diciembre todos los trabajadores tenían permiso para terminar la jornada laboral al mediodía, y como venía siendo costumbre, Lucía y Marta reservaron mesa en un restaurante que había bastante cerca de su oficina, especializado en cocina a la brasa y carnes, para celebrar juntas la Navidad.

—Aquí estamos un año más, ¡Felices fiestas! —brindó Lucía alzando su copa de vino.

—¡Felices fiestas! —Marta dibujó una sonrisa forzada en sus labios.

—¿Va todo bien?

—Me marcho Lucía.

—¿Que te marchas? ¿Cómo? ¿A dónde? —le preguntó atropelladamente sin saber muy bien qué significaban aquellas palabras.

—Me voy de Barcelona por un tiempo, necesito pensar sobre ciertas cosas y siento que aquí me estoy ahogando.

—¿Todo esto tiene que ver con tu tía Ángela? Marta asintió con la cabeza.

—¿Te acuerdas que te dije que había un problema que teníamos que resolver?

—Sí, lo recuerdo —la miró dedicándole toda su atención.

—Hace unos meses mi tía me explicó que la habían despedido del trabajo y que la empresa de mi tío estaba a punto de entrar en quiebra —Marta empezó hacer círculos sobre el mantel de algodón con la punta de su dedo mientras dejaba ir un sonoro suspiro—. Me dijo que ya habían gastado casi todos sus ahorros y que si la cosa continuaba así, posiblemente iban a perder el piso porque no podían hacer frente a la hipoteca y a los gastos. Por lo que estaban en una situación bastante desesperada y no tenía más remedio que pedirme ayuda.

—¿A ti? ¿De qué manera podrías ayudarles? — preguntó algo confundida.

—Quiere que venda el piso de mis padres y liquide la hipoteca que tienen.

—¿Cómo? —titubeó mientras su cara denotaba una gran sorpresa.

—Eso mismo pensé yo cuando me lo pidió —dijo con un hilo de voz—. En aquel instante le dije que no podía darle una respuesta y que necesitaba unos días para pensármelo porque... —los ojos le empezaron a brillar haciendo un intento desesperado por no llorar— no es una decisión nada fácil para mí.

—Ya lo sé, Marta.

—Es lo único que me queda de ellos —se secó rápidamente con las palmas de las manos las lágrimas que empezaron a rodarle por las mejillas—. Si vendo el piso, se acabó, Lucía, habrán desaparecido del todo, no tendré nada que hubiese pertenecido a ellos.

—¡Oh Marta! —le cogió fuerte la mano—. No te sientas obligada a venderlo si no estás preparada. ¿Has hablado con tu tía de esto?

—Sí, pero dice que se lo debo a ella y a mi tío. Cuando pasaron algunos días y no les daba ninguna respuesta empezaron las llamadas insistentes, luego se convirtieron en llamadas suplicantes y finalmente se han convertido en llamadas culpabilizadoras y amenazantes. Ya no puedo soportarlo más.

—¿Por qué dice que se lo debes?

—Porque según ella han invertido mucho tiempo y dinero en mí sin ser hija suya, y dice que esto es lo menos que puedo hacer por ellos —Marta se echó a llorar otra vez.

—No me puedo creer que te hayan dicho semejante barbaridad —protestó indignada.

—En el fondo tienen razón Lucía, cuando mis padres murieron se hicieron cargo de mí sin tener ninguna obligación. Me podrían haber mandado con mi abuela al pueblo.

—Marta, ¿te estás escuchando? Ellos accedieron a cuidar de ti libre y voluntariamente y, por Dios, eras la hija de su hermana pequeña. ¿Qué se supone que debían haber hecho? ¿Mandarte a un pueblo de mala muerte para que te cuidara una mujer de ochenta años? ¡Es absurdo! Quiero pensar que todo lo que te han dicho nace de la preocupación y los nervios que deben estar pasando y han visto que la única baza que les queda es hacerte sentir culpable para que vendas el piso.

—No lo sé Lucía, ya no sé qué creer... Pero todo este asunto me está destrozando y no sé qué hacer porque ninguna de las opciones que tengo me va a hacer feliz. Si vendo el piso y les doy el dinero a mis tíos, pierdo lo único que me queda de mis padres y si decido quedarme el piso, pierdo a la única familia que tengo, así que... ya me dirás —la miró desesperada—. ¿Qué hago Lucía? Dime qué puedo hacer —le rogó.

—No lo sé Marta, no puedo darte una respuesta porque es una decisión muy personal. Lo único que puedo aconsejarte es que te tomes el tiempo que necesites sin sentirte presionada por nada ni nadie, y que sopeses cómo te puedes sentir en el futuro si tomas una u otra decisión.

—Por ese motivo me voy Lucía. Necesito alejarme de aquí para pensar con claridad y decidir qué hacer.

—Es tan injusto que tengas que pasar por esto, no sabes cómo lo siento.

—Gracias, significa mucho para mí tener tu apoyo.

—Siempre lo has tenido y siempre lo tendrás ya lo sabes.

—Lo sé —esbozó una media sonrisa.

—¿Dónde vas a ir?

—No lo sé todavía.

—¿Y el trabajo?

—He hablado con Javier y me conceden una excedencia, por el momento, de cuatro meses prorrogable hasta un año. Espero no tardar tanto en decidirme —intentó bromear sin resultado.

—Te voy a echar mucho de menos Marta.

—Y yo a ti.

Al llegar a casa, descansó un rato y sobre las seis de la tarde se reunió con su madre en la puerta del mercado de la Boquería para acabar de comprar los últimos detalles de la cena de esa noche y dar una vuelta por el centro en busca del regalo de su hermano Pablo.

El ambiente que se respiraba en casa de su tía Silvia era de lo más animado por lo que no fue difícil dejarse contagiar y disfrutar plenamente del momento. Sus tres primos con sus respectivas esposas ya habían llegado y se encontraban charlando animadamente en el salón mientras los pequeños de la casa correteaban incansables de un lado para otro armando un gran alboroto. Su tío José, enredado entre las luces de Navidad y con un destornillador en la mano, intentaba adivinar por qué las diminutas bombillas se habían quedado bloqueadas en la posición de iluminación fija y no tintineaban para darle más gracia al abeto artificial que le daba a la estancia una encantadora decoración navideña, junto con los originales calcetines rojos colgados de la chimenea de mayor a menor tamaño con el nombre de todos los miembros de la familia y el largo pesebre, al que no le faltaba ningún detalle y que ocupaba gran parte de la cubierta del mueble del salón. En el sofá, su anciana abuela Almudena, ataviada con un elegante vestido azul, que le hacía juego con sus ojos, y un perfecto moño blanco recogido detrás de la nuca con alfileres plateados, se encontraba de lo más animada contemplando el griterío de su alrededor y animando de tanto en tanto con débiles palmadas el juego de sus traviosos bisnietos. A los pocos minutos de haber llegado, apareció su tía en el comedor secándose las manos en un paño de algodón que le colgaba del delantal para dar la bienvenida a las invitadas recién llegadas y enseguida regresó a la cocina acompañada por Lucía y su madre para continuar con los deliciosos aperitivos que estaba preparando, mientras el asado de carne seguía cocinándose a fuego lento dentro del horno, desprendiendo un delicioso olor a vino y hierbas. Casi una hora más tarde, el timbre de la puerta volvió a sonar y todos se dirigieron apresurados a recibir a Pablo y a su padre que acababan de

llegar del aeropuerto, por lo que la fiesta se avivó todavía más. El momento más esperado de la noche fue, sin duda, cuando llegó la hora de cumplir con la tradición catalano-aragonesa de colocar el “Tió”, un pequeño tronco de madera con una cara alegre pintada en uno de sus extremos y cubierto con una barretina y una manta, en el centro del salón, observando con impaciencia la cara de asombro de los niños al creer que el pequeño madero les había obsequiado con un regalo por haberlo cuidado y alimentado los días anteriores a la mágica noche; era un ritual de lo más curioso practicado en miles de hogares. Y entre risas, bromas y canciones, Lucía no pudo evitar dedicarle algunos pensamientos a Gabriel.

Los días de Navidad y de San Esteban no fueron muy diferentes a la celebración del día anterior, la única diferencia fue que Francesc y Nuria, los padres de Lucía, se convirtieron en los anfitriones de las fiestas, acogiendo de buen agrado a la docena de invitados que venían cargados de buen humor y ganas de pasar un buen rato. Aparte de la deliciosa y tradicional comida que preparaba su madre para esos días, caldo de pollo y verduras con enormes conchas de pasta italiana flotando en el plato para el día de Navidad y canelones rellenos de carne para el día veintiséis, a Lucía le encantaban los ratos de la sobremesa, especialmente cuando los hijos de sus primos se subían sobre una silla y cantaban el villancico o recitaban la poesía navideña, que se habían aprendido en el colegio, para luego recoger, algunos con timidez y otros con un gran desparpajo, el aguinaldo que se habían ganado. Otro de los momentos con los que también disfrutaba enormemente era cuando ponían en marcha la videoconsola que se encargaba de traer siempre su primo Jordi, y por grupos, formados utilizando el famoso piedra-papel-tijera al que se enfrentaban los capitanes de cada banda, se retaban unos a otros a batallas de baile, intentando seguir los pasos de los ágiles muñecos de colores que se movían incansables en la pantalla de la televisión, fomentando la jarana y las risas contagiosas entre unos y otros. La buena avenencia y cohesión familiar eran algunos de los valores que se habían promovido siempre en la familia de Lucía, por ese motivo, disfrutaba y le gustaba tanto la Navidad. Para ella era un tiempo de recogimiento e intimidad con sus seres más queridos.

Hasta la noche de Reyes los días discurrieron de manera tranquila. Lucía fue a trabajar como de costumbre a la oficina que estaba casi desierta: Javier se encontraba en Londres cerrando un exitoso acuerdo con un nuevo cliente y

volvería en cinco días, Marta había empezado su permiso de excedencia y hasta dentro de unos meses, sin saber exactamente cuántos, no iba a incorporarse de nuevo al trabajo, y varios compañeros del resto de departamentos habían pedido vacaciones para poder cuidar de sus hijos hasta que empezaran de nuevo el colegio. A pesar de que durante esos días Lucía pudo adelantar bastante trabajo que tenía atrasado y que la hacía sentir muy estresada, no pudo evitar sentirse un tanto extraña y sola, sobre todo, cada vez que levantaba la mirada y veía la mesa de Marta vacía. Durante algunos meses no solo echaría de menos a su compañera sino también a su mayor confidente, una de las pocas personas que le había demostrado su lealtad año tras año desde que se conocieron y con la que sentía la suficiente confianza para poder hablarle sin tapujos sobre sus preocupaciones, líos familiares y sobre todo de Gabriel, sabiendo que iba a recibir de ella los consejos más honestos y sinceros que tantas veces le habían sido de gran ayuda. Pero, por otra parte, entendía perfectamente la decisión que había tomado de alejarse de todo durante un tiempo, para poder reflexionar sobre la petición que su tía llevaba tanto tiempo haciéndole insistentemente y que en las últimas semanas ya había empezado a tornarse en una especie de chantaje psicológico.

Por las tardes, al salir de la oficina, dirigía inevitablemente su mirada hacia el punto de la acera donde Gabriel la aguardaba muchas veces con la esperanza de que hubiera acertado su estancia en el pueblo y apareciera por sorpresa a recogerla, y aunque sabía que era un pensamiento absurdo, siempre le quedaba una pequeña esperanza que se transformaba rápidamente en decepción, cuando comprobaba que no había nadie esperándola. Para que las tardes no se le hicieran excesivamente largas, Lucía aprovechaba para ir al gimnasio un rato, pasear por la ciudad o simplemente se iba a casa a descansar esperando con ganas que llegara la noche para hablar largo y tendido con Gabriel. Después de colgar, una sensación de anhelo se agolpaba en su pecho y, como un ritual adquirido en las últimas semanas, contaba mentalmente los días que faltaban para volver a verlo.

El estado de ánimo con el que despertó esa mañana distaba mucho del de los días anteriores. La vitalidad y el buen humor que irradiaba su cuerpo nacían de saber que el tiempo de espera ya había terminado y que en pocas horas podría abandonarse en los brazos de Gabriel. Mientras se miraba en el espejo del baño y se pasaba las manos por su adormilada y fina cara, Lucía se dio cuenta de que los días sin él habían sido bastante monótonos, aburridos e incluso faltos de espontaneidad y pensó que así era su vida antes de conocerlo, e inmediatamente, y como un acto reflejo, le vinieron a la mente las palabras de Marta, cuando sentadas en el pub de Jaime le refirió las experiencias tan maravillosas que se estaba negando a vivir y sentir por seguir aferrada a un miedo que pertenecía al pasado <<cuánta razón tenías>>, pensó para sus adentros, echándola de menos todavía más. A veces tememos tanto a lo desconocido que preferimos quedarnos anclados en los recuerdos de las historias que nos han hecho daño, para utilizarlas como excusa para no arriesgarnos a exponernos de nuevo al juego impredecible de la vida, y eso es exactamente lo que Lucía había estado haciendo los últimos años: retirarse de la partida para no volver a perder.

Cuando llegó al acristalado portal, resguardado bajo un macizo techo de piedra negra y sostenido por cuatro columnatas de acero oscuro, la impaciencia acumulada durante el día se hacía notar con un agitado nerviosismo que se desplazaba velozmente en forma de torbellino en el centro de su pecho, haciendo que su corazón latiera aceleradamente. Lucía apretó breves y repetidas veces el timbre y en cuanto la puerta se abrió, la empujó con nervio y se dirigió con paso ligero hacia el ascensor. Al poner un pie en el rellano del cuarto piso, una intensa emoción de felicidad la invadió cuando lo vio de pie, sosteniendo la puerta con el pelo revuelto y una incipiente barba de pocos días esperándola con su blanca y perfecta sonrisa. Al acercarse hacia la entrada del piso hipnotizada por sus ojos negros, Gabriel, sin pronunciar todavía una palabra, se abalanzó sobre ella rodeándole la cintura con un brazo y con el otro llevándolo sobre su nuca para atraer la cabeza de Lucía hacia su boca y dedicarle un ansiado y desesperado beso que duró largos minutos.

—Hola —le dijo al fin en un suave susurro mientras apoyaba su frente en la de ella—. Te he echado mucho de menos.

—Y yo a ti, tenía tantas ganas de verte... —le respondió mientras

descansaba la mejilla en su pecho y pasaba los brazos por su espalda sin poder creer que ya lo tuviera de vuelta a su lado—. ¿Qué tal el viaje?

—Un poco largo. La verdad es que estoy bastante cansado —le respondió él mientras le daba un dulce beso en el cabello que desprendía un agradable olor afrutado, y la cogía de la mano para entrar en el piso sorteando las diferentes bolsas y maletas que había en el recibidor.

—Madre mía, cómo está todo.

—Ya lo sé, no me ha dado tiempo de empezar a guardar las cosas —se pasó las dos manos por el pelo mientras dejaba ir un resoplido fatigoso.

—Te ayudo, no te preocupes. Yo me encargo de guardar la comida y tú la ropa. Cuanto más nos lo pensemos más pereza nos dará, así que, andando....

Lucía cogió con determinación algunas bolsas y las llevó a la cocina, repitiendo el mismo viaje un par de veces más hasta que no quedó ninguna en el recibidor. Se paró un momento y sonrió al oír trastear a Gabriel en la habitación abriendo y cerrando cajones, mientras silbaba con entusiasmo una canción que fue incapaz de reconocer. Mientras estaba subida en una silla colocando algunas conservas en el estante superior de uno de los armarios, sintió unas manos deslizándose lentamente desde sus pantorrillas hasta su trasero para luego desplazarse sutilmente hacia sus muslos y regresar de nuevo a sus nalgas. Lucía cerró los ojos y se dejó embargar por el cálido tacto de las manos de Gabriel, que la acariciaba con ternura y deseo. Poco a poco se dio la vuelta y se encontró con su mirada arrolladora y una sonrisa de lo más traviesa que ella conocía a la perfección. Se inclinó hacia delante apoyándose en los hombros de él, e hizo un amago de darle un beso, pero en el instante de besarlo se apartó coquetamente y se dirigió hacia su cuello que recorrió de abajo hacia arriba inspirando delicadamente el aroma que desprendía, a la vez que le iba dando pequeños y gráciles mordiscos, ayudándose primero con su lengua. Exhalando un entrecortado suspiro, Gabriel tomó a Lucía entre sus brazos y sin dejar de mirarla se dirigió hacia la habitación donde la recostó sobre el acolchado edredón de plumas.

—Vaya, vaya, ¿no estabas cansado? —le preguntó Lucía maliciosamente mientras se soltaba la coleta y dejaba caer su larga melena sobre los hombros.

—Estaba, tú lo has dicho —le respondió con una sonrisa de lo más traviesa.

Gabriel se quitó el jersey y la camiseta que llevaba puestos a través de la cabeza y los dejó caer en el suelo mientras contemplaba a Lucía tendida boca

arriba. Sin dejar de clavarle sus ojos oscuros, se llevó las manos a los botones del tejano y de un solo tirón los desabrochó, incitándola a que ella hiciera lo mismo con su ropa. Cuando sus cuerpos quedaron cubiertos únicamente por las delicadas prendas de ropa interior, Gabriel apoyó sus manos sobre las rodillas flexionadas de Lucía y con sumo cuidado las fue abriendo para hacerse paso, hasta quedar completamente estirado sobre ella. Después de besarse, larga y apasionadamente, mientras sus manos revoltosas se perdían entre sus cuerpos jadeantes, Lucía se hizo a un lado para que Gabriel quedara acostado mirando hacia el techo. Primero le besó el pecho desnudo, luego deslizó su lengua hasta el abdomen y finalmente terminó por quitarle los slips y se perdió entre sus piernas, ofreciéndole el placer que a él tanto le gustaba y que lo hacía suspirar entrecortada y profundamente. Cuando estaba a punto de alcanzar el momento más álgido, Gabriel tiró de los brazos de Lucía hacia arriba y se colocó rápidamente sobre ella iniciando con ímpetu su personal vaivén de caderas, perdiéndose en un frenesí de intensas sensaciones, y cuando ya no pudo aguantar más, entrelazó sus manos fuertemente con las de ellas y dejó salir el ansiado gemido que lo hizo estremecerse de amor. Lucía se abrazó con fuerza a Gabriel y se dejó llevar por el deseo.

Exhausto sobre la cama, Gabriel se incorporó de lado y miró dulcemente a Lucía mientras con sus delicados dedos recorría su rostro ruborizado.

—¡Joder, casi se me olvida! No te muevas. Ahora vengo —se levantó con agilidad dirigiéndose hacia la habitación de invitados.

Pocos minutos después apareció desnudo por la puerta con un paquete envuelto entre las manos.

—Feliz Navidad, preciosa. Espero que te guste —le tendió el pequeño regalo.

Lucía se incorporó de la cama con una gran sonrisa, se colocó el pelo hacia uno de los lados y cogió el envoltorio que Gabriel le ofreció rompiendo el papel con gran delicadeza. Al abrir la redondeada caja de cartón rosa, su cara se quedó petrificada contemplando la preciosa pulsera de plata que relucía sobre una pequeña almohada de terciopelo negra.

—¡Gabri, es preciosa!... —le dijo con la voz emocionada mientras alternaba su mirada sobre la cara sonriente de él y la preciosa joya que sostenía sobre sus temblorosas manos.

—¿Te gusta? ¿De verdad? Si no, se puede cambiar sin problemas.

—¡Estás de broma! Es la pulsera más bonita que he tenido nunca —alargó el brazo para ver el efecto que producía a lo lejos—. Ahora espera tú

aquí —rió ella pegando un brinco de la cama en busca de su bolso—. Pensabas que no iba a haber nada para ti. ¡Feliz Navidad! —exclamó mientras le tendía también un pequeño regalo.

—Será posible, no tenías que haberme comprado nada —se sonrojó—. A ver... qué será... —parloteaba mientras se peleaba con el envoltorio.

Al retirar el papel y abrir una pequeña bolsa de tela, un fuerte olor a cuero impregnó el entorno. Gabriel sacó la billetera negra y la empezó a ojear con gran curiosidad.

—Gracias, es muy bonita y, después del aguacero que nos cayó encima, la mía está para tirarla directamente a la basura —le acarició el rostro agradecido.

—Ya lo sé, por eso pensé que sería un buen regalo. Cada vez que sacas la billetera me da un poco de pena —dijo fingiendo un rostro triste.

—¿Así que te doy pena? Pues ven y consuélame un poco —le susurró juguetonamente, mientras dejaba la billetera a un lado de la cama y se tiraba sobre ella empezando a hacerle cosquillas por todo el cuerpo.

—¡Para, para!... —gritaba Lucía mientras su voz se ahogaba en carcajadas.

Pero Gabriel, haciendo oídos sordos a las plegarias de Lucía, siguió persistiendo en su asalto revoltoso hasta que, confiado de su ventaja, bajó la guardia y Lucía pudo escapar de entre sus brazos, con la respiración acelerada del esfuerzo de tanto reír.

—Esta te la guardo, que lo sepas —le dijo ella apuntándolo con el dedo e intentando que sus palabras sonaran a amenaza.

Gabriel se puso en pie y se acercó a ella con las manos en alto en señal de arrepentimiento, pero Lucía alzó el brazo en dirección a él guardando las distancias.

—Quieto ahí, no me fío ni un ápice de ti... —le ordenó escondiendo una sonrisa.

—Tranquila, vengo en son de paz —puso cara de niño bueno.

—De eso nada, te conozco tanto que ya reconozco de lejos tu intención...

—¿De qué estás hablando? Y antes de que pudiera terminar la frase, la agarró del brazo y la atrajo hacia él, reteniéndola de nuevo entre sus brazos.

—Por favor... —le suplicó mirándolo con ternura.

Hipnotizado por sus verdes ojos, Gabriel la besó en la frente y la abrazó fuertemente contra su pecho.

—Te quiero Lucía, eres lo mejor que me ha pasado en la vida —le

susurró mientras seguía apretándola fuerte contra él—. Nunca pensé que podría llegar a querer tanto a alguien.

Lucía, con los ojos brillantes y temblorosos y el corazón palpitándole fuertemente contra el pecho, se apartó ligeramente de él, y levantando la mirada le dijo:

—Yo también te quiero Gabri... en este tiempo que llevamos juntos le has dado un giro tan inesperado a mi vida que nunca creí que sería posible y yo... ahora... no concibo una vida lejos de ti.

Gabriel tomó el rostro de Lucía tan delicadamente que parecía como si se le pudiera romper entre las manos, y sin apartar sus ojos de los de ella la besó con todo el amor de su corazón, como si no hubiera un mañana para ellos.

Mientras estaba ensimismada en sus pensamientos, esperando a que la máquina expendedora emitiera el pitido final indicando que el café ya estaba listo, Lucía sintió la enérgica presencia de alguien entrando por la puerta de la sala de descanso.

—Buenos días Javier, ¿cómo ha ido por Londres?

—¡Bah!... Una pérdida de tiempo. ¿Te puedes creer que al final no cerramos el acuerdo? —dijo malhumorado mientras sacaba unas monedas del bolsillo de su pantalón.

—¿Y eso? —le contestó desconcertada.

—Los muy cabrones cuando estábamos a punto de firmar el último día se echaron atrás, alegando que otra empresa española —puntualizó haciendo comillas con los dedos— les había ofrecido un mejor precio y esperaban que nosotros pudiéramos mejorar la oferta o al menos igualarla.

Lucía escuchaba algo frustrada las palabras de Javier <<con las horas y el tiempo que le hemos dedicado al puñetero contrato y quizás todo se va a la mierda en el último momento, ¡no me lo puedo creer!>> pensó para sus adentros.

—¿Pero sabes qué creo?... que todo es una patraña —le seguía explicando después de darle un sorbo a la humeante bebida—. Cuando les pedí que me enseñaran la oferta de la otra empresa dijeron que por temas de privacidad no les era posible y que lo único que podían hacer era comentármela de palabra para ver qué podía hacer. ¿Te lo puedes creer?

—Aquí hay gato encerrado Javier. ¿No quieres decir que, con la situación que tenemos, nos están apretando las tuercas a ver lo que pueden sacar?

—Claro que es eso... si por mí fuera los mandaría a tomar por culo, pero los cabrones tienen un imperio montado y captarlos como clientes traería muchos beneficios a la empresa y hemos de hacer lo imposible para que firmen con nosotros —dijo irritado.

—¿Cuál es el siguiente paso?

—El siguiente paso, Lucía, es hacer las maletas porque mañana nos vamos para Madrid a trabajar con el departamento de adquisiciones de allí. No tendrás ningún inconveniente en acompañarme, ¿verdad? —le preguntó con el semblante bastante serio.

—No, no —repitió—. Puedo ir sin ningún problema.

—Bien. Cuando puedas llama a la agencia de viajes y diles que nos miren dos billetes de avión o AVE para salir mañana a primera hora y volver el viernes por la tarde. Creo que, si trabajamos duro, en tres días podremos tener algo decente.

—En cuanto abran llamo a Elisabet para que empiece a tramitarlo todo. Otra cosa, ¿dónde quieres hospedarte? ¿Alguna preferencia?

—Dile a esa tal Elisabet que mire si hay habitaciones en el último hotel en el que estuvimos. Está céntrico y cerca de la sucursal. Si por cualquier cosa no tuvieran sitio, que nos mire otro con características similares, ¿de acuerdo?

—Entendido.

—Una cosa más, sobre las once más o menos —miró su caro reloj de oro atado a su muñeca—, ven a mi despacho, me gustaría empezar a trabajar en el asunto. No quiero llegar a Madrid con las manos vacías —dijo tajantemente—. Y... creo que eso es todo.

Javier acabó de darle el último sorbo al café, tiró el vaso de plástico con determinación en el contenedor de reciclaje amarillo y, a reglón seguido, salió de la habitación con paso firme y erguido. Siguiéndolo con la mirada hasta que desapareció al girar la esquina, Lucía no pudo evitar pensar que era un hombre de lo más curioso. Hacía más de cinco años que trabajaba para él y apenas sabía nada de su vida. Durante los viajes que habían hecho juntos, Javier se había mostrado atento en actos hacia Lucía, integrándola en los diferentes grupos de trabajo con los que habían colaborado, pidiéndole consejos o sugerencias cuando debatían algún asunto e incluso presentándosela a los peces gordos de la compañía valorando, de esta forma, su talento innato para los negocios publicitarios. Sin embargo, cuando echando mano de su pericia y sutileza había intentado iniciar conversaciones de temas banales con él para romper el ambiente tenso, que en ocasiones se acababa creando en torno a ellos, Javier, siempre con una media sonrisa, se las ingeniaba para reconducir las charlas de nuevo al tema laboral haciendo oídos sordos a las preguntas de ella. En cierta medida, a Lucía ya le iba bien que él fuera tan reservado dado que ella misma era muy celosa de su intimidad y no le gustaba dar explicaciones, pero por otra parte, los viajes acababan convirtiéndose en algo incómodos cuando los asuntos de trabajo ya no daban para más, por lo que cada vez que Javier le pedía que hiciera las maletas la embargaba una sensación de agobio, incomodidad y desgana.

Al regresar a su mesa con la mente algo más despierta por el efecto de la cafeína, abrió el correo electrónico y emitió un leve silbido cuando vio el número de mails que tenía acumulados en la bandeja de entrada. Las vacaciones de Navidad ya habían terminado y se notaba que todo el mundo se había incorporado a sus puestos de trabajo, por lo que el ritmo frenético en el que se desenvolvía forzosamente marcaba de nuevo el orden del día. Como de costumbre, echó un vistazo rápido a los remitentes y al asunto por si había algo urgente que resolver con carácter inmediato y comprobó que ninguno corría especial prisa, así que decidió descolgar el teléfono y llamar a Elisabet para empezar a tramitar el tema del viaje. Antes de que el reloj marcara las diez, una voz impaciente rompió el silencio que envolvía las dependencias de Lucía causándole un pequeño sobresalto. Al girarse vio a Javier algo inquieto apoyado en el marco de la puerta:

—¿Has llamado ya a la agencia?

—Sí, hace un momento. ¿Pasa algo?

—Cambio de planes —dijo bastante estresado—. Vuelve a llamar y pídeles que nos consigan unos billetes para salir hoy al mediodía.

—¡Hoy al mediodía! —exclamó confusa.

—Sí, hoy al mediodía —la reprobó con una mirada firme—. Acabo de hablar con Madrid y quieren empezar esta misma tarde, ya te he dicho que no podemos dejar que se nos escapen estos clientes. Así que llama otra vez a esa tal... —dudaba mientras chasqueaba los dedos de la mano.

—Elisabet —farfulló.

—Eso —chasqueó los dedos— llámala y que nos busque dos billetes para llegar a Madrid como muy tarde a las cinco. Infórmame en cuanto sepas algo —y desapareció por el pasillo.

El semblante de Lucía cambió por completo presa del enfado y la frustración, que se habían apoderado de ella. No le gustaba en absoluto trabajar en esas condiciones tan estresantes porque tenía la sensación de que la situación se le escapaba de las manos y le generaba mucha inseguridad. Cuando Javier le ofreció el trabajo, en ningún momento pensó que su vida laboral se vería tan alterada. Ciertamente es que las tareas que realizaba ahora estaban mucho más relacionadas con lo que ella había estudiado y que el sueldo había experimentado una mejora considerable, pero por contrapartida, no estaba segura de si le compensaban estas ventajas con relación al estrés, la fatiga e incluso la angustia a la que se había visto sometida en los últimos meses. También había coincidido que Marta se había cogido la excedencia por

motivos personales y no habían contratado a nadie para cubrir su puesto, por lo que el trabajo se le iba amontonando diariamente sobre la mesa viéndose incapaz de abarcar tal cantidad de faena. De muy mala gana, volvió a descolgar el teléfono y marcó el número que tan bien se sabía de memoria.

—Javier —dijo golpeando con los nudillos la contundente puerta de roble— el AVE sale a las dos. Me acaban de pasar los billetes por mail. Aquí tienes el tuyo —su voz sonaba tan seria como su semblante.

—Perfecto —le contestó sin levantar apenas la mirada de los papeles que estaba leyendo—. Lucía —la llamó de nuevo— si quieres vete a casa a preparar la maleta, nos vemos a la una y media en la estación de Sants.

Lucía se dio la vuelta, y sin decirle nada abandonó el despacho.

Cuando entró en el piso empujó la puerta con tanta fuerza que el sonido retumbó hasta la entrada del edificio. Con paso firme y farfullando una gran variedad de palabras mal sonantes entró en la habitación, se puso de rodillas y se agachó para poder arrastrar de mala gana la maleta de cuadros grises y negros cubierta de polvo que descansaba bajo la cama.

—Lucía, ¿qué haces en casa a estas horas? —Andrea apareció extrañada asomando la cabeza a través del marco de madera.

—He venido hacer la maleta, me voy a Madrid con mi jefe en un par de horas.

—¡A Madrid! ¿Ahora?

—Sí, ¿te lo puedes creer? —protestó mientras abría y cerraba con brusquedad los cajones de la cómoda de su habitación y tiraba con disgusto la ropa encima de la cama.

—¿Y no puedes negarte? El ritmo de trabajo que llevas últimamente es de locos. No sé cómo puedes aguantarlo.

—Lo sé, pero si me niego, ya puedo despedirme del trabajo. ¡Dios! —exclamó con las mandíbulas apretadas—, dichoso el día en que decidí aceptar el ascenso. Si llego a saber esto...

—Lucía, no te castigues ahora con eso... —intentó consolarla Andrea—. Nadie, ni siquiera tú misma, podía saber que te iban a exigir tanto. ¿No podrías hablar con tu jefe?

—¿Y qué le digo Andrea? Hola Javier, ¿sabes qué?, me lo he pensado mejor y quiero volver a mi antiguo puesto porque en este siento que me exprimes hasta la última gota y estoy agotada. —Le espetó mientras se ponía las manos en la cintura y sonaba bastante rancia—. Lo siento Andrea, no

quería decir eso — levantó una mano a modo de disculpa al darse cuenta del tono y las maneras que había utilizado. Lucía no era una mujer que perdiera fácilmente la compostura con los demás, al contrario, siempre se mostraba amable y respetuosa, pero ese día se sentía realmente cansada y agobiada.

—Tranquila, no pasa nada, ¿quieres que te eche una mano?

—No, gracias. No voy a llevarme gran cosa, así que la haré en un momento. Por cierto, ¿sigue en pie lo del viernes?

—¡Claro! no me lo pierdo por nada del mundo. Por fin voy a conocer al misterioso Gabriel —alzó las cejas en un movimiento repetido.

—Qué boba eres —intentó disimular una leve sonrisa. Por fin, se había atrevido a dar el paso de presentar a Gabriel en sociedad. La relación no podía ir mejor, todo era perfecto, él la quería, ella lo amaba con toda su alma. ¿Qué podría ocurrir que hiciese añicos tanta felicidad y tanta dicha?

—Me tengo que ir a clase. Te veo el viernes, ¿de acuerdo?

—Vale.

—Que tengas un buen viaje, y Lucía...

—¿Qué? —se volvió para mirar a su compañera.

—Intenta ver el lado positivo.

—¿Crees que tiene alguno?

—No te has parado a pensar que cuando tu jefe siempre quiere que lo acompañes es porque debe confiar mucho en ti. Por lo que me has contado de él, es un hombre bastante independiente y solitario, si no sintiera que te necesita, se marcharía siempre solo.

Lucía guardó silencio y se quedó pensando en las palabras de Andrea ¿podía tener razón? ¿Era por ese motivo por lo que Javier siempre quería su compañía? El hecho de pensar en esa posibilidad hizo que su mal humor disminuyera ligeramente y su autoestima se reforzara sutilmente, pero de todos modos, la manera como se estaban dando las cosas no le acababa de gustar. Si esa dinámica no cambiaba, tendría que plantearse hablar con Javier porque sentía que empezaba a desquiciarse por momentos.

Al cruzar las puertas automáticas de Sants, se encaminó directamente hacia el control de seguridad que daba paso a la sala de espera reservada para los viajeros que iban a tomar el tren de alta velocidad, arrastrando con gran exacerbación su ligera maleta de ruedas. Al ser mediodía, no se divisaba demasiado movimiento en la sala atestada de sillas azules, fijadas unas a las otras formando largas hileras de asientos, por lo que no le fue difícil identificar al autor de su irritable estado de ánimo, sentado con las piernas cruzadas, leyendo absorto una gran cantidad de documentos que descansaban en sus rodillas.

—Ya estoy aquí —anunció con un tono seco mientras se dejaba caer en el asiento de al lado de su jefe.

—Te he traído una copia del contrato original para que le vuelvas a echar un vistazo, a ver si se te ocurre alguna manera de mejorarlo —le tendió un montón de hojas guardadas en un portafolios.

Lucía cogió con desgana los documentos que se sabía casi de memoria, por las incontables horas que le había dedicado a su redacción semanas anteriores, y empezó a pasar las páginas una por una rápidamente ojeando su contenido en diagonal <<ya me lo miraré con más detenimiento durante el trayecto>> pensó. De pronto, una melodía conocida empezó a sonar en el fondo de su bolso, por lo que lo abrió con gran destreza y empezó a rebuscar entre sus pertenencias hasta que localizó su teléfono móvil. Se levantó rápidamente de su silla y se apartó unos metros de Javier para conseguir un poco de intimidad.

—Te he llamado antes pero no te he localizado.

—Hola preciosa, estaba en clase. ¿Pasa algo?

—No te vas a creer dónde estoy.

—Sorpréndeme —exclamó esperando recibir una noticia que le alegrara el día.

—En la estación de Sants, con Javier... me voy a Madrid hasta el viernes por la tarde.

—¿Me tomas el pelo? —bromeó.

—Ya me gustaría. Se ha complicado un asunto con unos clientes y tenemos que ir a solucionarlo con la mayor brevedad posible.

—¡Joder, Lucía! No me lo puedo creer, ¿cómo puede trabajar de esta manera? —protestó.

—Gabri, por favor, lo último que necesito es que también te enfades tú, bastante cabreo tengo encima...

—Lo siento —se disculpó— tienes razón... pero me enerva sobremanera que ese jefe tuyo haga y deshaga a su antojo y no te tenga más en cuenta.

—Ya lo sé, pero está sometido a mucha presión.

—¿Lo estás defendiendo?

—No, Gabri, no lo defendiendo, pero encontrar una solución al problema forma parte de su trabajo y se juega mucho, así que en estos momentos creo que está más preocupado por seguir manteniendo su empleo y su reputación que pensar en si me estará fastidiando algún plan —le dijo de un modo tajante al notar el sarcasmo de su pregunta. En este momento, lo único que necesitaba era un poco de comprensión y apoyo, no empezar una discusión.

—Eso no te lo discuto, lo único que te digo es que no puede decidir irse a Madrid en cuestión de horas y quedarse allí tres días y arrastrarte con él.

—Pues a la vista está que justamente es lo que ha hecho. Cuando me ofreció el puesto me preguntó si tendría disponibilidad para viajar y le dije que sí, por lo que ahora no puedo negarme a acompañarlo, y por favor, dejemos el tema porque me estoy agobiando bastante y no me gusta el tono que está adquiriendo esta conversación.

—Como quieras —se dio por vencido—. Entonces, ¿te veo el viernes?

—Sí, recuerda que no vendré sola.

—No se me había olvidado.

—Te voy a echar mucho de menos.

—Y yo a ti, ya verás cómo estos días pasan rápido y en nada nos vemos otra vez.

—Oye, tengo que colgar, acaban de anunciar el embarque. Te quiero.

—Yo también, que tengas un buen viaje, y avísame cuando llegues.

—Vale.

—Adiós preciosa.

Lucía volvió a su asiento, cogió su maleta y esperó a que Javier recogiera los papeles y se preparara para encaminar la marcha hacia las vías.

—¿Todo bien? —le preguntó con el semblante bastante serio como de costumbre.

—Sí —contestó ella con una marcada sequedad en el tono.

Javier se puso el abrigo, guardó la carpeta con los documentos en un compartimento de su maleta negra de poliéster y se encaminó hacia las escaleras. Lucía inspiró aire profundamente y lo dejó ir lentamente

<<vamos allá, tres días y ya estaré de vuelta>> se dijo para animarse. Alzó el asa extensible de su equipaje, la cogió con determinación y con paso firme siguió la espalda de su superior.

Los días en Madrid habían sido realmente agotadores. Desde el momento en que llegaron a la sede central ubicada en el precioso y arbolado Paseo del Prado hasta apenas el último momento antes de volverse para Barcelona no habían tenido casi momentos de descanso. Cuando se sentó en la comfortable butaca de la enorme sala de reuniones y vio aparecer por primera vez al imponente director de la compañía, portando un carísimo traje y con el semblante severo e imperturbable, se sintió bastante intimidada, por lo que automáticamente su cuerpo se irguió para tomar una posición de firmeza y confianza, e instintivamente, buscó en Javier una mirada cómplice para sentirse más amparada bajo aquella atmósfera tan gélida. La dureza de las palabras con la que el alto mando se dirigió a la decena de empleados que escuchaban con gran atención hizo que Lucía comprendiera la presión a la que Javier seguramente se sentía sometido día tras día y, por primera vez al mirarlo, sintió cierta simpatía por él. Al finalizar la reunión el mensaje había quedado más que claro para todos los asistentes, trabajar en una nueva propuesta que los ingleses fueran incapaces de rechazar, por lo que el trabajo hecho hasta el momento no había servido apenas de nada. Para ganar tiempo y obtener la máxima eficacia, se decidió formar diferentes grupos de trabajo, cada uno de los cuales, trabajaría en un área específica. Lucía, siempre pegada a Javier como si fuera su propia sombra, tenía como tareas dar soporte técnico a aquellos que la necesitaran y transcribir los borradores una vez hubieran sido aprobados por Javier, que se encontraba al mando de la operación comercial. Durante los tres días que duró el viaje, Lucía durmió una media de cuatro horas al día porque las interminables jornadas de trabajo que acababan a altas horas de la madrugada se entrelazaban casi con el amanecer del día siguiente, por lo que el cansancio que arrastraba era descomunal. En algunos instantes tenía la sensación de pertenecer al elenco de protagonistas de la típica serie norteamericana de abogados que trabajaban exhaustos y a contracorriente rodeados de documentos, libros de derecho y tazas de café humeantes hasta dar con la clave que les ayudaría a ganar el juicio, pero en su caso, intentando confeccionar la oferta perfecta para captar a un tiburón de la industria alimentaria londinense. Cuando se despertó el viernes por la mañana con el sonido estridente de la alarma en la mullida y cálida cama del hotel de

cinco estrellas, en el que Javier insistía en alojarse, tuvo que hacer un esfuerzo considerable por abrir los ojos. Tenía la sensación de que sus párpados habían sufrido algún tipo de mutación durante la noche y ahora estaban hechos de un material muy rígido que le impedía mantenerlos abiertos. La pesadez de los ojos junto a la extenuación que sentía en cada parte de su ser obligó a Lucía a meterse bajo el chorro de agua fría de la elegante bañera del impoluto cuarto de baño para despabilarse y coger fuerzas para la última y estresante mañana en la sucursal madrileña. Cuando encendió el teléfono móvil sonaron varios mensajes. Al desbloquear la pantalla comprobó que tenía uno de Gabriel dándole las buenas noches y diciéndole que la echaba mucho de menos y que tenía ganas de tenerla de vuelta y otro de Javier comunicándole que ya se había ido para la oficina y que la esperaba allí. Por un momento, varios sentimientos de culpa anidaron en su pecho al darse cuenta de que en los días que llevaba en la capital apenas había tenido tiempo para dedicarle a Gabri. Por un segundo pensó en llamarlo para escuchar su dulce voz y apaciguar un tanto la añoranza que sentía al no haberlo visto ni prestado la dedicación que ella hubiera querido, pero al mirar la hora consideró que todavía era demasiado pronto y que quizás estaría durmiendo, por lo que le envió un mensaje de texto diciéndole que intentaría llamarlo más tarde. Al llegar a la oficina de la octava planta del majestuoso edificio de piedra blanca, reinaba un gran silencio, las luces del pasillo principal todavía estaban apagadas y no se percibía movimiento por ningún lado, por lo que Lucía se dirigió sigilosamente hacia la sala de reuniones. Al abrir la puerta, se encontró a Javier medio recostado sobre la larga mesa de roble oscuro, leyendo con un gran esfuerzo la última versión del elaborado manuscrito. Al verla bajo el marco de la puerta recobró la compostura y carraspeó su garganta prosiguiendo con su lectura después de darle unos buenos días algo tímidos. Por unos instantes, Lucía sintió una profunda tristeza al ver al hombre que tenía frente a ella, con el pelo completamente despeinado, la barba incipiente de varios días y la corbata desanudada colgándole del cuello que le conferían un aspecto de lo más desaliñado, y pensó en lo lamentable que tenía que ser vivir solo y exclusivamente para el trabajo. Estaba segura de que ni si quiera se había ido al hotel a dormir. A los pocos minutos de su llegada a la sucursal, las luces generales de la planta se encendieron y empezaron a llegar los compañeros con los que estaban trabajando esos días, sobrellevando también como podían la fatiga. Antes de que la sala se llenara de más gente, Javier se levantó de la silla y se esfumó por el pasillo para, veinte minutos más tarde,

volver a presidir el grupo de trabajo con un aspecto más aseado y cuidado. El momento crítico de la mañana llegó cuando de nuevo el director irrumpió en la sala con sus imperturbables maneras y se sentó con las manos entrelazadas debajo de la barbilla en uno de los butacones que rodeaban la oscura mesa a la espera de que Javier le explicara al detalle la nueva oferta. Con una gran tensión todos los asistentes se miraban de reojo esperando que el esfuerzo hubiera valido la pena y no hubiera consecuencias negativas para nadie. Durante el tiempo que duró la presentación, ningún presente en la sala se atrevió a moverse e incluso parecía que sus respiraciones se habían congelado, como cuando una presa se siente completamente acorralada por su depredador, expectantes de cada mueca y gesto que se pudiera engendrar en el impassible rostro del jerarca. Finalizada la exposición, un silencio incómodo inundó el ambiente durante los minutos que le llevaron al director valorar todo lo que se le acababa de presentar. Lucía se fijó en que Javier no hacía más que tintinear sus dedos sobre la mesa presa de los nervios, mientras su superior seguía cavilando en la propuesta. De pronto, el imponente hombre de traje caro se levantó de la butaca, dio un paso hacia Javier, le extendió la mano a la vez que lo felicitaba por el trabajo realizado y abandonó la sala complacido de que el asunto se hubiera resuelto satisfactoriamente. Al cerrarse la puerta tras él, fue como si toda la tensión acumulada hubiera obtenido el permiso para liberarse, y el silencio que dominaba en la estancia se rompió con el estallido de aplausos y suspiros de júbilo entre los extenuados trabajadores, que de tanto en tanto, se abrazaban entre ellos para compartir su exaltado estado de ánimo. Como si sintiera unos ojos clavados tras ella, Lucía se giró y sorprendió a Javier mirándola fijamente con una sonrisa dibujada en sus labios que disimuló rápidamente algo ruborizado.

Durante el rato que duró el viaje de vuelta a Barcelona, Lucía no pudo evitar quedarse profundamente dormida presa del agotamiento tanto físico como mental que sentía. Unas suaves sacudidas en el hombro la trajeron de vuelta a la realidad y algo aturdida recogió sus cosas y se bajó del tren siguiendo los pasos de Javier. Al llegar a la zona de las cafeterías de la estación, ubicadas justo antes de la salida principal, Lucía sintió un fuerte y seco tirón en su brazo que la hizo tambalearse, y al recobrar el equilibrio con ayuda de Javier que la sostuvo por la espalda se dio cuenta de que su bolso había desaparecido y que se esfumaba a toda velocidad bajo el brazo de un joven que corría empujando violentamente a todo el que se cruzaba en su camino.

—¡Mi bolso! —gritó, mientras empezaba a correr tras él tan rápido como le daban las piernas.

Al salir de la estación había tanta gente que se paró en seco para rastrear rápidamente la zona y ver hacia dónde se podía haber dirigido el hábil ladrón. Corriendo sin saber dónde de un lado para otro, se dio cuenta de que el esfuerzo que estaba haciendo era inútil, <<mierda, mierda y mierda>> gritó, mientras unas lágrimas de impotencia le resbalaban por las acaloradas mejillas.

—¡Lucía! —la llamó Javier arrastrando como podía las dos maletas.

Pero ella se dobló hacia delante apoyando las manos en sus rodillas agotada por el esfuerzo que había hecho mientras su llanto crecía desmesuradamente por la rabia de que un desconocido le hubiera arrebatado en cuestión de segundos sus pertenencias personales sin tener en cuenta lo que podía significar para ella perderlas.

—¡Lucía! —la volvió a llamar Javier.

—¿Qué? —seguía llorando sin consuelo mientras la gente que pasaba por su lado la miraba acostumbrada a esos acontecimientos.

Como un acto reflejo, Javier la abrazó para tranquilizarla mientras le susurraba palabras de ánimo y le acariciaba suavemente la melena.

—Venga, vamos a la comisaría a poner la denuncia — le dijo al fin mientras la apartaba ligeramente y le limpiaba los chorretones desdibujados de rímel que parecían alargadas y finas lágrimas negras.

Ella, sin decir nada, se dejó llevar hasta la parada de taxis que estaba justo en la acera de al lado y se subió en silencio en el coche.

La maleta rebotó en el colchón por la fuerza con la que había sido lanzada desde pocos metros. El suspiro de desgana y agotamiento que Lucía dejó salir airoso entre sus labios fue suficiente para darles a entender a Claudia y Andrea, que escucharon atónitas los detalles de su reciente historia, que no se encontraba de buen humor para andarse con tonterías. Deseosa por escuchar una voz amigable y reconfortante, cogió el teléfono inalámbrico que descansaba sobre el mueble del comedor y se dirigió de nuevo a su habitación.

—Dígame —respondió una voz indecisa al otro lado del teléfono.

—Soy yo, te llamo desde el fijo de mi casa —fue lo primero que Lucía le dijo para que la reconociera de inmediato.

—¡Hola preciosa! Ya me estaba empezando a preocupar. Te he mandado un mensaje hace un rato y me ha extrañado que no me contestaras ¿cómo ha ido el viaje?

—Ha sido una mierda —pronunció con una gran tensión en la garganta, y sin poder reprimir ni ocultar su apenado y a la vez enfadado estado de ánimo, rompió a llorar de nuevo.

—Eh... pero ¿qué te pasa? —le preguntó Gabriel bastante preocupado.

Cuando el llanto cesó, Lucía le explicó el estrés al que se había visto sometida durante los tres días que había durado el viaje y la persecución que había protagonizado detrás del ladrón que le había arrebatado su bolso de un plumazo.

—¿Pero estás bien? —la interrumpió Gabriel preocupado.

—Sí, tranquilo, no me ha pasado nada. Ha sido más el susto que otra cosa —lo tranquilizó.

—¿Ya has puesto la denuncia? ¿Quieres que te acompañe?

—Javier me ha acompañado a la comisaría de Gracia, la que está en la calle Vallcarca, y luego me ha traído a casa.

—Menos mal que no estabas sola, preciosa. ¡Siento mucho lo que te ha pasado!

—No te preocupes, solo he sido una víctima más de muchas otras tantas —apuntó con resignación.

—¿Llevabas algo importante aparte del monedero?

—El móvil, la tableta del trabajo, las llaves de casa y las gafas que me regaló mi madre hace dos Navidades.

—¡Joder! Cuando abra el bolso alucinará con el golpe que ha dado.

—Calla, calla... ni me lo mientes. Ya sé que todo son objetos materiales que se pueden reemplazar, pero en el móvil tenía todas las fotos que nos hemos hecho y no guardo ninguna copia. ¡Ah, qué rabia! Ahora que lo pienso —pronunció con los dientes apretados.

—Tranquila mi cielo, tenemos toda una vida para hacernos muchas más, por eso no te preocupes.

Lucía sonrió por primera vez en las últimas horas al oír aquella frase y sintió cómo su corazón se aceleraba de emoción.

—Es lo que más deseo. Y cambiando de tema, ¿estás preparado para conocer a las cotillas de mis compañeras?

—¿No estás muy cansada? Podemos dejarlo para otro día si prefieres.

—La verdad es que sí que estoy muy cansada, pero me irá bien salir un poco para animarme, y además, me muero de ganas por verte.

—Yo también —le contestó dulcemente—. Entonces ¿a qué hora y dónde quedamos? Acuérdate de que estoy con Víctor viendo el partido y terminará sobre las once menos cuarto. Pero si quieres que vaya ahora para estar contigo, solo tienes que decirlo.

—No, tranquilo. Tú sigue viendo el fútbol, yo ahora voy a darme una buena ducha, cenaré algo con ellas y si te va bien podemos vernos en el Virreina a partir de las once. Tomamos algo rápido y me voy a tu casa a pasar el fin de semana. ¿Qué te parece?

—Una idea fantástica. Conozco un remedio infalible para relajarte y hacerte sentir mejor —le susurró para evitar que sus colegas lo escucharan.

—Mmm, suena bien. Espero que me lo enseñes esta noche —se ruborizó.

—Tus deseos son órdenes, ya lo sabes.

—Nos vemos en un rato. Te quiero.

—Te quiero preciosa. Hasta luego.

Haciendo un último esfuerzo se levantó de la cama, cogió unos vaqueros y un jersey del armario y se encaminó hacia el baño a prepararse para la insólita velada.

Cuando llegaron al antiguo bar que llevaba el mismo nombre de la plaza en la que se ubicaba, se sentaron en una de las pocas mesas libres que quedaban entre la máquina expendedora de tabaco y la gran ventana doble, circundada en su totalidad por madera de pino que hacía juego con el friso de media altura que revestía las paredes del local. El Virreina era todo un clásico en el barrio,

no solo por su magnífica ubicación y su atrayente terraza, sobre todo en los meses de verano, sino porque era un lugar realmente acogedor que te podía hacer perder la noción del tiempo contemplando las magníficas pinturas y obras de arte que colgaban de sus muros. Lucía pidió tres Budweiser bien frías y mientras esperaba, se quedó contemplando el desmesurado tirador dorado que ocupaba un gran trozo de la barra en su parte más central, y en el que un águila del mismo color con las alas bien extendidas y la cabeza alzada hacia arriba parecía gobernar la portentosa estructura de latón. Dejó los botellines sobre la mesa y se sentó algo más animada en la silla orientada hacia la calle.

—¡Por Lucía, Gabriel y esta noche! —brindó Andrea con gran entusiasmo.

Lucía le guiñó el ojo a su compañera mientras chocaban con suavidad las botellas de vidrio y sonrió por la ocurrencia de sus palabras.

Pasado un buen rato charlando sobre temas banales y anécdotas varias, Lucía comprobó la hora en el diminuto reloj de plata que adornaba su muñeca al ver que Gabriel no aparecía. A esas alturas de la noche ya no estaba segura si las agujas se habían quedado atrapadas en el tiempo, si la noche se le estaba empezando hacer interminable debido al cansancio que volvía hacerse notar o si Gabriel se estaba demorando más de la cuenta, cosa que le parecía bastante improbable <<las once y media, qué raro que no haya llegado todavía>> reflexionó mentalmente, y como si Claudia le hubiera adivinado el pensamiento, le dijo con cierto retintín:

—Parece que tu chico se retrasa.

—Habrá encontrado atasco o se habrá entretenido más de la cuenta —le dio un buen sorbo a su ya casi inexistente cerveza.

—Es que viendo las horas que son...

—No hay prisa —la cortó Andrea— ¿Por qué estás tan impaciente?

—No estoy impaciente, solo que me parece una falta de respeto llegar impuntual a los sitios y hacer esperar.

—Que yo sepa no hemos quedado a una hora concreta, Claudia. Deja al muchacho tranquilo.

—Vale, vale, lo que vosotras digáis —farfulló girando la cara hacia la ventana molesta por el ataque que estaba recibiendo.

—Andrea, ¿me dejas el teléfono para mandarle un mensaje? —preguntó Lucía intentando ocultar su incipiente nerviosismo. Gabriel nunca llegaba tarde.

—Claro —le tendió el aparato.

Un cuarto de hora más tarde, comprobó que en la pantalla solo constaba la señal de mensaje enviado, pero no recibido.

—¿Puedo hacer una llamada?

—Por supuesto, todas las que necesites.

Al empujar la ligera puerta del bar sintió el gélido frío de la noche sacudirle el cuerpo, cruzó los brazos sobre su cintura y buscó un rincón donde guarecerse. Apoyada sobre la pared de la entrada del edificio que había al lado del Virreina, marcó el teléfono de Gabriel que se sabía de memoria ayudándose con los dedos de las dos manos para ir más rápido. Tan pronto se llevó el teléfono a la oreja escuchó el mensaje que la dejó todavía más confusa <<El teléfono al que llama está apagado o fuera de cobertura>>. Después de varios intentos obteniendo siempre la misma respuesta, se metió de nuevo en el local tiritando de frío y sintiéndose algo ansiosa, todo aquello le resultaba demasiado extraño y en el fondo familiar.

—¿Al final se va a dignar a aparecer tu querido novio o tenemos que seguir esperándolo mucho más?

—¿Por qué no cierras el pico de una puta vez?, estás realmente insoportable esta noche —le reprochó Lucía con una mirada de odio y rabia.

—Oye, que yo no tengo la culpa de que te haya dejado colgada —dijo haciéndose la víctima.

—No me ha dejado colgada. Para tu información le ha salido un imprevisto y no puede venir —buscó la primera excusa plausible que encontró para defender el comportamiento inexplicable de Gabriel y ver si así podía acallar las preguntas impertinentes de Claudia.

—¡Vaya, qué pena! —susurró sarcásticamente—. No sé por qué ya sabía yo que hoy no lo íbamos a conocer, qué casualidad, ¿verdad?

Lucía la miró con gran desprecio y se levantó de golpe de la mesa.

—Andrea, me voy para casa. Estoy muy cansada y aunque tu compañía me es muy grata, no puedo decir lo mismo de la de otras personas.

—Y encima se va ofendida...

—¡Ya basta Claudia!, creo que te estás pasando de la raya —intervino Andrea bastante molesta también.

—Eso, tú ponte de su parte. ¿No ves que nos ha tomado el pelo?

—¿Pero se puede saber qué te pasa? —le preguntó Andrea perpleja.

Lucía, completamente enervada y fuera de sí, abandonó el local con los ojos empañados en lágrimas maldiciendo a su puñetera compañera y a Gabriel

por haberla dejado en evidencia delante de ellas <<lo que me faltaba para completar el día, lo que me faltaba para completar el día>> se repetía furiosa con todo el cuerpo tensionado. Al girar la esquina y caminar los pocos metros que la separaban de la calle Torrent d'en Vidalet que la llevaría hasta su casa, se detuvo en seco ante el paso de peatones para evitar ser arroyada por una moto que pasaba a toda velocidad,<<¡imbécil!>> le gritó como si el temerario conductor pudiera escucharla. Antes de intentar cruzar la calle de nuevo, miró bien a ambos lados y se percató de que no muy lejos de ella había un pequeño grupo de jóvenes con un aspecto de lo más peculiar liando un gran escándalo justo al lado de los contenedores de la basura <<Eso, eso... bebed como descerebrados y destrozadlo todo que ya pagamos los demás los desperfectos que ocasionáis con vuestras borracheras. ¿No os podéis divertir de otra manera gentuza de pandilleros?>> seguía refunfuñando mientras los miraba desafiantes y con desprecio. En ese momento era tal el enfado que no se sintió intimidada por el grupo de veinteañeros que detuvieron sus actos vandálicos y la miraron fijamente. Acto seguido se encaminó a paso ligero hacia su casa deseando llegar para que ese nefasto día se terminara de una maldita vez.

La oscuridad no le dejaba ver nada. Totalmente inmóvil temblaba como una hoja presa del intenso frío y de la angustia de sentirse tan sola en aquel lugar. Sus pies descalzos reposaban sobre una húmeda alfombra de hierba inundada por una fina y helada capa de agua, mientras sus lánguidos y débiles brazos rodeaban su cintura con fuerza procurando protegerla del peligro de la temible noche. Sin saber qué hacer, ni hacia dónde ir, susurró quedamente su nombre para no perturbar la quietud del entorno. En silencio y poco a poco cerró sus acobardados ojos para poder percibir cualquier posible sonido, pero la negrura de la noche parecía tragárselo todo. <<¿Gabri?>>, volvió a llamarlo alzando sutilmente su trémula voz. El crepitar de unas ramas justo a sus espaldas la hizo volverse inesperadamente haciéndola caer al suelo levantando las manos frente a ella para protegerse de lo que no podía ver, <<¡Gabri!>>, gritó esta vez buscando su anhelada protección.

—Estoy aquí —escuchó por fin.

—¿Dónde?, no puedo verte —contestó desesperada mientras se arrastraba como podía buscándolo.

—Estoy aquí, Lucía.

Ella paró en seco y cambió de dirección persiguiendo las palabras que le retumbaban en la cabeza. Completamente empapada y con el cabello mojado pegado a la cara, seguía deslizándose sobre la blanda hierba que se hundía bajo sus manos y rodillas sintiéndose cada vez más atrapada por la tierra que parecía querer engullirla y hacerla suya.

—Estoy aquí... estoy aquí... estoy aquí... —la misma frase que se repetía en eco una y otra vez hizo que Lucía levantara la cabeza y con un desmesurado esfuerzo, se puso de pie para correr tras la voz que se le escapaba.

—Espérame, Gabri —le rogó.

Pero al intentar iniciar la marcha tras él, sintió una gran fuerza que le impedía moverse, miró hacia abajo y comprobó que sus piernas estaban completamente enterradas bajo un charco de lodo y tierra y que, poco a poco, se hundía sin poder sujetarse a nada. <<¡No, por favor, no!>>, gritó exasperada. Alzó la vista de nuevo y vio a Gabriel impassible ante su tormento con el rostro inexpresivo y dando pequeños pasos hacia atrás alejándose de ella

—¿Pero a dónde vas? ¡Ayúdame, por favor! No me dejes aquí —le

suplicó con la voz ahogada mientras una fuerte presión le aplastaba el pecho sepultado bajo la pastosa masa de barro.

—Búscame, Lucía. Búscame —le pidió Gabriel al mismo tiempo que se iba desvaneciendo entre la oscuridad y la miraba, esta vez con ojos suplicantes—. Búscame —le repitió.

Mientras Lucía lo veía desaparecer delante de ella, unas espesas lágrimas se deslizaron lentamente por sus sucias mejillas presa de la tristeza y del pavor de sentir que estaba acabada. Cerró los ojos y resignada a su inminente fin susurró su nombre por última vez.

—¡Gabri!, —gritó sobresaltada incorporándose sobre la cama con la cara y la espalda empapadas en sudor y el corazón latiéndole a mil por hora. Como un acto reflejo, Lucía empezó a hacer aspavientos con sus brazos en busca de algo que la ayudara a orientarse porque se sentía completamente perdida en medio de tanta penumbra. Al tocar la pared que tenía a su derecha, un pensamiento fugaz la devolvió a la realidad y empezó a deslizar su mano palpando cada milímetro del rugoso tabique buscando con gran esmero el interruptor de la luz. Le llevó unos minutos aclarar su atormentada mente y poner en orden sus ideas. Cogió el reloj que descansaba sobre la mesita para comprobar la hora y sin importarle lo más mínimo si lo iba a despertar, salió sigilosamente de la habitación con la respiración todavía entrecortada por la angustia de la pesadilla y se sentó en el sofá con el teléfono inalámbrico en la mano, dispuesta a pedirle una explicación. Después de seis intentos y ninguna contestación, Lucía empezó a tiritar presa del pánico, algo no iba bien, lo presentía. Se levantó rápidamente y regresó de nuevo al comedor con el portátil para que la conexión con la wifi fuera más rápida al estar el router en la misma sala. Comprobó desesperada todas las páginas web de los periódicos que conocía buscando noticias sobre accidentes de motos en Barcelona y pensó en llamar a la policía, pero se detuvo al considerar que se estaba comportando de una manera muy irracional y que posiblemente necesitaba calmarse para poder ver la situación desde otra perspectiva. Se levantó de nuevo del sofá y caminó de un lado a otro del comedor, incapaz de quedarse quieta pensando en todos los motivos posibles que pudieran dar una respuesta a esa extraña situación, se habrá quedado a dormir en casa de Víctor; tendrá el móvil sin batería y el teléfono de casa desconectado; estará tan profundamente dormido que no se enterará del teléfono; de camino al Virreina se encontraría con alguien y se fue a tomar algo y se le hizo muy tarde... La cabeza de Lucía parecía una olla exprés a punto de estallar

conteniendo los acelerados pensamientos que iban y venían sin tregua, e intentando reprimir aquellos que querían emerger con fuerza desde lo más profundo de su conciencia y que ella se negaba con todas sus fuerzas a escucharlos, porque prestarles una mínima atención significaba concederles cierto grado de realidad y probabilidad que era incapaz de asumir en aquellos momentos. Como si le hubieran conectado una batería de energía inagotable en su delgado cuerpo, volvió a su habitación, abrió el armario, sacó unos pantalones de chándal y una sudadera, se calzó sus zapatillas de deporte y se recogió una coleta bien alta. Cerró la puerta del piso lo más cuidadosamente posible para no despertar a Claudia y Andrea y se encaminó a paso ligero hacia Sarrià. Necesitaba encontrar respuestas.

Al llegar al residencial y distinguido barrio de Sarrià, Lucía se detuvo momentáneamente para recuperar el aliento. Había tardado menos de treinta minutos en recorrer los casi tres kilómetros y medio cuesta arriba que separaban su casa de la de Gabriel, por lo que el esfuerzo que había realizado había sido considerable teniendo en cuenta que, por la ausencia de ejercicio de los últimos meses, no se encontraba en muy buena forma. Cuando recuperó el aliento, anduvo los últimos metros a un paso más pausado pensando en qué le iba a decir o preguntar cuando le abriera la puerta, aunque en el fondo sabía que todo el enfado que sentía por dentro desaparecería nada más verlo y que todo quedaría en un mal entendido del que algún día podría reírse cuando pensase en la insólita situación, aunque en esos momentos no le veía ninguna gracia. Antes de pulsar el interfono, se miró en su propio reflejo, que se dibujaba vagamente en los cristales del portal, y se recogió de nuevo el pelo para presentar un aspecto más decente, aunque con la cara tan pálida y los círculos negros que rodeaban sus ojos no había mucho que hacer. La primera vez que llamó al timbre, apretó brevemente el botón de llamada para no asustarlo en el caso de que estuviera profundamente dormido, esperó varios minutos y al no obtener ninguna respuesta volvió a llamar manteniendo el botón más rato pulsado <<¿dónde coño estás, Gabri?>> empezó a angustiarse de nuevo, ese comportamiento no era típico de él. Con los ojos empañados en lágrimas, se sentó en las escaleras que daban paso al elegante portal, se abrazó las rodillas y decidió quedarse a esperar un rato por si aparecía. Tres horas más tarde, se levantó despacio con el cuerpo dolorido y entumecido por haber mantenido durante tanto tiempo la misma posición sobre un amasijo de piedra mojado por la humedad de la noche. La mañana se había levantado

bastante fría y aunque el cielo estaba despejado y el sol empezaba a asomar benévolo por el horizonte, sus débiles rayos todavía no habían podido penetrar en la desértica calle por la posición geográfica en la que se encontraba, notándose el intenso relente acumulado durante la noche en cada rincón de la vía y en los atrevidos cuerpos que habían decidido permanecer inertes como si formaran parte de los añosos edificios. Abatida y cabizbaja, metió sus manos moradas por el frío en los bolsillos de la sudadera y encaminó lentamente sus pasos hacia su casa. Necesitaba descansar un poco y reflexionar con tranquilidad porque sentía que la situación se le estaba yendo de las manos, ¿qué demonios estaba pasando?

Nunca antes se había fijado en lo dolorosamente blanco que podía resultar el techo de su habitación cuando lo mirabas fijamente durante un largo período de tiempo. Eventualmente, mientras perdía su mirada en algún punto indefinido de la nivea techumbre con el pensamiento completamente vacío, percibió sutiles sombras grisáceas proyectándose y desapareciendo sobre esta, adquiriendo formas imprecisas, acompañadas en algunas ocasiones de brillantes y diminutos puntos de colores, que se desplazaban velozmente con cada movimiento de los ojos, imposibles de ser alcanzados cuando intentaba atraparlos. Se recostó de lado en posición fetal para sentirse más recogida y miró con anhelo las agujas del reloj, que, encerradas tras un enclenque cristal, marcaban las doce y veinte de la mañana. Y de pronto, como si hubiesen podido percibir la desazón que envolvía a Lucía y quisieran emular al hada madrina que se le apareció a la desgraciada cenicienta, la inspiraron en pensar en una opción que no se le había ocurrido hasta ahora <<pero cómo no lo he pensado antes, seguro que sabe qué puedo hacer>> se incorporó rápidamente de la cama y cogió el inalámbrico del comedor. Al marcar el número se quedó con los dedos inmóviles sobre las teclas haciendo un gran esfuerzo por recordar el teléfono <<mierda, ¿cómo era?...>> protestó con rabia. La primera serie de números que tecleó la comunicaron con una pobre anciana que le informó muy amablemente que se había equivocado, en el segundo intento no tuvo tanta suerte e intercambió una leve y fría conversación con un caballero que o bien no lo había pillado en un buen momento o rebosaba una gran estupidez, la tercera vez que marcó los nueve dígitos unos sonidos estridentes y desagradables le informaron de que el número al que llamaba no existía. Al cuarto intento la suerte estuvo parcialmente de su lado, había acertado con el número, pero como otras tantas veces, saltó el buzón de voz. Durante el breve tiempo que duró el mensaje, reflexionó en si dejarle un

recado o no. Últimamente no había podido contar con ella para nada y estaba algo molesta por su ausencia continua y su falta de interés en la relación que las unía desde que tenían seis años, pero no dejaba de ser su mejor amiga y en los momentos difíciles estaba convencida de que no le iba a fallar << Hola, soy yo, Lu. Sé que la última vez que nos vimos discutimos un poco y nos despedimos algo enfadadas, pero necesito tu ayuda. Es importante, por favor, llámame a casa cuando puedas. Un beso>> y colgó con la esperanza de que esta vez le devolviera la llamada.

<<El móvil al que llama está apagado o fuera de cobertura>>, la misma voz insolente seguía repitiendo el odioso mensaje cuando la oscuridad del invierno empezó a cernirse sobre la ciudad. Lucía, completamente fuera de sí, se volvió a calzar las zapatillas deportivas y se plantó frente al elegante portal del barrio de Sarrià desesperada por encontrar una respuesta, aunque sabía que cuando llamara a la puerta no iba a haber nadie al otro lado. Algo no iba bien, lo presentía. Se pasó las manos por la cara, cerró los ojos y negó con la cabeza resistiéndose a creer que aquello le estuviera sucediendo de nuevo <<no puede ser, maldita sea, otra vez no>> susurró incrédula. Cuando llegó a casa los dientes le castañeteaban tan deprisa que tuvo la sensación de que se le iban a partir en cualquier momento por la fuerza de los secos y repetidos golpeteos que acompañaban al temblor que sacudía su lánguido y extenuado cuerpo. La piel de su rostro había perdido su tono color canela dejando al descubierto las sombras negras que se le habían dibujado bajo sus apagados ojos y el tono azulado de sus labios. Lucía contuvo una arcada y echó a correr hacia el baño, dejándose caer de rodillas en el suelo y abrazándose con fuerza al váter, mientras las lágrimas se le escurrían por el contorno de su nariz, aliviando la presión contenida durante toda la noche y el día. Completamente extenuada, se limpió la boca con la manga de la sudadera y se quedó sentada en el suelo apoyando su espalda en la fría pared.

—Lucía, ¿estás bien? —la voz preocupada de Andrea se escuchó al otro lado de la puerta.

En silencio, sentada sobre las blancas baldosas, escondió la cara entre las piernas y empezó a llorar desesperadamente tapándose la boca con las manos.

—Lucía, voy a entrar —le anunció, y abrió la puerta lentamente.

—Dios mío —exclamó— pero, ¿qué te pasa? —se lanzó rápidamente al suelo para abrazarla—. ¡Háblame Lucía, por favor!

—No está, Andrea —balbuceó cuando el llanto se lo permitió.

—No está ¿quién? —preguntó algo confundida.

—Gabriel, no lo localizo. Tiene el teléfono parado y no está en su casa. Creo que le ha pasado algo Andrea — seguía llorando desesperadamente.

—¿Pero no hablaste con él ayer mientras estábamos en el Virreina? ¿Qué te dijo?

Lucía apoyó la cabeza en la pared, se secó las lágrimas con las palmas de

las manos y dejó escapar un suspiró.

—La última vez que hablé con él fue cuando llegué de Sants. Anoche cuando te pedí el teléfono para llamarlo ya no lo tenía operativo y... —hizo un esfuerzo por contenerse— y hoy lo sigue teniendo desconectado y no está en su casa —volvió a derrumbarse.

—Pero nos dijiste que le había salido un imprevisto y que no podía venir —la contradijo.

—Mentí —miró arrepentida a su compañera—. Claudia se estaba poniendo tan pesada que no quería quedar mal y fue lo primero que se me pasó por la cabeza cuando vi que no me cogía el teléfono.

Andrea reflexionó unos segundos.

—¿Estás segura de que marcas bien el teléfono? A lo mejor te estás confundiendo y estás llamando a un número que no existe.

—No, Andrea, me conozco el teléfono de memoria. Estoy segura de que le ha pasado algo —volvió a romper a llorar.

—Vamos a ver Lucía, no nos pongamos en el peor de los casos. Intenta calmarte y pensar alternativas.

—Llevo todo el día pensando Andrea y estoy agotada...

—Quizás está en casa de algún amigo. Lucía negó con la cabeza.

—Te digo que le ha pasado algo, lo siento aquí —se señaló el pecho mientras las densas lágrimas se deslizaban rápidamente por sus rojas mejillas—. Pero no sé a quién llamar o qué hacer. No tengo el teléfono de nadie ni conozco a ningún amigo suyo.

Andrea intentó disimular su cara de extrañeza.

—¿Nunca has visto a ningún amigo suyo?

—Ya sé que parece extraño, pero llevábamos nuestra relación con bastante discreción, sobre todo por mí — se sorbió los mocos—. Una vez estuve a punto de conocerlos en una cena, pero justo me tuve que ir a Madrid con Javier.

Los sollozos de Lucía eran los únicos que rompieron el silencio momentáneo que se cernió sobre la pequeña estancia.

—¿En qué estás pensando? —le preguntó a Andrea que miraba confundida al suelo.

—En nada, solo que... —dudó—. No se me ocurre ninguna manera de ayudarte entonces —le dijo al fin.

—Quizás podría ir a la policía. Sí, eso es lo que voy hacer —se puso rápidamente de pie—. Me acompañas ¿por favor?

—Mmm... claro. Deja que coja mis cosas.

—Ya estoy lista —anunció mientras se abrochaba el abrigo por el pasillo—. ¿Vamos?

—Sí. Andrea, —la cogió del brazo— gracias.

Lucía apagó la luz del recibidor y cerró la puerta de la entrada cuidadosamente.

Por extraño que pareciera, la comisaría de policía estaba desértica, daba la sensación de que todo el personal hubiese salido en estampida a atender a algún asunto importante, dejando el edificio sumido en el más absoluto silencio. Detrás del mostrador principal se divisaba la corpulenta silueta de un agente, que completamente absorto en el informe que estaba redactando no se había dado cuenta de la presencia de ambas jóvenes.

—Buenas noches ¿en qué puedo ayudarles? —les preguntó con el semblante bastante serio.

Lucía, con los ojos hinchados como globos y el contorno de la nariz enrojecido por la fricción continuada del papel higiénico, se quedó inmóvil mirando fijamente al agente que esperaba una respuesta sin poder articular ni una sola palabra.

—Yo... —balbuceó—. Lo siento, no debería haber venido —dio media vuelta y se dirigió hacia la salida.

—¿Pero se puede saber qué te pasa? —la detuvo Andrea.

—Esto es una locura, no puedo, yo... —dijo aturdida.

—Lucía, mírame —la obligó—. Ahora mismo vas a contarle lo que piensas a ese policía —señaló decidida hacia el mostrador—. Si tan segura estás de que le ha pasado algo, tenemos que informar y, además, no puedes continuar en este estado.

Andrea cogió a Lucía por la mano y se plantó de nuevo delante del agente.

—Vamos, cuéntaselo —la animó.

Lucía se llenó los pulmones de aire y dejó salir un sonoro suspiró.

—La cuestión es que no localizo a mi pareja.

—¿Quiere poner una denuncia? —le preguntó con el mismo tono seco.

—Bueno, tanto como poner una denuncia... —se paralizó de nuevo.

—Verá usted, señor agente —interrumpió Andrea algo impaciente—.

Como le ha comentado mi amiga la cuestión es que ayer su pareja se tenía que haber reunido con nosotras a las once de la noche en un bar y no llegó a

aparecer. Lo llamamos a su teléfono móvil, pero nos daba fuera de servicio. En todo el día de hoy seguimos sin poder contactar con él, no está en su casa, el teléfono sigue desconectado y no tenemos manera de saber si le ha pasado algo. Como es la primera vez que nos encontramos en esta situación no sabíamos que hacer y hemos pensado que quizás ustedes nos podrían ayudar —explicó clara y concisamente.

Lucía seguía con el pensamiento en otra parte.

—Entiendo, pues si hacen el favor de esperar en las sillas, en un momento saldrá un compañero a atenderlas —señaló con el índice hacia los escasos asientos que había collados en una de las paredes de la estancia.

Con pasos pesados, Lucía se dejó caer en la silla de plástico y se inclinó hacia delante, apoyando los codos en las rodillas y la frente sobre sus manos <<esto es una locura>> susurraba cada pocos segundos.

—¿Y si me ha abandonado, Andrea? —por fin pronunció en voz alta la pregunta que desde hacía rato intentaba hacerse paso entre sus pensamientos, pero que por miedo a la posible respuesta se esforzó en ignorar ocupando la mente con otras alternativas.

—¿Qué motivos tiene?

—No lo sé... pero no hace falta tener ninguno —las lágrimas volvieron a emerger de sus inflados ojos mientras su cuerpo volvía a danzar al ritmo de los temblores.

Andrea se reclinó hacia Lucía y le pasó un brazo por encima de los hombros para intentar aliviar el desconsuelo que había vuelto a apropiarse de ella. Diez minutos más tarde, otro policía perfectamente uniformado las hizo pasar a un despacho ubicado en el interior del edificio.

—Buenas noches, mi compañero me ha comunicado que quieren interponer una denuncia, ¿es correcto?

Lucía, con la mirada perdida en sus zapatos, asintió con la cabeza.

—¿Me pueden decir, por favor, el nombre completo de la persona desaparecida? —dijo al mismo tiempo que se giraba hacia el ordenador para tomar nota.

—Gabriel Andueza Rivas.

—¿Qué nivel de parentesco tiene con la persona desaparecida?

—Soy su pareja.

—¿Desde cuándo mantienen una relación?

—Cuatro meses, aproximadamente —frunció los labios.

El policía paró de teclear y se volvió hacia Lucía entrelazando las manos

que apoyó con delicadeza sobre la mesa.

—¿Han tenido alguna pelea o discusión que haya podido provocar que el señor Andueza tomara algo de distancia?

Lucía negó con la cabeza y miró al policía con ojos desesperados.

—No, ayer acordamos en vernos por la noche con unas amigas mías y no se presentó a la cita. Desde entonces no he sabido nada de él.

—¿Le ha llamado por teléfono?

—Unas treinta veces —dejó ir con un hilo de voz—. Su teléfono móvil está fuera de servicio y no responde al de su casa.

—¿Ha ido a su casa?

—Un par de veces y no hay nadie.

—¿Ha podido hablar con algún familiar? —siguió interrogándola.

—No —negó con la cabeza—. Toda su familia vive en Navarra y no tengo manera de contactar con ellos.

—¿No tiene ningún teléfono de contacto?

—Como le he dicho solo llevamos cuatro meses saliendo por lo que... —dejó el resto de la frase en el aire—. He intentado buscar su teléfono a través de las páginas blancas, pero no he tenido suerte. De las tres familias que llevan el apellido Andueza, dos no conocen a ningún Gabriel y la tercera nunca coge el teléfono —prosiguió con una voz casi imperceptible.

—La última vez que habló con él, ¿dónde estaba? —el agente miraba con interés el rostro pálido de Lucía.

—En casa de un amigo, viendo un partido de fútbol.

—¿Ha llamado o ha podido contactar con ese amigo?

—No lo conozco y tampoco sé dónde vive, ni cuál es teléfono —bajó la cabeza de nuevo hacia el suelo. Se sentía tan estúpida por estar allí.

—¿Sabe al menos cómo se llama? —dejó salir un suspiro cansado.

—Víctor — murmuró.

—¿Víctor, qué más?

—No lo sé —se le apagó la voz mientras las lágrimas le resbalaban por las mejillas.

—Si lo he entendido bien, en estos cuatro meses que llevan saliendo juntos no ha conocido a ningún familiar ni a ningún amigo suyo ¿correcto?

Lucía asintió con la cabeza.

—Ya sé que parece muy extraño, pero fue decisión mía no involucrarme de momento en sus círculos sociales.

—¿Puede explicarme el motivo?

—Hace unos años tuve una mala experiencia con otra relación y esta vez quería ir despacio.

—Entiendo —dejó salir un pequeño tosido mientras se llevaba el puño cerrado a la boca.

—¿Alguien de su entorno puede confirmar su relación con el señor — miró la pantalla del ordenador— Andueza? —terminó de formular la pregunta.

—No. Bueno sí —se corrigió inmediatamente—. Marta, mi compañera de trabajo —se pasó las manos por el cansado rostro.

—Muy bien. ¿Puede facilitarme su número de teléfono?

—Para qué —respondió confusa—. Para qué quiere hablar con ella.

—Únicamente para verificar su información. Es imprescindible antes de iniciar cualquier investigación. ¿Puede darme el número?

—Sí, pero dudo que pueda hablar con ella.

El agente levantó las cejas incitándola a que le aclarase ese punto.

—Marta se fue de Barcelona hace unas semanas y está ilocalizable. Dios mío esto es increíble —musitó.

—¿Qué la llevó a marcharse?

—Asuntos familiares —negó con la cabeza al darse cuenta de lo absurdo que sonaba todo.

—Aparte de esta tal Marta, ¿nadie más de su entorno conoce al señor Andueza?

—Ya le he dicho antes que no.

—Supongo que por el mismo motivo. No involucrarlo en sus círculos sociales —la voz del agente iba sonando cada vez menos formal.

Lucía ni siquiera contestó a aquella afirmación.

—¿Puede mostrarme algún documento como una carta, un mensaje o alguna foto que la vinculen con el desaparecido?

—Ayer me robaron el bolso en la estación de Sants y se llevaron mi teléfono móvil. Era donde tenía todas las fotografías, las llamadas y mensajes.

—¿Puso una denuncia?

—Sí, me acompañó mi jefe. Volvíamos de Madrid.

—Ajá —silencio—. ¿No tiene ninguna foto en alguna red social como Facebook, Instagram?...

—Ya le he dicho que llevábamos nuestra relación con discreción, por lo que no, no he colgado ninguna foto nuestra en mi perfil. En cuanto a él, no tiene cuentas en ninguna red social. No le gustan —dijo cansada.

—Entiendo.

—¿Piensa o tiene alguna sospecha de qué ha podido sucederle?

—No me diga por qué, pero sé que le ha pasado algo. Es un presentimiento —se le rompió la voz.

—¿Algo cómo?... —se interesó.

—No lo sé. Siempre va en moto, quizás ha tenido un accidente, pero... —prefirió callarse.

—Pero qué —le insistió el policía.

—Nada, ya no sé ni lo que iba a decir —mintió.

El agente miró unos segundos a Lucía con curiosidad y se giró hacia el ordenador para anotar algunas frases. Mientras tanto, el silencio inundó el primoroso despacho decorado con unos modernos y elegantes muebles que le conferían un aire de calidez y confort.

—La situación es la siguiente señorita... —dudó.

—Agramunt, me llamo Lucía Agramunt.

—Señorita Agramunt —repitió—. En un principio una denuncia oficial por desaparición solo puede ser interpuesta por un familiar o por el cónyuge que pueda demostrar legalmente el vínculo con la persona desaparecida. No obstante, he tomado nota de su declaración y procederemos como corresponda.

—¿Y en qué consiste ese proceder? —quiso saber angustiada.

—Primero intentaremos verificar si el señor Andueza ha desaparecido voluntaria o involuntariamente.

—¿Cómo dice? —se sorprendió al oír esa respuesta.

—Verá señorita Agramunt, no sería la primera vez que cuando una persona desaparece lo hace de manera premeditada. A veces las personas llegan a un punto en el que necesitan desconectar de todo y tomarse un tiempo para tomar ciertas decisiones o aclarar sus ideas.

—Pero Gabriel no tiene problemas de ninguna clase y nuestra relación está yendo muy bien. No tiene ningún motivo para desaparecer —respondió convencida de aquellas palabras.

—No quiero que se tome a mal lo que voy a decirle — volvió a encarar la silla hacia Lucía mientras entrelazó de nuevo las manos entre sí— pero como usted misma ha dicho, solo lleva cuatro meses saliendo con el señor Andueza y es poco tiempo para conocer en profundidad a alguien. Que usted piense que no tiene problemas no significa que no los tenga en realidad —se detuvo un instante—. Como bien ha declarado, no conoce a ningún amigo suyo por lo que no sabe en qué círculos se mueve, quizás usted solo conoce una

faceta de su vida.

—¿Qué está insinuando? —lo interrumpió dolida.

—Solo quiero decirle que a veces creemos conocer bien a alguien y luego resulta ser toda una caja de sorpresas.

—¡No, no y no! —sentenció con las mandíbulas apretadas mientras unas gruesas lágrimas cargadas de impotencia le resbalaban lentamente por el rostro y dejaba desconcertado al policía por su explosiva respuesta—. Conozco a la perfección a Gabriel y sé que no ha desaparecido voluntariamente. Le ha pasado algo, estoy convencida de ello —se puso de pie, cogió su abrigo y su bolso y se dirigió hacia la puerta—. Gracias por su tiempo — dijo sin ni siquiera volverse. Giró el pomo de la puerta y desapareció por el pasillo.

Andrea, que se había mantenido ajena a la conversación entre el agente de la ley y su compañera, se levantó haciendo un gesto de agradecimiento y antes de abandonar el despacho se detuvo a petición del hombre. Cinco minutos más tarde se reunió con Lucía que la esperaba tiritando en la puerta de la comisaría.

—¿Dónde estabas? —le preguntó ansiosa.

—He ido al baño. ¿Nos vamos a casa? —era la primera vez que mentía a Lucía, pero en ese momento no veía apropiado contarle lo que acababa de pasar en el despacho del agente.

—Sí, por favor, estoy agotada y necesito que se termine este día.

En silencio y con el ánimo desolado caminó junto a Andrea bajo la fría y blanquecina luz de las farolas.

Antes de que el despertador sonara, lo paró y siguió mirando hipnotizada las agujas del reloj, como llevaba haciendo las últimas tres horas. Fijar la mirada en la fina y negra manecilla que a cada segundo se desplazaba con su relajante sonido del tic-tac la ayudaba a perderse en un estado mental de vacío, donde las ideas que la angustiaban y mortificaban no tenían cabida. Adentrarse en ese estado etéreo significaba no pensar, no sentir, en definitiva, no ser. Simplemente podía abandonar su mente y su cuerpo a la nada. Cuando apoyó la planta de los pies sobre el frío suelo, una oleada de tristeza le subió desde el estómago hasta su pecho arrancándole el primer llanto del día. Era como si el intenso contraste del frío de las baldosas con su cuerpo caliente la hubiera sacado de su estado desconectado, haciéndola consciente de la situación tan penosa en la que se encontraba. Se levantó de la cama apoyando ambas manos sobre el colchón, arrastró los pies hasta el armario y cogió las dos primeras prendas de ropa que tuvo al alcance, sin pararse a pensar si conjuntaban la una con la otra. Caminó encogida hacia delante con las manos dentro de los bolsillos de su abrigo negro y su rostro escondido entre la gruesa bufanda y el gorro de lana con forma de boina, hacia el Starbucks de Paseo de Gracia con la intención de seguir siendo fiel a esa rutina. Su vida había sufrido un revés inesperado y sin sentido, y necesitaba al menos hacer algo que le resultara familiar para no perderse en el caos al que sentía que se estaba precipitando vertiginosamente. Además, hoy más que nunca necesitaba emborrachar su cuerpo de cafeína para despabilarlo de la sensación de pesadez y abatimiento que la acompañaba desde los últimos dos días. Cuando salió del establecimiento con el aroma del café molido impregnado en su ropa, se dirigió hacia la parada del metro y antes de poner un pie en el primer escalón se detuvo, se apoyó en la barandilla y llevó su mirada hacia la esquina del paseo donde tantas veces se había despedido de él y, otras tantas, lo esperó con anhelo. Lucía apretó fuerte los ojos y sacudió la cabeza bruscamente intentando hacer desaparecer los pensamientos que la atemorizaban. De pronto, todo a su alrededor empezó a dar vueltas sobre ella mientras las estructuras de los edificios que la rodeaban se deformaban, las luces anaranjadas de las farolas le cegaban los ojos y los sonidos de la calle se desvanecían hasta alcanzar el más absoluto silencio. Se agarró con fuerza con una mano sobre la cilíndrica baranda de metal para no perder el equilibrio mientras con la otra se arrancó con fuerza el gorro y la bufanda, y se

desabotonó el abrigo y el primer botón de la camisa para que el aire frío de la temprana mañana le penetrara en el sudoroso cuerpo. Inspiró profundamente y cuando sintió que recuperaba ligeramente el control se dejó caer al suelo y se echó a llorar amargamente <<Dios mío, qué me está pasando>> balbuceó con la boca seca y pastosa, y como un acto reflejo se puso las manos temblorosas sobre la boca y la nariz e inspiró y expiró repetidamente mientras se obligó a traer a su mente alguna imagen agradable que la ayudara a salir de aquella angustia asfixiante.

Bajó las escaleras una a una, arrastrando el lado derecho de su cuerpo contra la pared, pasó la barrera rotatoria con algo de torpeza y se subió al metro que justo apareció por la gigante boca negra del túnel aminorando su velocidad para detenerse con exactitud en unos puntos prefijados en el andén. Lucía abrió el bolso en busca de su reproductor de música y enseguida se frustró al recordar que lo había perdido en manos del hábil ladrón, <<cabrón>>, lo insultó mentalmente. A diferencia de otras veces, el camino hasta la oficina se le hizo interminable, no veía el momento de bajarse del metro y salir a la calle a respirar aire fresco. Nada más llegar a la oficina, se dirigió directamente al baño a mojarse la cara con agua fría para recobrar el tono que se había dejado en las escaleras del metro y se limpió las rayas negras de rímel que tenía dibujadas desde los ojos hasta la barbilla. Ya en su despacho, descolgó el teléfono y marcó automáticamente el número de Gabriel con la esperanza de oír su voz al otro lado de la línea y le diera, aunque fuera la excusa más barata, una explicación que la ayudara a salir de esa pesadilla, pero la ilusión se esfumó inevitablemente cuando escuchó el mensaje tan familiar de los últimos días. Incapaz de pensar, se quedó absorta mirando un punto de la mesa donde una pelusa de polvo se había quedado atrapada bajo la alfombrilla del ratón y se movía sutilmente, como si quisiera alzar el vuelo cada vez que el débil aire caliente que emanaba Lucía a través de sus labios entreabiertos impactaba sobre sus grises y sucias fibras. El desconcierto la tenía sumida en una angustia que le aplastaba el pecho y, por primera vez en mucho tiempo, sintió que había vuelto a perder el control de su vida. Todos los recuerdos que se había esforzado en suprimir de su memoria resurgieron con fuerza imponiéndose en su pensamiento durante la mayor parte de las horas provocándole una sensación de indefensión y vulnerabilidad que la aterraba. Esta vez no se sentía preparada para volver a las sombras en las que estuvo sumida largos meses, donde el abatimiento, la desgana y la pena profunda no dejaban paso a la esperanza de encontrar el camino de vuelta a sentirse viva.

Esta vez sentía que la lucha ya la tenía perdida de antemano porque todas sus fuerzas se habían esfumado con Gabriel y dentro de ella solo quedaba un gran vacío que la consumía como si fuera una colilla con el tiempo limitado. ¿Cómo era posible que su vida hubiera dado un giro tan abrupto en cuestión de horas? ¿Es que acaso había hecho algo malo para que la vida la tratara de aquella manera? ¿O es que el destino podía ser tan jodidamente cruel que se había empeñado en que tenía que revivir de nuevo la misma historia que la destrozó años atrás? Por mucho que lo intentaba no le encontraba sentido a nada. Gabriel la amaba, él se lo había dicho y ella lo podía percibir en cada poro de su piel, por eso las piezas del puzzle desordenadas en su cabeza no encontraban la manera de encajar. Además, él le había prometido que nunca iba a desaparecer de su vida y Gabriel era un hombre de palabra, entonces, ¿dónde estaba?, ¿por qué había desaparecido sin dar ningún tipo de explicación?, ¿tendría razón el policía que la atendió la otra noche y Gabriel vivía una doble vida que ella no conocía? <<¡No, no y no!>> protestó negando con la cabeza. Imposible. Si Gabriel fuera de ese tipo de hombres que tienen una cara oscura, ella se habría dado cuenta antes, hubiera sospechado algo.

Lucía se puso las manos en las sienes y mientras se las masajeaba suavemente se esforzó por repasar mentalmente los recuerdos de los últimos meses, buscando algún comportamiento extraño, recordando alguna llamada que le llamara la atención, alguna excusa que él le hubiera podido haber dado para no verse algún día, pero no había absolutamente nada fuera de lugar. Lucía empujó con fuerza su silla hacia atrás y se puso a caminar por el despacho mientras se frotaba la cara con las manos para sentirse presente, para conectarse de nuevo con la realidad que a veces se le antojaba tan irreal, que incluso tenía la sensación de que su vida se había transformado en una especie de sueño lúcido del que no podía despertar. Se acercó con anhelo a la mesa vacía de Marta y acarició la superficie con la yema de los dedos <<cómo te echo de menos. Ojalá estuvieras aquí para ayudarme>> susurró con un hilo de voz casi imperceptible. La desesperación que sentía desgarrándola por dentro la tentó durante unos segundos a descolgar el teléfono y llamarla para encontrar la voz amiga que años atrás la colmó de palabras y frases que resonaron con fuerza en su cabeza y en su alma mientras su cuerpo de plomo se negaba a levantarse de la cama. Pero se detuvo. No quería ser egoísta, no podía vulnerar el espacio que Marta tanto necesitaba para curar sus propias heridas. Lucía se dejó caer de nuevo sobre la silla y se apenó todavía más al sentir que estaba completamente sola en esto. No podía recurrir a sus padres

porque fieles a las costumbres de antaño se quedarían completamente decepcionados si supieran que en los últimos meses había pasado casi todos los fines de semana con Gabriel. Lucía podía imaginarse perfectamente la escena de su padre sentado cabizbajo en el sofá, casi sin mirarla, y su madre reprochándole con su voz chillona y algo histérica si no había aprendido nada de la educación que le habían dado. Fue exactamente lo que pasó cuando les dijo que se iba a vivir con Carlos sin pasar antes por el altar. A veces se le hacía difícil creer que sus padres pudieran vivir anclados en semejantes tradiciones cuando habían vivido toda la vida en una de las ciudades más modernas del país. Contarles la historia de Gabriel supondría romper por segunda vez su esquema de hija modélica, y aunque sabía a ciencia cierta que con el tiempo se les pasaría y acabarían perdonándole esa traición familiar, ahora mismo no podía lidiar con otro problema de tal magnitud. Sus compañeras de piso no eran de una gran ayuda que digamos, Andrea fue muy comprensiva y un gran apoyo el día anterior, pero de ahí a sincerarse abiertamente con ella había un paso gigantesco que por ahora no le apetecía dar. Además, Andrea no dejaba de ser casi diez años más joven que Lucía y no estaba segura de si alguien de esa edad podría ser capaz de comprender la dimensión del problema en el que se encontraba. Y Claudia estaba completamente descartada <<prefiero tragarme mi dolor sola que recurrir a esa insolente y engreída niña mimada de papá>> pensó con las mandíbulas tensionadas al recordar las puyas continuadas que le fue escupiendo con maldad la noche que Gabriel no apareció. En pocos segundos pasó de sentirse abatida a encolerizada, ya no solo por Claudia, sino también al recordar que la que supuestamente era su mejor amiga ni siquiera se había molestado en devolverle la llamada aun explicitándole que necesitaba consultarle algo urgente. En vista de las experiencias que había tenido con ella en el último año no esperaba que le devolviera la llamada inmediatamente, pero ya habían pasado dos días y no había percibido ni siquiera un mísero acercamiento por su parte. No le tuvo en cuenta la tarde en la que la dejó plantada en la puerta del cine con las entradas en la mano, a todo el mundo le puede surgir un imprevisto de última hora; hizo la vista gorda cuando no la llamó por su cumpleaños porque supuso que habría tenido un día de locos en la oficina; ni siquiera la felicitó por su nuevo puesto de trabajo incluso después de dejarle un mensaje en su buzón de voz dándole la noticia y ya habían pasado casi cuatro meses, todo eso sin contar la decena de mensajes y mails no respondidos. Si en una relación de amistad había un cupo limitado de

desplantes y feos, sin duda alguna, ella los había rebasado todos en un tiempo récord. Quizás había llegado el momento de aceptar que esa relación había llegado a un punto muerto. Ya estaba cansada de excusarla y defender su comportamiento.

Apagó el ordenador, recogió sus cosas en silencio y abandonó el edificio escondida entre sus prendas de abrigo, protegiéndose del intenso y húmedo frío que se había instalado en la ciudad desde hacía varios días, y evitando mirar hacia el lado de la acera donde Gabriel tantas veces la había esperado apoyado elegantemente sobre su honda negra, temerosa de volver a experimentar una reacción tan angustiante y agotadora como la que había tenido esa misma mañana en las escaleras del metro. Por suerte Javier se encontraba otra vez en Londres cerrando el trato con los ingleses y hoy había podido estar tranquila en el despacho, sin tener que fingir sentirse bien ni esforzarse por disimular su mala cara. Antes de encaminarse hacia su casa, se detuvo en la tienda de telefonía para recoger el nuevo móvil que había podido canjear con los puntos acumulados durante todos los años que había sido cliente y el duplicado de su tarjeta SIM. Al menos el daño en ese sentido no había sido tan grave y pudo solventarlo de manera eficaz en poco tiempo, además, algo que la tranquilizaba era que ahora podía estar localizable las veinticuatro horas del día por si Gabriel decidía llamarla en algún momento y darle una explicación de su repentina ausencia, o por si algún familiar, amigo o quien quiera que fuera quisiera contactar con ella en nombre de él. Al cerrar la puerta del piso respiró aliviada al ver que no había nadie en casa, seguramente Andrea estaría en la biblioteca de la universidad estudiando para los exámenes semestrales y Claudia en algún lugar llevando el mal con ella. <<Jodida niñata>> la maldijo con rabia. Cuando activó la tarjeta nueva del teléfono a través de la página web de la compañía lo primero que hizo fue enviarle un mensaje a Gabriel rogándole que diera alguna señal, pero tras más de veinte minutos lo único que mostraba el teléfono era que el mensaje había sido enviado, pero no recibido ni leído por el destinatario. El cansancio y la desgana fueron haciéndose cada vez más presentes y con el frío todavía metido en el cuerpo Lucía cogió el pijama y se dirigió al baño para darse una ducha de agua bien caliente y relajarse del estresante día <<mierda>> farfulló cuando al echar a un lado la cortina de plástico se acordó de que no le quedaba champú del pelo. Volvió a la habitación, cogió un billete del monedero que se guardó en el bolsillo del tejanero, se puso el abrigo y la bufanda y cerró la puerta de la calle con un portazo. Por suerte para ella, a

unos pocos cientos de metros de su casa estaba el pequeño supermercado que solía frecuentar solo en casos de emergencias.

Mientras ojeaba los diferentes envases de champú, giró sutilmente la cabeza hacia un lado incitada por la sensación de estar sintiéndose observada por alguien, pero el pasillo estaba completamente vacío. De camino al mostrador, se detuvo ante las suculentas tabletas de chocolate y sin pensárselo dos veces cogió un par de ellas, el azúcar y el cacao eran un buen antídoto para ahogar las penas y hoy sin duda necesitaba darse ese capricho sin sentir ningún tipo de remordimiento. Colocó los artículos en la cinta transportadora y mientras esperaba a que el cajero le devolviese el cambio se percató de que uno de los empleados de la tienda la miraba serio y fijamente desde la entrada del almacén. Lucía se apresuró a meter la compra en la bolsa de plástico, cogió el cambio y abandonó la tienda algo incómoda notando la mirada del joven todavía clavada en sus espaldas. Antes de cruzar la calle, se detuvo para dejar pasar un coche que bajaba a más velocidad de la permitida y al volverse hacia la entrada del supermercado como un acto intuitivo, se quedó helada al ver al mismo empleado en la calle observándola. Cruzó apresuradamente y caminó todo lo rápido que pudo hasta el portal de su casa asegurándose de que la puerta quedaba completamente cerrada. Subió las escaleras de dos en dos, dejó la compra sobre su cama y, antes de quitarse el abrigo, examinó la calle a través de la ventana de su cuarto para comprobar que nadie la había seguido. <<¿Pero se puede saber qué estás haciendo?>>, se reprochó, mientras se miraba en el espejo de su cuarto. Respiró profundamente, se dirigió hacia el baño y se perdió bajo el chorro de agua caliente deseando que pudiera arrastrar consigo sus inquietantes sensaciones.

Por cuarta noche consecutiva, los sueños de Lucía estuvieron cargados de imágenes y escenas perturbadoras e inquietantes que no la dejaron descansar más que un par de horas, por lo que, cuando se levantó por la mañana, tanto su cuerpo como sus párpados parecían haberse transformado en algún tipo de material muy pesado. Encendió la cafetera, y por primera vez en muchos meses, desayunó en casa.

—Buenos días Lucía —la voz dulce de Andrea la sacó de sus pensamientos. ¿Cómo te encuentras?

—Voy tirando, no te voy a engañar —fingió una leve sonrisa.

—¿Has sabido algo de Gabriel?

Lucía negó con la cabeza y sintió cómo sus ojos empezaban a quemarle.

—Perdóname, tengo que irme —se excusó vaciando la taza casi entera de café en el fregadero.

—Lucía —la detuvo Andrea—. Sé que estás pasando por un momento muy difícil pero no olvides que me tienes aquí para lo que necesites.

Ella la miró agradecida con los ojos envueltos en lágrimas al mismo tiempo que afirmaba con la cabeza en señal de agradecimiento y pensó que quizás se había precipitado en juzgar a Andrea antes de tiempo. En todo momento había sabido estar a la altura de la situación y hoy, con su acercamiento comedido y sus palabras prudentes y sinceras, se lo había demostrado una vez más. Salió de casa sin siquiera ponerse un poco de brillo en los labios, se recogió el pelo en una coleta y se encaminó hacia la oficina deseando que llegara la hora de volver. Cada día que pasaba, la congoja que sentía en el pecho era mayor y en el único sitio dónde se sentía con fuerzas de hacerle frente era entre las cuatro paredes de su habitación, acurrucada bajo el nórdico de plumas que vestía su cama. Por suerte, Javier todavía seguía en Londres y pudo pasar las horas sumida en los pensamientos que le consumían la poca energía con la que últimamente funcionaba su cuerpo, y comprobando, cada pocos minutos, la pantalla de su teléfono por si recibía algún mensaje o llamada. Estaba totalmente desconcertada y perdida sobre cómo actuar o resolver el problema. Desde el mismo viernes en que Gabriel desapareció sin dar ningún tipo de explicación, había ido a su casa en diferentes momentos del día pero allí no había nadie; le había llamado por teléfono y enviado decenas de mensajes sin obtener ningún tipo de respuesta; había revisado los periódicos nacionales y locales en busca de accidentes de moto sucedidos en

Barcelona pero no encontró ninguna noticia; había llamado a los hospitales de referencia de la ciudad preguntando por posibles víctimas con las características físicas de Gabriel pero por temas de confidencialidad no podían proporcionarle ese tipo de información; e incluso había ido a la policía y salió de la comisaría con la impresión de que ni siquiera se la habían tomado en serio. Estaba segura de que le había pasado algo, lo sentía en su alma rota, pero ¿qué más podía hacer? <<Piensa, piensa, piensa>> se repetía obsesivamente a la vez que resoplaba liberando el aire que inconscientemente retenía en los pulmones comprimidos por la ansiedad. Se dejó caer sobre la mesa presa del agotamiento, cogió un bolígrafo que había al lado del teclado del ordenador y empezó a garabatear formas imprecisas sobre una hoja de papel en blanco. El sonido monótono y áspero que se desprendía de cada trazado la ayudaba a entrar en su estado ausente donde no había cabida para ninguna idea o pensamiento, a pesar de que las lágrimas que le resbalaban lentas y pesadas por las mejillas le recordaban continuamente el dolor que sentía por dentro.

Al salir del metro no veía el momento de llegar a casa. Mientras caminaba cabizbaja con la mirada perdida en las rayas de las baldosas de la acera con paso lento y abatido, escuchó la melodía de su teléfono móvil que sonó con fuerza desde el bolsillo interior de su bolso. Lucía se apresuró en abrir la cremallera y con manos torpes y temblorosas cogió el aparato mientras el corazón se le aceleró presa de la duda. La inquietud desapareció tan pronto vino cuando leyó el nombre de su madre en la pantalla.

—Hola mamá —se esforzó en contestar con la mayor naturalidad.

—...

—Estoy llegando a casa.

—Hoy no puedo, tengo cosas que hacer —le mintió ante la invitación de ir a hacerles una visita.

—¿Este fin de semana? No estoy segura de si podré, quizás me tengo que ir a Madrid otra vez por trabajo — se volvió a excusar. No le apetecía que su madre la viera en ese estado—. Te digo algo a final de semana.

—Pues como siempre, con mucho trabajo.

—¿Qué me va a pasar? Nada, ¿por qué me lo preguntas?

—Estoy bien, de verdad, no te preocupes. Es que llevo mucho lío y estoy cansada, eso es todo —intentó sonar convincente.

Mientras seguía inmersa en la conversación con su madre, un escalofrío

le recorrió el cuerpo cuando al pasar por delante del destartado supermercado se cruzó, a través del cristal de la puerta de la entrada, con la mirada retadora del joven empleado que el día anterior no le quitó los ojos de encima. Algo nerviosa, apresuró el paso y sin volver la mirada atrás se concentró en la puerta de entrada de su edificio deseando llegar lo antes posible.

—¿Qué me has dicho? lo siento, no te he escuchado... estaba pendiente de otra cosa —volvió a dirigir la atención al teléfono mientras su madre le reprochaba al otro lado de la línea que no le estaba haciendo el más mínimo caso.

—¿Sabes algo de Pablo? —cambió el tema de la conversación. Hablar de su hermano siempre era una buena estrategia.

—Ya sabes que es muy espabilado y que las cosas siempre le suelen salir bien. Es un chico con suerte.

—No, no quiero decir que no se la merezca, solo digo que siempre que se propone algo acaba consiguiéndolo de una manera u otra —Lucía empezaba a sentirse un poco agobiada.

—Ya lo sé.

—Sí. Yo también lo creo.

—¿Y papá está bien?

—Menuda noticia, me alegro por vosotros ¿Estás contenta?

—Bueno, ahora no tendrás ninguna excusa para no salir más por ahí.

—Claro que lo entiendo.

—Está bien.

—Mami, te dejo que voy a entrar en el ascensor y pierdo la cobertura. Te llamo a final de semana ¿vale?

—Un beso. Yo también.

Cuando colgó, un suspiro de alivio acompañó el final de la conversación. Su madre podía ponerse algo insistente y pesada cuando se lo proponía, seguramente, porque se sentía algo sola. Ahora que lo pensaba, hacía dos semanas que no iba a verla, Pablo hacía días que había vuelto a Inglaterra y su padre no es que fuera la alegría de la huerta. Algunos profesionales llamaban a este sentimiento síndrome del nido vacío, muy común en mujeres cuyos hijos han abandonado el hogar familiar, pero su madre prefería llamarlo síndrome de una madre preocupada.

Habían pasado cinco días y todavía no le había devuelto la llamada. Iba a marcar su número cuando la vergüenza la detuvo. ¿Qué excusa le daría ahora para justificar su falta de interés? La conocía tan bien que sabía que el enfado que tendría sería descomunal, y en ese momento no le apetecía enredarse en ninguna discusión. La última vez que se vieron se dijeron cosas hirientes, palabras que se clavaron como puñales a pesar de que ninguna de las dos las sintió en realidad, marcando la despedida con un sabor agrídulce y de eso ya habían pasado unos cuantos meses. Sofia era consciente y aceptaba que buena parte de la situación que se estaba dando ahora era culpa suya, y aunque sabía que arreglar las cosas con ella debería ser una de sus prioridades, seguía sin hacer nada. El trabajo y Martín se llevaban todas las horas de sus días haciéndole perder la noción del tiempo, por lo que las semanas e incluso los meses se le pasaban tan rápidamente que cuando quería darse cuenta, había desatendido la mayoría de sus asuntos sociales entre los que se encontraba ella.

Los últimos años no habían sido fáciles que digamos. Estar al lado de una persona que ha perdido la ilusión y las ganas de ser feliz es tremendamente agotador y desmotivante, más que nada, porque al final te acaba contagiando su pesimismo y desilusión, conectándote en muchas ocasiones con tus mayores vulnerabilidades y temores, y eso era algo que Sofia no podía permitirse. Lo tenía comprobado, si se volvía vulnerable perdía su capacidad de preparar bien los casos y arrasar en los juzgados, y en consecuencia su rendimiento laboral se veía afectado y era un riesgo. Quizás eso es lo que la llevó poco a poco a ir tomando distancia. A pesar de que la había intentado ayudar todo lo que pudo, nada era suficiente y se cansó. La losa que arrastraba iba a tardar tiempo en resquebrajarse y hacerla libre de nuevo y ella no podía quedarse a su lado a esperar que eso sucediera. Se jugaba demasiado. Al principio los sentimientos de culpa la hacían sentir la peor amiga del mundo y estuvo tentada en varias ocasiones de intentarlo una vez más, pero con el tiempo aprendió a amansar aquellas sensaciones que se despertaban al saberse una mala persona, reemplazándolas por horas de ocio y diversión. Era la única manera de no caer con ella.

El sonido del teléfono del despacho la sacó de su ensimismamiento. Su visita había llegado y tenía que prepararse para recibir al cliente más importante del

bufete. Si ganaba el caso le habían prometido hacerla socia. Así que se levantó de la silla, se atusó el pelo, se puso un poco de carmín en los labios guiándose por el reflejo de la pantalla del ordenador y se estiró hacia abajo la falda de tubo que marcaba su figura esbelta y de cuidadas proporciones. Con paso decidido salió del despacho en busca de su ansiado ascenso.

La semana siguiente no fue menos horrible que los días anteriores. Las primeras horas de la mañana eran las que le resultaban más difíciles de sobrellevar por el cansancio acumulado debido a las noches en vela. Como Javier ya había regresado de su exitoso viaje de Londres, los días en la oficina volvieron a ser frenéticos y estresantes, y si a ese ritmo de locos se le sumaba el esfuerzo considerable que tenía que hacer por ocultar su estado de ánimo, cuando terminaba su jornada laboral el agotamiento y la ansiedad eran tal que únicamente deseaba llegar a casa para perderse bajo el edredón de plumas.

Cuando subió el último escalón de la parada del metro, tomó el nuevo camino que los últimos días había seguido para llegar hasta su casa, aunque fuera más largo, lo prefería dado que el trayecto habitual se le había antojado incómodo al sentirse observada y vigilada cada vez que pasaba por delante del destartalado supermercado. Podía ser fruto de la casualidad encontrarse uno, dos, o incluso si lo apuras, tres días seguidos al mismo empleado fumándose un cigarrillo en la puerta de las mercaderías cada vez que ella pasaba, pero no cada día de las últimas dos semanas. Aquello no podía ser una coincidencia. La mirada retadora con la que la miraba le ponía los pelos de punta y luego estaba bastante rato en casa alerta a cualquier sonido y comprobando con la mayor sutileza posible a través de las cortinas si había alguien vigilando su portal. Aquella reacción era exagerada, lo sabía, pero no podía evitarla. Su sorpresa llegó cuando al girar la esquina de la calle Còrsega con Girona se topó con el inquietante empleado del súper acompañado por dos jóvenes más, cuyas pintas helaban la sangre, sentados en un banco móvil en mano. Lucía pasó por delante de ellos con la mirada fija en el suelo y poco a poco apresuró el paso. Cuando había avanzado algunos metros, giró la cabeza y echó a correr en el mismo momento en que los vio a escasos pasos de distancia. Varios minutos después, un calor sofocante empezó a mojarle el cuerpo en sudor, los pulmones le dolían por la falta de aire, la boca se le había secado y sentía la lengua áspera pegada al paladar. No podía más, pero tampoco podía detenerse porque sentía la presencia de aquellos tres cuerpos pegada a sus espaldas. De pronto, una mano sucia y mal cuidada la agarró del hombro mientras le ordenaba que se detuviera con la voz más amenazante que hubiera escuchado nunca. Como un acto reflejo se giró y con el bolso bien cogido con la mano lo estampó con todas sus fuerzas contra aquella figura intimidatoria. Por suerte, la espontaneidad del acto le otorgó la

ventaja suficiente para llegar al portal de su casa y cerrar la puerta de madera tras de sí. Tomó aire unos segundos y subió las escaleras a trompicones gritando el nombre de Andrea, la cual la estaba esperando pasmada en el rellano en cuanto llegó arriba.

—¿Pero se puede saber qué te pasa? —le preguntó atónita.

—Me siguen, me siguen... —repetía fuera de sí.

—¿Quién te sigue? —no entendía absolutamente nada.

—Ellos, los tíos del supermercado —empujó a su compañera hacia el interior del piso y cerró la puerta con llave—. Cierra las ventanas, baja las persianas, que no puedan entrar por ningún lado.

—¡Quieres parar, por el amor de Dios! Me estás asustando, Lucía.

—No pueden entrar Andrea, ¿lo entiendes? Estaré acabada —jadeaba del sofoco—. ¿A dónde vas? No abras la cortina, ¡estás loca! —le gritó.

Andrea se dirigió a la sala de estar, subió el estor y escudriñó la calle. Hizo lo mismo desde la ventana de cada estancia, mientras Lucía le suplicaba que parase.

—Ahí abajo no hay nadie, Lucía.

—Sí, sí lo hay —temblaba de miedo.

—Te digo que no hay nadie —dijo cansada.

—Se habrán escondido, estarán esperando a la vuelta de la esquina o...

—Basta ya —le ordenó—. Tienes que buscar ayuda, Lucía. No puedes continuar así.

—No, no —sacudía la cabeza— estoy segura. Llevan vigilándome un par de semanas.

Andrea se llevó la mano a la boca y contempló con tristeza el estado tan deplorable de su compañera. Estaba totalmente irreconocible. El sonido de unas llaves encajando en la cerradura de la puerta principal las hizo sobresaltar a las dos.

—Rápido, cierra la puerta —Lucía se abalanzó sobre Claudia para apartarla de la puerta y poder cerrar también el cerrojo de cadena.

—¿Se puede saber qué le pasa a esta? —preguntó desconcertada.

—Shhh... no grites —la cara desquiciada de Lucía la hizo callarse de golpe.

Lucía apagó todas las luces de la casa y muy sigilosamente fue recorriendo poco a poco alguna cortina comprobando la calle.

—Claudia, tenemos que hacer algo. Se le ha ido la olla —le susurró Andrea disimuladamente.

—¿Qué coño está haciendo?

—Dice que la siguen.

—¿Quién?

—Yo qué sé, unos tíos. Desde hace dos semanas.

—¿Tú sabías algo?

—¡Qué voy a saber! Sí, la he notado algo rara estos días, pero pensaba que era por lo de Gabriel —seguía susurrando.

—Ya no aguanto más, hay que poner fin a esta mierda —sentenció Claudia. Con toda la frialdad, fue al salón y encendió las luces.

—¡Apágalas, maldita sea, apágalas! —le exigió Lucía.

—¡No me da la gana! —la provocó.

Lucía avanzó con grandes zancadas hacia Claudia y la cogió por las solapas del abrigo que todavía no le había dado tiempo a quitarse.

—No me provoques niñata de mierda o te juro que te parto la cara ahora mismo.

—Lucía, por favor, para —sollozó Andrea compungida—. ¿No te das cuenta de lo que estás haciendo?

Lucía contempló la cara de horror de Andrea y se echó a llorar.

—Yo... lo siento —se disculpó. Y se encerró en su habitación.

Acurrucada sobre el edredón de plumas, no podía dejar de sollozar pensando en cómo había perdido el control de su vida, en lo sola que se sentía y en cómo la ausencia repentina de Gabriel le había despertado una angustia indescriptible que se hacía notar como una opresión en la boca del estómago, que la atenazaba constantemente con oleadas de náuseas e inapetencia. Por mucho que intentaba darle sentido al giro inesperado que había tomado su vida, no encontraba ni la más mínima lógica a todo aquel desvarío. Era como si se hubiera adentrado en una pesadilla de la que era incapaz de salir, un laberinto de los horrores sin escapatoria que la engullía hacía un abismo enloquecedor. Nunca se había sentido tan perdida.

—Lucía —la voz de Andrea se abrió paso entre los suaves toques que dio en la puerta— ¿Puedo pasar?

Entendió la ausencia de respuesta como una invitación a entrar. Quería comprobar en qué condiciones se encontraba su compañera. Se acercó hasta la cama, se sentó con cuidado en el borde y le acarició la melena que le cubría parte de la cara enrojecida y empapada de lágrimas.

—No puedes seguir así, Lucía. Te está superando — utilizó el tono más afable que pudo vocalizar.

Lucía cerró los ojos y se limpió los mocos con la palma de la mano.

—Llevo observándote varias semanas y apenas comes, no duermes, te pasas los días llorando y lo de hoy ha sido... —dejó la frase sin concluir—. Tienes que buscar ayuda, acabarás enferma.

—Solo estoy exhausta... si pudiera descansar un poco estoy segura de que lo llevaría mejor —apenas musitó.

—Déjame que te lleve a urgencias, seguro que te recetan algunas pastillas para dormir y para que te sientas más tranquila.

Lucía negó con la cabeza.

—Por favor, Lucía —le suplicó—. Estoy realmente preocupada por ti.

—Tengo miedo —las lágrimas empezaron a brotarle de sus ojos hinchados—. ¿Y si están abajo esperándome? ¿Qué haremos?

—No hay nadie en la calle, lo he comprobado varias veces. Pero si te quedas más tranquila, cogemos un taxi que nos recoja y nos deje en la mismísima puerta.

—No puedo Andrea, no tengo fuerzas.

—Nosotras te ayudamos —en ese mismo instante, la figura de Claudia se posó bajo el umbral de la puerta—. Siento mucho lo de antes, Lucía. Y lo de la otra noche también, me porté como una gilipollas. Entiendo que estés enfadada conmigo y que no quieras saber nada de mí, pero Andrea tiene razón, no puedes continuar así. Estamos realmente preocupadas por ti.

Lucía se incorporó y clavó su mirada en los ojos de Andrea. Desde luego sentía que estaba al borde del colapso.

—Lo hago únicamente por ti —le dijo mientras la cogió de la mano para ayudarse a ponerse en pie.

Después de esperar diez minutos en una consulta que no sería más grande que la cocina de su piso, apareció un joven con cara cansada vestido con un pijama blanco y una bata abierta del mismo color. Tomó asiento y observó con atención el cuerpo desmadejado de Lucía.

—Buenas noches, soy el doctor Lana ¿en qué puedo ayudarte? —le preguntó al fin.

—Necesito que me recete unas pastillas para dormir. Me siento muy cansada.

—¿Desde cuándo no duermes bien?

—Un par de semanas.

—¿Hay algún motivo que haya favorecido la aparición del insomnio?

Lucía se echó a llorar. Se tapó la cara con las manos y se inclinó hacia delante hasta apoyar los codos en sus rodillas. El médico echó rápidamente una mirada a las dos acompañantes en busca de algún tipo de explicación a la reacción de su paciente.

—Verá doctor, hace dos semanas su novio —hizo un gesto entrecomillando con los dedos índice y medio de ambas manos— desapareció, y desde entonces no levanta cabeza —las palabras de Claudia se clavaron en el pecho de Lucía como dardos envenenados.

—¿Ese gesto que acabas de hacer debo interpretarlo de alguna manera? —le preguntó el facultativo.

—Bueno, cuando digo su novio —volvió a entrecomillar con gestos la palabra— es porque únicamente lo conoce ella —entonó con cierto retintín.

Lucía levantó la cabeza y miró con tal odio a su compañera que aquel gesto no le pasó inadvertido al hombre que tenía sentado frente a ella.

—¿Puedes aclararme eso? —se dirigió esta vez a Lucía.

—Yo... —se puso en pie nerviosa—. Quiero irme a mi casa.

—Todavía no hemos terminado la visita, siéntate, por favor —le indicó con un tono firme.

—Verá usted doctor, como le iba diciendo, Lucía nos explicó hace un par de semanas que había empezado a salir con un chico y que era tremendamente feliz con él. Así que le pedimos que nos lo presentase y justo la noche que lo habíamos organizado todo para conocerlo, desapareció. Así, sin más —los dedos de Claudia chascaron en el aire—. Desde entonces, se pasa los días llorando, no come, apenas duerme...

—Cállate de una puta vez —amenazó Lucía—. No tienes ni idea de lo que estás hablando —empezó a inquietarse.

—Vamos a calmarnos, ¿de acuerdo? —dijo el facultativo mientras descolgaba el teléfono y le pidió a un tal Roberto que se dirigiese hacia el despacho.

—¿Lo ve?, está desquiciada y ya para colmo hoy ha llegado a casa histérica perdida diciendo que unos tíos la estaban siguiendo.

—¡Que te calles niña! —se abalanzó hacia ella—. Eres jodidamente mala —siguió insultándola.

—Tranquilidad, por favor —ordenó el médico con un tono autoritario mientras se levantó para separar a los dos jóvenes—. Usted haga el favor de callarse un momento o le pediré que se marche —le indicó a Claudia, que se quedó sorprendida por la amonestación—. A ver, vayamos por partes, Lucía

¿puedes hablarme un poco sobre la desaparición de tu pareja? — siguió preguntándole al mismo tiempo que la acompañó de nuevo a su silla.

—No, solo sé que no entiendo nada, Gabriel no tenía motivos para desaparecer, le ha pasado algo, estoy segura —la congoja se notaba en sus palabras.

—¿Has contactado con alguien, por ejemplo, con su familia o con la policía?

—Andrea me acompañó a poner una denuncia a los Mossos y me dijeron que tomaban nota.

—¿Es cierto? —ahora se dirigió a su otra compañera que aguardaba en silencio.

—Sí, pero el agente que nos atendió me comentó que la información que Lucía le proporcionó no tenía mucha lógica. Me sugirió que si seguía con una actitud rara la trajera aquí.

En ese instante Lucía abrió los ojos como platos y se quedó observando a Andrea con cara de no entender absolutamente nada.

—Lo siento, Lucía. No te dije nada para no preocuparte más.

—Andrea, ¿cómo has podido?...

Pero Lucía no recibió ningún tipo de respuesta, solo un giro de cabeza hacia el suelo.

—Claudia ha comentado antes que hoy has llegado muy exaltada a casa porque sentías que alguien te seguía, ¿es cierto?

Lucía se mantuvo en silencio, mientras las lágrimas le volvían a rodar por las mejillas.

—¿Puedes contestarme a eso?

—No, no quiero —le espetó secamente.

—Déjame que te haga otra pregunta, ¿consumes drogas o algún tipo de medicación?

—¿Cómo dice? —se sorprendió por la pregunta soltando una risotada de incredulidad total— ¡Claro que no! ¿Sabe qué? Me largo de aquí —Lucía se levantó con brusquedad de la silla, se sentía tan estúpida de haber cedido a la petición de Andrea que el enfado que sentía por dentro cada vez era más considerable—. Todo esto ha sido una equivocación — se dirigió a todos los presentes en la sala.

—Me parece a mí que no te vas a ir a ningún sitio —se puso en pie el facultativo.

—¿Cómo dice? —preguntó confundida.

—Tienes que quedarte en el hospital al menos unas horas. A la vista está que no estás en condiciones para marcharte. Voy a darte unas pastillas y voy a dejarte en observación.

—No, no, no... ni lo sueñe. Yo me voy a mi casa ahora mismo.

En ese preciso momento se abrió la puerta, y en el mismo instante que Lucía hizo el amago de escabullirse a toda prisa Roberto la retuvo por orden del médico.

—¡No, por favor, suéltame! —la voz de Lucía se ahogó en un llanto desesperado mientras luchaba con todas sus fuerzas por liberarse de los brazos del enfermero corpulento que la retenía, y miraba con ojos de decepción a Claudia y Andrea, que aguardaban cogidas de la mano observando con gran incredulidad el inquietante espectáculo que estaba teniendo lugar en el pequeño despacho del servicio de urgencias del Hospital Universitario de Barcelona.

—Sujétala más fuerte —ordenó el médico de guardia mientras con gran habilidad abrió los cajones del armario y preparó un inyectable.

De pronto, un dolor punzante y localizado penetró en el brazo de Lucía, resultado de la afilada aguja de acero. Se sentía tan confundida... Los pensamientos de su cabeza no hacían más que repetirse y sucederse unos detrás de otros a toda velocidad, como si se tratase de una película fotográfica de las últimas horas vividas esa tarde de invierno, con el único objetivo de encontrar un poco de sentido a todo lo que estaba sucediendo. Hacía tan solo unas horas estaba acurrucada sobre su cama, y ahora se encontraba luchando por su dignidad mental en el despacho del doctor Lana, sujeta, en contra de su voluntad, por un enfermero que hacía más bien las veces de gorila de discoteca.

—¡Ya está! en unos minutos empezará a hacerle efecto la medicación —dijo el facultativo mientras se quitaba los guantes de látex y los lanzaba con decisión a la basura—. Ahora si me disculpáis debo hacer una llamada telefónica. Os rogaría que salierais a la sala de espera, por favor.

—¿Y qué pasa con Lucía, doctor? —preguntó Andrea.

—Tranquila, se quedará aquí hasta que esté todo dispuesto.

Las dos compañeras se pusieron en pie y con pasos presurosos se dirigieron hacia la puerta que el médico ya sostenía para facilitarles el paso. El último en salir fue el portentoso auxiliar después de asegurarse de que Lucía se encontraba más sosegada. Cuando la puerta se cerró, un inquietante silencio invadió la habitación. Ya no quedaba nada de las voces exaltadas y la

agitación acaecida hacía unos minutos, ni tan siquiera los pensamientos que discurrían por su cabeza aceleradamente hacían acto de presencia. Todo estaba sumido en una absoluta calma. Aceptar que nada de lo que dijera o hiciera en adelante iba a tenerse en consideración la sumió en un agónico desespero. Estaba claro que había perdido, que había sido una presa fácil de aquel engaño. Pero ya era tarde para lamentarse, se había equivocado y lo iba a pagar caro. Muy caro.

PARTE II

El mundo olvidado de los locos

La luz amarillenta que iluminaba el largo y solitario pasillo le cegó momentáneamente los ojos. Con un gran esfuerzo, intentó levantar sus párpados pesados y balbucear algo, pero lo único que consiguió fue ver una fila de baldosas de mármol marrón pasando a gran velocidad bajo sus pies, mientras el enfermero que empujaba la silla de ruedas en la que se encontraba postrada caminaba con decisión hacia el final del pasillo. Con un movimiento lento y torpe, consiguió tenderse en la cama dejando caer todo su peso hacia un lado, elevó sus rodillas hacia el pecho, las abrazó con sus débiles brazos e inclinó su cabeza hacia delante haciéndose un ovillo. Al cabo de unos pocos segundos, y en contra de su voluntad, se volvió a sumir en un inevitable sueño vacío.

El sonido agudo, chirriante y repetitivo que se propagaba por unos pequeños altavoces acoplados a las placas de poliestileno que decoraban el techo de la habitación la obligó a despertar del profundo estado en el que se encontraba. En la misma posición en la que se había dormido la noche anterior, abrió los ojos y rastreó de inmediato toda la estancia, obligándose a recordar cómo diablos había ido a parar allí. <<Malditas seáis, malditas seáis...>>. La imagen de Claudia y Andrea esfumándose por la puerta del despacho de urgencias sin siquiera mirar atrás la atizó como una oleada violenta que se estrelló en lo más profundo de su ser. Traicionada, avergonzada, confundida, humillada... incapaz de sostener el peso de todos esos sentimientos que, por momentos, crecían en intensidad, Lucía hundió su cara entre las sábanas y lloró desconsoladamente, como si alguien hubiera rasgado su corazón hasta lo más profundo, y aquella sensación de vacío, soledad y desconcierto que ya había conocido en una ocasión, hubiera vuelto para quedarse para siempre. ¿Cómo había llegado a esa situación? ¿Cómo era posible que en cuestión de días su vida hubiera pasado de ser un cuento de hadas a convertirse en un infierno? ¿Dónde diablos estaba Gabriel? ¿Cómo se había atrevido a abandonarla de aquella manera, cuando le prometió que nunca la dejaría? A medida que las preguntas sin respuestas se iban agolpando en su mente, Lucía se fue sintiendo cada vez más enfurecida. Se incorporó sobre la cama con decisión, se agarró fuerte al colchón para no caerse por la sensación de mareo que le embotaba la cabeza y empezó a buscar desesperadamente su ropa. << A la mierda>>, se dijo a sí misma, si tenía que salir a la calle con ese horroroso pijama verde que le hacía parecer una reclusa no importaba, ya se cambiaría

cuando llegase a casa. Como un animal herido que huye de su predador, Lucía salió disparada de la habitación y, arrastrándose sobre la pared del interminable pasillo, empezó a correr hacia el pequeño cartel blanco con letras rojas que indicaba dónde estaba la salida, sin advertir la presencia de varios internos que la miraban impasibles o incluso la saludaban con la mano dándole la bienvenida. Cuando por fin su mano se posó sobre la maneta de la puerta, empezó a agitarla hacia arriba y hacia abajo impacientemente, intentando encontrar el punto de abertura que la hiciera ceder de una vez por todas. Presa de la angustia por los continuos intentos fallidos, empezó a aporrear la puerta con los puños y los pies.

—¡Eh, tú! ¿Se puede saber qué estás haciendo? —le profirió una voz femenina desde su espalda, con un tono de voz tan autoritario que la dejó paralizada un momento.

—Yo, yo... —titubeó Lucía— solo me quiero ir a casa —continuó sin siquiera girarse.

—Me parece que esa decisión no te corresponde tomarla a ti. Anda, ven conmigo —la intentó calmar mientras le posaba una mano en el hombro.

—¡No! —vociferó Lucía—. Solo quiero salir de aquí y que me dejen en paz de una vez.

—Tranquilízate ¿quieres?, aquí no se puede gritar y menos golpear la puerta de esa manera. Así que ven conmigo al comedor, desayuna un poco, que me consta que hace muchas horas que no comes nada, y más tarde, cuando llegué el médico, hablamos con él ¿te parece?

—¡No, no, no! quiero salir de aquí, por favor. Solo quiero irme a casa —suplicaba aferrada al tirador de la puerta.

La enfermera bien entrada en años y con una actitud paciente suspiró, y pronosticando cómo iba a acabar la situación si Lucía no cambiaba de opinión, hizo un nuevo intento para hacerla entrar en razón.

—Entiendo que quieras irte a casa y que no te guste este sitio, pero aquí no va a pasarte nada malo. Todo lo contrario, solo queremos que te recuperes y te pongas bien lo antes posible. Así que, hazte el favor y escucha bien lo que te digo.

—¿Ponerme bien? ¿De qué está hablando? A mí no me pasa nada. Solo estoy muy cansada y por eso quiero irme a mi casa. Le prometo que me iré directa a la cama y dormiré catorce horas seguidas si hace falta, se lo juro. Confíe en mí, por favor, le doy mi palabra — Lucía miró con ojos suplicantes a la mujer vestida de blanco que tenía delante.

—Si yo confío en tu palabra, pero no es a mí a quien tienes que convencer de que estás bien, sino al doctor que te visitará en unas horas. Así que, hasta que él no te vea y me dé permiso, no te puedo dejar marchar.

En ese preciso momento, una interna se acercó a Lucía y empezó a sobarle su larga melena, mirándola fijamente a los ojos y susurrándole en la oreja algo que la hizo inquietarse todavía más.

—Almudena, deja a la muchacha tranquila y vete ahora mismo a desayunar ¿me has oído? —le ordenó la enfermera mientras la apartaba de Lucía.

Como una buena reclusa, la interna se alejó por el pasillo murmurando frases inconexas, intercaladas con risas que parecían sacadas de una película de terror y lamentos que hacían poner la piel de gallina. Cuando la enfermera se volteó de nuevo hacia Lucía, esta se encontraba temblando y aporreando la puerta de nuevo con todas sus fuerzas.

—No me dejas otra alternativa chica, lo siento. —La enfermera se llevó un silbato a la boca y con un fuerte soplo lo hizo sonar varias veces. De inmediato, asomaron por el pasillo tres hombres vestidos con el mismo pijama blanco que llevaba ella y un guarda de seguridad que salieron a la carrera hacia donde se encontraban.

Lucía estaba tan obcecada en abrir la dichosa puerta que ni siquiera se percató de la presencia del nuevo personal que con una gran habilidad y soltura se hizo con ella. Cuando quiso darse cuenta, se vio alzada del suelo sujetada con fuerza por cada una de sus extremidades y sintiendo la cabeza completamente inmóvil debido a la contención que ejercía sobre ella la mujer. Presa del pánico, empezó a zarandear su cuerpo en todas las direcciones que le era posible, gritando desesperada que la soltaran mientras sus portadores con un gran esfuerzo físico intentaban llegar lo antes posible a su destino. De pronto, el pasillo empezó a llenarse de mirones y a convertirse en un espacio descontrolado, donde unos cuantos internos se dispusieron a observar aquella escena con total indiferencia; otros, sin embargo, empezaron a agitarse y a alzar sus voces al unísono como si fueran fieles aficionados, animando a su equipo para que llegaran a la meta, a un tercer grupo más minoritario les dio por manifestar una risa incontrolada mientras miraban a ninguna parte. El personal sanitario que quedaba libre de la unidad corría arriba y abajo intentando deshacer aquel absoluto caos, exigiendo a los pacientes que volvieran al comedor de inmediato y abandonaran el pasillo. Ese tipo de situaciones podría acabar en grandes problemas si no se remediaban en el

mínimo tiempo posible.

Agotada de chillar y de intentar liberarse de los diez pares de manos que la sujetaban, Lucía condujo sus ojos hacia el rostro de Almudena, que se había vuelto a escapar del comedor y se había colocado a su lado mientras la llevaban en volandas, para susurrarle de nuevo el mensaje que tenía para ella << te lo dije, nunca podrás escapar de aquí ¡quieren nuestros pensamientos! Cuando entres en la habitación prohibida, no les dejes robarte el cerebro. ¿Me oyes? ¡O estaremos acabadas!, ¡acabadas!, ¡acabadas!>> — le gritó esta vez.

—¡Ayudadme! — se desgañitó Lucía. ¡Ayudadme, por favor! —Seguía vociferando mientras sacudía su cuerpo con violencia.

—¡Que alguien se lleve a Almudena, por el amor de Dios! —esta vez fue la enfermera quien alzó la voz pidiendo más colaboración al resto de personal que se encontraba desbordado con el resto de los internos—. Que alguien se la lleve de aquí, ¡ya! —siguió ordenando, pero nadie parecía poder atender aquel mandato.

Afortunadamente para los sanitarios que cargaban a Lucía, la puerta del cuarto hacia el que se dirigían se abrió con facilidad y pudieron entrar dejando detrás de sí todo el jaleo que se había armado y a Almudena, que no estaba siendo de gran ayuda en esos momentos. Con un gran esfuerzo, estiraron a la joven en una cama y empezaron el procedimiento de contención. Lo primero que hicieron fue fijarle un cinturón de espuma ancho en su abdomen y seguidamente le inmovilizaron ambos tobillos y muñecas con unas correas que estaban ancladas a la cama dejando a Lucía completamente indefensa. Este recurso terapéutico no solía ser del agrado de ningún miembro de la unidad por los conflictos éticos que generaba la propia técnica y los posibles riesgos que podían suponer para el enfermo, así que, siguiendo el protocolo de actuación del centro, únicamente debía utilizarse en aquellos casos extremos en los que las conductas de los pacientes suponían un alto riesgo para él mismo, el resto de internos y del personal. Presa del pánico, Lucía seguía luchando con todas sus fuerzas por escaparse de la habitación prohibida, tal y como la había llamado Almudena, mirando desesperadamente en todas direcciones. De pronto, sus ojos se abrieron como platos cuando observó a uno de los hombres golpear suavemente un inyectable de cristal que sostenía en una de sus manos, porque sin duda alguna, aquello era para ella. Rota en el llanto y en el desespero, se agitó bruscamente una última vez antes de darse por vencida. El dolor punzante derivado de la fina aguja de acero que le atravesó su fina piel la hizo sentir derrotada. En unos pocos minutos iba a

sucumbir al efecto del fármaco que le acaban de administrar y ante eso no podía hacer nada. Se sentía como un títere sin voluntad propia, como una marioneta a la que obligaban a doblegarse como y cuando querían, sin que pudiera rechistar, porque el castigo era todavía peor. Poco a poco, fue sintiendo cómo la poca fuerza que le quedaba iba abandonando su cuerpo volviéndose cada vez más y más pesado. Lo último que recuerda fue la mano de la enfermera deslizándose por su cabello, mientras con una sonrisa en los labios le dijo —ahora, descansa.

La espigada y huesuda silueta del joven que la miraba fijamente desde los pies de la cama contrastaba con el rechoncho y redondeado cuerpo del hombrecillo vestido con traje y corbata, que llevaba desabrochada por completo la bata para evitar probablemente la comprometida imagen de verse embutido en un trozo de tela blanca y dar pie a comentarios o críticas que sin duda mermarían su autoestima. Lucía concluyó que aquel hombre de espesa barba y bigote ancho sería el famoso médico con el que tenía que hablar, dado que era el único al que había visto vestido sin el común uniforme blanco, y además, ojeaba con detalle entre sus manos un pequeño montón de folios grapados entre sí y dispuestos en una carpeta de cartón azulada. Si hubieran estado en Navidad, Lucía podría haber creído tener delante de sí al bonachón de Papa Noel, acompañado por un elfo tímido a los que había pillado in fraganti a media noche dejándole sus regalos, debido a la gran similitud que presentaba el doctor con el legendario personaje navideño. Al cambiar el foco de atención y llevarlo de nuevo hacia sí misma, Lucía no pudo más que sobrecogerse cuando observó sus muñecas, tobillos y abdomen envueltos en gruesas correas acolchadas que la tenían completamente inmovilizada y sujeta a la cama. Hizo el intento de quitárselas sacudiendo su cuerpo en varias direcciones, pero todo el esfuerzo fue inútil, por lo que decidió someterse de nuevo a la cama mientras las lágrimas empezaron a brotarle de nuevo por sus pesados ojos.

—Hola Lucía —le dijo por fin el médico—. ¿Cómo te encuentras?

—Mi madre, quiero ver a mi madre. ¿Pueden llamarla? —pronunció en un susurro.

—Tus padres están en la sala de espera. Pero antes de hacerlos pasar, me gustaría charlar un poco contigo. ¿Te parece bien?

Lucía no contestó. Simplemente se limitó a girar la cabeza hacia un lado y se quedó contemplando la fría y oscura noche que se dejaba ver por la ventana

de la habitación.

—Me han comentado que esta mañana te has puesto muy nerviosa y que al no poder calmarte de ninguna manera han tenido que recurrir a traerte aquí. ¿Es correcto?

La habitación seguía en un absoluto silencio.

—Ahora parece que estás más tranquila, así que, si me prometes que seguirás calmada y que no intentarás salir corriendo por esa puerta, puedo quitarte las sujeciones.

Como si hubiera dado con la palabra mágica, Lucía fijó sus ojos suplicantes en los del médico y asintió con la cabeza.

—¿Ese movimiento de cabeza significa que estarás tranquila? —le preguntó para confirmar que había entendido bien el mensaje.

—Sí, me quedaré quieta, se lo prometo —. Lucía sabía que si no cumplía con su palabra no dudarían en volver a atarla a esa cama y quién sabe, quizás el castigo era peor.

El médico cerró con un golpe seco la carpeta que tenía entre sus manos, cogió una silla y la acercó a la cama mientras con una señal le indicó al joven enfermero que procediera a desatarla. Una vez liberada, Lucía frotó sus muñecas y tobillos con afán. Necesitaba sentir que era libre de nuevo.

—¿Qué hora es? —preguntó un tanto desorientada.

—Las siete y media de la tarde —le respondió el médico mientras consultaba su reloj.

—¿Y mis padres?

—Están fuera esperando. Pero antes de dejarlos pasar quería asegurarme de que te podía quitar la contención. Creo que hubiera sido una imagen bastante impactante para todos y tampoco pretendemos eso.

Lucía asintió con la cabeza.

—¿Por qué estoy aquí? —la voz de Lucía se quebró por el llanto que intentaba contener.

—Por lo que he podido leer en tu informe, parece ser que llevas varias semanas mostrando un comportamiento algo preocupante. Según tus compañeras de piso, no comes, apenas duermes, te vas de casa de madrugada y luego vuelves muerta de frío y llorando.

—Todo eso puedo explicarlo, doctor —le interrumpió Lucía—. El chico con el que estoy saliendo ha desaparecido. Sé que le ha pasado algo malo, pero nadie me cree.

—Gabriel, ¿correcto?

—Sí. ¿Cómo lo sabe?

—Una de tus compañeras lo comentó. Y ¿qué crees que le ha pasado?

—No lo sé. La última vez que hablé con él quedamos en vernos por la noche en un bar y nunca llegó. Nunca más he vuelto a saber de él.

—¿Os habíais peleado o discutido?

—No —negó con la cabeza.

—¿Sabes si tenía problemas de algún tipo o le preocupaba alguna cosa? Lucía volvió a negar con un gesto cansado.

—¿Entonces crees que le ha sucedido algo?

—No lo creo, doctor, lo sé —le respondió con rotundidad.

—Y, ¿cómo estás tan segura?

—Porque lo presiento. Lo siento aquí —se llevó una mano al corazón.

—Según tengo entendido nadie de tu entorno conoce a Gabriel, ¿es cierto?

—Solo Marta, mi compañera de trabajo.

—Estupendo —exclamó el médico— ¿Y cómo podemos hablar con ella?

—No lo sé. Hace unas semanas se cogió una excedencia por asuntos personales y desde entonces no he vuelto a verla —los ojos de Lucía volvieron a humedecerse.

—¿Tienes su número de teléfono o sabes dónde podemos encontrarla?

—El teléfono lo tiene desconectado y en cuanto a la segunda pregunta, la respuesta es no.

—Entiendo —suspiró el médico dejando salir el aire por su nariz revolviendo los pelillos de su bigote. — Una última pregunta, solo por curiosidad. ¿Por qué nadie más conoce a Gabriel, excepto Marta?

—Por decisión mía. No quería sentirme agobiada ni presionada con esta relación. Quería ir despacio porque Gabriel es un hombre que vale mucho la pena y no quería gafarlo.

—¿Gafarlo? ¿En qué sentido?

—No importa —dijo en un susurro—. Estoy muy cansada, ¿puedo ver ya a mis padres, por favor?

—En unos minutos, te lo prometo. Pero necesito hacerte unas preguntas más, ¿de acuerdo?

Lucía asintió con la cabeza, de todas maneras, no le quedaba otra opción. Si se negaba a colaborar seguramente la castigarían de nuevo y en esos momentos no se sentía capaz de asumir otra reprimenda.

—Según tus compañeras de piso, ayer llegaste a casa muerta de miedo,

¿puedes explicarme eso?

Lucía se quedó pensativa.

—¿Lucía? — el doctor la sacó de sus cavilaciones.

—Yo... déjelo. No lo entenderá —le respondió mientras fijó su mirada en el enfermero que ahora se encontraba custodiando la puerta como medida de seguridad.

—Pruébalo. Estoy aquí para ayudarte, puedes confiar en mí —le mostró una afable sonrisa.

—Si le cuento la verdad, pensará usted que estoy como una cabra y creo que es lo que menos falta me hace en estos momentos. Así que prefiero reservarme esa información.

El médico, que en todo momento se mostró paciente y comprensivo con lo que Lucía le iba explicando, abrió la carpeta y comenzó a ojear los papeles con una gran habilidad.

—Según pone en tu informe creías que te estaban siguiendo, ¿cierto?

<<¡Maldita sea!, ¿cómo lo sabía todo?>> —pensó con el semblante sumido en una gran preocupación e incertidumbre, como la de aquel que está despertándose de un sueño en el que existe un fino hilo de realidad pero todo lo que lo envuelve pertenece al reino de lo onírico. Enseguida cayó en la cuenta de quiénes eran las responsables de todo aquello. Ya se habían preocupado lo suficiente para no dejar ningún cabo suelto. Querían deshacerse de ella y lo habían conseguido con una gran maestría y pericia. Las había subestimado, sin duda alguna. Había menospreciado la inteligencia de aquellas dos mocosas que resultaron ser dos víboras de lo más letales. Andrea incluida.

—Lucía, es muy importante que respondas a mis preguntas —insistió el médico.

—No creía que me seguían —mintió.

El médico que la observaba con interés levantó las cejas y le hizo una señal con la mano pidiéndole que siguiera hablando. Necesitaba conocer más información.

—Más bien tenía la sensación de que me vigilaban — volvió a mentir.

—Ajá, entiendo. Y, ¿tienes idea de quiénes te vigilaban?

Lucía cerró los ojos unos segundos y respiró profundamente para contener de nuevo el llanto que le quemaba los ojos.

—Un chico que trabaja en el supermercado que hay cerca de mi casa y sus amigos, supongo.

—¿Tienes alguna idea de por qué te vigilaban?

—No.

—¿Crees que te querían hacer daño?

—No lo sé.

—¿En algún momento has pensado que te han puesto micrófonos, han pinchado tu teléfono, o han entrado en tu casa para revolver tus cosas?

—¿Qué? —preguntó confusa—. ¡No! —una risa nerviosa se apoderó de ella—. Todo esto es una locura, por Dios —Lucía se pasó las manos desesperadas por la cara mientras hacía un sutil gesto de negación con la cabeza.

—Creo que por hoy es suficiente —sentenció el médico cerrando la carpeta que tenía entre sus manos—. Voy a buscar a tus padres para que puedas verlos, ¿de acuerdo? —el hombrecillo se levantó con gran soltura de la silla y se dirigió hacia la puerta que ya había abierto el enfermero. Cuando la habitación se quedó vacía, Lucía se dejó caer con todo su peso sobre la cama y cubriéndose la cara con los brazos cruzados sintió estar viviendo su mayor pesadilla.

Cuando la puerta volvió a abrirse, Lucía se incorporó de la cama y alargó sus manos en busca de su madre que corrió hacia ella y la estrechó entre sus brazos para consolar el llanto y el temblor descontrolado que se había apoderado del frágil cuerpo de su hija. Con una delicada ternura, le empezó a acariciar su larga y sedosa melena mientras acompañaba cada movimiento con un <<shhh>> lento y suave, que no se cansó de repetir durante largos minutos. Mientras mantenía a su hija pegada a su pecho e inspiraba el aroma a albaricoque que desprendía su cabello, no pudo más que recordar las horas de su vida que había dedicado a consolarla y a protegerla de todos sus miedos imaginarios cuando no era más que una niña. Justo tal y como estaba haciendo ahora. Pensó en lo rápido que pasa el tiempo, en lo fugaz que es la vida y cómo la relación que se mantiene con los hijos cambia vertiginosamente de una etapa a otra. Cuando nacen, son seres diminutos que dependen de uno veinticuatro horas al día, absorbiéndote hasta la última gota de energía. Luego van creciendo y empiezan a aprender a manejarse por sí solos, volviéndose poco a poco independientes, aunque para ellos sigues siendo esencial, sigues siendo su principal figura de apoyo emocional y seguridad. Cuando llega la adolescencia, como si te hubieras convertido en un imán del polo opuesto, se alejan de ti y todo aquello que le habías estado proporcionando hasta ahora prefieren encontrarlo en sus amigos, los que en

ese momento se convierten en el centro y eje de su vida y tú quedas relegada al puesto casi del olvido y ahí te mantienes por largos años. Afortunadamente, con la madurez adulta muchos hijos vuelven a sus padres, vuelven a buscar en aquellos que le dieron la vida el consejo, el apoyo y la sabiduría de la experiencia. Vuelven a sentir que parte de la felicidad de la vida está en los suyos, en los que siempre estuvieron ahí esperando pacientes el regreso de los que se fueron. Y justo ahí se encontraba ella ahora, aliviando y reconfortando el alma rota de su hija, protegiendo a su pequeña una vez más de un monstruo imaginario que la aterrorizaba sin piedad.

La noche se le hizo interminable. Solo cuando atisbó los primeros rayos de luz penetrando sobre el oscuro cielo que se había cernido sobre la ciudad pudo calcular que serían entre las siete y las ocho de la mañana. La visita de sus padres no resultó ser tan reconfortante como esperaba, justo lo contrario, por primera vez en su vida se sintió como una completa desconocida ante ellos. La manera como la miraron, cómo le hablaron, cómo la trataron era totalmente inusual e incluso incómoda. Su madre no hizo más que observarla y sonreírle delicadamente, mientras le decía que todo iba a salir bien, aunque en el fondo sabía que ni ella misma se estaba creyendo sus falsas palabras de consuelo. Y su padre, como siempre y de costumbre, se quedó en segunda fila guardando las distancias y secundando con la cabeza todo aquello que decía su mujer. Un encuentro totalmente desastroso. Lo que más le dolió a Lucía es que en ningún momento le concedieron el beneficio de la duda. A pesar de que les explicó con detalle cómo y cuándo había conocido a Gabriel, sus increíbles momentos juntos, lo que sentían el uno por el otro y la fatídica noche de su desaparición, sus padres solo le devolvieron miradas llenas de lástima y compasión pretendiendo hacerle llegar que todo lo que ella les estaba contando era la absoluta verdad. Hipócritas. El mundo se había vuelto loco.

Con la llegada de los primeros minutos de luz, la planta de psiquiatría, en la que se encontraba ingresada, empezó a recobrar vida después de una noche relativamente tranquila. Las ruedas de los carretones que se deslizaban con rapidez por el interminable pasillo anunciaban que la hora del desayuno estaba cerca. Lucía se quedó inmóvil en la cama como si de esa manera pudiera pasar desapercibida, como si no existiera en aquel lugar. Solo deseaba quedarse en la que ella consideraba ahora su guarida porque le aterraba salir por la puerta y no saber con lo que se iba a encontrar. Ver a Almudena el día anterior le impactó tanto, que no podía imaginarse verse rodeada de personas desconocidas y que estaban como una puñetera cabra. Todo aquello estaba siendo un error; ella no pintaba nada allí. El mismo sonido agudo y chirriante que la había despertado la mañana anterior volvió a repetirse por los pequeños altavoces instalados en el techo, provocando que su cuerpo empezara a temblar como una hoja seca, propiciado por los amargos recuerdos que le sobrevinieron a la mente. ¿Qué podía hacer? No había lugar donde esconderse.

—Buenos días Lucía, es hora de levantarse —la voz penetrante de la enfermera añosa se apoderó del silencio de la estancia.

Las lágrimas de Lucía empezaron a rodar por sus mejillas, mojando el áspero algodón que envolvía la almohada.

—Lucía, ¿me oyes? Levántate, aséate y ve al comedor a desayunar, ¿entendido?

—No, por favor. Quiero quedarme aquí —gimió entre las sábanas.

—Lo siento, pero no puedes. Haz el favor de levantarte y acompañarme al comedor.

—No, por favor. No quiero, no puedo —empezó a llorar desconsoladamente.

La enfermera se acercó a la cama, con un seco estirón apartó las sábanas y agarró suavemente a Lucía por el brazo para ayudarla a incorporarse. Como si fuera un cuerpo inerte, esta se dejó vencer y se incorporó temblando por la ansiedad que se estaba apoderando de ella por momentos. Si no hacía caso, la castigarían y eso sería todavía peor. Con paso torpe, se dirigió al lavabo, abrió el grifo del agua fría y se lavó la cara un par de veces. Cuando se miró al espejo, se asustó de su propio rostro. Sus ojos hinchados y rojos de tanto llorar estaban rodeados de unas grandes y profundas marcas azuladas que contrastaban con la palidez y delgadez de su cara. Los labios agrietados y pelados por la insistencia de sus dientes de morderlos continuamente dejaban entrever finos hilos rojos de las incipientes heridas que se había hecho. Su larga y sedosa melena era ahora una mata de pelo encrespado y enmarañado, que le caía sin gracia por los hombros. Cuando llegó a la puerta del comedor se detuvo presa del pánico, se sentía incapaz de entrar en una sala llena de locos. Miró a la enfermera con ojos suplicantes pero lo único que obtuvo de esta fue un pequeño empujón por la espalda, que la obligó a entrar en el salón. Se sentó en una silla y fijó su mirada en el plato que tenía delante para evitar ver a su alrededor. Aquello era una pesadilla. Veinte minutos más tarde, las tostadas y el vaso de leche que le habían servido seguían intactos. Era incapaz de ingerir un solo alimento. Solo de pensarlo el estómago se le contraía provocando un seguido de arcadas. Por suerte para ella, cuando la enfermera se acercó y vio el desayuno intacto, le retiró el plato y le hizo un gesto con la cabeza dándole permiso para marcharse, pero no sin antes pedirle que se tomara la medicación que había en un pequeño recipiente de plástico y de advertirle que era la primera y la última vez que le perdonaba la comida. Lucía se tragó las pastillas y salió disparada del comedor hacia su habitación.

<<Joder>>, se maldijo cuando la puerta no cedió. A lo lejos, atisbó a un auxiliar y aceleró el paso hasta él para pedirle si podía abrirle su cuarto, pero la respuesta del joven la inquietó más. ¿Cómo era posible que las habitaciones estuvieran cerradas durante la mañana? ¿Qué significaba, que tenía que pasar las horas del día por el recinto? ¿Dónde puñetas se supone que se iba a meter? Aquello cada vez iba a peor. Espantada y totalmente desconcertada, empezó a caminar por el largo pasillo solitario observando con cautela cada detalle, cada elemento que se iba encontrando a su paso hasta que llegó a un pequeño rellano con una rampa que bajaba hacia el piso de abajo <<¿Dónde se ha metido la gente?>> se preguntó. Tensa y en guardia, se deslizó despacio llevando su mirada más allá de cada pisada que daba, alerta de lo que pudiera encontrarse por delante. Al llegar al final de aquel túnel, descubrió un patio grande y hermoso al aire libre, repleto de frondosos árboles y flores con bancos de madera, dispuestos al borde de pequeños senderos de tierra que contrastaban con el verdor y espesor de la hierba bien cuidada. Al adentrarse en el recinto, no pudo evitar acordarse del jardín privado del apartamento de Londres, en el que se hospedó un verano cuando fue a hacer prácticas a una empresa de marketing y publicidad “Publicity Entreprises”. Todavía podía recordar, como si fuera ayer, el edificio acristalado ubicado en el distrito de St. James's Park con sus impresionantes vistas al Green Park y sus inmensos espacios diáfanos iluminados con potentes focos artificiales, que sustituían la mayoría de días la ausencia del sol característico de Inglaterra. Aquel verano fue uno de los más felices de su vida. Londres siempre había sido una de sus ciudades favoritas y poder respirar el ambiente de sus barrios, de sus calles, de sus parques, deleitarse en sus galerías y museos, y dejarse seducir por sus magníficos restaurantes y pubs durante varias semanas la hizo sentir como una londinense más. La nostalgia de aquellos días en los que respiró tanta libertad, en los que creía tener el mundo a sus pies, en los que nada ni nadie podía detenerla por conseguir sus sueños la hizo sentir atrapada, perdida en un absoluto caos de emociones y sentimientos que no podía controlar y que la atormentaba porque sabía muy bien dónde podía acabar aquello. En la más absoluta soledad, en la más profunda oscuridad donde el corazón pierde las ganas de seguir adelante, donde la ilusión no tiene cabida y los días se hacen interminables entre lágrimas y desesperación. Ella conocía muy bien aquel estado, sabía lo que dolía estar cayendo sin saber cuándo iba a llegar el final, sabía que una vez dentro, salir tenía un alto precio. Las sombras de la más absoluta nostalgia la arrastraron sin piedad a aquel infierno de hacía unos años

y juró no volver ahí nunca más, pero aquella situación la estaba sobrepasando, todo su mundo se había puesto patas arriba y no sabía cómo enderezarlo porque nadie la creía. Estaba sola.

Se sentó bajo el cobijo de un viejo sauce llorón que desplegaba sus centenarias ramas hacia el impoluto césped y mientras apoyaba la cabeza en la robusta corteza agrietada se imaginó estar en Baquedano custodiando el inicio del sendero del maravilloso Urederra, tal y como un día le describió Gabriel. Y en aquel preciso momento no pudo evitar pensar en lo mucho que lo echaba de menos y la falta que le hacía. Un vacío profundo y doloroso se abrió paso en su pecho. Una parte de sí no podía evitar culparlo de todo aquello, lo responsabilizaba de que estuviera encerrada entre aquellas paredes rodeada de personas que vivían en mundos inexistentes, muerta de miedo, y lo que era peor, que la consideraran una de ellos. Pero por otro lado, sentía un desconsuelo profundo porque estaba segura de que algo no iba bien y no podía ayudarlo de ninguna manera. Se juraron estar juntos para siempre y ella le estaba fallando, pero él también le estaba fallando a ella. Ambos estaban rompiendo su promesa por primera vez y al mismo tiempo. No podía ser casualidad, estaba claro que el destino de sus vidas estaba entrelazado, no había otra explicación. No podía ser de otra manera. La desagradable sensación de pesadez y adormecimiento que le provocaba la medicación empezó a hacerse notar de manera gradual.

Lucía se recostó junto al acanalado tronco, apoyó su cabeza sobre una de sus robustas raíces y miró el impoluto cielo azul que se dejaba entrever entre las finas hojas del arbusto. En pocos minutos un sueño vacío se hizo con ella una vez más.

El canto desafinado y tarareado de un interno que pasó a toda velocidad por delante de donde se encontraba refugiada la sacó de su sopor. Torpemente se incorporó, y con la mirada todavía un tanto borrosa, siguió la figura del muchacho que andaba mirando al suelo sosteniendo con sus manos unos auriculares inalámbricos que le cubrían buena parte de la cabeza y se esforzaba por seguir sin éxito el ritmo de una canción. Cuando el joven llegó al final del recinto tocó el muro con un golpe suave de cabeza y se volteó para seguir con su marcha en dirección contraria, volviendo a pasar delante de ella mirándola sin verla. Llena de desconfianza, Lucía se incorporó lentamente del suelo y se inclinó hacia delante para no perderlo de su campo visual dándose cuenta, para tranquilidad suya, que siempre seguía el mismo camino y seguía

incansablemente el mismo ritual, ignorando a todo aquel con el que se cruzaba <<Pobre tío, está como una regadera>>, pensó para sus adentros y volvió a ocultarse entre el follaje del hermoso árbol. Mientras estuvo camuflada en la sombra del arbusto, se atrevió a observar a otros pacientes que rondaban por el patio. A su derecha, sentada sobre un banco corrido, había una viejecita con el pelo canoso recogido en un despeinado moño, que se pasó las horas que estuvo allí pulverizando entre sus dedos las hojas secas de los arbustos que protegían la base de los altos muros del recinto. De tanto en tanto detenía su actividad, vociferaba unas palabras y seguía moliendo las frondas con gran habilidad. A escasos metros de la mujer, había un hombre de mediana edad, sentado pacíficamente en una silla de plástico, fumándose un puro que sostenía entre los dientes y escuchaba las noticias deportivas en una mini radio que había colocado encima de sus rollizos muslos. Un poco más al fondo, otro señor que rondaría los cincuenta años vestía un atuendo de lo más extravagante: la parte superior del cuerpo la tenía cubierta por un plumón de color verde militar que contrastaba con las bermudas amarillas y los calcetines naranjas subidos hasta las rodillas, reclamando la atención de forma exagerada. Los pies los llevaba vestidos con unos mocasines de lo más elegantes y la cara cubierta por unas grandes gafas de sol y una gorra roja con el dibujo de un toro y unas letras en cursiva que leían Chicago Bulls. Lucía sabía perfectamente que esa insignia pertenecía al grupo de baloncesto en el que jugó el legendario Michael Jordan, porque cuando era una adolescente se aficionó temporalmente a ver partidos de la NBA para poder comentarlos con Nacho, el compañero de clase que le gustaba. <<¡Qué tiempos aquellos!>>, volvió a lamentarse. A su izquierda, un grupito de tres internos estaban enzarzados en un discurso del que solo pudo escuchar algunas palabras aisladas como cigarrillos, deuda, favor... por lo que se imaginó que estarían haciendo un trueque entre ellos. Cuanto más observaba a los pacientes, más fuera de lugar se sentía. ¿Qué hacía ella allí? ¿Cómo era posible que la compararan con aquellos pobres desgraciados? ¿Dónde veían su locura? La frustración de no entender nada de lo que estaba pasando la hizo sentir muy confusa y perdida.

—¿Lucía Agramunt? —una voz la llamó desde el marco de la puerta de entrada al recinto—. ¿Lucía? —repitió la voz.

—Estoy aquí —contestó tímidamente.

Mientras veía a la auxiliar acercarse el estómago se le encogió en un puño ¿Ahora qué querían?

—Lucía, tu psiquiatra quiere verte. ¿Puedes venir conmigo, por favor?

—Sí —afirmó con la cabeza. Quizás hoy podría convencer al bonachón del doctor de que ya estaba recuperada y la dejaban irse a casa. —Por favor — suplicó al aire con la esperanza de que si había un Dios allí arriba pudiera escucharla y tener piedad de ella.

Lucía no se cayó de milagro al levantarse, gracias a los reflejos de la enfermera que la cogió casi al vuelo y evitó que se estampara de cara contra el suelo. La medicación la dejaba sin apenas fuerzas y con una sensación de embotamiento en la cabeza tan marcada, que tenía que hacer un esfuerzo considerable para poder pensar. Sostenida del brazo de la auxiliar pudo leer en su placa identificativa el nombre de Paula. Pensó que siempre le había gustado ese nombre.

—La doctora te visitará en unos momentos. Espera aquí sentada.

—¿Doctora? Mi psiquiatra es un señor bajito, con barba y bigote blanco —balbuceó. El tratamiento que le estaban dando le dejaba la boca demasiado seca y pastosa.

—¡Ah!, te refieres al doctor Nicolau. Hoy no está en el hospital porque ha estado de guardia el fin de semana, por eso te han asignado una nueva psiquiatra. Estate tranquila, la doctora Sasaín es también muy agradable.

Lucía asintió con la cabeza. Quizás tendría más suerte con ella, las mujeres solían apoyarse mutuamente en temas de amor, así que quién mejor para entenderla que otra mujer. Un pequeño hilo de esperanza se hizo hueco en su pecho. Cuando la enfermera desapareció tras una puerta de madera, Lucía escudriñó el pequeño habitáculo que hacía las veces de sala de espera y observó que las pocas sillas que había tenían el tapizado muy desgastado e incluso rasgado en los laterales, dejando entrever la espuma amarillenta que le daba cuerpo al asiento. Las paredes habían perdido la tonalidad blanquecina, mostrando un color grisáceo de lo más deprimente, y el único cuadro que había colgado exhibía la imagen de una virgen María en actitud suplicante. Una decoración de lo más desoladora y escalofriante. Diez minutos más tarde, la puerta del despacho número doce se abrió. Lucía contuvo la respiración y se empotró lo más que pudo contra el respaldo de su asiento cuando vio a Almudena salir por la puerta. Durante unos segundos ambas se aguantaron la mirada sin pronunciar ni una sola palabra, luego Almudena bajó la cabeza y se esfumó por el pasillo. Lentamente, Lucía dejó escapar el aire que había contenido y se relajó poco a poco en la silla.

—Lucía, ya puedes pasar —la invitó a entrar una mujer rubia de mediana

edad.

La decoración del despacho no se diferenciaba mucho del de la sala de espera, lo único que lo salvaba eran algunos pequeños detalles que solo una mujer con buen gusto podría haber colocado de manera estratégica en diferentes puntos para darle al ambiente un toque más comfortable, como un calendario de paisajes impresionantes, un perchero de pie colocado al lado de la entrada o un par de sujetalibros de metal que dibujaban la silueta de una niña leyendo y que aguantaban el peso de los gruesos libros de psiquiatría que había dispuestos en un par de estanterías. Lo que más le llamó la atención fue la gran cantidad de post-its, clips y rotuladores de colores que habían dispuestos de manera ordenada por el escritorio; seguramente, por la afición que tenía ella también de coleccionar artículos de papelería.

—Buenos días Lucía, soy la doctora Sasaín y voy a ser tu psiquiatra de referencia a partir de ahora —empezó presentándose.

Lucía la miró en silencio.

—¿Cómo te encuentras?

—No muy bien la verdad. No quiero estar aquí, quiero irme a mi casa —respondió en un tono de voz casi imperceptible, al mismo tiempo que se limpió la comisura de los labios donde se le había quedado un poco de saliva reseca.

—Lo entiendo, pero qué te parece si antes hablamos un poco. Me gustaría hacerte algunas preguntas —le mostró una afable sonrisa.

—Ya he contestado a muchas preguntas y estoy muy cansada.

—Lo sé, tengo constancia de ello. Pero me gustaría conocerte un poco más y para ello necesito pedirte algunos datos. Además, me gusta recoger la información de mis pacientes personalmente. Es una costumbre que tengo —le aclaró.

Lucía suspiró, todo aquello le estaba resultando realmente agotador, pero no le quedaba otra alternativa. No estaba dispuesta a que la volvieran a atar a la cama.

—¿Sabes por qué estás aquí?

—No, y justo eso me gustaría saber a mí.

—Háblame un poco sobre el motivo por el cual tus compañeras te llevaron a urgencias.

—Hace un par de noches me puse muy nerviosa en casa y me convencieron para que me visitara un médico. El resultado es que he acabado aquí y todavía no entiendo por qué — la gangosidad con la que hablaba hacía

difícil poder entender lo que decía.

—¿Qué te hizo poner tan nerviosa?

—Venía del trabajo y tres tipos me empezaron a seguir.

—¿Sabrías decirme quién te seguía y por qué?

—Solo reconocí a uno de ellos, es un veinteañero que trabaja en el supermercado que hay cerca de mi casa. Los otros dos me imagino que eran amigos suyos.

—¿Era la primera vez que los veías?

—No. Llevaba algunas semanas encontrándome con el del súper —Lucía se calló de golpe cuando se percató que la doctora empezó a tomar anotaciones rápidamente en un folio.

—Sigue, por favor —le pidió la mujer mostrándole otra amable sonrisa.

—Yo...no sé. Todo es muy extraño, ¿sabe?

—Lo sé, por eso quiero ayudarte a poner orden en toda esta confusión —le respondió—. Me decías que te habías encontrado con el chico del supermercado varios días, ¿crees que te vigilaba?

—Sí —asintió con la cabeza.

—¿Sabes por qué?

—No.

—¿Crees que te quería hacer daño?

—No lo sé. Si fuese el caso, habría tenido varias oportunidades y nunca me ha hecho nada.

—Entonces, ¿qué crees que pretendía?

Lucía levantó los hombros indicándole que no tenía ni la más remota idea.

—¿Puedes decirme cuándo y cómo fue la primera vez que te diste cuenta de que te estaba vigilando?

—Cuándo, no lo sé, y con relación a la segunda pregunta, me percaté de que algo raro pasaba cuando cada vez que regresaba a mi casa después del trabajo, el chico en cuestión me observaba desde el otro lado de la calle. Al principio no le di importancia, pero después de encontrarme con ese tío todos los días, esperándome siempre en el mismo lugar, empecé a sentirme incómoda.

—¿Nunca le dijiste nada?

—No. Opté por seguir un camino diferente hasta que lo descubrió y me lo volví a encontrar la otra noche con sus amigos.

—¿Has ido a la policía a pedir ayuda?

—Por este motivo no. Fui a denunciar la desaparición de Gabriel.

—Entiendo. Luego hablaremos sobre eso, ¿de acuerdo?

Lucía hizo un gesto de resignación. Al fin y al cabo, nadie la creía y tenía pocas esperanzas de que esta vez fuera diferente.

—¿Piensas o has pensado en algún momento que te han podido poner algún sistema de vigilancia, como por ejemplo pincharte el teléfono o ponerte cámaras en casa?

—No, eso es imposible.

—¿Crees o has creído en algún momento que las personas que te seguían u otra gente podía leerte el pensamiento?

—¿Me lo pregunta en serio? —la cara de Lucía denotaba una gran perplejidad.

—Aunque te parezca mentira, hay un porcentaje de la población general que suele tener este tipo de experiencias, por eso te lo pregunto.

—Querrá decir que un porcentaje de la población que está como una regadera y que normalmente está encerrada en manicomios tienen esas experiencias —le puntualizó un poco molesta.

—De nuevo la respuesta es no. Si te pusieras en plena plaza Cataluña y le hicieras estas preguntas a, digamos, por ejemplo, cien personas, al menos el cinco por ciento de ellas si te contestaran con honestidad te responderían sí a algunas preguntas de las que te estoy haciendo.

Lucía suspiró y llevó su mirada hacia la ventana. Mirar el cielo azul le reconfortaba y le proporcionaba algo de tranquilidad.

—Retomando las preguntas con las que estábamos — la interrumpió la psiquiatra—aparte de la otra noche en la que volvías del trabajo y te topaste con los tipos que comentas ¿has escuchado en otra ocasión voces que te llamaran o te hablaran?

—¡Por Dios, no! — respondió de forma tajante.

—¿Has oído ruidos o sonidos que otras personas no podían oír?

—No.

—¿Crees que recibes mensajes personales a través de la tele, la radio o el periódico.

—No —negó con la cabeza mientras se le escapó una risa nerviosa. Todo aquello era cada vez más absurdo.

—¿Las cosas cotidianas te parecen a veces extrañas o distorsionadas?

—No —resopló.

—¿Tienes o has tenido en algún momento de tu vida visiones o has visto

cosas que otras personas no podían ver?

Lucía le respondió solo con una mirada.

—Bien. Ahora quiero que me hables un poco sobre tu vida social.

—¿Qué quiere que le cuente? —le respondió cansada.

—Por ejemplo, háblame sobre qué has hecho en tu día a día estos últimos quince días.

—Levantarme, ir a trabajar y volver a casa.

—¿No has quedado con amigos?

—No.

—¿Por qué no?

—¿A usted que le parece?

—No lo sé, por eso te lo pregunto.

En ese momento Lucía rompió a llorar. Se sentía tan agotada, confusa y perdida que solo deseaba salir corriendo de allí y olvidarse de aquel infierno, pero sabía que eso no iba a ocurrir, se sentía una prisionera en la peor de las cárceles, una extraña en un mundo ilusorio y carente de sentido, una marioneta que el destino movía con sus hilos invisibles hacia un camino en el que solo había locura. Y luego estaba el vacío profundo y de un dolor inimaginable enclavado en su pecho por la ausencia de Gabriel. Un dolor que la hacía sentir rota por dentro, un dolor que le oprimía los pulmones hasta el punto de casi no poder respirar.

—Sé que todo esto está siendo muy duro para ti, pero para poder ayudarte necesito conocer toda tu historia. Si necesitas hacer un descanso podemos parar unos minutos, pero luego necesito seguir con la entrevista —comentó la psiquiatra con un tono dulce y amable.

—No. Acabemos con esto de una vez —le respondió secamente mientras se secaba las lágrimas con las manos—. Cuanto antes responda a sus estúpidas preguntas antes podré marcharme de aquí.

—Está bien —le respondió—. Retomando la última pregunta, me gustaría que me contaras por qué en las últimas semanas no has quedado con amigos.

—Gabriel ha desaparecido, doctora Sasaín. Como comprenderá, me quedan pocas ganas de salir por ahí a divertirme con mis amigos.

—Cuando estamos pasando por malos momentos, normalmente solemos buscar la compañía y el consejo de las personas más cercanas ¿Por qué no llamaste a alguna amiga para contarle lo que estaba sucediendo o recurriste a tu familia?

—Soy una persona muy reservada. No me gusta hablar de mis problemas

con la gente, siempre intento solucionarlos yo sola. Pero en esta ocasión y contestando a su pregunta, sí, hablé con alguien.

—¿Podrías decirme con quién?

—Andrea, mi compañera de piso —se sorbió los mocos que le resbalaban por la nariz.

—Por lo que me cuentas, eres una persona a quien le cuesta confiar en la gente.

—No es eso. Simplemente soy muy discreta con mi vida privada.

La psiquiatra asintió con la cabeza y se tomó unos minutos para escribir algunas líneas en el informe de Lucía y marcar con una “X” algunas casillas de un formulario en blanco que sacó de una bandeja transparente que tenía sobre su impoluta mesa de trabajo.

—Lo estás haciendo muy bien, Lucía. Ahora si quieres me gustaría que me hablaras de Gabriel, ¿te parece?

Los ojos de Lucía se volvieron a empañar de lágrimas en el mismo instante que escuchó su nombre. Lo echaba tanto de menos que en algunos momentos creía que se iba a morir de pena.

—Parece que es un tema que te hace sentir mucha tristeza.

—¿A usted qué le parece? —le respondió con sequedad—. ¿Cómo se sentiría usted si su pareja desapareciera de la noche a la mañana sin dar ningún tipo de explicación y nadie le hiciera caso?

—Háblame de cómo lo conociste.

—No ha respondido a mi pregunta —le espetó con dificultad.

—En este momento no es importante hablar sobre cómo me siento yo, sino de cómo te sientes tú.

—Claro, aquí solo importo yo —contestó irritada—. Pero solo quiero que piense en lo que le acabo de preguntar.

—Lo haré, no te preocupes. Háblame de Gabriel.

—¿Qué quiere saber? —dejó escapar otro suspiro cansado.

—Podrías empezar por contarme cuándo y cómo lo conociste, por ejemplo.

—La noche que me promocionaron en el trabajo. Salí a celebrar mi ascenso con mi compañera y lo vi en una cervecería —le respondió escuetamente. Estaba harta de repetir la misma historia una y otra vez.

—Entonces, si lo he entendido bien, el día que lo conociste no estabas sola.

—Ya le he dicho que no. Estaba con Marta —esta vez Lucía pudo ver

cómo la mujer escribía Marta junto a un gran signo de interrogación en el folio blanco.

—Qué pasó después de esa noche. ¿Cómo seguisteis en contacto?

—Empezamos a quedar algunos días hasta que una cosa llevó a la otra y empezamos a salir.

—Háblame un poco de las cosas que hacías con él. Lucía la miró con cara de no entender a qué se refería.

¿Qué diablos quería que le contara? ¿Qué cosas se hacen cuando tienes pareja? Se limitó a guardar silencio, la pregunta le parecía realmente absurda y sin interés.

—Lucía, —insistió la doctora— ¿puedes ponerme algún ejemplo de cosas que hicieras con él?

—¿En serio? —le contestó indignada—. Pues las cosas típicas que se hacen, salir a pasear, ir al cine, a cenar, follar, ¿eso es lo que quiere saber? —apretó las mandíbulas enfurecida.

—Cálmate un momento, ¿de acuerdo? Ya sé que estás cansada, pero no quiero que te enfades. Solo intento hacer mi trabajo lo mejor posible —se justificó.

—Ya —resopló.

—Me has comentado que conociste a Gabriel justo el día que te promocionaron en el trabajo ¿correcto?

Silencio.

—¿Puedes explicarme a nivel profesional y personal qué supuso para ti este cambio?

—Una gran oportunidad.

—¿Nunca te ha hecho sentir más estresada, angustiada o ansiosa?

—Claro, pero es normal. He empezado a tener más responsabilidades y mi jefe es muy perfeccionista con lo cual no puedo permitirme tener ningún fallo, de lo contrario —hizo una pequeña pausa— a la calle. Además, tengo que viajar muchas veces de manera improvisada y es algo que me molesta bastante.

—¿Viajar te molesta?

—Me molesta no poder planificar un viaje en condiciones y con un poco de tiempo.

—Entiendo —asintió la mujer—. Desde tu ascenso, ¿tuviste que trabajar más horas o más días?

—Sí —asintió con la cabeza.

—¿Y cómo lo llevabas?

—Había días que me sentía realmente agotada, pero era una oportunidad laboral importante.

—Volviendo a Gabriel, he leído en tu informe que nadie de tu entorno, a excepción de Marta, lo conocía ¿puedes explicarme el motivo?

—Si sigue leyendo encontrará la respuesta.

La doctora miró fijamente a Lucía y antes de seguir avasallándola a preguntas, revisó la documentación con detenimiento.

—Según pone aquí, no querías gafar la relación —miró a Lucía esperando una confirmación—. Querías ir despacio y tomarte tu tiempo antes de hacerla oficial, ¿correcto?

—¡Bingo! Si ya tiene los datos que necesita ¿para qué me los preguntan una y otra vez?

—Para contrastar la información. A veces, cuando estamos cansados o estresados podemos informar incorrectamente sobre hechos o situaciones. Por eso estoy confirmando todo lo que pone aquí.

Lucía se pasó las manos por la cara y el cabello arrastrando su cabeza hacia atrás fijando sus ojos color verde en el techo <<que se acabe esto de una maldita vez>> pensó para sus adentros.

—¿Puedes explicarme qué te motivó a querer ir despacio con Gabriel si estabais tan bien juntos?

—Una mala experiencia.

—¿Puedes especificármelo un poco más?

—Hace unos años tuve una relación y no acabó bien.

—¿En qué sentido?

—Me dejó plantada. Desapareció de mi vida en un ¡chas, chas! — chasqueó los dedos—. Me sentí tan abandonada, tan humillada y tan poco respetada que me juré que nunca más ningún hombre iba a volver a hacerme daño. Por eso quería estar segura antes.

—¡Aja! —murmuró la doctora mientras escribía frenéticamente en el informe—. Eso tuvo que ser tremendamente doloroso para ti.

Lucía volvió a girar la cabeza hacia la ventana que daba a los jardines, apretó los labios y dejó salir las lágrimas que le quemaban los ojos desde hacía bastante rato. Lo último que necesitaba en esos momentos era que le recordaran también la historia de Carlos y menos tener que hablar de ese cabrón.

—Quiero irme a mi casa, por favor —le rogó con la mirada.

—La semana que viene volvemos a hablar de este tema, ¿de acuerdo?

—¡La semana que viene! —protestó—, pero eso es de aquí a muchos días. No soporto estar aquí, odio este sitio. Por favor doctora —le suplicó— quiero irme.

—Lucía, entiendo que no te guste estar ingresada en un hospital, pero viendo cómo te encuentras en estos momentos, considero que lo mejor para ti es que te quedes unos días en el centro. No estás preparada para volver a casa. Voy a pautarte un tratamiento y vamos a ver si conseguimos que te sientas mejor lo antes posible.

—No —la interrumpió bruscamente—. No quiero quedarme aquí, no pinto nada aquí. Llamen a mis padres y que me vengán a buscar.

—Tus padres están de acuerdo con mi decisión, Lucía. Ellos también piensan que lo mejor para ti es que te quedes unos días. Están muy preocupados y solo quieren que te pongas bien.

—¿Ponerme bien? ¿Pero se puede saber qué mosca os ha picado a todos? —alzó la voz—. A mí no me pasa nada, solo estoy cansada y quiero irme de aquí —se levantó de un brinco de la silla—. No pueden obligarme a quedarme ingresada, quiero el alta voluntaria.

—Lucía, siéntate por favor —se puso en pie también la psiquiatra—. Vamos a seguir hablando tranquilamente tú y yo, y ya veremos qué decidimos luego. Por favor.

Lucía miró a la doctora con suma desconfianza. A pesar de su rostro de niña era una mujer letal, lo presentía. No iba a encontrar en ella la comprensión que esperaba, era como todos los demás. Estaba acabada. Resignada, volvió a tomar asiento y se incorporó hacia delante posando su cabeza sobre las rodillas. Necesitaba descansar unos segundos.

—¿Qué es lo que me pasa? —preguntó sin cambiar de posición.

—¿Qué? No te he entendido bien —le respondió la psiquiatra.

—Es esta puñetera medicación. Hace que hable como si fuera imbécil, además, no me deja pensar y me da mucho sueño.

—Ahora voy a ajustarte la dosis y a recetarte otras pastillas que te ayudarán a sentirte mejor —le explicó.

—¿Qué me pasa? —repitió la pregunta— Todos pensáis que estoy loca, ¿por qué? —volvió a limpiarse con la manga del pijama la comisura de la boca.

—Digamos que estás pasando por un mal momento.

—No me venga con historias, doctora. Ya no soy una niña, así que

cuénteme de una vez que es lo que tengo.

—Está bien —carraspeó suavemente la garganta—. Lo que te ocurre es que has sufrido un episodio psicótico.

—¿Un qué? —preguntó confundida.

—Un episodio psicótico —repitió—. Es una enfermedad mental que puede aparecer por primera vez en la adolescencia o a principios de la edad adulta. Normalmente, suele desencadenarse por uno o varios factores estresantes. En tu caso, posiblemente lo que ha favorecido a su aparición ha sido el cambio laboral. Por lo que me has dicho antes, tienes un jefe muy perfeccionista y no te puedes permitir equivocarte o te juegas el despido. Estar sometida a este tipo de estrés diariamente puede tener este tipo de consecuencias en personas que tienen una predisposición genética de base —hizo una pausa—. Los síntomas más importantes que caracterizan a este cuadro clínico son principalmente cambios en el estado de ánimo, en la conducta, presentar ideas delirantes, alucinaciones y desorganización del pensamiento. Estos síntomas suelen aparecer en muy poco espacio de tiempo, días o semanas —continuó con la explicación—. En tu caso y por lo que hemos podido observar hasta el momento presentas principalmente los tres primeros síntomas que te he comentado, cambios en el estado del ánimo, en la conducta y las ideas delirantes —le recordó.

—¿Qué es una idea delirante? —quiso saber mientras las lágrimas le resbalaban por las mejillas.

—Es una creencia falsa sobre algún aspecto de la realidad que la persona se cree firmemente, aunque se le muestren argumentos en contra o no existan pruebas fehacientes de lo que explica.

—¿Y cuál es mi idea delirante según usted? — balbuceó.

—En tu caso he detectado dos delirios que se dan a la vez. El primero es de origen persecutorio paranoico, quiero decir, es la creencia que tienes de que el chico del supermercado te ha estado vigilando y siguiendo las últimas semanas con sus amigos. Y el segundo delirio es de origen erotomaniaco o de amor y hace referencia a tu relación con Gabriel.

—¿Me está diciendo que mi relación con Gabriel es mentira? —se le ahogaron las palabras en la garganta.

—No, lo que quiero decirte es que tu relación con Gabriel ha ocurrido solo en tu cabeza.

Lucía miró a la doctora con los ojos como platos. De pronto, rompió a reír a carcajada limpia de una manera descontrolada mientras las lágrimas le

salían a borbotones. Varios minutos más tarde se levantó de nuevo de la silla, se dirigió hacia la ventana y respiró profundamente.

—Se equivoca —dijo al fin—. Nada de lo que dice tiene sentido.

—No, Lucía. Lamentablemente solo tiene sentido en tu mente.

—No —volvió a repetir—. Él es real.

—Creo que por hoy ya hemos hablado suficiente, ahora necesitas descansar. Voy a modificarte el tratamiento para ver si conseguimos que no te sientas tan embotada y adormecida ¿de acuerdo?

—Haga lo que quiera, no voy a tomarme nada más.

—Si no tomas la medicación, no vas a mejorar y si no mejoras no te irás de aquí. Es así de simple. Tú decides.

Lucía abandonó el despacho y se dirigió al primer baño que encontró. Bajó la tapa del wáter, se abrazó fuerte y lloró desconsoladamente.

Cuando llegó a casa, todo le daba vueltas. Se quitó sus carísimos zapatos de tacón y los dejó caer en el recibidor como un saco pesado, poco a poco y a trompicones se deshizo del abrigo, se sacó la blusa del pantalón casi arrancándosela del cuerpo mojado por el sudor y se desabrochó los elegantes pantalones de pinzas. Con la palma de la mano palpó la pared hasta que dio con el interruptor del baño, abrió el grifo del agua fría y se mojó la cara para recuperar el tono. Cuando miró su rostro perlado de gotas en el cristal, el maquillaje había empezado a desprenderse haciéndola parecer una muñeca de trapo que lloraba lágrimas negras por efecto del rímel, pero en ese momento no tenía ni fuerzas ni ganas de coger una toallita desmaquillante y arreglar aquel estropicio. Todo le daba igual. Después de orinar y lavarse los dientes para quitarse la peste de alcohol que se le había quedado pegada en la boca, se arrastró hacia su habitación y se dejó caer sobre el colchón mullido, abrazándose a una de las almohadas que hacían juego con el edredón. Nunca en la vida se hubiera esperado dos decepciones de tal magnitud y tan seguidas en el tiempo como las de aquella tarde. Bueno, en realidad no entendía cómo la que concernía a Martín le había sorprendido a aquellas alturas, era una muerte anunciada que en un momento u otro tenía que llegar, pero quizás la ingenuidad o la esperanza de que al final sería ella quien se lo llevase le hicieron bajar la guardia. Culpa suya. Pero el segundo desengaño había sido tremendamente frustrante, después de haberse dejado el pellejo por impulsar al bufete hasta lo más alto, de haber renunciado a su vida social para dedicarse en cuerpo y alma a aquel despacho de juristas elitistas y de esperar durante más de dos años que la aceptaran como posible candidata a ser socia, no se esperaba que la promesa firmada de palabra si ganaba el último caso que le habían asignado, quedara en mera palabrería esgrimiendo excusas baratas. Sin duda alguna se había merecido vestir aquel título que la hubiera reconocido como una de las mejores abogadas de la ciudad. <<Cabrones>>. Pero ahora ya no quería pensar más en el tema, ya había ahogado bastante las penas en las caras copas de gin-tonics del restaurante, cuyo nombre ni siquiera recordaba. Mañana sería otro día y ya pensaría qué hacer, ahora por mucho que quisiera era incapaz de enlazar dos pensamientos seguidos.

La melodía incesante del móvil la arrancó del sueño vacuo en el que había caído rendida en cuestión de minutos. Algo desorientada, se deslizó de la cama y rebuscó dentro del bolso hasta que dio con el dispositivo de última

generación. Alejó la pantalla un poco de su campo visual, abrió con esfuerzo los ojos pesados y focalizó la mirada en el nombre que se leía en la pantalla. Dudó en si responder o no la llamada, pero viendo las horas que eran enseguida supuso que debía de haber pasado algo. Con el corazón en un puño, se aclaró la garganta, deslizó el dedo sobre la pantalla y descolgó.

—¿Va todo bien? —fue lo primero que le salió.

—...

—¿Cuándo? ¿Por qué? —preguntó alarmada.

—Dios mío —musitó mientras se llevaba una mano a la boca.

—Tenéis que tranquilizaros, ¿de acuerdo? Ya sé que es difícil dadas las circunstancias, pero intentad mantener la calma. Estoy segura de que todo se arreglará.

—Claro que podéis contar conmigo, no lo dudéis ni un segundo —se ofreció.

—¿Dónde está ahora?

—Déjame que mañana me informe de cómo funciona el tema en esta área y en cuanto pueda os llamo.

—No te preocupes, mujer. Nada más faltaría.

—De acuerdo. Intentaré ir lo antes posible.

—Un beso —y colgó.

La mañana fue tornándose cada vez más fría a medida que el límpido cielo azul fue ocultándose entre los gigantescos cúmulos de nubes grisáceas que se abrían paso poco a poco desde la lejanía. Un escalofrío recorrió el escuálido cuerpo de Lucía cuando salió de nuevo al patio del hospital en busca de algo de cobijo bajo el centenario sauce llorón hasta que llegara el mediodía, hora en la que podría volver a su habitación a descansar. Apoyó la espalda sobre la gruesa corteza agrietada, se dejó caer sin fuerzas sobre sus rodillas y hundió la cabeza entre sus piernas. Necesitaba desaparecer. En la soledad de sus pensamientos solo podía escuchar insistentemente las palabras de la doctora Sasaín diciéndole que Gabriel no era real. ¿Quién se creía que era para cuestionarle su existencia? ¿Es que acaso con una simple entrevista de no más de una hora tenía la capacidad de conocer la vida de las personas y decidir que era verdad y que era mentira? ¿Es que tenía el don de la adivinación? Entonces si fuera así, ¿quién tenía un problema realmente? <<La odio>>, el grito se le ahogó en la boca, y fue entonces cuando la ausencia de la rabia contenida le dejó sentir de una manera aplastante que estaba completamente sola, que había empezado a caer de nuevo en el abismo de la más profunda soledad. Cerró los ojos al mismo tiempo que sus blanquecinas y huesudas mejillas empezaron a humedecerse de nuevo por las saladas y amargas lágrimas que caían con rapidez hasta el final de su mentón, para luego estamparse contra el algodón de los pantalones del pijama que recubrían sus piernas, que de tantos lavados había ido adquiriendo una textura áspera y poco agradable al contacto con la piel. Los acontecimientos acaecidos en los últimos días eran tan irreales que había perdido la capacidad de recordar cuándo había empezado todo. Por mucho que intentaba poner orden en su cabeza, el embotamiento que le producía la medicación le dificultaba enormemente la tarea. La lentitud con la que discurrían los recuerdos y la imposibilidad de mantenerlos por un tiempo prolongado en el pensamiento consciente, la llevaban a perder el hilo con facilidad. De lo que sí estaba segura es que su historia con Gabriel era tan real como el aire que respiraba, ahora no podía verla, pero sí podía sentirla en lo más profundo de su alma y nadie podría arrebatarse eso. La cuestión era cómo demostrarles a todos que se estaban equivocando con ella, cómo hacer cambiar de opinión a un conjunto de mentes obcecadas en la creencia de que ella había perdido el juicio y se encontraba inmersa en un mundo de fantasía e imaginación, cómo mostrarles

una realidad que ahora mismo ni siquiera ella entendía. El desánimo la hizo sentir derrotada, mientras estuviera encerrada bajo los altos muros de aquella institución estaba perdida.

La humedad de la hierba frondosa que envolvía las raíces del arbusto como un manto de seda verde le empezó a calar las extremidades inferiores del cuerpo, por lo que supo que no aguantaría mucho más tiempo escondida entre el follaje de las hojas. Apoyó las manos en el suelo, se incorporó lentamente para no caerse y con paso torpe se dirigió hacia el pequeño espacio del recinto donde todavía se colaban los escasos rayos de sol de la mañana. Allí volvió a encogerse como un ovillo y se quedó observando a los pocos internos que quedaban en el patio desafiando al húmedo frío. <<¿Cómo voy a sobrevivir una semana aquí dentro?>>, se preguntó angustiada. El pánico volvió a apoderarse de ella agitando su cuerpo en pequeñas sacudidas sutiles y continuadas. Unos minutos más tarde, la silueta de Paula apareció bajo el marco de la puerta que daba al recinto anunciando con su voz melosa y dulce que había llegado la hora de comer.

Cuando se sentó en la silla de aquella sala ruidosa, Lucía decidió centrar la atención en su respiración lenta y profunda para distraerse de la necesidad de salir corriendo de aquel lugar. Colocó las manos en su regazo y fijó la mirada en el plato blanco que relucía sobre un mantel de plástico de cuadros marrones y amarillos. Solo cuando llevaba un par de minutos absorta en la blancura de la vajilla se percató de que alguien le había empezado a hablar.

—Tú eres nueva, ¿verdad? Entonces, ¿cómo te llamas?,... entonces. Yo soy Paco —un hombre de unos cincuenta años le extendió la mano para saludarla.

Lucía lo miró con asombro y sin decirle nada volvió a centrar su mirada en la vajilla y su atención en la respiración cada vez más acelerada. Podía sentir los latidos de su corazón golpear con fuerza su pecho.

—Perdona si te estoy molestando, entonces. No es mi intención, entonces. Solo quería ser educado, entonces —intentó explicarle el interno mientras apoyó su mano en el brazo de ella.

—¡No me toques! —le espetó al mismo tiempo que lo apartó con brusquedad— y déjame tranquila de una vez —acabó la frase con una mirada fulminante.

—Tranquila muchacha, entonces. No te molesto más y quédate ahí sola, entonces —el hombre empezó a murmurar un sinfín de frases que apenas se

entendían mientras se acomodó de nuevo en su silla.

—Déjala Paco, si no quiere hacer amigos es su problema. Cuando se sienta sola ya buscará compañía —intervino una joven de no más de veinticinco años con el rostro marcado por un par de cicatrices.

—Yo solo quería ser amable, entonces. Pero ya no le voy a decir nada más, entonces. No me gustan los gritos, no me gustan los gritos, no me gustan los gritos... —el interno empezó a balancear su cuerpo hacia delante y hacia atrás mientras repetía constantemente la misma frase y se llevaba las manos a los oídos.

—Ya están aquí, ¡lo sabía! —otro recluso con el pelo rubio y con greñas señaló a Lucía— eres uno de ellos, ¿verdad que sí? ¡Vete de aquí! ¡Vete de aquí! Yo no tengo nada, ¡me oyes! —volvió a vociferar—. No tengo nada —el joven se levantó del asiento y empezó a agitarse de un lado para otro mientras no dejaba de apuntarla con el dedo.

—¿Pero de qué diablos estás hablando? —tartamudeó nerviosa.

—Ahora no te hagas la tonta —le gritó—. Sé que buscas las claves para dárselas a ellos. Eres una enviada —siguió vociferando.

—¡Pero qué coño estás diciendo, cállate y olvídate, chalado! —la angustia era tal que solo tenía ganas de huir de allí.

El chico se dirigió a toda velocidad hacia Lucía plantando su cara justo en frente de la de ella

—Yo no tengo las malditas claves, ¿me oyes? No las tengo —la agarró por los hombros.

—Socorro —gritó despavorida al mismo tiempo que brincó de la silla y se apartó del joven enfurecido.

—¿Se puede saber qué está pasando aquí? — interrumpió uno de los enfermeros.

—Todo esto lo ha comenzado la nueva —respondió de inmediato la chica de las marcas en la cara.

—Eso es mentira —protestó Lucía.

—No me gustan los gritos, no me gustan los gritos, no me gustan los gritos... —la voz de Paco empezó a subir de tono hasta el punto de llegar al chillido.

—¡Todo el mundo callado y en su sitio, por favor! — ordenó el sanitario —. Paco, tranquilízate ¿de acuerdo?, aquí nadie más va a gritar —le explicó mientras dirigió una mirada desafiante a Lucía y calmaba poco a poco el balanceo rítmico del cuerpo del paciente—. Joan, vuelve a tu silla —le mandó

al joven que seguía de pie observando desconfiado a Lucía.

—Pero ella... —la señaló.

—Ella también se va a sentar ahora en su sitio — acompañó la orden con un gesto de cabeza.

—Busca las claves, y yo no las tengo.

—¿Pero de qué demonios está hablando? —preguntó desconcertada—
¿Qué claves?

—Lucía, por favor, guarda silencio un momento —le espetó el enfermero.

—No quiere ningunas claves y ya sabe que tú no las tienes, así que puedes estar tranquilo. No tienes que preocuparte por ella, te lo aseguro — intentó dotar la frase de un tono tranquilizador.

El joven apartó la mirada de Lucía y volvió a sentarse a la mesa mientras inició un discurso consigo mismo que nadie era capaz de entender ni de seguir. Era como si de pronto todo lo que había a su alrededor hubiera dejado de existir y se hubiera ensimismado en su propio mundo. Un mundo en el que la angustia, la desconfianza y el miedo lo perseguían sin descanso y en el que su única manera de sobrevivir era estar alerta cada minuto del día llevándolo al puro agotamiento.

La desesperación por salir de aquel lugar cobraba más fuerza con cada minuto que permanecía encerrada rodeada de mentes vulnerables y perdidas en una realidad incoherente y sin sentido que no atendían a la razón ni a la lógica. Se sentía incapaz de compartir un espacio y un tiempo con personas perturbadas por la locura y la enajenación porque le aterraba observar en qué podía convertirte una mente enferma. Pero lo que más temía era pensar que quizás ella era una de ellos y todavía no se había dado cuenta; ¿podía ser eso posible? ¿Temía a todos los internos porque se veía reflejada en ellos? Imposible. Y precisamente en ese momento, en los que podía sentir de una manera aplastante la soledad y el vacío, su pensamiento la llevó a Gabriel, ¿dónde estás?

Los golpes concisos y firmes que sonaron desde la puerta la sacaron de sus pensamientos huecos e inconsistentes. La tristeza y la confusión que se habían abierto paso arrasando cada resquicio de esperanza que le quedaba la tenían postrada en la cama con la mirada perdida en el cielo gris que había cubierto la ciudad aquella tarde de invierno. Por momentos sentía que no quedaba nada en ella, que volvía a estar rota por dentro, y esa sensación se hacía todavía más insoportable cuando el dolor de la ausencia de Gabriel se hacía presente en forma de vacío profundo y resquebrajado en su pecho.

Una voz profunda y masculina le informó de que sus padres habían venido a verla. Torpemente se levantó de la cama, se calzó las zapatillas de algodón que había dejado bien colocadas bajo la única silla que decoraba la habitación y se dirigió a la sala de visitas. Nada más entrar se abalanzó sobre los brazos de su madre y le suplicó que la sacara de allí. Las palabras que se le trababan en la boca solo podían repetir que aquello era un error y que necesitaba que la liberasen de ese castigo. No estaba loca. Pero ni las lágrimas, los ruegos e incluso las amenazas de que se olvidaran de ella como hija si no la ayudaban a poner fin a ese infierno no le sirvieron de nada. Su decisión era firme y rotunda y nada les iba hacer cambiar de opinión por mucho que les doliera verla en aquellas circunstancias. Los odiaba en esos momentos, los hubiera abofeteado con todas sus fuerzas para hacerlos entrar en razón y mostrarles la gran equivocación que estaban cometiendo, les hubiera gritado desde lo más profundo de su ser que se largaran de allí y no volvieran nunca más. Pero una parte de ella sabía que aquello solo iba a traer más dolor a aquella situación tan penosa. Lucía pudo ver plasmado en los ojos de su madre el desconsuelo que sentía de verla hecha pedazos y que para ella tampoco resultaba nada fácil mantenerse inamovible en la difícil decisión de mantenerla interna en un psiquiátrico, rodeada de todos aquellos enfermos que le hacían poner la piel de gallina cuando se cruzaba con alguno de ellos. Pero por cada protesta o queja que Lucía balbuceaba, siempre recibía la misma respuesta <<todo va a salir bien>>, pero aquello no podía ser verdad. No podía salir nada bueno de vivir cada día atemorizada por la locura que se respiraba en aquel edificio, de ser ignorada por una panda de médicos que ni siquiera le habían concedido el beneficio de la duda y la tenían drogada veinticuatro horas al día para que su mente no pensara en nada, y sobre todo, no podía traer nada positivo obligar a una persona a creer que la persona a la

que más ama es una ilusión de su mente perturbada. Desgraciadamente, ella era la única que veía las cosas de aquel modo y contra eso no podía hacer nada.

La despedida de sus padres le resultó más amarga de lo que esperaba, verlos desaparecer en la oscuridad de la noche mientras se alejaban de la unidad de ingresos con paso corto y decaído la llevó a encontrarse de nuevo con el sentimiento desgarrador de soledad que ya no podía sostener. Se dejó caer de rodillas, se llevó las manos a la boca para ahogar los gritos y lloró desconsoladamente hasta el punto de casi perder la conciencia por el estado de agotamiento emocional al que estaba sometida. Los brazos de una voz conocida le arrojaron los hombros y le dieron consuelo hasta que pudo recobrar un mínimo de fuerza para ponerse en pie y dejarse conducir hasta su habitación. Para ella el día había terminado, necesitaba cerrar los ojos, perderse en sus sueños vacíos y esperar que un nuevo amanecer la devolviera a la realidad tan patética que estaba viviendo. Antes de darse la vuelta y acurrucarse entre las sábanas, Lucía observó al joven enfermero que se quedó plantado a los pies de la cama, esperando seguramente a que se quedara dormida. Fue en ese preciso momento cuando notó que su presencia la tranquilizaba y la reconfortaba mínimamente, no sabía explicarlo, pero había algo en él que lo hacía diferente al resto. Quizás era su mirada tierna y sensible, o su rostro reservado, pero al mismo tiempo afable, o el tono de su voz respetuoso y cuidadoso, o quizás todo en su conjunto. ¡Qué más daba! En ese instante recordó que la primera vez que lo vio lo equiparó con un elfo de Papa Noel. Era el chico alto y enjuto que aguardaba a los pies de su cama quien siguiendo las órdenes del médico gordinflón le desató las correas aquella horripilante tarde. Quiso darle las gracias, pero lo único que salió de sus labios fue un sonido gutural incomprensible acompañado de espesas y amargas lágrimas.

—Descansa —le susurró—. Estás completamente exhausta.

Lucía asintió con la cabeza, cerró los ojos y se dejó llevar por la oscuridad de la noche.

Las primeras horas de la mañana del día siguiente transcurrieron sin demasiados cambios. Después de un breve y escaso desayuno por la inapetencia que la acompañaba desde hacía semanas, se refugió bajo las ramas caídas del sauce llorón emplazado en los jardines de la unidad y se amodorró

entre sus agrietadas raíces. Paula no tardó mucho en venir a buscarla para informarle de que la doctora Sasaín quería volver a verla. Diez minutos más tarde, estaba sentada de nuevo ante el impoluto escritorio.

—¿Cómo te encuentras esta mañana? — empezó la conversación la facultativa.

—No ha cambiado nada desde ayer. Quiero irme a casa.

—Como te comenté, en estos momentos no te encuentras en condiciones para marcharte. Necesitas recuperarte.

Lucía negó sutilmente con la cabeza.

—¿Debo interpretar ese gesto de alguna manera? —le preguntó.

—Interprete lo que quiera —contestó secamente.

—Según el parte de enfermería has pasado buena noche, ¿es así?

Silencio.

—Lucía, te he hecho una pregunta —le reiteró.

—Sí.

—Sí ¿qué? —empezó a inquietarse la doctora.

—He dormido algunas horas —suspiró.

—Parece que esta mañana no te has levantado de humor, ¿ha sucedido alguna cosa que deba saber?

—Nada en especial.

—Entonces, ¿a qué se debe esta actitud?

—A que odio estar encerrada en este manicomio, odio que mis padres no me ayuden a salir de aquí, odio que penséis que estoy loca y odio que nadie me crea —la respuesta cargada de gran frustración dejó sorprendida a la doctora que la observaba con interés.

—Vaya, me parecen motivos suficientes para estar enfadada. ¿Quieres que hablemos de ello?

—Para qué, si nada va a cambiar. Da igual lo que diga o lo que sienta, al final todos decidís por mí.

—Hay un buen motivo para eso —le aclaró.

—Ah, es verdad, estoy loca —musitó mientras se llevaba un dedo a la sien y lo retorcía.

—No me gusta que utilices ese término, es muy peyorativo, ¿sabes?

—¿Y cuál me sugiere usted, doctora? —marcó con gran sarcasmo la última palabra.

—Enferma suena mejor.

—Si usted lo dice. Para mí no deja de ser la misma mierda.

—Te agradecería que evitaras decir palabrotas, ante todo no hay que perder el respeto.

Lucía clavó sus ojos llenos de rabia en los de la mujer impasible que tenía en frente, la sacaba de quicio.

El silencio ahogó la estancia por unos minutos.

—Dime, ¿has notado algo de mejoría con relación a la sequedad de la boca?

—No.

—Paciencia, hay que darle un poco más de tiempo al cambio de medicación. Si en un par de días sigues notando lo mismo, coméntamelo.

Lucía se encorvó en la silla y dejó caer la mirada hacia sus pies, sabía que aquella visita no había hecho más que empezar.

—¿Sabes? Me da la impresión de que piensas que no me importa en absoluto lo que te pasa, y no es cierto. —Silencio—. Seguramente crees que me dedico a estar aquí sentada haciendo ver que escucho lo que me dices pero que en el fondo hago lo que quiero contigo, y eso tampoco es verdad. Es importante que entiendas que en mi trabajo tengo que enfrentarme diariamente a la línea divisoria de lo que separa lo real de lo imaginario, y no es una tarea fácil en algunas ocasiones. A veces, la diferencia radica en pequeños detalles que, si se te pasan por alto, puedes propiciar un desenlace u otro, así que imagínate el grado de responsabilidad que debo asumir cada día. —Lucía levantó sutilmente la mirada—. Desde ese lado —señaló donde estaba Lucía— únicamente existe una verdad absoluta, pero desde el mío existe más de una posibilidad y es mi trabajo saber cuál es, y mientras intento dar con ella, debo tomar decisiones que no agradan a la persona que tengo delante —seguía el silencio—. Comprendo que no te guste estar ingresada en el centro, no hay nada mejor como estar en casa, pero también debes entender que aquí es donde se te pueden facilitar los cuidados que ahora necesitas para recuperarte. En cuanto a lo de tus padres, aunque ahora te cueste verlo están sufriendo mucho por ti. ¿Crees que ha sido una decisión fácil para ellos acceder a que te quedas en el hospital? ¿Piensas que no les importa verte sufrir como lo estás haciendo? —Lucía levantó la cabeza del suelo—. Si por ellos hubiera sido, te hubieran sacado de aquí la misma noche en la que ingresaste, pero el Dr. Nicolau tuvo que explicarles la situación en la que te encontrabas hasta que accedieron, por tu bien, a tu ingreso. Nos preocupamos por ti Lucía, aunque no lo entiendas dadas las circunstancias que se están dando. Lo único que deseamos todos es que te recuperes lo antes posible y puedas seguir con tu

vida.

—¿Por qué dice que desde mi lado solo existe una verdad absoluta? — preguntó curiosa.

—¿Es que acaso no es cierto? —le respondió con otra pregunta—. Piensa en cada una de las cosas que me has contado, ¿hay algo que sea mentira?

Lucía se quedó pensativa y luego negó con la cabeza.

—Pero en mi caso es cierto, se lo aseguro —se justificó—. ¿Cómo puede compararme con el resto de pacientes?

—No te comparo con nadie, cada uno de vosotros es único y diferente.

—Entonces ¿qué es lo que no me diferencia de ellos? La doctora guardó silencio.

—Contésteme a la pregunta, por favor. ¿Qué tengo en común?

—Justo lo que te he comentado antes, la creencia irrefutable de tu única verdad.

—Y eso en palabras más llanas se traduce en... —el nerviosismo que empezó a sentir en su interior le impidió poder terminar la frase.

—Que no tienes conciencia de que estás enferma.

Un miedo atroz se apoderó de Lucía, quería olvidar las palabras que acababa de escuchar, pero cuanto más lo intentaba más preguntas le surgían: ¿tenía razón la Dra. Sasaín?, ¿estaba realmente loca?, ¿era todo obra de su mente enfermiza? ¡No! —sacudió la cabeza—. Imposible —se puso en pie de golpe.

—¿Quién es el chico que te seguía? ¿Lo habías visto antes? ¿Por qué te vigilaba?

—No lo sé, ya se lo dicho —las palabras titubeaban en sus labios.

—¿Por qué justo ahora? ¿Por qué no lo ha visto nadie más que tú? Lucía empezó a recorrer el despacho de un lado para otro.

—¿Qué quiere de ti? —silencio—. Ni tú misma lo sabes.

—Necesito salir de aquí —dijo al fin con la voz entrecortada mientras se llevaba las manos a la cabeza.

—Está bien, por hoy puedes marcharte.

Levantó la taza del inodoro y vomitó el exiguo desayuno que había ingerido mezclado con restos de bilis amarga y saliva espumosa. Cuando se sintió capaz, dejó caer su cuerpo hacia atrás apoyando la espalda en la puerta del baño, se limpió la boca con la manga del pijama y buscó la humedad y el frío de las baldosas que recubrían el suelo con las palmas de las manos para aliviar el calor sofocante que barría su interior como fuertes oleadas. Cada pocos segundos, su cuerpo daba pequeñas sacudidas que detenían momentáneamente el temblor incesante que se había acentuado nada más salir del despacho. Las lágrimas se abrieron paso como un caballo desbocado y lloró sin consuelo durante largos minutos, esta vez, por el terror de saberse que podía ser una de ellos. Por mucho que lo intentaba no podía encontrarle un mínimo sentido a nada de lo que estaba sucediendo, con el paso de los días todo se tornaba más confuso e incoherente. Estaba tan desorientada y aturdida que ya no sabía en qué momento el caos se había apoderado de su vida. Había perdido la capacidad de controlar la situación, se le había escapado de las manos sin siquiera darse cuenta, y eso todavía la asustaba más porque la volvía vulnerable y maleable ante los que tomaban las decisiones. Lucía se concentró en su respiración acelerada e intentó inspirar profundamente y expirar lentamente en repetidas ocasiones para calmar su cuerpo atemorizado. Era una técnica de relajación que le había enseñado su antigua terapeuta y que le había ayudado en ocasiones anteriores. No podía permitirse dejarse vencer, si no, ganarían ellos. Se levantó torpemente del suelo, abrió el grifo del agua fría y se lavó la cara. Fijó su mirada en el espejo y varios minutos más tarde se peinó una cola de caballo, se dio un par de palmadas en la cara y se dijo a sí misma en voz alta que tenía que ser fuerte y encontrar un punto de referencia, algo a lo que aferrarse para que pasara lo que pasara pudiera ayudarla a saber quién era y dónde estaba. Era la única manera de no perder la razón allí dentro. La respuesta no tardó en llegar, Gabriel. Sus sentimientos hacia él la ayudarían a sobrevivir la maldita semana que le quedaba allí adentro. Cuando le dieran el alta ya se encargaría de buscar la manera de encontrar respuestas, porque sin duda alguna, las necesitaba para poder seguir adelante.

Como ya empezaba a ser habitual, se asentó de nuevo entre las raíces del sauce llorón a esperar que llegara la hora de la comida. Aquel pequeño

recoveco era el único lugar donde podía sentirse algo más tranquila. Desde el recóndito escondrijo volvió a llevar su atención al interno que caminaba de un lado para otro del recinto, siempre sobre los mismos pasos, sin levantar la mirada del suelo y entonando sin timidez las canciones que sonaban a través de sus auriculares. ¿Cuál sería su única verdad? Se preguntó con curiosidad. Sin duda alguna, debería ser una historia espeluznante para aislarse de la realidad tal y como hacía aquel pobre muchacho. ¿Qué le habría pasado para perder la cabeza de aquella manera? ¿Sería capaz de volver algún día al mundo real y dejar atrás toda aquella fantasía? Lucía empezó a conjeturar posibles respuestas, de las cuales nunca sabría la correcta, a menos que se lo preguntara a él directamente, y eso, evidentemente, nunca iba a suceder, no estaba entre sus planes acercarse a ningún chiflado. La silueta de Almudena dibujada bajo el marco de la puerta de entrada al patio la hizo retraerse todo lo que pudo, hasta el punto de sentir cómo la agrietada corteza del viejo arbusto se le clavaba en la espalda. Aquella mujer la asustaba de verdad, ya no solo por su aspecto desgarbado y descuidado que acrecentaba todavía más su imagen de enferma mental, sino porque no podía olvidar sus ojos desorbitados clavados en los suyos y su voz desesperada advirtiéndole que huyera de allí. Solo de pensarlo, el cuerpo se le estremecía dejándole una sensación de frío interno que no se desvanecía por muchas capas de ropa que llevara encima. Con cada paso que Almudena daba, más tenía que contenerse para no salir de allí corriendo, podía sentir las pulsaciones de su corazón latiendo con fuerza en las sienes y un sudor helado mojándole la nuca. Sin siquiera darse cuenta, se había colocado de cuclillas y poco a poco fue arrastrándose hacia arriba ayudándose con su columna, rasgando el plumífero que llevaba puesto, tenía que prepararse para la acción en el caso de que la descubriera. Los alaridos de la anciana que se dedicaba a pulverizar las hojas de los arbustos le hicieron perder momentáneamente la atención sobre Almudena. <<¿Y ahora qué coño le pasaba a esa vieja?>>, maldijo para sus adentros cuando, a renglón seguido, comprobó que se trataba de una paloma que se había aposentado en el banco corredizo donde estaba sentada. Al volver la cabeza hacia la entrada del patio, Almudena había desaparecido, presa por el desconcierto, rastreó el patio con miradas fugaces y concentradas sin dar con ella. ¿Dónde diablos se había metido?, ¿habría regresado a la unidad? Cuando sus hombros empezaron a relajarse, una mano la sujetó con tanta fuerza del brazo que pensó que se le iba a romper <<¿me buscabas?>> Sintió el aliento caliente en su cara. Presa por el pánico, Lucía empujó a la

interna con todas sus fuerzas y corrió sin mirar atrás hacia el edificio principal. Tenía que salir de allí como fuera.

Cuando llegó al rellano del primer piso los pulmones le quemaban, en su vida había corrido a tanta velocidad, pero no podía detenerse, en cualquier momento la loca podía darle caza. Subió hasta la segunda planta a trompicones y se adentró en el largo pasillo. Estaba a punto de desmayarse. Un calor sofocante le quemaba las mejillas sonrojadas que resaltaban con la palidez de su cara, el poco aire que podía inhalar por el agotamiento no era suficiente para oxigenarle la sangre, las piernas le flaqueaban y ya apenas podían sostener el peso de su cuerpo, y las manos le temblaban descontroladas. Como pudo, se desabrochó la cremallera del abrigo y lo dejó caer arrastrándolo como un saco.

—¡Pero qué demonios! —exclamó la enfermera añosa—. ¿Se puede saber qué te ha pasado?

—Me persigue —señaló hacia el rellano mientras las palabras salieron fatigadas.

—¿Quién te persigue? —preguntó extrañada.

—La loca esa.

—¿Qué loca?

—Almudena. Me ha querido atacar.

—¿Qué Almudena ha querido atacarte?—se sorprendió—. Pero si no le hace daño ni a una mosca.

Lucía asintió con la cabeza mientras se encorvó hacia delante y apoyó sus manos en las rodillas para recuperar el aliento.

—Eric, ¿puedes comprobar el rellano y la rampa del patio, por favor? —ordenó la mujer a un auxiliar que salía de la sala de control de enfermería.

—¡Aquí no hay nadie! —vociferó desde la otra punta de pasillo.

—¿Estás seguro?

El joven alzó el pulgar hacia arriba.

—¿Puedes comprobar dónde está Almudena?

—Enseguida —dijo mientras desaparecía por el rellano.

—Anda, acompáñame —suspiró cansada. Cogió a Lucía por el brazo y la llevó hasta una pequeña sala donde había un par de butacones reclinables de piel ajada y maltrecha—. Quédate aquí y descansa, voy a buscarte un vaso de agua.

—Gracias —musitó Lucía. Necesitaba recuperarse de aquel sobresalto.

La expresión de seriedad que denotaba el rostro de la enfermera cuando regresó preocupó seriamente a Lucía, algo no iba bien, lo presentía.

—¿Puedes explicarme qué ha pasado? —le ordenó la mujer.

—Ya se lo he dicho. Almudena ha querido agredirme.

—Así que ha sido ella la que te ha atacado a ti. Y tú, ¿no le has hecho nada a ella? Lucía negó con la cabeza.

—Ah, qué curioso. Entonces no entiendo qué hace la pobre chica en enfermería con un corte bastante feo en la cabeza. Según nos ha explicado, la has empujado contra el suelo cuando únicamente te quería saludar.

Lucía no daba crédito a lo que estaba escuchando. Era absurdo.

—Se lo aseguro, su intención no era saludarme. Quería hacerme daño, me ha cogido del brazo con mucha fuerza, así —imitó el gesto con sus propias manos— y luego me ha amenazado. ¿Puede darme el agua por favor? —necesitaba hidratarse urgentemente.

La enfermera le tendió el vaso endeble de plástico blanco.

—No me cree, ¿verdad? Aquí nadie me cree.

—Es tu versión contra la de ella, ¿quién tiene la razón? No lo sé y ahora mismo es lo que menos me importa — volvió a adquirir un tono cargado de seriedad—. Lo que ha pasado no puede volver a suceder, ¿entendido? Si alguien te molesta comunícaselo a cualquier miembro del personal, pero no intentes solucionar el problema tú sola, porque ya has visto el resultado.

Lucía se mantuvo en silencio. Para nada era su intención lesionar a la loca, pero ella se lo había buscado. Si la hubiera dejado en paz, esto no habría pasado.

—Si esto vuelve a suceder —continuó la mujer— habrá consecuencias.

Lucía abrió los ojos como platos. ¿A qué se estaba refiriendo?, ¿la atarían a la cama otra vez?

—No me mires así, son las normas de la casa. Cuando un paciente lleva a cabo conductas inapropiadas o peligrosas, se le aísla del resto de los internos en la tercera planta. Con lo cual, quedas avisada. Ahora descansa un rato, en media hora vendré a buscarte para ir a comer.

Cuando la puerta se cerró, Lucía se reclinó en el butacón, se tapó la cara con el antebrazo derecho y lloró de rabia e impotencia. Quedarse allí iba a ser más duro de lo que pensaba, ¿cómo iba a ser fuerte una puñetera semana más?

El cielo encapotado cargado de densas nubes grises parecía dibujar el oleaje de un mar bravo y enfurecido impidiendo que la escasa luz que le quedaba a aquella tarde de invierno pudiera filtrarse para dar un último toque de color a las tétricas fachadas que conformaban los pabellones de aquel desolador recinto. De pie, junto a la ventana de su habitación, Lucía intentaba recordar cómo era su vida antes de que la encerraran en aquel sanatorio mental en contra de su voluntad. Apenas llevaba una semana allí adentro y, sin embargo, entre las pastillas que la obligaban a ingerir y la lentitud con la que se le pasaban los días tenía la sensación de que su mente se iba quedando vacía por momentos. Como si poco a poco le fueran robando los pequeños recuerdos que daban vida a su propia existencia, como si cada pensamiento lleno de historias fuera sustituido por otro huero. Contemplando la inmensidad del cielo, pensó en cómo echaba de menos hacer las pequeñas cosas de su día a día, aquellos insignificantes actos a los que apenas les había dado importancia o prestado atención quizás porque la rutina esclavizadora de ir siempre con prisas la había obligado a automatizarlos de tal manera, que le habían pasado desapercibidos cuando hacía el recuento del día, pero que, sin embargo, ahora los añoraba como un deseo incumplido. Pensó en lo sola que se sentía, en la decepción de sentirse abandonada por aquellos que una vez estuvieron lo suficientemente cerca de ella como para abrirles su corazón, pero sobre todo pensó en la que un día fue su mejor amiga, en aquella amistad que una vez creyó sincera y eterna y que en los últimos meses se había esfumado como la bruma que acompaña a los amaneceres, lenta y discretamente. De todas las personas que había conocido, ella era la única por la que Lucía hubiera apostado su propia alma, por la única que habría movido mares y tierras si la ocasión lo hubiese requerido, por la única persona que habría recorrido a pie el mismísimo mundo sin protestar si ella se lo hubiera pedido. La quería. Sin duda alguna, hubo un tiempo en el que la quiso como a una hermana; había tantas cosas hermosas en ella, su alegría por la vida, su sonrisa contagiosa, la ternura de sus actos, la facilidad que tenía de transformar los malos momentos en hechos que dolieran menos. Pero ahora ya no estaba, se había alejado de su vida hacía tiempo y su ausencia todavía le dolía. Los esfuerzos por recuperarla habían sido en vano, las llamadas no devueltas, los mensajes y mails no contestados, los plantones siempre de última hora. Estaba claro que Lucía ya no estaba entre sus prioridades y aceptar ese hecho la destrozó de tal

modo que había perdido la fe en la amistad. A pesar del tiempo transcurrido, todavía sentía que transitaba en el duelo de la pérdida, en el dolor que deja la partida de alguien querido cuando se marcha para siempre sin avisar. Dolor que ella conocía más que de sobra. La nostalgia la llevó a preguntarse dónde y qué estaría haciendo, cómo sería su vida en esos momentos.

El sutil repiqueteo de la lluvia sobre la ventana, acompañado de un estrepitoso trueno, la alejó momentáneamente de aquel pensamiento. Con la yema de los dedos y los ojos fijos en el vidrio empañado por su respiración, empezó a acariciar las primeras gotas de agua que se estampaban contra el cristal, siguiendo el rápido y curvilíneo camino que iniciaban cuando se desplomaban hacia abajo. Todavía había tardado en romper a llover, a pesar de que el cielo llevaba avisando hacía horas con sus fuertes rugidos y su aspecto gris y plomizo. En apenas unos minutos una cortina de agua cubrió el exterior, desdibujando las formas de la arboleda de los jardines y engendrando inmensos charcos sobre los ahondamientos del pavimento. Cerró los ojos y, como si hubiera dado un salto en el tiempo, sintió las manos firmes de Gabriel recubriéndole el cuerpo por primera vez aquella tarde de tormenta, sintió el aliento caliente que manaba de su boca ahogada en el deseo, humedeciendo su cuello después de acompañar los suspiros que dejó salir entrecortadamente cuando la hizo suya, percibió sus besos largos y apasionados sobre sus agrietados labios y la fuerza con la que la estrechó bajo su cuerpo terso y musculado. Lucía se abrazó con fuerza temiendo que se le escapara ese momento, podía sentirlo tan cerca, tan real, tan suyo otra vez. Una oleada de tristeza inconsolable irrumpió con fuerza desde el vientre, sus ojos se llenaron de lágrimas que fueron deslizándose a borbotones por su rostro hasta perderse en el vacío, pero se negó a abrirlos. Temía perderlo de nuevo, quizás para siempre. El rostro sereno y perfecto de Gabriel se dibujó sobre la oscuridad de sus párpados durante unos segundos, luego se fundió con la negrura. Cuando no quedó más que un frío penetrante en su cuerpo, se dejó caer sobre sus rodillas, se inclinó hacia delante y, abrazando su dolor, sintió morir de pena. Un sentimiento de tristeza tan profunda y desgarradora que había arrasado cualquier atisbo de esperanza que pudiera quedar escondido en algún lugar de su frágil cuerpo, una pena tan devastadora que se clavaba como un cúmulo de espinas en su pecho haciéndose más presente con cada respiración, una pena tan insufrible que sin duda la había arrastrado de nuevo a aquel abismo sombrío y enloquecedor del que ahora sabía ya no había escapatoria, una pena que no había podido vencer la soledad de tanto abandono en tan poco

tiempo. Ahora entendía que no tenía ninguna posibilidad de salir vencedora de aquella situación, cualquier esfuerzo iba a ser en vano y las pocas fuerzas que le quedaban se habían desvanecido hacía tan solo unos minutos junto al recuerdo de Gabriel. Había vuelto a perder. Era como si la vida se empeñara una y otra vez en hacerle jugar ese papel, como si el único propósito que tuviera para ella fuera permitirle saborear por unos momentos la máxima felicidad, para luego arrebatársela sin piedad y dejarla hundida en un pozo de tristeza y desconsuelo.

Unas manos cálidas y huesudas se apoyaron delicadamente sobre sus hombros, acompañadas de palabras susurradas que le decían que todo iba a salir bien. A Lucía no le hizo falta levantar la mirada para saber a quién pertenecía esa alma caritativa que se había tomado unos minutos para venir a ofrecerle algo de consuelo. Ya lo había hecho la noche anterior. El mismo enfermero enjuto de pelo desgarbado se arrodilló a su lado y tras un largo rato acompañándola en su dolor, empezó a tirar suavemente de sus hombros hasta que cedieron y Lucía quedó sentada en el suelo.

La mirada apagada y vacía de ella contrarrestó con los ojos cálidos y afectuosos de él que se colocó justo enfrente y contempló en silencio su rostro pálido y mojado.

—Gracias —musitó ella, mientras se pasó la manga del pijama por la nariz para limpiarse los mocos que se le escurrían hacia la boca.

—No se merecen —se limitó a contestar.

—Claro que sí. Si alguien de esta unidad se las merece eres tú —los suspiros posteriores al llanto entrecortaron sus palabras.

—Es mi trabajo.

Lucía lo miró confusa.

—Quiero decir —se aclaró la garganta— mi trabajo es procurar que estéis bien y en los últimos días me he dado cuenta de que cada vez llevas peor estar aquí. ¿Es la primera vez que ingresas?

Lucía asintió con la cabeza y añadió:

—Todo esto es una equivocación. Yo no debería estar aquí, pero nadie me cree, ni siquiera mi propia familia—se pasó las manos por el pelo.

—Dale un poco de tiempo. A veces nos cuesta más de lo que pensamos admitir que no estamos bien y que necesitamos ayuda.

—Este no es mi caso, te lo aseguro. Pero como te acabo de decir, nadie me cree, incluido tú. Y contra eso no puedo hacer nada. Estoy sola —el llanto se le ahogó en la garganta.

—Eso no es verdad. Hay muchas personas que se preocupan por ti, y aunque ahora pienses o sientas que no les importas por permitir que estés en este lugar en contra de tu voluntad, te aseguro que lo hacen porque te quieren.

—¡Qué sabrás tú! —negó molesta con la cabeza

—Más de lo que crees, te lo aseguro —le contestó en un tono más seco mientras se puso de pie y le tendió las manos—. El suelo está helado y estás temblando desde hace rato, si no te quieres resfriar, es mejor que te levantes —añadió.

—Me da igual —musitó.

—Pero a mí no, así que,...arriba. Vamos —la apremió mientras le ofrecía de nuevo las manos—cógete fuerte. Lucía levantó los brazos y con un tirón seco se alzó. Tenía la parte del trasero tan fría por la humedad de las baldosas que el pantalón de algodón se le había quedado pegado entre los glúteos.

—Mucho mejor —dijo él—. Como la tarde está muy lluviosa, en un rato vamos a poner una película en el salón de juegos. ¿Te apetece ir a verla?

—No, prefiero quedarme aquí.

—Como quieras. Ahora tengo que marcharme, pero si necesitas cualquier cosa no dudes en pedírmela, ¿de acuerdo?

Ella asintió. Antes de que el muchacho cruzara el umbral de la puerta, Lucía le dijo:

—Solo una cosa más.

—Tú dirás.

—Si necesito pedirte algo, estaría bien saber tu nombre. El joven soltó una leve sonrisa.

—Tienes razón. Me llamo Daniel —y desapareció por el pasillo.

Los días siguientes fueron tan abrumadores, solitarios y monótonos como los anteriores. Lo único que marcó la diferencia fue la interrupción matutina de las visitas con la Dra. Sasaín que había caído enferma y se cogió la baja unos días. Aparte de este inciso, sus días siguieron siempre la misma rutina: por las mañanas se cobijaba como un alma en pena bajo las ramas del sauce llorón y observaba con recelo a los internos que deambulaban por el recinto, siempre y cuando no se quedaba traspuesta por el efecto de la medicación. A la una en punto subía al comedor, ingería los pocos bocados que el cuerpo le admitía antes de amenazarla con alguna arcada y, sin mediar palabra con los internos que compartían la mesa con ella, se levantaba y se dirigía a su habitación a estirarse sobre la cama. Algunas veces se dormía, otras, simplemente se quedaba mirando la blancura del techo o se acercaba a la ventana y perdía su mirada en la inmensidad del cielo. Cada una de las horas en las que su mente no estaba sedada bajo los efectos de las drogas la mantenía ocupada en Gabriel. No podía evitar pensar en lo mucho que lo echaba de menos, en cómo dolía su ausencia y en qué diablos le habría ocurrido para que desapareciera de aquella manera tan repentina e inexplicable. Nada tenía sentido. Al mismo tiempo que la nostalgia iba cobrando más fuerza, otra parte de ella emergía maldiciéndolo por haberla abandonado a su suerte después de prometerle que siempre iba a estar a su lado. Una lucha interna que la agotaba emocional y psicológicamente. Después de merendar, venían sus padres y le hacían compañía un par de horas hasta que anunciaban por megafonía que el tiempo de las visitas había finalizado y que debían abandonar el pabellón. La despedida siempre le resultaba amarga, no porque su compañía le resultara entretenida y amena, al contrario, solo hablaban de temas insulsos. Bueno, mejor dicho, era su madre la que hablaba de temas de poco interés de los que, la pobre mujer, intentaba hacer algún chiste sin gracia o algún comentario recurrente sin demasiado éxito, con tal de romper la tensión del ambiente. Por el contrario, su padre ni se molestaba en intentarlo, se limitaba a mirar a Lucía con cara de lástima y a asentir a las palabras de su mujer con un falso semblante distendido que ocultaba las verdaderas ganas de que el reloj marcara las ocho de la tarde. Realmente el panorama era desolador, sin embargo, cuando los veía desaparecer en la negrura de la noche, los sentimientos de impotencia e incompreensión emergían como alaridos de fieras heridas que moraban en su pecho, reclamando un auxilio que nunca llegaba y

eso la devastaba. Después de la cena, se escondía bajo las pesadas mantas de lana apelmazada y le dedicaba su último pensamiento a Gabriel.

La tarde de aquel sábado de febrero marcaría, sin duda, el rumbo que iba a tomar la vida de Lucía. Mientras contemplaba, como venía siendo costumbre, el infinito cielo grisáceo a través de la ventana de su habitación, escuchó la voz cálida de Daniel anunciándole que tenía visita. No esperaba que sus padres viniesen tan pronto siendo fin de semana, pero agradeció poder distraerse de los pensamientos infaustos que la estaban acompañando desde que se había despertado aquella mañana. Antes de bajar a la primera planta donde se encontraban las salas de visitas, se miró el rostro demacrado en el espejo del baño, se rehízo la coleta y dejó salir lentamente el aire de sus pulmones. Al abrir la puerta de la salita se quedó petrificada bajo el umbral de madera al ver la esbelta silueta de la que una vez fue su mejor amiga, sentada, erguida y tensa en una silla de madera. Tras un minuto de absoluto silencio dudó entre abalanzarse a sus brazos, perdonarle todo y buscar su consuelo o darse la vuelta y dejar que se marchara para siempre. Antes de que sus piernas decidieran qué dirección tomar, su boca tajante se adelantó:

—¿Qué haces aquí, Sofía?

—Tu madre me llamó hace unos días y me contó lo que te había pasado. Yo... —balbuceó— lo siento mucho.

—¿Qué sientes exactamente? Haberme ignorado como a una mierda estos últimos meses, o que esté como una puta regadera —la fulminó con la mirada. El enojo que había ido acumulando por todos sus agravios salió en forma de mordaces réplicas, superando con creces el estado anestesiado que le provocaba la medicación.

—Todo. Lo primero más que lo segundo. Lucía, yo... no sabes cuánto lo siento —se puso en pie y caminó hacia ella—. Quería llamarte, te lo juro, pero fueron pasando los días y luego, no sé, sabía que ya era tarde y que estarías bastante enfadada conmigo.

—Increíble —negó con la cabeza—. ¿De verdad esperas que me crea eso? Después de más de veinte años de amistad y me sueltas que no me has llamado porque sabías que estaría enfadada contigo. Lo que me faltaba por escuchar —resopló cansada.

—¡Me sentía avergonzada, de acuerdo! —alzó la voz—. Reconozco que no he sido una buena amiga en el último año y que te he fallado... joder... Lo siento, no quería exaltarme —se disculpó—. ¿Estás bien? —le preguntó

preocupada.

—Oh, tranquila. Ahora me doy un par de cabezazos contra la pared y se me olvida lo que has dicho — amenazó.

—¿Qué? —se le entrecortó la pregunta.

Lucía no pudo contener una leve sonrisa al ver la cara de pavor que se dibujaba en el rostro de su visita. Al parecer los locos tenían la capacidad de provocar ese tipo de reacciones.

—Nada. Olvídalo. En contra de lo que opina todo el mundo no estoy chiflada. No voy a perder la cabeza por una discusión —respondió mientras se acercaba a una de las sillas que había dispuestas alrededor de una mesa de madera color pino que iba a juego con el resto del escaso mobiliario. Se pasó las manos por la cara y con un gesto cansado le dijo a su amiga que se sentara.

—Lucía, de verdad, lo siento.

—No importa —levantó una mano en señal de que lo dejara correr.

—Claro que sí. No he sido una buena amiga, te he fallado —le pesaron las palabras—. A diferencia de ti... —la miró a los ojos arrepentida— siempre has estado ahí cuando te he necesitado. Nunca me lo voy a perdonar, lo siento. Pídeme lo que quieras, haré lo que sea para que me perdones.

—¿Lo que sea? —volvió de su ensimismamiento.

—Sí, lo que sea.

—Está bien. Sácame de aquí, libérame de este maldito lugar —un silencio incómodo se adueñó de la pequeña estancia.

—Ah... no creo que eso esté en mi mano, yo... —dudó en cómo seguir su respuesta.

—Eres abogada ¿no? Me tienen retenida en contra de mi voluntad, algo podrás hacer. Sofía negó con la cabeza.

—Me temo que la orden de ingreso está aprobada por un juez y no tengo autoridad para impugnarla.

—¿Por un juez? —preguntó sorprendida.

—Eso me temo. Cuando se requiere hacer un ingreso de tus características, el centro hospitalario se pone en contacto con el juzgado de primera instancia de su localidad para que envíen a un juez para valorar el caso. Si lo aprueba, cosa que sucede habitualmente, el paciente se queda ingresado hasta que su médico de referencia le da el alta.

—¿Me estás diciendo que no voy a poder salir de aquí hasta que la idiota de mi psiquiatra lo apruebe?

Sofía asintió sin palabras.

—¡Joder! —gimoteó—. Sofía, te lo suplico, ayúdame. Tiene que haber alguna manera — se levantó bruscamente y buscó las manos de su amiga mientras se sentaba a su lado—. Por favor, no puedo seguir aquí, es una pesadilla, es el infierno en vida. Al final me volveré loca rodeada de tanto perturbado. No te puedes hacer una idea de lo grillada que está la gente aquí dentro —se le ahogaban las palabras.

—Me lo puedo imaginar —intentó empatizar con ella.

—¡Y una mierda!, no sabes de lo que estás hablando — le soltó las manos y tensó la mandíbula —. ¿Alguna vez alguien te ha amenazado gritándote que no tiene las claves para destruir el planeta? ¿O una desquiciada te ha susurrado en el oído que no te dejes robar el cerebro? ¿O te han estado observando sigilosamente y al menor despiste... “pam”? —golpeó la mesa con la palma de la mano. Sofía la miraba con cara de espanto.

—¿Ves?, no sabes ni una mierda de lo que estoy pasando aquí dentro.

—Al final todo se arreglará, ya lo verás. Dentro de unas semanas podrás volver a casa y retomar tu vida.

—¿Unas semanas? ¿De qué estás hablando? —la miró con los ojos como platos—. Sofía, ¿cómo sabes que voy a quedarme unas semanas?

—Bueno, tu madre cuando me llamó...

—¿Mi madre?, ¿se puede saber qué te dijo mi madre? — Lucía empezó a sentir que su mundo se tambaleaba cada vez más.

—Nada, nada, seguro que estoy confundida. Tranquilízate ¿quieres?

—No, te conozco y mentir a la cara se te da fatal. ¿Qué coño te dijo mi madre? —se incorporó hacia ella—. Dímelo —le ordenó—. Si de verdad valoras nuestra amistad, cuéntame lo que te dijo.

—¡Mierda! —musitó mientras se levantaba de la silla y colocó las manos sobre su cintura—. Está bien. Me comentó que habías sufrido un... —dudó— no sé qué de psicosis.

—Episodio psicótico —la rectificó.

—Eso, un episodio psicótico y que ibas a tener que estar ingresada entre cuatro y seis semanas, todo depende de la respuesta que muestres a la medicación. Lucía enmudeció, todo a su alrededor empezó a dar vueltas mientras una arcada amenazó con vomitar la merienda.

—¿Estás bien? —Sofía se arrodilló a su lado mientras le pasaba una mano delicada por la melena recogida en la coleta.

—Sigue —le ordenó—. ¿Qué más te dijo? —la respiración entrecortada cada vez se hacía más presente.

—Solo eso, te lo juro. Luego me pidió que viniera a verte.

—¿Por eso estás aquí? —le apartó la mano con brusquedad.

—No te entiendo.

—¿Has venido a verme porque te lo pidió mi madre?

—No, claro que no. En cuanto me hubiera enterado de lo que te había pasado habría venido sin dudarlo.

—Eso, si te hubieras enterado.

—Lucía, por favor, no empieces. No creo que te haga ningún bien alterarte tanto.

—¡Y tú qué sabrás lo que me conviene o no! —le reprochó.

—No lo sé, pero en tu estado es obvio que exaltarte no te hará ningún bien.

—Ah, entiendo. Así que tú también piensas que estoy loca.

—Yo no he dicho eso.

—Claro que sí, además, no hace falta que lo digas, solo con la forma en la que me miras puedo ver que te doy miedo.

—Deja de decir sandeces, ¿quieres?

—¿Es que acaso no es cierto? —alzó la voz al mismo tiempo que se levantó de golpe y Sofia instintivamente retrocedió hacia atrás.

—Por favor —le rogó extendiendo las manos en modo defensivo.

Una sonrisa triste se dibujó en los labios de Lucía, ni la que fue su mejor amiga le concedía el beneficio de la duda. A sus ojos, al igual que a los de su familia, era una trastornada mental y contra eso no podía luchar. El prejuicio se había impuesto a cualquier tipo de razón.

—Creo que es mejor que te vayas.

Sofia dejó salir el aire que había contenido durante largos segundos, bajó los brazos junto con la mirada, sorteó a Lucía y se dirigió hacia la salida de la estancia.

—Intentaré venir a verte entre semana, ¿de acuerdo?

Lucía no contestó. Clavó sus ojos en la ennegrecida pared y tras escuchar el sonido de la puerta al cerrarse tras de sí, volvió a sentirse completamente sola.

Visitarla en aquella institución había sido más duro de lo que pensaba. No podía quitarse de la cabeza su imagen demacrada y enfermiza y su discurso incoherente y falto de sentido. Sin duda alguna había perdido completamente la cabeza. Los sentimientos de culpa que tanto se había esforzado por enviar a las profundidades del inconsciente afloraron con fuerza cuando vio la figura lánguida y casi esquelética de Lucía, vestida con aquel pijama verde. Nada más verla entrar por la puerta, tuvo que contener el llanto y se culpó duramente por haberla abandonado a su suerte. No debería haberse alejado de su vida, debería haber cuidado más de ella, apoyarla el tiempo que hubiera sido necesario mientras se encontraba en aquel agujero donde solo cabía la pena y la melancolía. Eso es lo que hacen las buenas amigas, lo que hacen las buenas personas. Pero en su lugar, decidió ponerse un disfraz con el que nunca se acabó de sentir identificada, todo sea dicho, a pesar del autoengaño diario. Pero esa careta era la única que le permitía jugar el papel de abogada imponente, fría y arrolladora, y meterla en el partido de testosterona narcisista que inundaba los pasillos de su nuevo bufete. Así que, sin pensar en las posibles consecuencias que podría tener para Lucía, tomó la decisión de alejarse sigilosamente, sin hacer ruido, por la puerta de atrás, para que su marcha pasara lo más desapercibida posible. Lo que más pena le dio es no reconocer en ella ni el más mínimo atisbo de la que un día fue, ni física ni intelectualmente. La locura se la había tragado por completo, dejando entrever únicamente los restos de un alma triste y solitaria que vagaba perdida en un mundo equivocado. La cuestión más importante ahora era si sería posible traerla de vuelta a la realidad presente y en qué condiciones se quedaría. Según su médico todavía era muy pronto para darnos una respuesta, todo dependía de cómo respondiera a la medicación con la que la estaban tratando y del tiempo que le tomara tomar conciencia de su enfermedad. Esos dos factores eran los más críticos por el momento. Sobre el primero, no podía hacer nada, pero en cuanto al segundo, tenía que hallar alguna manera de ayudarla a encontrar de nuevo el camino de la razón, aunque fuese lo último que hiciese.

Pasadas las diez de la noche, el cansancio empezó a hacer mella en Sofía, había sido un día largo y extenuante. Con el corazón compungido se tomó una ducha caliente, cenó los restos del día anterior y se acostó con un libro que, en apenas unos pocos minutos, se le cayó de las manos dormidas.

Los débiles rayos de sol, que conseguían colarse entre los escasos resquicios que se abrían paso entre las densas nubes, fueron dando vida a la apagada y desamparada estancia en la que descansaba. Aquella mañana, su cuerpo parecía estar hecho de plomo recubierto por una fina capa de piel candente que la tenía postrada en la cama incapaz de moverse. Tenía la sensación de que sus huesos se habían resquebrajado para, finalmente, romperse en cientos de fragmentos que parecían haberse transformado en afilados cuchillos, que rasgaban delicadamente toda su musculatura y articulaciones. Sentía el aliento de su boca como densas bocanadas de aire pesado y viciado mezclándose entre las sábanas, y sus ojos como débiles cristales a punto de rajarse por el extremo calor que desprendían.

Algo sobresaltó súbitamente a Lucía como si se tratase de una flecha que hiende el aire antes de estrellarse contra su blanco, los pasos marcados y seguros que siguieron a la rápida apertura de la puerta de la habitación le hicieron saber que la vieja enfermera estaba a punto de reprenderla por no estar en el comedor.

—Lucía, ¿se puede saber qué haces todavía en la cama? Hace rato que deberías estar arreglada y desayunando.

—No me encuentro bien —se limitó a contestar con voz apagada.

—Ya estamos otra vez —le reprochó—. Haz el favor de levantarte ahora mismo, asearte y bajar a desayunar.

—No le miento, se lo juro. Me duele todo el cuerpo.

La enfermera se dirigió hacia la cama y en el mismo instante que posó su mano sobre la frente de la joven su semblante adquirió cierta seriedad.

—Estás ardiendo muchacha —dijo preocupada.

La mujer metió rápidamente una mano en el bolsillo de su pijama blanco y sacó un termómetro digital que le colocó bajo la axila. Después de un minuto el pequeño dispositivo emitió breves y continuados pitidos.

—Treinta y nueve y medio —alzó las cejas—. Será mejor que reposes. Voy a dar parte a la doctora y te subo algo de comer.

—No tengo hambre, solo quiero dormir.

—Al menos tómate un vaso de leche. Con tanta medicación tu estómago lo agradecerá. Ahora vuelvo.

Y antes de que pudiera pronunciar una palabra más, volvió a quedarse sola.

Hacía años que no dormía tantas horas seguidas. Cuando abrió de nuevo los ojos, el atardecer se había impuesto al plomizo día que se despedía nuevamente entre finas gotas de lluvia. Lucía no recordaba un invierno tan mojado en Barcelona, con suerte, solía llover un par de veces al mes, pero este año el tiempo se estaba comportando de una manera bastante inusual. Por un momento, pensó que quizás el cielo empatizaba con su dolor y lloraba por ella. Que el agua que caía de las pesadas nubes no eran más que lágrimas de tristeza por verla atrapada entre aquellas paredes, etiquetada de trastornada mental y relegada a la indiferencia. Pero enseguida entendió que aquel pensamiento no era más que una proyección del anhelo de sentir que alguien pudiera albergar aquel sentimiento real por ella, que en aquel preciso momento creyera su historia y fuera consciente del trato injusto que se le estaba dando y luchara por ayudarla a buscar la verdad. Lo más triste de todo es que Lucía ya había aceptado que eso no iba a suceder, sus esperanzas se desvanecieron cuando las personas que más deberían haber creído en ella decidieron depositar su confianza en la palabrería médica, en lugar de en la de su hija. Si sus propios padres le habían fallado, ¿qué podía esperar de los demás? Nada. Absolutamente nada. Si la pérdida inesperada e insólita de Gabriel fue un golpe devastador, aceptar esta otra parte de la realidad era desolador. Entonces lo entendió. Entendió que su cuerpo se había rendido, que no tenía fuerzas para continuar ni ganas de seguir librando una batalla que estaba más que perdida. Había superado con creces el límite del dolor que se puede tolerar psicológica y emocionalmente y el resultado se veía en su indolente cuerpo postrado en aquel colchón de espuma, indiferente a la vida. Volvió a cerrar los ojos y en el intento de traer la imagen de Gabriel para reconfortarse, se durmió.

El sonido ensordecedor y hueco que retumbó en el cielo, pasadas las doce de la noche, sacó a Lucía de los inquietantes sueños en los que se había adentrado. Después de dar varias vueltas en la cama sin conseguir dormirse de nuevo por la cantidad de horas de sueño que había acumulado aquel día, empezó a agobiarse al sentirse aprisionada entre las antiguas pesadas mantas de lana apelmazada, por lo que las hizo a un lado con un tirón seco y caminó con pasos cansados hacia la ventana para contemplar la oscuridad de la noche. Apoyó su frente caliente y las manos sobre el cristal húmedo y frío, y se dejó envolver por aquella sensación de frescura mientras observaba la lluvia fina

que caía incansable, desde primera hora de la tarde, desdibujando el amarillento fulgor de los pequeños farolillos que en las noches despejadas protegían los límites de los caminos del recinto como si fueran fieles centinelas. Cerró los ojos unos segundos y respiró el sonido monótono y tranquilo de las gotas repicando contra los cristales. La relajaba. Siempre lo había hecho. Desde que tenía uso de razón recordaba tener fascinación por las tormentas, escuchar los rugidos feroces de los truenos apoderándose del cielo y observar cómo los relámpagos trazaban con determinación formas imprecisas, a la par que paradójicamente se mostraban perfectas sobre el lienzo del firmamento, todo lo cual, le colmaba de una paz interior que hasta para ella era insólita. Pero ahora tenían un sabor agridulce, porque esos mismos sonidos y destellos fulgurantes la transportaban a la cama de Gabriel, donde la hizo suya por primera vez. Era como si el tiempo le concediera el regalo de detenerse y dar un salto hacia atrás, justo en el preciso momento en el que se encontraba apoyada en la pared de aquella habitación, contemplando a través de las sombras la silueta esbelta de Gabriel esperando con impaciencia que viniera a su encuentro. Lucía apretó más fuerte los ojos para no perder ese instante, para impedir que los siguientes recuerdos se escaparan de nuevo, para contener las manos de Gabriel en su cuerpo, acariciando y besando cada centímetro de su piel. Y ahí estaba otra vez, tendida sobre las sábanas blancas sintiendo el peso de su cuerpo ardiendo en el deseo, extasiada bajo el vaivén de sus caderas y el aliento de su boca sedienta de más, perdida en aquellos ojos negros que la miraban con ternura y anhelo. Por un instante tuvo la sensación de que si se concentraba un poco más, podía incluso percibir la textura de su pelo envuelto entre sus dedos o el aroma de su cuello y de su pecho que tantas veces inspiró profundamente obligándose a no olvidar para los días que él se encontrara lejos. Lo sentía tan cerca, tan real, tan suyo de nuevo.

—Lucía, ¿se puede saber qué haces levantada? —la voz susurrada de Daniel la devolvió a la cruda realidad.

—No puedo dormir —se limitó a contestar al mismo tiempo que se secó las lágrimas que le resbalaban por las mejillas con las palmas de las manos sin dejar de mirar la oscuridad del exterior.

—¿Estás bien? —le preguntó preocupado al ver su rostro roto de pena.

—Lo echo tanto de menos —las palabras se le ahogaron en la garganta.

—Lucía...

—No —le cortó secamente—. No sigas hablando si también me vas a

decir que Gabriel no es real, si vas a intentar convencerme de que todo es una invención de mi mente porque esta noche no lo soportaría. Él existe Daniel, a pesar de que nadie me cree, él es tan real como que tú y yo estamos ahora aquí. Si no ¿cómo es posible que mi corazón y mi respiración se aceleren tan solo con oír su nombre?, ¿cómo explicas que mi piel se erice de esta manera cuando le dedico un pensamiento? —se remangó el pijama para mostrarle el vello de sus brazos apuntando hacia arriba—. ¿Cómo es posible que sienta mariposas en el estómago cuando pienso en sus manos acariciándome, que mi cuerpo tiemble cuando recuerdo sus labios en mi boca o incluso que pueda percibir su olor, recordar las palabras que me susurraba en el oído cuando me abrazaba, la profundidad de su mirada? Si Gabriel fuera una imaginación de mi cerebro perturbado, ¿cómo explicas que mi cuerpo reaccione de esta manera? Estas respuestas no pueden fingirse.

Daniel se mantuvo en silencio mientras escuchaba cada palabra de Lucía y mantenía su mirada en la de ella.

—¿Has estado enamorado alguna vez, Daniel? ¿Has querido a alguien más que a nada ni a nadie en el mundo y has tenido la suerte de ser correspondido?

El joven asintió con la cabeza.

—Entonces sabrás de lo que te estoy hablando — volvió a girarse hacia la ventana y se dejó vencer por el desánimo y la desesperanza.

Tras unos minutos donde el sonido de la lluvia fue la única protagonista, Lucía volvió a retomar la palabra. Le gustaba hablar con Daniel. Apenas lo conocía, pero sentía que podía explicarle cualquier cosa sin miedo a sentirse juzgada.

—¿Sabes lo que más me entristece de todo esto? — siguió con la mirada clavada en el cristal.

—No, dímelo.

—El corazón me dice que algo malo le ha pasado a Gabriel y siento que le estoy fallando porque no estoy a su lado en estos momentos. Ya sé que suena absurdo porque ni siquiera sé dónde está, pero mientras siga encerrada aquí no tengo manera de encontrarlo ni de ayudarlo y... —tragó saliva— me da miedo llegar demasiado tarde. No me lo perdonaría jamás. No podría vivir con esa carga —sollozó de nuevo.

La respiración de Daniel empezó a agitarse al escuchar las últimas palabras de Lucía. Un sudor frío le recorrió la espalda al mismo tiempo que una neblina le cubrió los ojos impidiéndole ver. Unos zumbidos agudos como

si fueran silbidos de tren colapsaron sus tímpanos y su cabeza propiciando que perdiera la noción del espacio y del tiempo por unos segundos. Se cogió fuerte del brazo de Lucía para no caerse al suelo y se concentró en respirar. Era la única manera, a falta de su botella de Johnnie Walker, de poder hacer desaparecer aquella angustia que le aplastaba el pecho casi hasta el punto de no poder respirar.

—Daniel, ¿qué te pasa? —le preguntó asustada Lucía—. Espera, voy a buscar ayuda.

—No —le suplicó—. Enseguida se me pasa. No llames a nadie, por favor.

Lucía hizo caso a su petición y, con las pocas fuerzas que tenía, lo sostuvo tanto como pudo haciendo un gran esfuerzo por no ceder al peso muerto de su flaco cuerpo y estamparse juntos contra las baldosas.

—Mírame. ¡Daniel!, mírame a los ojos —le ordenó.

El joven con todo el rostro empapado en sudor levantó la cara del suelo y siguió sus palabras.

—Respira conmigo. Coge aire por la nariz y suéltalo poco a poco por la boca. Eso es, inspira y expira lentamente, inspira y expira lentamente... No dejes de mirarme, ¿me oyes?

Daniel asintió con la cabeza. Afortunadamente para ambos, pasados diez minutos el joven dejó de temblar y sudar, y empezó a recuperar la compostura poco a poco. Cuando el episodio terminó, estaba completamente exhausto.

—Tengo que irme, Lucía. Siento que hayas presenciado todo esto. No volverá a pasar —dijo secamente y abandonó la habitación.

Lucía, más confundida que nunca y con la palabra en la boca, se quedó de pie acompañada nuevamente por el sonido de la lluvia.

Aquella noche la culpa volvió a convertirse en su peor enemiga y los sentimientos de tristeza, impotencia y frustración se apoderaron de cada centímetro de su ser. Algunas veces se había atrevido a pensar que con el paso del tiempo dejaría de sentirse perseguido y atrapado por los viejos fantasmas que lo arrastraban sin piedad a un abismo sombrío y enloquecedor, sin embargo, cuando los recuerdos de aquella tarde resurgían con fuerza, comprendía que nada ni nadie podrían salvarlo de esa pesada carga. Sabía que las dolorosas imágenes no tardarían en llegar; siempre lo hacían, impasibles a la desolación y al vacío profundo que dejaban a su paso. La única manera de poder sobrellevarlas sin torturarse a cada segundo era recurrir al antídoto de la botella Johnnie Walker que guardaba en una caja de madera roída bajo su cama y que únicamente sacaba en esos pésimos días. Se dejó caer abatido en el sillón y en silencio aguardó la agónica revuelta emocional en la que estaba a punto de adentrarse. Bajo la opacidad de sus párpados cerrados, se fue conformando delicadamente la imagen sobrecogedora de su rostro. Sus ojos pequeños y redondos que miraban hacia un punto inespecífico del amarillento techo volvían a transmitir la ternura que perdieron hacía mucho tiempo; su piel, aunque ahora solo un poco más pálida que días anteriores, parecía estar libre de toda tensión o preocupación; su larga melena negra arropaba con ternura su cara en un intento inútil de evitar que perdiera el calor inexistente que le quedaba dentro; sus labios finos y bien perfilados se encontraban medio abiertos como si quisieran decir algo, sin embargo, él sabía que ya habían pronunciado sus últimas palabras. Si no hubiera sido por el contraste del agua teñida de rojo que inundaba la bañera, hubiera creído que había llegado el momento en el que ella había despertado de su estado melancólico para volver a unirse a la vida.

De pronto, todo se volvió oscuro para, unos segundos más tarde, proyectarse otro fragmento de la escena. Arrodillado y llorando en silencio en el frío suelo de cerámica, deslizaba su temblorosa mano por la helada piel de sus mejillas, propiciándole las caricias que tanto le gustaban y necesitaba para consolar su triste corazón. No recuerda exactamente cuánto tiempo estuvo sosteniéndola entre sus brazos, lo único que sabía con certeza es que en el momento en que diera el aviso y vinieran a buscarla ya no la volvería a ver nunca más y esa idea se le hacía insoportable. El intenso dolor arrancó a Daniel de las sombras y lo devolvió a la realidad. Con la espalda empapada

en sudor y los ojos inundados en lágrimas percibió la intensa presión que le aplastaba el pecho y que le impedía respirar. Agarró la botella de whisky y rápidamente llenó un vaso que se bebió de un solo trago. Necesitaba hacerla desaparecer. Necesitaba alejar el dolor que le estaba destrozando el cuerpo y el alma.

Al encender la luz del baño tuvo que volverla a apagar rápidamente porque sus ojos lagrimosos no podían tolerar la más mínima claridad. Tanteando con las manos, buscó la desgastada cortina de la ducha, la hizo a un lado con un estirón seco y abrió el grifo del agua para que empezara a correr y fuera alcanzando una temperatura adecuada mientras se desvestía sin intentar perder el equilibrio. Al meterse debajo del chorro caliente, el dolor martilleante e incesante localizado en las sienes se hizo más agudo, sin embargo, al cabo de unos minutos empezó a disminuir de intensidad, aunque las náuseas y el cansancio propios de una buena resaca le estaban haciendo apreciar una verdadera sensación de malestar.

Al salir de la ducha, se enrolló una toalla en la cintura, abrió el cajón de los medicamentos y se tragó un par de ibuprofenos con la esperanza de que fueran suficiente para empezar a sentirse mejor; en unas horas empezaba su jornada laboral y las tardes eran bastante ajetreadas. Regresó a tientas a su habitación dejando marcadas en el parqué las huellas de sus pies descalzos y mojados. Se puso una camiseta negra, unos tejanos desgastados que se había dejado preparados encima de la cama, y se calzó sus All Star preferidas. Se detuvo unos segundos para aliviar el dolor punzante que le taladraba la cabeza, subió la persiana con fuerza y abrió la ventana para que el aire limpio arrastrara el ambiente viciado de la estancia. Con paso firme, fue hacia la cocina y al abrir la puerta de la nevera tuvo que contener una arcada al ver el montón de comida desordenada y en dudoso estado, distribuida en los estantes; sin embargo, se obligó a coger el envase del zumo de naranja que había en el lateral de la puerta y le dio un buen trago para quitarse la sensación de pastosidad de la boca. Al mirar la hora que marcaba el reloj colgado en la pared, Daniel se percató de que debía apresurarse en salir de casa si quería llegar a tiempo para hacerle una visita antes de ir a trabajar, por lo que se lanzó a coger del recibidor su cartera, que guardó hábilmente en el bolsillo trasero del pantalón, y las llaves del coche. Con un gran portazo salió del apartamento, bajó las escaleras cuidadosamente, para no agudizar el martilleo de la cabeza, y se dirigió a la floristería que había dos calles más abajo de su

casa para recoger el ramo de azucenas blancas, las preferidas de ella, que había encargado esa misma mañana.

Antes de arrancar el coche, respiró profundamente y con una sonora bocanada dejó salir el aire de sus pulmones, a la vez que descansaba cuidadosamente su cabeza en el reposacabezas; necesitaba tomarse unos minutos antes de iniciar la marcha. Aunque hacía varios años que iba a visitarla, nunca se acostumbraba a pisar ese lugar, la soledad y el silencio que reinaban en el ambiente le despertaban una sensación de marcada incomodidad, porque detrás del bullicio de los pensamientos se escondía el miedo de saber que al final él también acabaría allí, completamente solo. Daniel arrancó el coche y sin más dilación se puso en marcha, tenía un largo trayecto hasta el cementerio de Montjuic.

En el mismo instante que se cruzaron la mirada aquella tarde de invierno, supieron que su relación ya no iba a ser igual. El episodio acaecido la noche anterior iba a marcar el inicio de un vínculo sustentado en la confianza, la complicidad y la salvación mutua, aunque ellos todavía no lo sabían. Daniel esperó a que todos los internos estuvieran en sus habitaciones y las luces principales de los pasillos apagadas, para colarse en la habitación de Lucía. Necesitaba saber hasta qué punto su integridad profesional corría el peligro de convertirse en la comidilla del pabellón.

—Me imaginaba que estarías despierta —dijo mientras se acercaba a los pies de la cama y observaba a Lucía medio incorporada mirando hacia la ventana.

—Me cuesta conciliar el sueño.

—¿Te encuentras mejor? —Daniel pensó en tantear primero el terreno.

—Mientras siga aquí encerrada, ya sabes que la respuesta es no.

—Ya sé que no me vas a creer, pero te aseguro que puedo hacerme una idea de lo mal que lo estás pasando.

Lucía lo miró desanimada, sin ganas ni fuerzas de seguir ese hilo de la conversación. Ya había escuchado demasiadas veces esas palabras en boca de quienes intentaban consolarla, y escucharlas de nuevo solo la ponía de mal humor y esa noche no quería albergar más sentimientos negativos. No hacia Daniel. Y como si este le hubiera leído el pensamiento, añadió:

—Cuando digo que entiendo tu angustia y la impotencia que sientes por estar ingresada en un centro de salud mental por decisión de otros sin tener en cuenta tu opinión, es cierto. No es la primera vez que lo veo. He visto a muchos pacientes llorar desconsolados pidiendo salir de aquí, he visto en sus miradas la incomprensión de no entender qué les está pasando y el sufrimiento que ello conlleva. Quizás algunos compañeros normalizan esas conductas porque saben que forman parte del proceso que precede a la recuperación y otros las ignoran para no vincularse emocionalmente, evitando así que les acabe afectando a nivel profesional y pasando factura a nivel personal.

—¿En qué grupo te encuentras tú, Daniel? —le preguntó con el semblante serio.

—Mis años de experiencia me han llevado a concluir que, efectivamente, este momento tan angustiante para vosotros es necesario para iniciar el camino de la recuperación, de volver a ser dueños de la vida que

teníais antes, y aunque es un proceso muy duro, el objetivo final al que se pretende llegar lo merece —su mirada sincera se clavó en la de Lucía—. Pero también he concluido —prosiguió— que es muy importante acompañar este dolor, reconocer que existe y validarlo. No es un sufrimiento inventado, es algo real, y como profesionales tenemos la obligación de atenderlo.

—¿Por eso te muestras siempre tan cercano a los pacientes?

—Mi deber es garantizar que estéis lo mejor posible, Lucía. Así que, mientras pueda y las circunstancias lo permitan, haré lo que esté en mi mano para que eso ocurra.

La cara de Lucía enmudeció al escuchar a Daniel, giró sutilmente la cara y se limpió las lágrimas que amenazaban con salir.

—¿He dicho algo que te ha molestado?

—No, agradezco que hayas sido tan sincero.

—Entonces, ¿esas lágrimas?

—Me entristece que hables de mí como si fuera una de ellos. Confiaba en que al menos tú me creyeras, pero ya veo que estaba equivocada. No hay esperanza para mí aquí adentro.

—Lucía...

—¿En qué soy igual? —lo interrumpió—. Explícame qué ves en mí que también tengan ellos. Porque por mucho que lo intento veo un abismo considerable entre esos tarados y yo.

—En primer lugar, no los llares tarados si no te importa —la corrigió secamente—. Son personas enfermas, que al igual que tú sufren, y mucho. Si no les tuvieras tanto desprecio y no tuvieras tantos prejuicios contra ellos entenderías de lo que te hablo. Algunos internos han tenido que vivir historias que te quitarían el sueño, Lucía. No seas tan dura con ellos, se merecen todo nuestro respeto.

Lucía se quedó cortada con la contestación de Daniel. Frunció los labios y se disculpó.

—Lo siento. No pretendía ser desconsiderada.

—Desde que has llegado los has evitado, ignorado e incluso te has comportado de manera un tanto grosera con alguno de ellos, y lo sabes —su voz sonaba empática.

—Tengo mis motivos —le contestó.

—¿Quieres contármelos? Quizás pueda ayudarte.

Lucía se mordió los labios y dudó en si sincerarse o no con él, pero no tenía a nadie más con quien hablar y quizás soltar todo lo que llevaba dentro la

ayudaría a reducir la opresión que se había instaurado en su pecho desde el primer día en que llegó a aquel manicomio.

—Me dan miedo, Daniel. Mucho miedo. Cuando voy por los pasillos y me los cruzo se me tensa el cuerpo. Algunos tienen una mirada que te hiela la sangre, otros se comportan de una manera tan extraña que para los que no estamos acostumbrados a ver semejantes conductas es algo impactante, y ya no te digo los que se pasan el día hablando solos, gritando o lamentándose. Es un escenario bastante tétrico. Tú porque ya estás acostumbrado, pero para alguien como yo, que en la vida no había tenido el más mínimo contacto con las enfermedades mentales, estar rodeada de gente así es algo... ¿cómo decirlo? ... espeluznante. Y discúlpame si suena grosero, no lo pretendo, simplemente no sé describirlo de otra manera.

—Entiendo que te sientas sobrepasada con la presencia de algunos compañeros, pero no todos tienen miradas siniestras ni muestran conductas peculiares. Aunque como abogado del diablo, tengo que decirte que todo tiene una explicación, y cuando conoces los motivos, por lo general, dejan de imponer tanto.

—Ponme un ejemplo —le pidió.

—Está bien. Me imagino que algunas de las conductas extravagantes a las que te refieres son, por ejemplo, la que mostró Joan la semana pasada en el comedor, ¿correcto?

Lucía asintió con la cabeza.

—Verás, uno de los síntomas más graves de Joan es que tiene la creencia de que en algún momento van a venir unos alienígenas a sonsacarle unas claves para activar una especie de bomba atómica y aniquilar a la especie humana. Como no sabe en qué momento van a aparecer, ni qué forma van a adoptar, desconfía de todas las personas que son nuevas para él.

—¿Y luego dices que no están?... —Lucía se tragó la última palabra. No quería que Daniel le echara otra reprimenda.

—¿Ves? Ya estás otra vez con los prejuicios —le reprobó—. ¿Me permites que termine?

—No es mi intención, en serio. Pero parece una historia sacada de alguna película de Hollywood.

—Deja que continúe, ¿quieres? Como te iba diciendo —se aclaró la garganta—, toda persona nueva para Joan es una posible amenaza, por eso adquiere esa actitud de estar tan a la defensiva. Por muy ridícula que te parezca esta historia, para él es muy real y la vive con mucha angustia. ¿Te

imaginas creer que el destino de la humanidad depende de ti? Menuda responsabilidad.

—¿Y por qué cree algo así?

—No se sabe, es un misterio. Pero es un síntoma muy típico de la esquizofrenia que se conoce como idea delirante.

Un escalofrío le sacudió el cuerpo. Daniel estaba utilizando las mismas palabras que la doctora Sasáin empleó para explicarle qué le pasaba a ella.

—Y como te he explicado antes —el joven enfermero continuó su discurso sin darse cuenta del efecto que estaba teniendo en Lucía— no hay manera de hacerle ver que esta historia se la ha inventado su cerebro. Por lo tanto, esa es su realidad, es la historia de su vida. Cuando te gritó el otro día, únicamente lo hizo en defensa propia. En ningún momento tuvo intención de asustarte, al contrario, era él quien estaba aterrado, por eso perdió el control. ¿A que ya no te ha dicho nada más en todos estos días?

—No. Ni siquiera me mira —pronunció casi temblando. Se le había descompuesto el cuerpo.

—¿Ves? Porque ya no eres una amenaza para él. Ya no le interesas lo más mínimo. Tu presencia ya no altera el equilibrio de su mundo interior.

—Bueno, en su caso se ve claramente que el pobre no toca con los pies en el suelo y, si sufre tanto, es normal que necesite vuestra ayuda.

—El cerebro humano tiene la capacidad de inventar infinitas historias, Lucía. En algunos casos son exageradas y bizarras y en otros son más sutiles y creíbles.

—¿Qué quieres decir con sutiles y creíbles? —tragó saliva.

—Que son historias que podrían tomarse como ciertas. Por ejemplo, personas que piensan que sus vecinos les hacen la vida imposible, generando ruidos continuamente para molestarlos y no dejarlos descansar, que un familiar está intentando quedarse con toda la herencia de la familia, que algún compañero de la oficina modifica los archivos para que te retrases con las entregas... como te digo, historias que podrían darse perfectamente en el día a día de muchas personas.

—¿Y cómo sabéis en esos casos que mienten?

—No es que mientan a propósito, que quede claro. Como te vengo diciendo, para estas personas lo que explican está ocurriendo de verdad, no pueden entender que su mente les está jugando una mala pasada. Y, contestando a tu pregunta, al final lo sabemos porque al contrastar la información con

familiares o amigos hay algo que no cuadra. Así que, cuando indagas un poco más, te das cuenta de que nada de lo que la persona refiere está sucediendo de verdad. No hay pruebas que corroboren las historias.

—¿Y qué ocurre si os equivocáis, Daniel? ¿Qué pasaría si en algún caso creéis que la persona está enferma cuando en verdad no tiene posibilidad de demostrar que lo que dice es cierto?

—Nunca nos ha ocurrido.

—Siempre hay una primera vez para todo.

—¿Lo dices por ti?

Lucía afirmó con la cabeza y luego le dijo:

—Daniel, ya sé que no me crees, pero yo no estoy enferma. Mi historia es real. No podéis pedirme que acepte que la existencia de la persona a la que más quiero y que más feliz me ha hecho es una fantasía porque en estos momentos no sé dónde está y no tengo manera alguna de demostrar que no miento. Como tú dices, la vida me ha jugado una mala pasada propiciando que los acontecimientos se den de esta manera, pero no por ello voy a rendirme, aunque ya no sé de dónde sacar las fuerzas. Se lo debo. Si por un solo segundo pudieras entrar en mi mente Daniel...

—¿Qué me encontraría? —la invitó a seguir hablando

—Los recuerdos de la vergüenza que sentí cuando Gabriel me miró por primera vez en el pub de Gracia, los recuerdos de mi piel electrizándose cuando me acarició por primera vez en la sala Discovery —se abrazó a sí misma y cerró los ojos perdiéndose en las imágenes que evocaba bajo la oscuridad de los párpados—, nuestros paseos a caballo por los caminos del parque de Collserola, la nostalgia que sentí cuando nos separamos por primera vez en Navidad y otros que son de índole más privada y que no voy a compartir ahora contigo —se sonrojó al pensar en ellos en presencia de Daniel—. Mira —le enseñó de nuevo el vello de los brazos erizado hacia arriba—. Si todo fuera una invención ¿por qué mi cuerpo reacciona así? Ya te dije ayer que estas respuestas no se pueden fingir. Mi cuerpo sabe que no miento, reconoce la verdad.

El silencio volvió a inundar la habitación. Por una vez en su carrera profesional, Daniel no tuvo palabras con las que rebatir lo que acababa de presenciar.

—Se ha hecho muy tarde Lucía, deberías intentar descansar —antes de cruzar el umbral de la puerta, se detuvo y se giró—. Una cosa más, en cuanto a lo que me pasó ayer noche...

—Tranquilo —le dijo—. Tu secreto está a salvo conmigo. Cada uno lidia con sus tormentos como puede.

Y dicho esto, se escondió entre las pesadas sábanas y reflexionó sobre la conversación que acababa de tener. ¿Podría estar enferma sin saberlo? Imposible. ¿Y si Gabriel realmente no existía? Se culpó solo por dudar de él y de su historia juntos. ¿Qué pretendía entonces Daniel hablándole de todo aquello? Confundirla. Eso es, solo quería sembrar la duda. Y aunque una parte de ella seguía aferrada a sus recuerdos, otra empezó a sentir pavor ante la posibilidad de que estuviera equivocada.

La estancia era tan blanca que dolía a los ojos. Incluso era difícil distinguir dónde estaban los límites de aquella habitación en la que no había absolutamente nada. Inmóvil, sin saber qué hacer o qué esperar, miraba minuciosamente en todas direcciones en busca de alguna señal que le ayudara a saber dónde se encontraba.

—Lucía —su voz inconfundible la llamó.

Un escalofrío la fulminó de la cabeza hasta los pies. No era posible. Tragó saliva y se dio la vuelta poco a poco hasta quedar frente a él. Estaba igual que siempre, solo que en su mirada profunda se dibujaba el desconcierto. Quiso acercarse para abrazarlo, pero sus pies estaban clavados en el suelo; elevó sus brazos para tocarlo, pero unos centímetros de distancia fueron suficientes para negarle ese deseo.

—Gabri —musitó—. ¿Dónde estás? Necesito encontrarte para salir de aquí.

—No lo sé preciosa.

—¿Cómo que no lo sabes? —protestó.

—Todo es muy confuso.

—Dijiste que no me abandonarías, que estarías siempre a mi lado, y mírame... —sollozó.

—Estoy a tu lado Lucía, nunca he dejado de estarlo.

—¿Cómo diablos vas a estar a mi lado? Estoy más sola que nunca. Nadie cree en mí, estoy encerrada en un manicomio porque se piensan que estoy chiflada por tu culpa. Si estuvieras a mi lado sabrías de qué te hablo.

—Te pedí que me buscaras —se limitó a contestarle con un tono monótono y apagado.

—¿Te piensas que no lo hice? No me quedó nada por hacer y todo fue en vano.

—Sigue buscándome, por favor. No me dejes. Lucía suspiró profundamente.

—¿Cómo? ¿Dónde? ¿Qué hago? ¿No ves que estoy atrapada? —le reprochó amargada.

—Ellos nos ayudarán.

—¿Ellos? ¿Quiénes? No te entiendo....

—Confía en mí.

Lucía negaba confundida.

—Tienes que aguantar un poco más, preciosa.
—No me quedan fuerzas —gimió entre lágrimas.
—Por favor, Lucía, tienes que ser fuerte por ti, por mí, por nosotros.
—No sé si podré...
—Tengo que irme.
—¡No! —gritó Lucía—, quédate conmigo.

Después de esa suplica, la oscuridad se lo tragó todo.

Lucía se incorporó de la cama sudando, se pasó las manos por la cara y por el pelo y se dirigió hacia la ventana para fijar sus ojos en el horizonte teñido de azul cobalto y recuperar la calma. Por mucho que intentó sacarse aquel sueño de la cabeza, las palabras de Gabriel la acompañaron todo el día como un pensamiento obsesivo, repitiéndose continuamente una y otra vez. ¿Podría significar algo aquel sueño? Si fuese así, ¿el qué?

Aprovechando que el día se había despertado despejado y reluciente, Lucía aprovechó para salir al jardín después de su visita con la doctora Sasaín. Afortunadamente, no la había importunado como otras veces: básicamente se había limitado a preguntarle cómo estaba, si seguía sintiéndose tan adormilada con la medicación y si había notado algún efecto secundario más. Fue una visita corta en comparación con las anteriores, y lo agradeció.

Cuando el aire frío del invierno le acarició el rostro, sintió revivir momentáneamente. Inspiró profundamente y dejó salir el aliento caliente en forma de vaho. Se frotó las manos para entrar en calor y se dirigió hacia uno de los bancos de madera que había descansando a los pies del muro que delimitaba el final del recinto, su escondrijo bajo el sauce llorón estaba anegado en agua y era imposible guarecerse entre sus ramas. Cerró momentáneamente los ojos para dejarse acariciar por los rayos del sol que emanaban un calor templado y delicioso. Luego llevó su atención a los graznidos de las aves que revoloteaban entre los árboles desnudos del patio, dejándose envolver por aquella sensación de calma. La necesitaba.

Veinte minutos más tarde, una voz frágil interrumpió su estado de tranquilidad.

—¿Te importa si me siento aquí?

Lucía entreabrió los ojos y vio a una muchacha que no tendría más de veinticinco años. Era bajita, delgada y llevaba un moño despeinado recogido en forma de roscó en la parte alta de la cabeza. El pijama verde que llevaba bajo el plumón azul marino enseguida la identificó como una interna del pabellón, lo que provocó de inmediato la incomodidad de Lucía. Después de observarla un rato, comprobó, tal y como le dijo Daniel, que no cumplía con el típico prototipo de enferma trastornada como había visto en el resto de compañeros, así que la invitó a compartir asiento. Si veía algo raro no tenía ninguna duda de que saldría de allí echando leches. Los minutos que siguieron a continuación fueron bastante incómodos, Lucía intentó seguir manteniendo los ojos cerrados pero la sensación de inseguridad le hacía abrirlos cada pocos segundos, por lo que optó por fijar su mirada en línea recta. Cuando la tensión inicial fue atenuándose, se atrevió a llevar su mirada hacia las manos de su reciente compañía intrigada en confirmar si efectivamente lo que se apreciaba bajo las mangas del abrigo eran vendas que recubrían las muñecas.

—¿Miras esto? —le dijo la joven mientras se remangó las mangas y dejó

al descubierto las gruesas cintas blancas.

—Perdona, no quería ser entrometida —le contestó nerviosa.

—Tranquila. No pasa nada. No me avergüenzo de ello.

—Si no es mucho preguntar, ¿qué te ha pasado?

—Intenté suicidarme hace unas semanas.

A Lucía se le heló la sangre, no esperaba en absoluto escuchar aquella respuesta. El corazón le empezó a latir tan apresuradamente que podía sentir las pulsaciones en las sienes de la cabeza. ¿Qué motivos tendría alguien tan joven para intentar quitarse la vida?

—Quizás piensas que soy una cobarde por escoger esta salida, pero cuando no ves ningún atisbo de esperanza en el futuro, la vida deja de tener sentido. Al menos para mí.

—No pienso que seas una cobarde, al contrario, creo que hay que tener muchas agallas para hacer algo así.

—La desesperación es una buena aliada —emitió una sonrisa triste y vacía.

—Lo siento. Me imagino que has debido de sufrir mucho para llegar a este punto. La joven no le contestó, únicamente suspiró sonoramente.

—¿Es la primera vez que ingresas? —se interesó Lucía.

—No, es la tercera en un año. Parece que el de ahí arriba —alzó el dedo índice hacia el cielo—, no quiere que me reúna con él todavía.

¿Cómo? ¿Se había intentado suicidar tres veces seguidas? Lucía contempló atónita el rostro de aquella muchacha marcado por el sufrimiento, y con el corazón cerrado en un puño se mantuvo en silencio, no estaba segura de si quería saber más.

—¿Y tú qué haces aquí? Si no es mucho preguntar.

—Es una larga historia.

—Tenemos tiempo hasta la hora de la comida —sonrió.

A pesar de lo reservada que era para su vida privada, Lucía no sintió ningún reparo en contarle cómo había ido a parar entre aquellos gruesos muros de cemento desgastado. Sintió tanta lástima por aquel cuerpo vencido por las circunstancias de la vida, que pensó que compartir su historia le haría ver que no estaba sola. Que había más gente sufriendo en soledad, sumida en un abismo de tristeza y desolación, desesperada por encontrar una salida. Quizás con sus palabras pretendía transmitirle que no se rindiera, que la vida podía ser injusta y cruel en algunos momentos, pero siempre había alguna mínima esperanza a la que aferrarse para poder seguir adelante. Por un momento se

olvidó de su propio dolor y se compadeció por el de aquella joven que acababa de conocer. Sintió la responsabilidad de ayudarla a no dejarse vencer. Se negaba a aceptar que la única solución que veía era la que la llevara a acabar con todo.

—Vaya, es una historia realmente sorprendente — comentó nada más acabar de escuchar el relato.

—Parece surrealista, lo sé. Entendería que tampoco me creyeras.

—Ni te creo, ni te dejo de creer. Soy de la opinión que para sacar conclusiones de una historia es muy importante conocer todas las versiones.

—Gracias. Eres la primera persona que en todo este tiempo me ha concedido, al menos de entrada, el beneficio de la duda.

—Entiendo por lo que estás pasando. Sé lo duro que es que te pongan una etiqueta y ni se preocupen por entender tu historia, que te atiborren a pastillas pensando que te harán olvidar tus tormentos, y que luego te suelten a la calle creyendo que han hecho algo bueno por ti.

—¿También tienes esa sensación? Siento decirte que al menos me consuela no ser la única que está pasando por esto.

—Si te contara. La primera vez que ingresé me dijeron que mi intento de suicidio era síntoma de la depresión mayor que estaba sufriendo, así que me hincharon a antidepresivos hasta que por fuerza mi cerebro empezó a mostrarse diferente. Luego me dieron el alta y me dijeron que siguiera tomando las pastillas durante un mínimo de 6 meses más. La segunda vez que me trajeron, me dijeron que sufría un trastorno límite de la personalidad, que tenía tanta necesidad de ser el centro de atención que cuando no lo conseguía era capaz de hacer cualquier cosa por conseguir mi objetivo, pero ¿sabes lo más gracioso o, mejor dicho, lo más triste? Que nadie se interesó por los motivos reales que me llevaron a cortarme las venas. Así que la solución que me ofrecieron fue otra vez saturar mi cerebro de más fármacos —hizo una pausa—. A la vista está que no ha funcionado.

—¿Y ahora qué te han dicho?

—Sigo teniendo el diagnóstico de trastorno límite, pero ahora, muy grave —entrecomilló con los dedos.

—¿Trastorno límite? ¿A qué se refieren con límite? Porque el nombre no es que suene muy esperanzador.

—Y no lo es. A modo de resumen, es un trastorno de la personalidad y, por ende, quien lo sufre lo tiene para toda la vida. Se caracteriza principalmente por presentar dificultades a la hora de regular las emociones, y

como consecuencia, las personas que lo sufrimos — volvió a entrecomillar con los dedos— mostramos cambios en el estado de ánimo, impulsividad, inestabilidad emocional, problemas con la autoimagen y en las relaciones interpersonales. Vaya, que somos como una montaña rusa, a veces estamos arriba y de repente estamos abajo.

—Nunca antes había oído hablar de este problema. Pero no lo entiendo, ¿las personas en general no solemos tener cambios de humor? ¿Quién no se ha sentido feliz unos días y tristes otros? O ¿quién no se ha dejado llevar alguna vez por el enfado o ha hecho cosas sin pensar?

—Exacto, pero según los expertos estos cambios son extremadamente marcados en las personas con el trastorno, es decir, que se salen de la normalidad.

—¿Y quién estipula los parámetros de lo que es normal? —preguntó Lucía un tanto indignada.

—O ¿qué lleva a una persona a mostrar estos cambios de humor? Dudo mucho que los que han tenido una vida fácil los presenten. En cambio, los que han sufrido un verdadero infierno o circunstancias terriblemente crueles tienen más propensión a padecerlos.

—¿Lo dices por ti o es una opinión general?

La joven se quedó pensativa unos momentos. Luego pensó en voz alta:

—Creo que la psiquiatría tiene que avanzar mucho todavía.

—¿A qué te refieres?

—Como te he dicho antes, nadie se ha interesado en preguntarme por los motivos reales que me han llevado a quitarme de en medio. Nadie me ha ayudado con eso.

—¿Y tu familia? ¿Qué te dice? ¿No pueden ayudarte? —preguntó inocente. Los ojos de la joven se empañaron de lágrimas.

—Ellos son el motivo —sentenció.

Antes de que Lucía pudiera decir nada más, la voz de Paula se alzó desde la puerta de acceso anunciando que era la hora de comer. Las dos jóvenes se levantaron y dirigieron sus pasos hacia el interior del edificio.

A media tarde bajó a la planta principal del pabellón para reunirse como de costumbre con sus padres. Antes de abrir la puerta, hinchó los pulmones de aire y lo dejó salir con un fuerte soplo. Odiaba que sus padres la vieran en aquellas circunstancias, odiaba que creyeran que estaba enferma, y sobre todo, los odiaba a ellos por no ayudarla a salir de allí dentro. Lucía sabía que el odio no era bueno y que solo albergaba malos sentimientos y pensamientos, pero no podía evitar sentirse de aquella manera. No sabía si algún día iba a poder perdonarles la falta de confianza y el complot que habían establecido con el personal médico de allí. No se merecía aquella brutal decepción. Cuando al fin se decidió a entrar, volvió a llevarse una sorpresa.

—He llamado a tus padres para pedirles si me cedían la hora de visita. Me apetecía verte.

—Qué detalle por tu parte —contestó con cierta ironía a la vez que apartaba una silla de la mesa y tomaba asiento.

—Veo que sigues enfadada. ¿Cuántas veces necesitas que te pida perdón? Cinco, treinta, cien, mil... Venga, dímelo para poder empezar. Estoy más que dispuesta a enmendar mis errores, que no son pocos.

Lucía la miraba en silencio sin saber qué decirle. La relación se había enfriado tanto que no estaba segura de si algún día volvería a ser como antes o si quería que ella volviera a su vida. No soportaría otra decepción. Habían sido muchas en poco tiempo.

—Mira, entiendo que tu vida ahora es una mierda pero la mía también, ¿sabes? —dejó salir un suspiro sonoro—. Parece que en los últimos meses solo tomo malas decisiones y no hago más que fastidiarla.

Silencio.

—¿Es por Martín? —se apiadó al ver el rostro de Sofía que denotaba verdadero arrepentimiento.

—Me he equivocado tanto con él y he cometido tantos errores por él... todavía no entiendo cómo he podido ser tan estúpida.

—El amor te hace cometer muchas estupideces.

—Estaba casado —soltó de golpe sin atreverse a levantar la mirada de la vergüenza que sentía—. Me enteré de que estaba casado y fui tan ingenua de perdonarlo pensando que dejaría a su mujer por mí — continuó hablando mirándose las palmas de las manos—. Me hizo creer que su matrimonio estaba roto y que antes de que yo apareciera ya habían hablado de darse un tiempo, y

le creí. Creí a pie juntillas las mentiras diarias que me contaba, fantaseé tanto con el futuro que me había prometido, que me aferré a una ilusión. Le dediqué tanto tiempo, esfuerzo y energía a esa relación que me olvidé del resto de cosas y personas que había en mi vida. Me olvidé de ti por él, Lucía, y eso no me lo voy a perdonar jamás. Te fallé y fallé a nuestra amistad por un cabrón mentiroso y no sabes cuánto me duele haberme equivocado en eso. Lo siento. Lo siento de corazón.

Lucía volvió a reconocer a la que fue su mejor amiga en aquellas palabras, en aquella manera de mirarla, en aquel arrepentimiento sincero. Sofía había vuelto, aunque no sabía si para quedarse o volverse a marchar.

—Aunque es muy fácil culparte, en parte entiendo que te abandonarás a tu relación. Me pasó lo mismo con Gabriel, quiero decir, hasta el día en que desapareció...—se le llenaron los ojos de lágrimas— pasé cada hora libre que tenía con él, no me apetecía hacer otra cosa que estar a su lado.

Volvió el silencio durante un instante.

—Lucía, ¿puedo hacerte una pregunta?

—Ya sabes que sí. ¿Cuándo no he tenido una contestación para ti?

—Si tan felices erais, ¿dónde está Gabriel?

—Eso me gustaría saber a mí Sofía. Nada tiene sentido.

—¿Has pensado la posibilidad de que?... —no se atrevió a finalizar la frase.

—Tan directa como siempre.

—Siento si te he incomodado —se arrepintió al momento.

—Al contrario, ya sabes que eso es lo que siempre me ha gustado de ti y que he valorado de nuestra amistad. Eres una persona que no se anda con rodeos, siempre al grano.

—Gajes del oficio —apretó los labios.

—Sofía, sé que no estoy loca. Gabriel es real, mi historia con él es real. Pero...— enmudeció.

—¿Pero? —la incitó a que siguiera hablando, quería saber qué pasaba por la mente de su mejor amiga, quería comprobar de primera mano lo que sus padres le habían explicado, quería juzgar por ella misma aquella historia.

—Si te soy sincera, a veces me ha asaltado la duda — los labios le empezaron a temblar—. Eres la primera persona a la que se lo cuento, así que, por favor, júrame que no se lo vas a decir a nadie. Sofía, júramelo —le suplicó—. Solo puedo confiar en ti.

—Te lo juro Lucía. Ya sabes que soy una tumba.

—Llevo tanto tiempo encerrada aquí dentro y voy tan dopada de pastillas que la vida que tenía antes me parece irreal y lejana. ¿Entiendes lo que te digo?

Sofía asintió con la cabeza.

—Mi mente está tan embotada que me cuesta mucho pensar, y cuando quiero hacerlo, que suele ser a todas horas, lo hago de una manera tan lenta y forzada que me agoto enseguida... no puedo luchar contra la química de los fármacos que me obligan a ingerir cada puñetero día. Lo que más miedo me da es que los recuerdos que tengo cada vez son más confusos... —tragó saliva—. Estar aquí dentro me desorienta y me confunde a la vez. La única manera de demostrar que no miento es encontrar a Gabriel, pero mientras esté encerrada no puedo hacer nada y, según lo que me comentaste la semana pasada, parece que tengo para largo. Es una pesadilla —negaba con la cabeza—, una puta pesadilla —repitió.

Sofía se puso en pie y se dirigió hacia el ventanal que daba a los jardines delanteros del edificio. Se pasó las manos por el pelo y seguidamente las posó sobre las caderas.

—¿Qué piensas? —quiso saber Lucía.

—No lo sé —le contestó mientras seguía frente al cristal manchado de gotas de lluvia—. Como dices, todo es muy confuso. Por una parte quiero creerte, eres mi mejor amiga. ¡Por Dios!, te conozco desde que teníamos seis años y nunca en la vida me has mentido.

—Pero... —añadió Lucía desde la silla.

—¿La verdad? —la miró a los ojos.

—Ya sabes que sí.

—La historia de Gabriel es un poco... incoherente. Si tan bien estabais juntos, ¿dónde está, Lucía? Nadie lo ha visto ni lo conoce, el teléfono que nos diste nunca está operativo, no has podido facilitar el nombre de ningún amigo suyo... ¿entiendes que parece todo un poco raro?

—Soy consciente de ello Sofía, pero te juro que no miento.

—¿Y qué me dices de los chicos que dices que te seguían? Tus compañeras de piso no han visto nada extraño en el barrio. Solo dicen que llegaste a casa muy exaltada y nerviosa gritando cosas sin sentido. ¿No te parece todo un poco extraño?

—Ya sé que parece una locura —dijo desanimada.

—Ni que lo jures —le confirmó—. Quizás el agotamiento extremo por el ascenso en tu trabajo ha sido demasiado para ti. He leído que uno de los

principales motivos que favorecen la aparición de un episodio psicótico es el estrés agudo.

—No, Sofía... —musitaba.

—Déjame que siga, Lucía. Ya sabes que te quiero como si fueras mi hermana y solo quiero lo mejor para ti. Desde que te dejó Carlos y sufriste la depresión, no has levantado cabeza, apenas has tenido vida social en tres años, no has querido saber nada de ningún hombre, has ido de casa al trabajo y del trabajo a casa, básicamente te has relacionado con tu familia y conmigo, en resumen, has llevado una vida de reclusión casi total. ¿Y de pronto aparece un tío que tiene la capacidad de romper con todo esto y hacerte sumamente feliz? —hizo una pausa—. Si por un momento creyera todo esto, hay todavía otra cosa que me llama mucho la atención, ¿no ves un poco extraño que Gabriel también haya desaparecido de un día para otro? ¿No es una coincidencia que la historia se repita? Quizás, en un intento desesperado has tratado de superar la ruptura de Carlos inventándote inconscientemente una historia nueva, una historia en la que te dan lo que justo sientes que te mereces. Todos estos años has estado obsesionada en encontrar una respuesta, en entender qué llevó a ese hijo de puta a dejarte colgada como lo hizo, fue un golpe muy duro para ti... Desde que Carlos desapareció, tu vida se ha quedado congelada en el tiempo, reviviendo cada hora de los últimos meses buscando la señal que no supiste ver, las frases que no escuchaste entre líneas, las conductas que ignoraste... Quizás lo que te ha pasado es que tu cuerpo no ha podido soportar más esa tortura diaria y lo has llevado a tal extremo que ha enfermado de pura extenuación.

—Cállate, por favor, cállate —le suplicó gimoteando.

Lucía se tapó la cara con las manos y se sumió en un silencio absoluto asimilando cada palabra que acababa de oír. Nunca se había tomado a la ligera las palabras de Sofía, siempre había confiado en ella, en sus consejos, en sus afirmaciones, en sus razonamientos. Desde que era adolescente había pensado que tenía la extraordinaria capacidad de ver más allá de lo evidente, de llegar a la verdad en cualquier cuestión, por muy compleja que fuera, o de clarificar de una manera excepcional cualquier situación. De ahí su gran éxito profesional como abogada. En su bufete la apodaban “la apisonadora de los juzgados” porque no había caso que se le resistiera, y aunque durante muchos años se habían reído juntas de ese mote, ahora le daba pavor. ¿Le estaba mostrando Sofía la realidad que ella no veía, que se resistía a aceptar? De pronto empezó a sentirse mareada y una náusea la obligó a correr hacia la

papelera para vomitar. Necesitaba salir de aquella sala, se asfixiaba.

Cuando se despidió de Lucía, sabía que sus palabras la habían herido en lo más profundo. No se había guardado nada, y aunque sabía que estaría unos días dolida y la odiaría por ello, en el fondo tenía la esperanza de ayudarla a ver lo que su mente rota le ocultaba bajo el artificio de una fantasía. Era su deber como amiga, no estaba dispuesta a fallarle nunca más. Se quedaría a su lado ayudándola a superar aquel bache que la había sumido en un mundo imaginario porque el real era incapaz de asumirlo. Demasiado dolor para una mente tan frágil y vulnerable como la suya. Cogió el abrigo del respaldo de la silla y se colgó el bolso del hombro sin poder quitarse de la cabeza la cara pálida y desencajada de Lucía cuando abandonó la sala de visitas. Se sentía la peor persona del mundo, como una verdadera mierda... odiaba hacer daño a la gente, sobre todo a la que quería y apreciaba. Y con un sentimiento devastador de culpa se dirigió hacia la salida del pabellón. Justo cuando su mano iba a girar el pomo, una voz la detuvo.

—¿Eres Sofía?

—Sí —respondió sorprendida.

—¿Tienes un momento? Necesito hablar contigo. Es importante.

Sofía asintió con la cabeza y siguió con pasos firmes a aquella figura desconocida.

Las agujas del reloj nuevo que habían colgado en la pared desnuda de la habitación marcaban las 3:12 de la madrugada. Como venía siendo costumbre, Lucía abandonó la cama y caminó descalza hasta la ventana para contemplar la penumbra del exterior en busca de un poco de paz interior. Aquella noche, la luz de los farolillos se reflejaba en el asfalto de los caminos, marcando inequívocamente los senderos del recinto que a aquellas alturas ya se conocía de memoria. Incapaz de acallar las palabras de Sofía incluso en los escasos momentos en los que había podido conciliar algo el sueño, Lucía sacudió la cabeza intentando deshacerse de ellas. La confusión que había empezado a amenazarla hacía algunos días había crecido como un gigante en su interior, devorando a su paso la poca razón que le quedaba. Estaba exhausta de la lucha diaria a la que se enfrentaban la verdad contra la locura en los límites de su mente, estaba agotada de luchar sola contra el resto del mundo, estaba cansada de esperar una verdad que no daba indicios de querer manifestarse. Nunca pensó que la frontera entre lo real y lo imaginario estuviera tan poco definida y que fuera tan fácil pasar de un lado a otro, y lo que es peor aún, que se pudiera atravesar aquel límite sin ser consciente de haberlo cruzado. Ahora se daba cuenta de que quizás no era más que una pobre víctima atrapada por el hechizo seductor de las fantasías del inconsciente que habían emergido a la superficie disfrazadas de una historia de amor irreal. Aquel pensamiento la vapuleó tan violentamente que se quedó petrificada ante el reflejo descompuesto de su rostro en el cristal. No podía ser posible.

—¿Otra noche en vela?

Lucía enseguida reconoció la voz de Daniel. Se giró lentamente, lo miró con cara de preocupación y se encaminó hacia la cama invitándolo con un gesto a que tomara asiento a los pies de esta.

—Daniel, ¿crees que es posible que el cerebro se invente historias para sanar heridas del pasado? —le preguntó con el estómago cerrado en un puño.

—Interesante pregunta. Verás, nuestro cerebro es un órgano muy complejo Lucía, y todavía nos queda mucho por aprender sobre su funcionamiento. Sin embargo, sí se sabe que cuando nos toca vivir experiencias desagradables e inesperadas que conllevan un gran dolor emocional y nos hieren en lo más profundo, nuestra mente se queda bloqueada y es incapaz de responder como lo haría ante una situación cotidiana. Con el tiempo, dado que esa herida no está curada, el cerebro empieza a mostrar diferentes síntomas para avisarnos,

en cierta manera, de que algo no funciona y lo debemos solucionar. Por ejemplo, es muy típico que aparezcan síntomas de ansiedad, evitación, negación, inquietud, insomnio, depresión, incluso dolores físicos como migrañas, fatiga, síntomas gastrointestinales...

—¿En serio? — la congoja se palpaba en su voz.

—Sí, incluso puede aparecer un fenómeno conocido como disociación en el que la razón y las emociones se desconectan entre sí, cada uno va por su lado por decirlo de alguna manera. En estos casos es cuando pueden aparecer síntomas muy graves, como la amnesia disociativa, que no es más que la incapacidad de recordar información personal o relacionada con un acontecimiento o período de tu vida. Otros síntomas comunes son la despersonalización, con el que la persona refiere sentirse extraño en su propio cuerpo, o la desrealización, que está más relacionada con percibir el entorno de manera extraña, como por ejemplo, ver cosas muy pequeñas o muy grandes, con colores muy luminosos e incluso borrosos. También podemos encontrar síntomas relacionados con la alteración de la identidad y síntomas de la esfera psicótica, como escuchar voces o crear historias paralelas a la realidad.

Lucía tragó saliva mientras un calor intenso le mojó la nuca y la espalda.

—¿Cómo sabes tanto sobre esto? Pensaba que los enfermeros no teníais tantos conocimientos.

—Bueno, digamos que ciertas circunstancias personales y profesionales me llevaron a conocer y aprender toda esta terminología —le contestó mientras su mirada se perdía en el techo.

—¿Cómo puedo saber si me estoy equivocando, Daniel? Quiero decir, que esté enf... — no pudo terminar de pronunciar la última palabra, hacerlo era otorgarle cierto grado de realidad que todavía se resistía a aceptar—. Gabriel es tan real y tan auténtico que me cuesta creer que sea una fantasía.

—Esa es la parte más difícil y más complicada, Lucía. Creo que un paso importante es darte cuenta de que únicamente tú conociste a Gabriel.

—Y Marta —le interrumpió.

—Y Marta —repitió—, justo la persona que hace unos meses se fue de Barcelona y está ilocalizable —se hizo el silencio—. Quizás otra pregunta interesante que te puedes hacer es ¿en qué momento desapareció Gabriel?

Lucía no respondió.

—Si no recuerdo mal, fue la noche que se lo ibas a presentar a tus compañeras de piso — prosiguió—. ¿No es mucha coincidencia que justo esa noche desapareciera y empezara tu estado de angustia y desespero?

—Quieres decir que...

—No pudiste presentar a alguien que no existe y, en ese momento, seguramente una parte de ti se dio cuenta de que algo no iba bien.

—¿Crees que me puse enferma en ese momento?

—No, creo que llevabas mucho tiempo sin estar bien, pero la rutina y la tranquilidad de tu día a día actuaron como factores protectores, quiero decir, contuvieron la fragilidad de tu estado mental, pero en el momento en que te ascendieron en el trabajo y te expusiste a una situación de estrés diario, empezó a abrirse una brecha que acabó por desquebrajarse del todo la noche en que Gabriel no apareció. A partir de ese momento, todo fue de mal en peor hasta el punto de haber tenido que acabar aquí.

Lucía no podía articular palabra, su interior se estaba desmoronando como un castillo de naipes. Pasaban por su mente decenas de imágenes sucediéndose a toda velocidad y, por primera vez, fue incapaz de discernir si pertenecían a una realidad auténtica o a una imaginada. La duda y la confusión se hicieron tan palpables que creyó haber caído en un sueño donde el caos reinaba con soberanía por encima de todas las cosas.

Aquella mañana había sido la primera en llegar a la oficina, evidentemente, no porque quisiera seguir siendo la que echaba más horas gratuitamente para aquellos buitres hipócritas, sino porque tenía que terminar un par de informes que tenía pendientes si a la una quería estar libre para escaparse y hacer la entrevista que tenía concertada para una vacante que había quedado libre en otro de los bufetes más importantes de Barcelona. Su tiempo en Oltarshed y asociados había llegado a su fin. Antes de entrar en su despacho, se detuvo en la cocina común de los empleados, se preparó un café con leche caliente para despabilar la mente del adormecimiento que arrastraba desde las cinco de la mañana, y se sirvió unas galletas de canela y chocolate que envolvió en una servilleta de papel. El ruido ronroneante del motor de un camión que se había estacionado debajo de la ventana de su piso durante más de quince minutos la despertó y ya le fue imposible volver a conciliar el sueño, por lo que decidió vestirse y venir a adelantar la faena. Encendió el ordenador y mientras esperaba a que se cargase y apareciera la pantalla de inicio, leyó la docena de mensajes que Martín le había escrito la tarde anterior y que hasta ese momento no se había molestado ni en mirar. <<Embustero, cobarde, mi tiempo contigo también ha terminado>>, concluyó fríamente mientras cerraba la tapa del móvil. Era la primera vez en mucho tiempo que su mente se había quedado en blanco en cuestión de trabajo. Con los dedos apoyados sobre el teclado a la espera de que les dieran la orden de empezar a moverse velozmente, era incapaz de escribir una sola línea. Cada vez que se obligaba a concentrarse en el documento vacío que tenía delante, su pensamiento se desviaba a la conversación que había mantenido la tarde anterior con aquella persona desconocida y que la había dejado bastante perpleja. <<Olvídalo Sofía, no te metas en asuntos que no te corresponden>>, se repetía una y otra vez, pero al mismo tiempo, no podía ignorar otra voz que resonaba inquieta en su conciencia y que la empujaba a no quedarse con los brazos cruzados. Se levantó de la silla, se dirigió hacia el ventanal y contempló la Avenida Diagonal que todavía dormía a sus pies, mientras decidía qué hacer. <<A la mierda>> se dijo, ahora era incapaz de quedarse ella también con la duda. Comprobó la hora en el reloj y descolgó el teléfono:

—Buenos días Liam, soy Sofía de Oltarshed y asociados, tengo un trabajo para ti si estás disponible.

—...

—No, esta vez prefiero quedar en la cafetería La Marona si no te importa. Es un asunto importante que debo llevar con la mayor discreción.

—A las cinco me va perfecto.

—Hasta luego.

Después de colgar dejó salir un fuerte bufido. Estaba segura de que no habría ninguna respuesta a su pregunta, pero al menos, no perdía nada por intentarlo, y lo más importante para ella, después de esa llamada ya podía tener su conciencia tranquila.

Le costó tres días salir de la habitación. Apenas quiso comer, se negó a recibir las visitas de sus padres y evitó, en la medida de lo posible, cualquier tipo de contacto verbal con el personal sanitario. Solo permitió la compañía de Nerea, que aguardó sentada en silencio en el butacón que descansaba al lado de la cama, proporcionándole el consuelo que necesitaba únicamente con su mirada compasiva. Necesitaba reconstruir de nuevo el puzzle de su vida que se había hecho añicos después de escuchar las palabras de Sofía y de Daniel, que se le clavaron como dardos en su pecho malherido. Ahora, sentada con las rodillas recogidas y abrazadas en su regazo sobre el banco de madera que descansaba al final de los jardines del pabellón, Lucía observó de una manera diferente aquel espacio y, sobre todo, a los pacientes que deambulaban por allí. Aunque le dolía y la aterraba al mismo tiempo, aquella mañana empezó a aceptar que no estaba bien y que tristemente parecía que al final sí iba a ser una de ellos. Con los ojos anegados en lágrimas, empezó a planificar su nueva vida fuera de aquellos muros, quería largarse lo antes posible y, sobre todo, no volver nunca más a aquel lugar. Lo primero que iba a hacer era recuperar su estabilidad mental porque ni mucho menos quería acabar siendo una tía de treinta y dos años que hablara con las paredes o empezase a creer en alienígenas o monstruos de las cavernas. Aquello sería demasiado. Cuando le dieran permiso para volver a trabajar, hablaría con Javier y le pediría regresar a su antiguo puesto, si es que la aceptaba de vuelta, y si no era posible, se buscaría un trabajo con menos responsabilidad. Le daba igual si tenía que servir mesas, ser librera o panadera. Si eso evitaba que su mente se volviera a fragmentar en mil pedazos, era más que suficiente. En tercer lugar, volvería a llamar a su antigua terapeuta para retomar las sesiones semanales y empezar a poner orden en su mundo interior. En el mismo momento en que asentó el último pensamiento en su conciencia, un sentimiento profundo de pena anidó en su pecho, ¿a quién quería engañar? Acababa de asumir que había perdido su vida, ya nada iba a ser igual que antes. Ahora formaba parte del grupo de los tarados, una etiqueta que a mucha gente le asustaba y desagradaba. Hasta no hace mucho, ella misma era un claro ejemplo, una persona hipócrita y llena de prejuicios hacia una población que padecía y sufría mucho. Pero sobre todo, ¿cómo iba a vivir una vida donde no estuviera Gabriel? Era inconcebible aceptar que no volvería a perderse en esos ojos negros, que no volvería a tocar ni ver su cuerpo, oler su piel, dormirse en sus brazos, pasear

juntos por las calles de Barcelona. ¡No, no y no!, negaba desconsoladamente. Aquella realidad y el dolor que se desprendía de ella eran insoportables.

La voz frágil de Nerea la sacó del sueño vacío en el que había caído rendida de tanto llorar. La joven tomó asiento a su lado y guardó silencio de nuevo. Ella más que nadie sabía que a veces el mejor consuelo estaba en la presencia y en la compañía más que en las palabras. Al cabo de unos largos minutos, le tomó la mano a Lucía.

—Al final todo saldrá bien, ya lo verás.

—¿Tú crees? Porque cada vez lo veo más negro —sus palabras se entrecortaron por el hipo.

—Estoy convencida de ello, Lucía. Eres una persona fuerte, luchadora y muy inteligente. Sin duda alguna, muy diferente de la mayoría de los que estamos aquí.

—¿En serio me ves así? Gracias... tú también lo eres.

—Se te da fatal mentir —sonrió—. Para mí no hay mucha esperanza, estoy muerta por dentro.

—No digas eso Nerea —un escalofrío le recorrió el cuerpo.

—Es cierto Lucía. Cuando las personas que te tienen que querer te hieren una y otra vez, y otra y otra... al final te acaban destruyendo.

—¿Eso es lo que te ha pasado? Nerea afirmó con la cabeza.

—Cuando tenía siete años mi madre murió de cáncer. Fue tan rápido que apenas nos dio tiempo de despedirnos de ella, y el vacío que dejó te lo puedes imaginar. Fue un golpe muy duro para toda la familia. El que peor lo llevó fue mi padre, de hecho, nunca lo superó. No se hacía a la idea de vivir una vida sin ella, y para soportar la angustia de su ausencia empezó a ahogar sus penas en alcohol. La mayoría de días cuando llegaba del colegio ya estaba borracho como una cuba, tirado en el sofá, envuelto en vómitos y apestando a whisky. Con el tiempo la cosa empeoró, pasó de ignorarme a pagar conmigo toda su frustración. Al principio eran gritos, insultos y menosprecios, luego llegaron las palizas y cuando fui más mayor... —suspiró cansada—, llegaron los abusos sexuales.

—¡Dios mío, Nerea! —se llevó una mano a la boca. No podía dar crédito a lo que estaba escuchando—. ¿No se lo dijiste a nadie?

—No, tenía tanto miedo de sus amenazas que aquello hubiera sido mi final. Si llego a saber qué futuro me esperaba, yo misma le hubiera pedido que acabara conmigo en ese momento... —su mirada vacía se posó en el suelo

asfaltado del sendero del jardín—. A los dieciséis me dejó embarazada y como no podía ser de otra manera, me obligó a abortar. ¿Te imaginas tener un hijo de tu padre? —. A pesar de la dureza de su historia, su rostro se mantenía impasible a cualquier emoción—. Cuando llegué a casa del hospital me dio una paliza de muerte reprochándome que lo había avergonzado y que había sido una irresponsable por permitir que pasara aquello. Estuve una semana sin poder moverme de la cama. Cuando me recuperé me juré que nunca más me iba a poner una mano encima, así que decidí fugarme de casa. Prefería dormir debajo de un puente y pedir limosna que pasar un minuto más con aquel desgraciado. Estuve esperando el momento oportuno para largarme, si me veía con las maletas estaba claro que no me iba a dejar marchar. Pero tuve tanta mala suerte que me lo encontré en el bar de debajo de casa cuando pensaba que se había ido a trabajar. En ese momento sabía que no iba a salir viva de aquella, así que, nada más cruzar el umbral de la puerta, salí corriendo hacia la cocina y cogí un cuchillo del cajón, el tiempo suficiente para poder clavárselo en todo el costado cuando se abalanzó sobre mí hecho una furia. Cayó como un soldado de plomo sobre el suelo. Me quedé allí de pie, con las manos ensangrentadas, mirándolo, deseando que estuviera muerto. Por una vez mi deseo se cumplió.

Lucía se secó las lágrimas que le rodaban a borbotones por las mejillas. Ahora podía entender qué clase de historias te llevan a querer acabar con todo. Historias que hasta ese momento le resultaban inconcebibles y que no tenía adjetivos suficientes para describirlas. ¿Qué clase de personas son capaces de cometer semejantes atrocidades? ¿Puede la muerte de un ser querido justificar ese tipo de barbarie? No, de ninguna manera. Estaba claro que la muerte de su mujer se llevó la poca cordura de aquel miserable.

—¿Y qué paso luego?

—Al ser menor de edad, me condenaron a dieciocho meses de libertad vigilada por homicidio imprecendente. Afortunadamente, el juez les concedió a mis abuelos maternos mi tutela, bueno, de hecho, mis abuelos paternos no quisieron, ni siguen queriendo saber nada de mí. No me perdonan la muerte de su hijo, a pesar de que les he explicado en qué condiciones vivía con él.

—¿Lo dices en serio? —aquella historia era realmente espeluznante.

—Te lo prometo... —cerró los ojos y suspiró—. Dicen que su hijo era una buena persona y que si llegó a hacer todas esas cosas era porque yo lo incitaba y lo provocaba.

Lucía abrió los ojos como platos, pasmada, indignada, furiosa... en

realidad no sabía cómo sentirse.

—Muchas veces me he cuestionado si tienen razón... quizás si hubiera sido mejor hija, si lo hubiera sabido cuidar mejor... —la voz se le apagó en la pena.

—¿Estás oyendo lo que estás diciendo? ¿Cómo puedes dudar siquiera y pensar que una niña de siete años provoque a su padre para que se comporte como un verdadero animal con su hija? El adulto era él, toda la responsabilidad era suya. Tendría que haber sido fuerte, reponerse a la pérdida de tu madre y tirar adelante por ti. Eso es lo que hacen los buenos padres y los que quieren y se preocupan por sus hijos.

—Quizás ahí está el problema. Desde que mi madre nos dejó, mi padre me dejó de querer... se le quedó grande tener que cuidar a una niña pequeña, demasiada responsabilidad para un hombre tan inmaduro como él.

—Me imagino que tus abuelos maternos te apoyaron cuando pasó todo, ¿no?

—Sí, desde el momento en que se hicieron cargo de mí han intentado cuidarme lo mejor que han podido, en el fondo se sienten responsables de no haberse dado cuenta de lo que ocurría en mi casa. Pero ya es tarde Lucía, el día que murió mi padre, yo morí con él.

—Pero ahora estás con tus abuelos que te quieren, el infierno en el que vivías se ha terminado.

—No es tan fácil como parece. Cada día tengo pesadillas, pensamientos e imágenes que me inundan constantemente, cuando veo algo que me recuerda a él, pierdo el control y entro en un estado de pánico horrible, incluso a veces puedo sentir su aliento caliente sobre mi cara. Cuando oigo una cerradura, mi cuerpo empieza a temblar e incluso a veces sigo meándome encima del miedo... Es como si todavía estuviera viviendo en aquel maldito piso. No quiero salir de casa, nada me hace feliz... y lo peor de todo, soy consciente de que mis abuelos sufren mucho por mi culpa al verme en estas circunstancias. No quiero ser un lastre para ellos, no se lo merecen.

—Por eso piensas que la mejor solución es acabar con todo...

—Es la única manera de poder encontrar la paz que no tengo en esta vida.

Lucía no supo qué decir, ¿cómo podía consolar un alma rota cuando la suya también estaba hecha trizas? Las dos jóvenes siguieron cogidas de la mano acompañándose mutuamente en el silencio, en un intento en vano de reconfortar sus corazones heridos.

El fin de semana se le había pasado más rápido de lo que esperaba. El sábado por la mañana, aprovechando que el sol brillaba con fuerza sobre el cielo azul, los auxiliares de enfermería junto con unos monitores prepararon unas jornadas deportivas al aire libre, que consistieron en un mini torneo de fútbol que se disputó en la cancha privada, situada justo al lado de los jardines, unas jornadas de inicio al yoga en las zonas cubiertas de césped y unas sesiones de zumba que se bailaron bajo el porche de acceso al exterior. Al parecer, una vez al mes la institución tenía por costumbre organizar actividades de este tipo para fomentar un estilo de vida saludable en los pacientes. El ejercicio era fundamental en la recuperación del estado de ánimo y en paliar muchos efectos secundarios de la medicación que tomaban la mayoría de los internos, por lo que era un hábito que pretendían instaurar lo antes posible. Por la tarde pasó un rato con Nerea y luego recibió a sus padres con una actitud más serena y calmada. A pesar de la angustia que le causaba hablar de su condición mental, compartió con sus padres las conclusiones a las que había llegado en los últimos días, y comprobó el alivio en sus rostros. Era como si en cada visita hubieran estado esperando que el milagro se diera. Al anochecer, hizo el recuento del día e inevitablemente, como cada noche, se durmió pensando en Gabriel. El domingo fue un día más tranquilo, por la mañana bajó con Nerea a la sala de juegos y echaron unas partidas a las cartas y al parchís, luego comieron juntas y por la tarde vieron dos películas que proyectaron en la biblioteca. A pesar de que las horas avanzaban muy lentamente en aquel edificio, pasarlas en compañía ayudaba muchísimo. Antes de dormirse sintió la decepción de no haber recibido la visita de Sofía, pensaba que iría a verla aquella tarde tal y como le dijo la última vez que se vieron, a pesar del dramatismo de la despedida. Solo esperaba que no hubiera desaparecido de su vida otra vez, después de perdonarla y haberle permitido quedarse de nuevo. Curiosamente, también echó de menos a Daniel, hacía un par de días que no lo veía y era como si le faltara algo. Apenas lo conocía, pero sus encuentros clandestinos de media noche o de madrugada la habían reconfortado en más de una ocasión, a pesar de que en otras la habían dejado sumida en la más absoluta confusión. Ahora se daba cuenta de que Daniel había sido su bote salvavidas allí dentro. Era extraño, pero en lo más profundo sabía que su presencia no era una coincidencia. Cuando sintió que los ojos se le empezaban a cerrar, se recostó de medio lado y se dejó vencer por el cansancio

perdiéndose en los ojos negros que la enamoraron una vez.

Nunca olvidará el día que cumplió su tercera semana de ingreso. Después de desayunar y camino al jardín se encontró a Nerea en la planta principal con la maleta en la mano. Se iba. Su única amiga en aquella institución de locos se marchaba y se quedaba sola otra vez.

—¿Te ibas a ir sin despedirte? —apretó la mandíbula para contener el llanto.

—Lo siento, Lucía. Yo... no quería hacerlo más difícil.

—Entiendo —su voz se ahogó poco a poco.

Las dos jóvenes se miraron profundamente a los ojos tomando conciencia de lo que habían significado la una para la otra allí dentro y sabiendo que aquella amistad había sido más profunda y sincera que muchas otras que duran o se gestan en años. Ni el paso del tiempo ni cualquier distancia borrarían la presencia de aquellos corazones heridos, unidos por el drama que la vida les había hecho vivir.

—Escúchame Lucía, tu historia no termina aquí. Prométeme que harás lo posible por recuperarte y que vas a salir de esta. No te rindas, confía en tus instintos —un escalofrío le recorrió la espalda, eran las mismas palabras que un día le dijo Gabriel—. Sé fuerte por las dos.

—¿Por qué me dices eso, Nerea?...

—Estoy segura de que te esperan muchas cosas buenas cuando salgas de aquí. Disfruta, vive cada día con la mayor intensidad haciendo aquello que te haga feliz. No dejes de hacer todas aquellas cosas que deseas y, sobre todo, lucha por tus sueños. Que esta experiencia no sea un obstáculo sino el impulso de hacer algo importante con tu vida.

—No hables así, ¿quieres? Todo lo que acabas de decir será nuestro propósito. Cuando salga de aquí te prometo que iré a buscarte y empezaremos una nueva vida juntas —le dijo titubeando por la emoción contenida. Pero la sonrisa cansada de aquel rostro sin ilusión y el sutil movimiento, seguramente inconsciente, con el que la cabeza de Nerea negaba aquellas afirmaciones le bastaron para saber que aquello era una despedida definitiva, que ya no volvería a verla nunca más. El consuelo y la paz que Nerea necesitaba no se encontraban en el mundo de los vivos.

Ambas se abrazaron lo más fuerte que pudieron y se miraron una última vez. Luego Nerea recogió su equipaje del suelo, se dio la vuelta y sin mirar atrás, abandonó aquellos muros para siempre.

Mientras sus ojos llorosos miraban la oscuridad del cielo, su mente solo podía proyectar la figura de su compañera alejándose poco a poco. Era incapaz de aceptar el destino que buscaba con tanta insistencia y convicción, tenía que haber otra salida en la que hubiera un final feliz para ella. Solo esperaba que en el último momento la voz de su conciencia le susurrara en el oído que también había esperanza a pesar del camino tan duro que había recorrido. Se negaba a creer que la vida de alguien tan joven solo pudiera albergar tristeza y horror y que llegara a su fin con un final tan injusto.

—¿Alguna novedad que contarme?

Esperaba con impaciencia escuchar su voz. No estaba segura si hoy lo vería porque llevaba un par de días sin venir a trabajar, por lo que notar su presencia bajo el umbral de la puerta era lo mejor que le había pasado en aquella horrenda jornada. Se dirigió a la cama donde se sentó con las piernas cruzadas sobre las mantas de lana apelmazada e invitó a Daniel a que la acompañara.

—Nerea se ha marchado.

—Lo sé, me lo han notificado en el cambio de turno.

—¿Cómo es posible que le hayan dado el alta? Sigue sin estar bien, Daniel. ¿Sabes qué es lo próximo que va hacer?

—Yo tampoco lo acabo de entender, pero la única opinión que cuenta es la de su médico.

—Menuda panda de inútiles —dijo asqueada—. Acaban de dejar libre a una suicida en potencia. ¿Por qué no la ponen en tratamiento psicológico intensivo? —se levantó de un salto enfurecida.

—Lamentablemente no tenemos tantos recursos. Como mucho podría haberse quedado ingresada unos meses más en la unidad de subagudos y luego pasar al hospital de día hasta que empezara a encontrarse mejor.

—¿Y por qué no lo han hecho? —preguntó indignada mientras caminaba de un lado para otro.

—Porque ha pedido el alta voluntaria.

—Yo también la pedí y no me la quisieron dar —le reprochó.

—En tu caso es distinto, la autorización de tu ingreso la tramitó un juez. En el caso de Nerea fueron sus abuelos y ella misma.

—¿Cómo es posible que su médico no la haya dejado más tiempo aquí? No lo entiendo —negaba con la cabeza.

—Todo depende de las valoraciones que haya hecho durante su ingreso y

estas son confidenciales, por lo que no puedo darte una respuesta.

—Daniel, la próxima vez no fallará. No va a permitirse fracasar de nuevo —la voz se le rompió de la angustia.

—Seguramente tienes razón. Es algo realmente triste, pero tienes que entender que hay algunos pacientes que no tienen ninguna motivación para seguir viviendo y lo único que desean es encontrar paz en su tormento, y por mucho que te esfuerces en buscar las palabras mágicas o en hacer lo imposible, sirve de poco —tragó saliva mientras su rostro se perlaba de gotas de sudor.

—Parece que es un tema que conoces bien. ¿Has tenido alguna experiencia con este tipo de pacientes?

Daniel miró a un punto fijo en el espacio y mientras guardaba silencio afirmó con la cabeza. Luego añadió:

—Cuando se proponen poner punto y final a su vida no paran hasta conseguirlo. Su angustia y sufrimiento es más poderoso que el amor que puedan sentir por cualquier persona. De hecho, un alto porcentaje de enfermos mentales acaban suicidándose, aunque no se hable de ello, pero es un gran problema con el que la psiquiatría tiene que lidiar y sobre todo mejorar actualmente.

—Lo siento —dijo Lucía—. Me imagino que debió de ser un golpe duro para ti enterarte de la noticia. Con lo que te entregas a tus pacientes, seguro que lo sentiste muchísimo.

—Fue más que eso —musitó.

—¿Quieres hablar de ello?

—En otro momento —sonrió tristemente—. Se ha hecho tarde y tienes que descansar.

—Está bien. ¿Te veré mañana? —le preguntó. Las noches eran mejores cuando él recorría los pasillos y sentía su presencia. Era como su ángel de la guarda.

—Sí. Ahora descansa.

Lucía se metió entre las sábanas y por primera vez en muchos años rezó un padrenuestro por el alma de Nerea.

Mientras esperaba sentada con las palmas de sus manos aprisionadas entre sus piernas y la silla, recorrió de nuevo aquellas paredes ennegrecidas y desnudas que tan bien se conocía. No se acostumbraba a sentirse observada por el rostro suplicante de la Virgen María que se dibujaba en el único cuadro de aquella pequeña estancia, ni por la cara sonriente del niño Jesús que sostenía en sus cálidos brazos.

Cuando la puerta se abrió, dio un respingo hacia el respaldo del asiento haciéndolo crujir por la presión que ejerció al echarse para atrás, presa de la angustia al volverse a cruzar con la mirada ida de Almudena, hacía muchos días que no la veía por el edificio y aquel reencuentro repentino le pilló desprevenida. Cuando la interna pasó por su lado, masculló unos buenos días y abandonó la sala de espera cerrando cuidadosamente la puerta tras de sí.

—Pasa, Lucía —la doctora Sasaín acompañó sus palabras dirigiendo el brazo hacia el interior del despacho. Ambas tomaron asiento y al cabo de un par de minutos empezaron con la entrevista de rutina—. Desde enfermería me han comentado que en la última semana han visto un cambio muy favorable en ti, los partes indican que estás más tranquila, calmada y colaboradora, ¿estás de acuerdo con estas valoraciones?

Lucía afirmó con la cabeza mientras llevó la mirada hacia la ventana.

—Me alegro, sin duda alguna son muy buenas noticias. La próxima semana hará un mes que estás ingresada en la unidad y me preocupaba no ver ningún progreso. ¿Podrías explicarme cuál es tu opinión ahora, es decir, en este momento, sobre el hecho de estar aquí?

Lucía tomó aire, lo dejó salir de un soplido y clavó su mirada en la de la mujer que esperaba tranquila su respuesta.

—Creo que el estrés laboral al que he estado sometida en los últimos meses me ha jugado una mala pasada.

—¿De qué manera? —necesitaba confirmar que Lucía era consciente de su estado y de sus síntomas. Era imprescindible para una buena evolución y adherencia farmacológica, así como un criterio indispensable para empezar a plantearse la posibilidad de darle el alta hospitalaria.

—Ha favorecido que estuviera más nerviosa, inquieta y que tuviera sensaciones y pensamientos... —hizo una pausa. A aquellas alturas todavía le costaba y le dolía en lo más profundo admitir la inexistencia de Gabriel— engañosos —dijo al fin.

—¿Con eso quieres decir que eres consciente de que no había nadie que te vigilara y te siguiera?

Otro movimiento de cabeza respondió afirmativamente a la pregunta.

—Y con relación a Gabriel, ¿sigues creyendo que es real?

Escuchar su nombre era suficiente para erizarle la piel. Sus ojos empezaron a humedecerse por la anticipación de la respuesta que estaba a punto de dar.

—Esa es la parte que más me cuesta asimilar. Aceptar que Gabriel es solo un producto de mi imaginación es algo sumamente doloroso para mí, porque en lo más profundo siento que esa historia ha sido tan real, tan auténtica...—calló. No quería proporcionarle más detalles no fuera a darle pie a que pensase que todavía seguía igual de loca. Quería salir de allí lo antes posible y la única manera era hacerle ver que ya estaba recuperada—. Pero entre mis familiares y los profesionales de aquí me habéis ayudado a entender que él no deja de ser un síntoma más, quizás el más grave de todos. Por lo tanto, respondiendo a su pregunta... —tragó saliva y se engulló las lágrimas—, Gabriel no es real.

La psiquiatra se quedó observando a Lucía valorando sus respuestas, luego hizo un par de anotaciones y añadió:

—Creo que has hecho un gran avance, Lucía. Soy consciente de lo duro que ha sido este camino para ti y lo difícil que se te ha hecho estar aquí ingresada. Como bien dices, el delirio de Gabriel es uno de los síntomas más graves que presentas y hasta que no lo tengamos más controlado no es aconsejable que dejes el hospital, más que nada, para evitar una recaída y que tengas que regresar. Lo que voy hacer es aumentarte la dosis del antipsicótico y voy a recetarte otro fármaco corrector para paliar los posibles efectos secundarios, ¿de acuerdo?

—¿De qué efectos estamos hablando? No quiero volver a sentirme somnolienta y embotada el día entero porque apenas puedo pensar, y qué decir de estar constantemente babeando a la mínima que hablo. Me niego rotundamente a volver a ese estado.

—Ya lo sé, por eso voy a recetarte la nueva medicación. No obstante, ya sabes que a veces cuesta acertar con la dosis. En el caso de que te sientas muy adormecida o presentes algún síntoma nuevo, no dudes en comentarlo con enfermería, ¿te parece bien?

—Si funciona ¿podré irme a casa?

—Si respondes adecuadamente y no surge ningún imprevisto, nos

plantearemos hablar del alta para que puedas irte a tu casa y también deberemos hablar de algunos cambios que deberás hacer en tu vida.

—¿Cambios? —preguntó desconcertada— ¿Qué cambios?

—Como bien has dicho, el estrés ha sido un factor crítico que ha propiciado la aparición del episodio psicótico, con lo cual, a partir de ahora debes plantearte llevar una vida más tranquila si no quieres correr el riesgo de recaer, y en tal caso, no sería buena señal dado que se podría agravar, e incluso, cronificar la enfermedad. Algunas recomendaciones que te sugiero es que busques un trabajo con menos responsabilidad, que vuelvas a casa de tus padres durante un tiempo para estar acompañada y que participes en algún grupo terapéutico. En el hospital ofrecemos sesiones semanales a las que puedes asistir gratuitamente y son de gran ayuda los meses posteriores al alta.

Lucía suspiró cansada. Todavía no había salido de allí y ya tenía que pensar en construir una vida nueva. Una vida que no se le antojaba en absoluto satisfactoria porque se iniciaba desde la renuncia y el retroceso de aspectos profesionales y personales, con los que hasta ahora se había sentido plena y feliz. Una vida basada en la rutina y la monotonía diaria, para evitar preocupaciones inesperadas que pudieran desequilibrar de nuevo su mente enferma y, sobre todo, una vida en la que ya no habría amor para nadie especial porque su corazón se lo había llevado Gabriel. Siempre le pertenecería.

—Lucía, ¿me estás escuchando? —la sacó de sus pensamientos la psiquiatra.

—Sí

—¿Qué piensas al respecto?

—Haré lo necesario para no tener que volver aquí nunca más, se lo aseguro. Si usted cree que hacer todos estos cambios en mi vida me va a ayudar, así lo haré — ya vería en qué medida los llevaría a cabo.

—Está bien. Antes de marcharte, ¿quieres comentarme alguna cosa más o necesitas que te aclare algo de lo que hemos hablado?

Lucía se puso en pie mientras negaba con la cabeza. Con un poco de suerte su estancia en aquel loquero estaba llegando a su fin.

La misma estancia de un blanco impoluto y cegador se hizo paso en mitad de un sueño que, hasta el momento, había estado carente de contenido. A diferencia de la vez anterior, Lucía pudo contemplar un enorme reloj de madera en cuyo interior colgaba inmóvil un enorme péndulo dorado y cuyas manecillas giraban apresuradamente en contra de su dirección natural como si marcaran una cuenta atrás. Poco a poco, la luz brillante que inundaba aquel lugar se fue haciendo cada vez más tenue, excepto en una pequeña franja cuyo perímetro delimitaba una extensa columna frente a ella, donde apareció la silueta de Gabriel.

—El tiempo se acaba —dijo con voz apagada mientras sus ojos negros miraban las agujas moviéndose a toda velocidad.

—Lo siento —dijo ella—. Siento haberte fallado. Lo he intentado con todas mis fuerzas, pero... no he podido conseguirlo —los ojos se le empezaron a humedecer cuando vio su rostro desolado.

—Yo también lo siento preciosa.

—Gabri, yo...

—Perdóname —musitó—. Perdóname por no haber cumplido mi promesa. Estaba dispuesto a darte mi vida, Lucía. No deseaba otra cosa que hacerte feliz.

—Si tanto lo sientes y tanto me quieres, ¿dónde diablos estás? Porque esto es una puta locura —le reprochó mientras apretaba las mandíbulas enfurecida por la impotencia.

—No lo sé, todo es muy confuso. Es como si estuviera en todos los lados, pero al mismo tiempo en ningún sitio. Yo...

—Cállate, por favor. No puedo seguir con esto —lo interrumpió—. Dios mío —sollozó mientras sus manos desesperadas se arrastraban por su cara—. No puedo más, Gabri, estoy tan cansada, no me queda nada, estoy vacía por dentro...

—Lo sé, y no sabes cuánto me duele verte así. Pero tienes que ser fuerte, ¿me oyes? No puedo irme sin que sepas la verdad. Lucía, mírame —le ordenó — prométeme que aguantarás un poco más, por favor, hazlo por ti, por mí, por nosotros —le suplicó.

—¿Qué verdad, Gabri? —sollozó exasperada.

—El motivo por el cual no estoy contigo.

—¿Qué?

—¿Recuerdas una vez que te dije que confiaras en tus instintos?

Lucía asintió con la cabeza mientras las lágrimas le resbalaban a borbotones por las mejillas.

—Ahora es uno de esos momentos en los que debes confiar en ellos. Cada vez estamos más cerca.

—¿Más cerca de qué?...

—Aguanta un poco más, te lo suplico.

Y mientras Lucía escuchaba esa última petición, Gabriel se desvaneció entre la oscuridad que se lo volvió a tragar todo.

Los siguientes días fueron tan horribles como los primeros en los que llegó, con la única diferencia de que ahora los locos ya no le daban miedo porque desgraciadamente, y muy a su pesar, ella pertenecía a ese penoso colectivo. Sin la compañía de Nerea, retomó su vieja costumbre de guarecerse sola bajo el sauce llorón, esperando en silencio que las horas interminables agotaran el día y su mente confundida pudiera perderse en sueños vacíos donde no pudiera sentir el dolor de su alma. El último sueño en el que se le apareció Gabriel la llevó a un estado de tal desconcierto que sentía que la poca razón que le quedaba se había desvanecido con él. Se lo había arrebatado absolutamente todo, sus ilusiones, sus esperanzas, su corazón y su cordura. La súplica de que resistiera la tenía sumida en una angustia tan profunda que la arrastraba todavía más a un abismo de desesperación insoportable. Una parte de ella le recriminaba que no le fallara ni lo defraudara porque cuando amas realmente a alguien no lo abandonas a su suerte, pero ¿cómo iba a decepcionar a alguien que solo existía en su mente trastornada? ¿Y si esos sueños tenían algún significado o intentaban decirle algo? ¿Y si estaban todos equivocados menos ella? Ya no estaba segura de nada, ni siquiera podía confiar en ella misma porque había perdido completamente el control de su vida, era como un barco a la deriva que termina naufragando en un mar donde cada ola representaba lo irreal y lo fantástico, arrastrándola sin piedad a ningún lugar.

Para colmo, Sofía había vuelto a desaparecer. La única persona capaz de mostrarle la realidad que a ella se le escapaba se había largado para no volver. Ahora lo sabía. Su trabajo, seguramente a petición de sus padres, había concluido. Le había escupido en la cara la verdad de una manera sincera y cruel y ahora le tocaba a ella lidiar y sobreponerse sola a su lamentable situación. No le extrañaba que en el mundo judicial la apodaran la “apisonadora”, ella misma acababa de experimentar en primera persona que no quedaba absolutamente nada en pie tras sus despiadados pasos. Eso es lo que tiene la vida, que siempre te depara sorpresas que nunca te esperas. Si eres afortunado, te muestra un camino de éxito y felicidad, pero si estás en el grupo de los desdichados, como era su caso, ya podías prepararte para lo impensable. Hacía tres años le arrebató de la manera más desalmada al hombre que creía que era el amor de su vida sumiéndola en un estado depresivo del que le costó casi dos años reponerse, bueno, eso es lo que pensaba. Ahora era consciente de que nunca se recuperó de aquella

experiencia y que para poder lidiar con sus infelices días, su mente la había transportado a una realidad paralela donde poder sanar aquella herida. Desafortunadamente, ese camino todavía había sido peor. Ya no solo era infeliz, sino que ahora se sentía más abandonada y decepcionada que nunca por aquellos que un día significaron algo en su vida. En eso Daniel tenía razón, tristemente, la locura te excluye de una manera despiadada de la sociedad, te convierte en un monstruo peligroso a los ojos de los ignorantes a causa de los falsos prejuicios, te hace invisible en un mundo donde solo se valoran las formas y los colores más bonitos porque la imperfección no tiene cabida. Tenía que hacerse a la idea. A partir de ahora le tocaría sentarse en la silla dispuesta al final de la sala en la que tendría prohibido molestar. Era jodidamente duro aceptar aquello.

El miércoles por la mañana de su quinta semana de ingreso sería la penúltima vez que vería a la doctora Sasaín en su impoluto y ordenado despacho. Cuando entró separó torpemente la silla de la mesa y tomó asiento abandonando sus manos temblorosas sobre su regazo.

—No puedo vivir así —sollozó—. Míreme... —Lucía alzó lentamente las manos a la altura de los ojos y le mostró los movimientos descontrolados que las sacudían en todas direcciones.

—Es un efecto secundario del antipsicótico, Lucía. Se denomina parkinsonismo — carraspeó—. Soy consciente de que es muy desagradable y molesto, pero vamos a intentar disminuirlo aumentando el corrector.

—¡No! —sentenció—. No quiero continuar así.

—Has de tener un poco de paciencia, ¿recuerdas que te dije que a veces cuesta encontrar la dosis adecuada? Es lo que nos está pasando, pero ya verás cómo en pocas semanas estás mejor.

—¡Semanas! —rompió a llorar—. Ya no puedo más, esto es una pesadilla, quiero que se acabe, por favor, solo quiero que se acabe de una vez —rogaba una y otra vez con el rostro escondido entre sus manos.

—Escúchame, necesito que te calmes, ¿de acuerdo? Encontraremos una solución. Aparte de los temblores, ¿notas algún síntoma más?

—Estoy más inquieta y nerviosa —balbuceó—. Es como si tuviera un motor dentro de mí que me impulsa a moverme continuamente.

—Entiendo —anotó en el ordenador—, es otro síntoma adverso producido por el aumento de la dosis.

—Vuelvo a tener la boca muy pastosa y ya ve que hablo como si fuera

gangosa otra vez —añadió.

—Sí, lo he notado. ¿Algún otro síntoma?

Lucía negó con la cabeza mientras se sorbía los mocos.

—Ahora necesito que seas completamente sincera conmigo, ¿de acuerdo? Es muy importante que me respondas con total sinceridad. ¿Sigues teniendo la sensación de que Gabriel es real, que tu historia con él fue auténtica?

Lucía volvió a romper a llorar, ¿cómo no iba a creerlo si incluso se le aparecía en sueños, si cada vez que pensaba en él su corazón empezaba a latir como un caballo desbocado y su piel se erizaba de la emoción? Pero había llegado a un punto en el que ya no podía vivir más en aquel infierno, en el que sentía cómo poco a poco se iba apagando por dentro, en el que preferiría morir a vivir en aquellas condiciones, pensamiento que a su vez le aterraba. Y con todo el dolor de su corazón asintió con la cabeza.

—Llegados a este punto en el que ya hemos comprobado que con la medicación no podemos estabilizar tu síntoma más grave y en el que cada día estas peor de ánimo, voy a proponerte otro tipo de terapia.

—¿Otra terapia? —preguntó confusa.

—Sí, es una terapia que, aunque está indicada principalmente para pacientes con depresión muy grave, también es muy útil en casos como el tuyo, es decir, en pacientes con delirios persistentes que no desaparecen con los fármacos. Antes de explicarte en qué consiste, quiero decirte que esta terapia es muy segura, y que muestra resultados muy eficaces de manera relativamente rápida.

—¿Y por qué diablos no me la ha propuesto antes? —le reprochó.

—Porque antes de aplicarla hemos de estar seguros de que el paciente cumple con unos determinados requisitos, si no, no es aconsejable administrarla.

—Entiendo, ¿y en qué consiste? ¿Debo tomar otros fármacos, hacer sesiones con el psicólogo?

—No, te propongo iniciar sesiones de terapia electroconvulsiva, que consiste en administrar de forma controlada descargas eléctricas en el cerebro mediante la utilización de unos electrodos.

Los ojos de Lucía se abrieron como platos

—¿Quiere freírme el cerebro? —pronunció asustada.

—En absoluto, como te he dicho antes es una terapia muy segura y eficaz que se utiliza desde hace muchos años. Si no fuera así, te aseguro que estaría completamente prohibida.

Lucía se quedó pensativa unos minutos ¿estaba dispuesta a someterse a semejante barbaridad?

—¿Duele? —preguntó preocupada.

—Ni lo vas a notar. Esta terapia se aplica bajo sedación general, con lo cual, no vas a enterarte de nada. Además, antes de bajar a la sala de administración te daremos un relajante muscular para que estés más tranquila.

—¿Me puede garantizar que con esta terapia voy a mejorar? —ahora le temblaba todo el cuerpo, estaba completamente horripilada con aquella propuesta.

—Desgraciadamente no puedo asegurarte nada, todo depende de cómo reaccione tu cerebro a los electroshocks. Pero teniendo en cuenta la situación médica en la que te encuentras, ¿qué pierdes por intentarlo? En el peor de los casos, no observaremos ninguna mejora en tu estado, en cambio, si respondes al tratamiento, te garantizo que habrá una diferencia considerable.

—En el caso de que aceptara, ¿cuándo empezaría?

—Este mismo viernes. Piensa que se deben aplicar entre seis y doce sesiones, como mínimo tres veces por semana, por lo que cuanto antes empecemos, mejor.

—Eso es mucho tiempo —musitó.

—Lo sé, pero es la única alternativa que nos queda y confío plenamente en ella.

—Después de la terapia, ¿me habré olvidado de Gabriel? —el corazón se le encogió.

—Puede que sí o puede que no. Pero en el último caso dejaría de afectarte de la manera como lo hace ahora.

Lucía perdió su mirada en las baldosas del suelo mientras su mente ralentizada procesaba toda la información que acababa de escuchar.

—Necesito pensarlo, —dijo al fin.

—Está bien. Mañana volveremos a reunirnos y me dices qué has decidido. Llamaré a tus padres para comentarles personalmente esta alternativa, es importante que estén informados y que lo habléis en familia esta tarde.

Cuando cerró la puerta tras de sí, una arcada la amenazó con vomitar el desayuno.

Aquella noche contempló la oscuridad del exterior desde la cama, los temblores eran tan continuos y descontrolados que tenía miedo de perder el

equilibrio y caerse de bruces. Su pensamiento no hacía más que proyectarle la espeluznante imagen de verse tendida en una camilla con las muñecas y los tobillos atados, un palo entre los dientes y convulsionando con cada descarga eléctrica propiciada por diversos electrodos dispuestos por su cabeza conectados a una máquina de estimulación. Sin duda alguna, parecía una escena sacada de una película de terror. ¿Cómo iba a someterse a semejante terapia? Solo de pensarlo el miedo le subía desde el estómago hasta el pecho oprimiéndole la respiración. Sus padres le habían aconsejado que no dejara escapar la última oportunidad que le quedaba para poder empezar a mejorar, si no lo quería hacer por ella, al menos, que fuera valiente por la familia. Aunque el tono que utilizaron delató cierta amenaza, no se lo tomó a mal, entendía perfectamente que estuvieran agotados de aquella situación tan patética y, como cualquier padre, nada más escuchar la propuesta de la doctora Sasaín se aferraron a aquella pequeña esperanza.

—Estás muy pensativa esta noche —la voz de Daniel rompió el silencio de la habitación.

—Tengo que tomar una decisión muy importante y no sé qué hacer —respondió con la voz cansada—. Esta mañana la doctora Sasaín me ha propuesto probar la terapia electroconvulsiva.

—Y me imagino que estás asustada.

—En parte sí, no es muy alentador imaginarte tendida en una camilla mientras alguien te achicharra el cerebro —puso los ojos en blanco.

—Pero eso no es lo que te hace dudar ¿verdad?

—¿Cómo la sabes? —frunció los labios.

—Te conozco, eres una mujer valiente y decidida, Lucía. No creo que someterte a unos simples chispazos te amedrente tanto como para estar tan preocupada. Así que dime ¿qué te tiene tan intranquila?

—No sé si quiero olvidarme de Gabriel. Ya sé que parece una locura porque justo por su causa estoy aquí encerrada viviendo esta pesadilla, pero al mismo tiempo, me ha hecho tan feliz, lo sigo amando tanto que me aterra despertar una mañana y que haya desaparecido para siempre. Como si nunca hubiera existido.

—Esa es una posibilidad entre otras muchas —le explicó—. Quizás nunca desaparezca, simplemente cuando pienses en él no te sentirás tan angustiada y desesperada, y podrás perderte en su recuerdo desde un estado más tranquilo y sosegado.

—¿Crees que eso es posible? —las lágrimas empezaron a resbalarle

por las mejillas heladas del frío.

—Sí, lo pienso. Pero déjame que te haga una pregunta ¿crees que vale la pena vivir una vida de tanto tormento y sufrimiento por alguien?

Lucía negó con la cabeza.

—¿Y si fuera real? —preguntó ella.

—¿Cambiaría algo? ¿Estarías dispuesta a sacrificar tu propia felicidad por alguien que no hace otra cosa que hacerte sufrir?

Volvió a negar.

—Entonces ya tienes la respuesta a tu duda.

Lucía cerró los ojos y asintió con la cabeza. Necesitaba recuperarse a sí misma y es justo lo que iba hacer.

El tic tac del péndulo dorado, que se balanceaba al ritmo de las manecillas de la esfera que rodaban en sentido contrario, era el único sonido que se escuchaba en aquella estancia limpia e impecable junto a la respiración profunda de Gabriel. Sus ojos negros, cansados y apagados, alternaban la mirada entre aquel instrumento que indicaba el poco tiempo que les quedaba y el rostro de Lucía que lo miraba con ternura.

—Apenas queda tiempo para que todo termine —dijo él con la voz temblorosa.

—Lo sé —contestó ella con dulzura.

—No quería irme así, sin que supieras la verdad.

—Puedes irte tranquilo, por fin lo he comprendido todo.

—No, Lucía. No lo entiendes...

—Intentaste salvarme y siempre te estaré agradecida por ello. Ahora necesito recuperarme, encontrarme a mí misma y empezar de nuevo.

—Oh, Lucía —se le rompió la voz— te quiero tanto que hasta me duele —se llevó una mano al pecho—. Has sido el mejor regalo que la vida ha podido darme, conocerte ha sido la mejor experiencia de mi vida. Siento no haberte podido hacer más feliz, siento no haber podido cumplir mi promesa de quedarme a tu lado. Si pudiera volver atrás, te amaría todavía más.

—Yo también te quiero, Gabri, más que a nada y a nadie en el mundo. Me has hecho sentir de nuevo sensaciones que creí que habían muerto en mí, me has devuelto la ilusión de querer vivir y ser feliz, de valorar el regalo de la vida. No desearía otra cosa que despertarme de este sueño y saber que estás esperándome, sabe Dios que lo dejaría todo por ti. Pero sé que eso nunca va a ocurrir porque solo estás vivo en mi mente y en mi corazón y esa realidad es insoportablemente dolorosa.

Gabriel negaba con la cabeza con los ojos anegados en lágrimas.

—No digas eso, Lucía, no nos los merecemos. Lo nuestro ha sido tan real y tan auténtico como lo son las estrellas que iluminan el firmamento cada noche. Por eso solo puedo llevarme tanto amor de ti.

Lucía sonrió con tristeza mientras dejaba que las lágrimas saladas le recubrieran los labios y extendía la mano hacia él posándola sobre su rostro.

—Lo que más me entristece es no haber podido verte una última vez, no sabes lo que daría por sentir tus dedos suaves sobre mi piel acariciándome... —añadió él—. Ni siquiera he tenido la oportunidad de decirte adiós y no

sabes cuánto me duele.

—Shhh... todo está bien, no te preocupes por eso —musitó ella—. Podemos despedirnos ahora.

Gabriel apretó fuerte la mano de Lucía contra su mejilla y cerró los ojos dejándose envolver por aquel momento.

—Adiós preciosa. Ojalá hubiera sido de otra manera.

—Adiós Gabri. Aunque mi mente no te recuerde, sé que lo hará siempre mi corazón.

—¿Harías una última cosa por mí? —le dijo mirándola profundamente a los ojos.

Lucía asintió con la cabeza mientras sentía la congoja de su alma rota clavada en la garganta al comprender que sería la última vez que se perdería en aquellos ojos negros.

—Haznos eternos, Lucía. Cuenta nuestra historia, haz saber al mundo lo mucho que nos amamos y cómo nuestro amor ha sido tan profundo y sincero que incluso ha podido traspasar las fronteras de esta vida. Te quiero Lucía, allí donde vaya te estaré esperando.

Y mientras intentaba comprender aquellas últimas palabras, Gabriel le sonrió por última vez y se desvaneció entre sus manos.

Su última reunión en Oltarshed y asociados estaba a punto de empezar, aunque ella era la única que lo sabía. El viernes, antes de terminar su jornada laboral, iría al despacho del que todavía era su jefe y le informaría de que ya no volvería más a la oficina. Ya se había encargado de dejarlo todo bien cerrado y preparado para quien fuera a tomarle el relevo. Al menos quería irse con las cosas bien hechas. Como le quedaban tres semanas de vacaciones, había pensado en disfrutarlas bien merecidamente antes de incorporarse a su nuevo trabajo. Quizás un par de semanas en el Caribe a tumbarse al sol y beber mojitos sin tener otra preocupación era lo que necesitaba en ese momento, aunque hacer un recorrido por los fiordos noruegos también le resultaba muy apetecible. Otra opción era coger una mochila e irse a recorrer la India, había leído que aquel viaje transformaba a las personas y ella necesitaba reencontrarse de nuevo consigo misma. <<No te agobies ahora, todavía tienes unos días para decidir>>, se hablaba mentalmente.

Mientras Martín se exhibía delante de los allí presentes poniéndolos al día de sus éxitos, Sofía, bolígrafo en mano y sin prestarle la más mínima atención, garabateaba la primera hoja del bloc de notas que le habían dejado sobre la mesa con el logotipo de la empresa arriba a la izquierda. Luego le llegó el turno a Mateo Oltarshed, el director del bufete, pero ella se mantuvo en su línea de pasotismo e indiferencia. Ya no les debía absolutamente nada después de haberla decepcionado como lo habían hecho. Mientras su cabeza deambulaba de un pensamiento huero a otro, el sonido de la vibración del móvil que descansaba sobre la mesa robusta de madera la sacó de su aburrimiento, Sofía levantó el dispositivo para alcanzar a ver la pantalla y lo silenció. Luego le devolvería la llamada. Unos segundos más tarde el mismo sonido llamó la atención de los asistentes. Lo siento —se disculpó— y volvió a silenciar el teléfono. A la tercera llamada seguida, empezó a inquietarse, Liam nunca era tan insistente a no ser que tuviera algo urgente que decirle. Lo más discretamente que pudo abrió la aplicación del WhatsApp y le escribió un mensaje de texto: <<Estoy reunida. Te llamo en cuanto pueda>>. Únicamente recibió un “ok” como respuesta.

Cuando llegó su turno, cogió el puntero y llevó a cabo una presentación clara y concisa, en resumen, perfecta, como siempre. Los halagos por parte de Martín y compañía le entraron por un oído y le salieron por el otro, de nada le servía que la elogiaran delante de todos los allí presentes si luego, a la hora

de la verdad, los ascensos se quedaban en mera palabrería. Ella quería más, y allí no lo iba a conseguir.

—¿Podemos hablar un momento? —una mano la retuvo del brazo en el pasillo nada más terminar la reunión.

—Estoy ocupada, lo siento.

—Sofía, por favor, necesito hablar contigo — suplicó Martín.

—Pero yo no tengo nada que decirte.

—Cena conmigo esta noche.

Sofía dejó salir una risa de circunstancia.

—Déjame a ver si puedo ser más clara —se aclaró la garganta— se acabó, Martín. Aquí y ahora se termina esta relación de mentiras y engaños. Ahora si me disculpas, tengo trabajo que hacer. Y tú deberías llamar a tu mujer para decirle que llegarás a cenar.

Sus palabras sonaron tan frías y contundentes que él no se atrevió a seguirla. Y mientras Sofía se encaminaba hacia el despacho, sintió por primera vez en mucho tiempo que se liberaba de una pesada carga. <<Debería haberlo hecho hace tiempo>>, pensó.

Antes de sentarse de nuevo, cogió el móvil y marcó el número del detective privado de Oltarshed y asociados mientras contemplaba la arboleda de la Diagonal.

—Hola Liam, ¿alguna novedad sobre la información que te pasé? —es lo primero que le preguntó.

—...

—¿Estás seguro de lo que me estás diciendo?

—¡Joder! —palideció.

Todo estaba dispuesto para empezar. Tendida sobre las sábanas blancas de la camilla suspiró y cerró los ojos para evitar ver al anestesista clavarle la afilada aguja de la vía que le iba a colocar en la vena de la parte superior de la mano, por donde iba a introducirle la anestesia que la iba a dejar fuera de juego por un buen rato. El dolor duró apenas unos segundos. Cuando volvió a abrir los ojos, la doctora Sasaín fue pegándole los electrodos humedecidos con un gel conductor sobre las sienes y algunos puntos del cuero cabelludo comprobando que estuvieran bien sujetos. A continuación, encendió la máquina de estimulación y le hizo un gesto de asentimiento a su colega dándole permiso para que empezara con la sedación. El único consuelo que le quedaba a Lucía era saber que cuando despertara no se acordaría de nada, ni siquiera de ese momento tan escalofriante, porque, tal y como le había dicho su psiquiatra la tarde anterior cuando le informó que se sometería al nuevo tratamiento, la terapia electroconvulsiva provocaba una especie de amnesia que borraba todos los recuerdos acontecidos antes y durante la sesión.

En el mismo instante que el líquido transparente empezó a correr por el tubo de plástico, unos golpes fuertes y secos retumbaron a través de la puerta. De pronto Daniel apareció pálido y sudoroso y se dirigió hacia la doctora Sasaín para susurrarle algo en el oído.

—Deténgase doctor Martín —ordenó la psiquiatra—. Ha sucedido algo —prosiguió con la cara compungida.

Los ojos de Lucía buscaron confundida a Daniel que la observaba nervioso y angustiado mientras le quitaban todos los artilugios del cuerpo.

—Lucía, acompáñame por favor —le ordenó la facultativa mientras la ayudaba a incorporarse.

Daniel se abalanzó sobre ella y la sujetó del brazo que le quedaba libre para que no se cayera. Cuando la hubo sostenido, la doctora Sasaín adelantó el paso mientras murmuraba frases inaudibles.

—Daniel, ¿qué ocurre? —preguntó con una enorme dificultad.

—No te pares, Lucía, sigue caminando.

—Con pasos torpes y cansados se fue arrastrando por los pasillos del pabellón hasta llegar al despacho de la doctora. Nada más cruzar el umbral de la puerta, la vio, de pie, con los brazos en jarras y mordiéndose los labios, la postura habitual que adquiriría cuando estaba realmente preocupada o nerviosa

por algo.

—¿Se puede saber qué demonios está pasando? ¿Qué haces aquí, Sofía?
—balbuceó mientras se le caía la baba por la comisura de los labios.

—Lucía, será mejor que te sientes —le recomendó la psiquiatra.

—No quiero sentarme —le espetó—. ¿Alguien me puede decir qué demonios está pasando?

La doctora Sasaín se apretó fuerte el entrecejo con los dedos y le pidió a Sofía que procediera a exponer las noticias que traía.

—Lo he encontrado, Lucía.

—¡Qué! —la miró perpleja.

—He encontrado a Gabriel.

De pronto, el tiempo se detuvo para Lucía junto con su respiración. Pocos milisegundos después unos pitidos agudos colapsaron sus oídos mientras un calor sofocante le subía desde la espalda hasta la nuca y sentía su cuerpo desplomarse.

—¡Lucía! —la cogió Daniel al vuelo—. Ven, siéntate.

—¿Dónde está? —preguntó cuando las fuerzas se lo permitieron.

La cara de Sofía, marcada por la preocupación y la ausencia inmediata de una respuesta, le hicieron saber que no esperara buenas noticias.

—Sofía, ¿dónde está Gabriel? Por favor, contéstame, necesito saberlo.

—En el hospital de Sant Pau.

El corazón le latía a tanta velocidad que le dolían hasta las sienas de los golpeteos incesantes y profundos que acompañaban a cada latido.

—¿Qué le ha pasado? ¿Está bien? —pero ya sabía la respuesta. Ahora empezaban a cobrar sentido muchas cosas.

—Necesito llevármela lo antes posible —le exigió Sofía a la psiquiatra que aguardaba sentada tras su mesa incrédula a todo lo que estaba presenciando—. ¡Doctora! —vociferó Sofía para sacarla de su estado ausente.

—Voy a preparar los papeles del alta. Los tendré listos en quince minutos. Daniel, acompaña a la señorita Agramunt a su habitación, que se vista y recoja sus pertenencias.

Mientras metía sus cosas en una bolsa de plástico con ayuda de Daniel, la cabeza no paraba de darle vueltas, intentando encajar cada una de las piezas de ese rompecabezas.

—Has sido tú ¿verdad? Tú le has pedido a Sofía que buscara a Gabriel —se detuvo de pronto mientras con un gesto seco lo cogió del antebrazo.

Daniel afirmó con la cabeza.

—¿Por qué? —quiso saber.

—Había algo en ti y en tu historia que no me encajaba con lo que estoy acostumbrado a ver aquí. Tenías razón, el cuerpo no mente. No mentiste en ningún momento, aunque te hicimos creer lo contrario, lo siento. Siento que hayas tenido que pasar por todo esto.

—Me has salvado de una buena, Daniel. Gracias.

Los ojos de Daniel se humedecieron al escuchar aquellas palabras.

—Gracias a ti, Lucía. Al menos he podido salvar a alguien —susurró. El silencio inundó por última vez aquella habitación.

—Ahora lo entiendo. Por eso eres tan atento con tus pacientes, intentas redimir a través de ellos una culpa que no te deja vivir tranquilo —lo miró con ternura—. Cuando aquella noche te dije que no me perdonaría fallar a Gabriel, sin darme cuenta toqué tu herida más personal, ¿no es así?

Daniel cerró los ojos y asintió.

—Y cuando me explicaste las razones por las cuales Nerea buscaba incesantemente ese trágico final, en el fondo me estabas explicando la historia de otra persona, ¿verdad?

—Mi madre se suicidó hace unos años —tragó saliva—. Sufría trastorno bipolar y en una fase depresiva se metió en la bañera, cogió una cuchilla y se cortó las venas. El estado melancólico en el que se encontraba desde hacía meses la arrastró a poner fin a todo. Tendría que haberlo intuido, tendría que haberlo sabido, pero no lo vi venir y es algo que nunca me perdonaré. No supe ayudarla, no estuve cuando más me necesitó. La echo tanto de menos —rompió a llorar como un niño. Era la primera vez que hablaba con alguien de aquel dolor desgarrador que le destrozaba el cuerpo y el alma.

—Ven aquí —Lucía lo abrazó con todas sus fuerzas. Era una verdadera lástima que la gran profesionalidad de Daniel escondiera una historia tan triste. Debería haber sido de otra manera.

—Chicos, tenemos que irnos —los interrumpió Sofía desde la puerta—. Ya tengo los papeles firmados —los zarandeó al aire.

Antes de abandonar aquel edificio por última vez, la doctora Sasaín la detuvo frente a las escaleras de la entrada.

—Lucía, no tengo palabras para describir lo que siento en este momento. Es la primera vez en todos mis años de experiencia que me ocurre algo así. Estaba completamente convencida de mi criterio profesional, pero está claro que me he equivocado contigo. Lo siento. Lo siento muchísimo.

—Solo hacía su trabajo. A partir de ahora escuche un poco más a sus pacientes, algunos tienen historias reales que contarle que justifican claramente sus síntomas. Ahora si me disculpa, tengo prisa.

Y con un apretón cordial de manos se despidió de aquella mujer dejando detrás de sí aquel pabellón centenario protegido por elevadas paredes impregnadas de locura.

PARTE III

Promesas cumplidas

Los primeros minutos del trayecto los recorrieron en silencio. Mientras veía pasar a través de la ventanilla trasera del coche a los transeúntes que caminaban presurosos a aquellas tempranas horas de la mañana, supo que nunca más las calles de su querida ciudad condal la acogerían paseando de la mano cálida de Gabriel. Él estaba a punto de marcharse, de dejarla atrás empujado por una fuerza mayor que nadie podía detener, era lo que le había estado intentando decir en cada sueño en el que se le había aparecido y ella no supo entender. Solo esperaba poder llegar a tiempo para sostenerle la mano en el momento en el que estuviera preparado para irse, era su último deseo, y aunque sabía que no iba a poder recuperarse de esa despedida, no iba a abandonarlo en aquel último adiós.

—¿Qué le ha pasado? —se atrevió por fin a preguntar.

—Todo apunta a que ha sido víctima de un atraco, aunque la policía sigue investigando. Los hombres de la limpieza lo encontraron inconsciente al lado de unos contenedores de la basura cerca del Virreina. No llevaba la cartera ni ningún documento identificativo, por eso cuando interpusiste la denuncia no aparecía en las bases de datos. Tardaron casi dos semanas en saber quién era. Como no constabas en ningún registro oficial contactaron directamente con su familia.

—Por eso no apareció —se le ahogaron las palabras. Sofía asintió con la cabeza mientras mantenía la atención fija en la carretera.

—¿Se sabe quién lo hizo?

—Tienen detenidos a un par de sospechosos, dos veinteañeros de Europa del este que pertenecen a una banda que se dedica a robar motos y venderlas en el mercado negro. Por lo que sé, los Mossos llevan tiempo tras ellos. Hay algo más, Lucía —se aclaró la voz—, uno de ellos trabajaba en el supermercado que hay cerca de tu casa.

—¿Qué? —preguntó confusa.

—Te estaban vigilando, Lucía. Uno de ellos lo ha confesado.

—¿Cómo? ¿Por qué a mí? —se le amontonaban las preguntas.

—La noche en la que atracaron a Gabriel, te vieron. Según la declaración policial te detuviste en el cruce de la calle Torrent d'en Vidalet y pensaron que lo habías presenciado todo. Te convertiste en una testigo ocular sin saberlo. Cuando iban a ir a por ti, desapareciste calle abajo y te perdieron la pista.

Unos días más tarde, entraste en el supermercado, y uno de los mozos del almacén te reconoció y dio el aviso al resto de la pandilla. Como no estaban seguros de cuánto sabías, decidieron vigilarte, por eso tenías la sensación de que te observaban. Seguían todos tus pasos.

—Dios mío, estaba tan cerca de él... —escondió el rostro entre las manos.

—¡Cabrones! — exclamó Daniel furioso.

—Dentro de unos días te llamará la policía para declarar y testificar. No te preocupes, yo estaré contigo todo el tiempo.

—¿Cómo sabes todo esto? ¿De dónde has sacado la información?

—Digamos que Oltarshed y asociados ha contribuido a la causa —Lucía la miró sin comprenderla.

—Después de hablar con Daniel la última noche en la que nos vimos en el hospital y que me contara que él creía tu historia, me asaltó también la duda, así que me puse en contacto con el detective privado del bufete y le pedí que buscara cualquier información sobre Gabriel, la que fuera. Nuestra sorpresa llegó cuando me llamó anteayer y me dijo que había encontrado a un varón cuyo nombre y apellidos correspondían con el de Gabriel ingresado en Sant Pau. Así que ayer me acerqué al hospital y conocí a Beatriz.

—Su hermana —la interrumpió inconscientemente.

—Sí, su hermana —afirmó—. Ella ha sido la que ha confirmado vuestra relación. Incluso me enseñó algunas fotos que Gabriel le había enviado durante estos meses, y sin duda alguna, eras tú la que aparecías junto a él. Lo siento, Lucía. Siento mucho no haberte creído —se disculpó con ella.

—¿Sabes qué le hicieron?

—¿Estás segura que quieres oírlo?

—Cuéntamelo —le ordenó.

—El examen corporal indica que recibió una paliza tremenda. Los médicos han podido apreciar rasguños en las manos y moratones en las extremidades superiores e inferiores, en la cara, el abdomen y la espalda provocados por fuertes y repetidos impactos. Además, recibió un golpe tremendamente fuerte en la cabeza, propiciado por un objeto redondeado, piensan que fue con el casco de la moto, que le provocó un traumatismo craneoencefálico muy grave. No le dejaron intacta ni una sola parte del cuerpo. Se estima que al menos participaron tres personas en la agresión. Por mucho que hubiera querido y por mucho que se defendiera, tenía todas las de perder. No pudo hacer nada.

Lucía rompió a llorar presa de la impotencia y de la frustración de semejante atropello. No pudo evitar recrear en su mente aquella atrocidad mientras escuchaba las palabras de Sofía y sentía el mayor de los desconsuelos al imaginar lo que debió sufrir Gabriel en manos de aquellos miserables. Aquellos monstruos que estaban a punto de llevarse injustamente una vida por delante, una vida que debería haber estado a su lado, siendo feliz. Una vida cargada de entusiasmo, motivación, pasión, entrega y dedicación. Una vida que tendría que estar lejos de apagarse porque le quedaban los mejores años por disfrutar junto a ella. Aquellos bestias despiadados habían acabado con el sueño de dos almas enloquecidas de amor que ahora estaban destinadas a morar solitarias en dos mundos para el cual no había camino físico posible que los uniera, sino en el que únicamente el paso del tiempo tenía la disposición de acercarlos.

—¿Cuánto le queda? —las palabras sonaron tan débiles que apenas se escucharon en el interior del coche.

—No mucho, Lucía.

—¿Hay algo más verdad? —en la vida detestó conocer tan bien a su mejor amiga.

Sofía resopló con fuerza. ¿Qué palabras podían ser las más adecuadas para informarle de lo que iba a presenciar en un momento?

—Están esperando a que lleguemos... a que llegues — se aclaró la garganta.

—¿Para qué, maldita sea? —golpeó el reposacabezas del asiento del copiloto con todas sus fuerzas zarandeando a Daniel.

—Para desconectarlo. Iban a hacerlo ayer, pero les supliqué que me dieran un día más para que pudieras despedirte de él. Es lo mínimo que os merecéis después de todo lo que os ha sucedido.

Lucía cerró los ojos, se sumió en un absoluto silencio e intentó asimilar aquellas palabras.

Cuando salió del ascensor siguió en silencio los pasos rápidos de Sofía sostenida del brazo de Daniel hasta llegar frente a la habitación quinientos cinco, un número que jamás olvidaría. Una puerta de madera blanca con una pequeña ventanilla cubierta de un cristal armado era la última barrera que lo separaba de él. Posó una mano en el picaporte y con la otra se atusó el pelo. Todo el cuerpo le temblaba como una hoja a punto de caer de la rama que la había sostenido durante su corta vida, la sangre recorría sus venas como un río

desbocado haciéndola partícipe de un calor sofocante, el corazón le batía en el pecho a un ritmo tan frenético, que tenía la sensación de que se abriría paso a través de su torso en cualquier momento, y su respiración corta y jadeante sonaba atropelladamente dificultándole la entrada de aire. Empujó la puerta con el mayor de los sigilos y en la penumbra de aquella habitación observó la figura de cuatro adultos mirándola a la vez y a Gabriel, irreconocible, postrado en la cama, conectado a decenas de tubos y máquinas. El hombre más mayor, de pelo canoso y curtidas arrugas que se delineaban por su piel, era su padre, ahora sabía de quién había heredado su mirada reservada y penetrante. La mujer encorvada que se arrojaba desconsolada en sus brazos no podía ser otra que su madre, solo la pérdida de un hijo podía afligir un cuerpo de aquella manera. La joven de mirada desolada que le ofreció una mano con una sonrisa vacía era Beatriz, y el caballero de elegante porte cubierto por una bata blanca aguardando en el cabecero de la cama con las manos enguantadas, el médico responsable de llevar a cabo la desconexión. Con paso torpe y tembloroso, Lucía se acercó a Gabriel, le acarició su rostro dormido durante unos segundos y se hizo a un lado. Después de explicar con un tono compasivo el protocolo que iba a llevar a cabo y que Lucía ni siquiera escuchó hipnotizada por el cuerpo de Gabriel, que yacía inmóvil sobre aquel ortopédico colchón, el doctor lamentó profundamente el dolor de la pérdida inmediata a la que iban a ser expuestos y se inclinó hacia su paciente. Con mucha delicadeza despegó las cintas de esparadrapo blanco que sostenían el grueso tubo insertado hasta los pulmones, seguidamente, separó el conducto de una pieza de plástico azul del que se ramificaban a su vez dos tubos de goma amarilla que se conectaban con el aparato de ventilación y finalmente, dio un paso atrás aguardando en silencio que se produjera lo inevitable. En ese preciso momento, el sonido que emitía otro monitor y que acompañaba con cada “beep”, “beep”, “beep” una pequeña onda trazada en color verde sobre una pantalla con un fondo negro y que no era más que el reflejo gráfico de los latidos del corazón de Gabriel empezó a modificar su ritmo incrementando progresivamente hasta que al cabo de unos minutos se transformó en un ruido estridente y continuo. El grito ahogado de la madre que repetía << nooo, mi niño, mi pobre niño>> mientras el marido la retenía en un abrazo, acabó por desquebrajar el interior de Lucía, que en un acto desesperado se abalanzó hacia él posando su frente sobre la suya y acarició de nuevo con sus dedos temblorosos aquel rostro que jamás despertaría.

—Estoy aquí Gabri, estoy aquí —le susurró al oído y lo besó dulcemente

en el rostro—. Te quiero, ¿me oyes?, siempre te querré. Mi corazón se va contigo allá donde vayas. Ahora ya sé que nunca me has abandonado, que siempre has estado a mi lado. Has cumplido tu promesa hasta el final.

—Dios mío —exclamó pasmada Beatriz al ver cómo los labios de su hermano dibujaban una sutil sonrisa y unas débiles lágrimas le resbalaban hacia los lados.

Después de aquella despedida, todo terminó.

A pesar de que el médico les explicó que en algunas ocasiones el cuerpo de los pacientes que estaban a punto de fallecer hacía movimientos involuntarios que podían llevar a la confusión, Lucía sabía que ese no era su caso. En su historia todo era posible, su amor ya había traspasado la barrera de lo imposible una vez, y aquello había sido, sin duda, la manera más hermosa que Gabriel encontró de decirle adiós y de agradecerle que hubiera cumplido su último deseo. Sentir el tacto de su cuerpo por última vez.

2 años después...

Aquella mañana el sol brillaba reluciente sobre un limpio cielo azul. Paró el motor del coche en el aparcamiento de arena habilitado para los turistas y cogió su bolso y el paquete que había depositado en el asiento del copiloto. Antes de iniciar la marcha, levantó la mano derecha a modo de visera y contempló por segunda vez aquel impresionante paraje natural enclavado en las profundidades del valle navarro de las Améscoas del que Gabriel le había contado tantas historias. Con paso lento y tranquilo empezó a ascender por la calle de la Fuente hasta llegar a la verja negra de barrotes redondeados y afilados, simulando una hilera de lanzas orientadas hacia el cielo, que se encontraba en la parte posterior de la parroquia de San Juan Bautista y que daba paso al camposanto del pueblo. Se arrodilló frente al mármol níveo que conformaba el panteón de la familia Andueza y acarició con dulzura las letras doradas que escribían su nombre.

—Hola —se le rompió la voz—. Siento no haber venido antes, pero... no he sido capaz. Pasan los días y tu ausencia cada vez es más insoportable. Te echo tanto de menos —se dejó caer sobre la helada piedra mientras permitía que las lágrimas que la habían estado amenazando con derramarse desde que se había bajado del coche discurriesen libres por su rostro—. No sé si quiero vivir sin ti, es una pesadilla que no termina nunca, te necesito tanto... —siguió balbuceando—. No dejo de pensar que si te hubiera llamado antes, si no hubiéramos quedado aquella noche, si no me hubiera empeñado en verte, hoy no estarías aquí. ¡Dios mío, cómo me dueles! —volvió a gimotear.

Minutos más tarde, después de dejar que el cuerpo liberase toda la tensión acumulada por aquel reencuentro tardío y que el frío del mármol amaratase sus mejillas, se reincorporó y se limpió la cara con las palmas de las manos.

—Me imagino que ya sabrás que los han cogido a todos. Ha sido difícil, pero Sofía no ha descansado hasta verlos entre rejas pagando por lo que te hicieron. Se tomó el caso como un desafío profesional, aunque lo cierto es que yo sé que se lo tomó como algo personal, y, como no podía ser de otra manera, ha podido con ello, pero... no es consuelo suficiente para mí porque eso no hará que vuelvas y es lo que más deseo —se le ahogó la voz—. Vives en cada pensamiento, en cada uno de mis sentimientos, mi vida entera te sigue perteneciendo, aunque no estés conmigo...

Guardó silencio unos segundos mientras un par de ancianas vestidas de negro pasaron con paso lento por su lado mirándola con curiosidad mientras se dirigían hacia otros sepulcros.

—Te he traído algo —se sorbió los mocos mientras desenvolvía el paquete que había dejado sobre la hierba impoluta—. Yo también he cumplido mi promesa, tenías razón sobre nuestra historia —musitó mientras dejaba el ejemplar de un libro recostado sobre el cabezal—. Nos he hecho eternos, Gabri, nuestro amor vivirá por siempre entre estas páginas.

Después de contemplar en silencio un rato más su nombre esculpido sobre la lápida, Lucía se puso en pie, se besó los dedos de la mano y acarició nuevamente su nombre. Y así, mientras su delgada figura se encaminaba hacia la salida y se disipaba entre los cálidos rayos del sol de aquella mañana de invierno, una ráfaga de viento se levantó impaciente sobre la tumba de Gabriel impeliendo las primeras páginas de la obra a la que había titulado *La razón de los locos*, dejando al descubierto su texto más personal e íntimo con el que honraba su memoria y su historia juntos:

*Por ti, por mí, por nosotros.
Por nuestro amor que fue tan profundo y sincero
que incluso pudo traspasar las fronteras de esta vida.
Por nuestro amor, que siempre será eterno.*

Agradecimientos

Esta novela va dedicada a todas aquellas personas que desde el primer momento me animaron a plasmar sobre un papel, una idea tímida y fugaz, que acabó por convertirse en todo un desafío personal y profesional. Gracias a Diego, por creer siempre en mí y acompañarme en este camino de la vida. A mis padres, Rosa y Manuel, por enseñarme que todo es posible. A mis hermanos Manel, Jordi y Rosi, por animarme en todos mis proyectos. A mi tía Joanna, por entusiasmarse siempre con mis ideas locas y atrevidas. A mis excompañeras de la unidad de investigación FIDMAG del Hospital psiquiátrico Benito Menni, María, Alicia G., Elia, Gemma, Mar, Paola, Marta, Isabel, Pilar, Laura y mi queridísima Silvia, por las inolvidables horas de café juntas. Tampoco me olvido de vosotras, Anna R. y Alicia V., magníficas psiquiatras, compañeras y amigas. Gracias por todos los consejos y asesoramientos clínicos que me habéis ofrecido a lo largo de esta historia. Gracias a Nella, Paula, Cristina S. y Elisabet G. por ser uno de los pilares más importantes de mi vida y compartir la belleza de las grandes amistades.

Y gracias a todos los pacientes que me permiten entrar cada día en sus vidas más íntimas, conocer sus historias y, sobretodo, entender de primera mano dónde se encuentran los límites entre la razón y la locura.